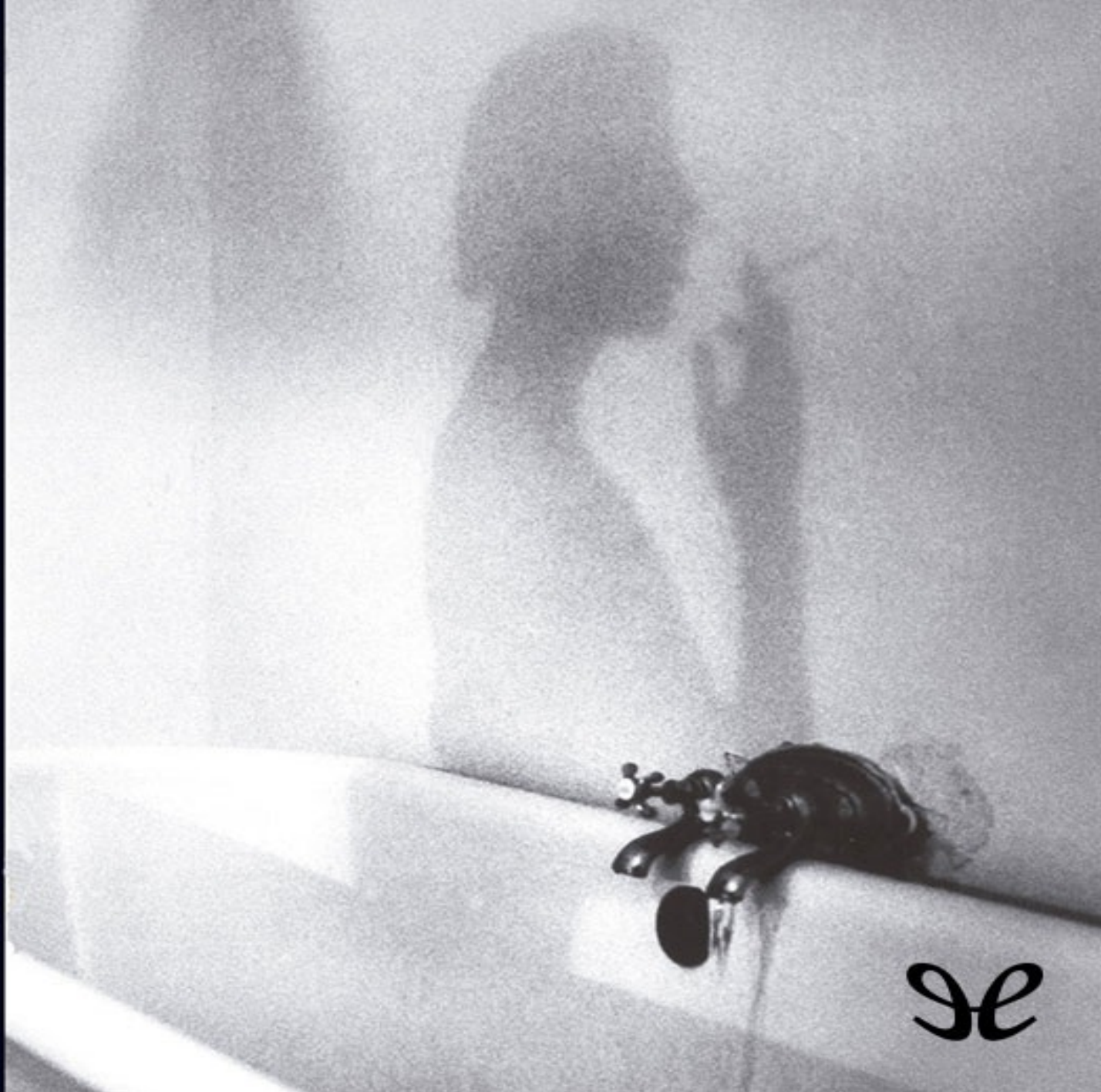


John Banville

Eclipse

Traducción
Damià Alou



se

El famoso actor Alexander Cleave ha regresado al hogar de su infancia para recuperarse de la crisis nerviosa que ha sufrido sobre las tablas, pero no imagina lo que le espera. Dos nuevos inquilinos se unen a una avalancha de recuerdos perturbadores para obligarle a afrontar el caos de su vida. ¿Cómo salvar su carrera, un matrimonio endeble y la atribulada relación con una hija de la que se ha distanciado y que se encamina hacia un destino fatal? ¿Cómo salvarse a sí mismo?



John Banville

Eclipse

ePub r1.0

Titivillus 15.12.15

Título original: *Eclipse*

John Banville, 2000

Traducción: Damià Alou

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



In memóriam Laurence Roche

I

Al principio era una forma. O ni siquiera eso. Un peso, un peso extra; un lastre. Lo sentí el primer día, en medio del campo. Era como si alguien se hubiera puesto a caminar en silencio a mi lado, o mejor dicho, dentro de mí, alguien que era otra persona, aunque me resultara familiar. Estaba acostumbrado a representar personajes, pero aquello..., aquello era distinto. Me detuve, atónito, azotado por ese frío infernal que he llegado a conocer tan bien, ese frío paradisíaco. Entonces el aire pareció adensarse levemente, una momentánea oclusión de la luz, como si algo se hubiera interpuesto ante el sol, un muchacho con alas, quizás, un ángel caído. Era abril: pájaros y maleza, el destello plateado de la lluvia, el cielo inmenso, las nubes glaciales en su inmenso avance. Imaginadme allí, alguien que ve fantasmas, a mis cincuenta años, asaltado de pronto en medio del mundo. Estaba asustado, y ya podía estarlo. Imaginaba aquellos pesares; aquellas euforias.

Volví la cabeza y contemplé la casa, y vi una forma que resultó ser mi mujer, de pie junto a la ventana de lo que antaño fue el dormitorio de mi madre. Estaba inmóvil, miraba en dirección a donde yo estaba, aunque no a mí directamente. ¿Qué veía? ¿Qué estaba viendo? Por un momento me sentí poca cosa, un accidente en aquella mirada, como si me dieran, por así decir, un golpe de refilón o me lanzaran un beso despectivo. La luz del día que se reflejaba en el cristal hacía que la imagen de la ventana titilara y se moviera; ¿era ella o solo una sombra con forma de mujer? Eché a andar sobre el suelo desigual, volviendo sobre mis pasos, con ese otro, mi invasor, que caminaba a paso firme a mi lado, como un caballero en su armadura. El sendero era traidor. La hierba se aferraba a mis tobillos y había agujeros en el suelo, bajo la hierba, hollados por las pezuñas de ganado inmemorial cuando las afueras de esta población eran campo abierto; eso me haría tropezar, quizás rompería uno de los muchos y delicados huesos que dicen que hay en el pie. Un arrebato de pánico se apoderó de mí como una náusea. ¿Cómo, me pregunté, puedo quedarme aquí? ¿Cómo se me puede haber ocurrido que podía quedarme aquí, totalmente solo? Bueno, era demasiado tarde; tendría que llegar hasta el final. Eso es lo que dije para mis adentros, y en voz alta exclamé: «Ahora tendré que llegar hasta el final». Entonces me llegó el tenue hedor salado del mar y me estremecí.

Le pregunté a Lydia qué había estado mirando.

—¿El qué? —dijo—. ¿Cuándo?

Hice un gesto.

—Desde la ventana, arriba; me estabas mirando.

Me lanzó una de esas miradas tristes que acostumbraba a dedicarme últimamente, bajó y hundió la barbilla, como si estuviera tragando algo. Dijo que no había subido al piso de arriba. Permanecimos un momento en silencio.

—¿No tienes frío? —dije—. Estoy helado.

—Siempre estás helado.

—Esta noche he soñado que era un niño y volvía a estar aquí.

—Naturalmente; nunca te has ido de aquí, eso es evidente.

A mi Lydia siempre se le ha dado muy bien el pareado.

La casa misma ejercía una atracción sobre mí, me enviaba sus alguaciles secretos para pedirme que volviera al... *hogar*, iba a decir. Un día de invierno, en el crepúsculo, iba por la carretera, y un animal apareció delante del coche, encogido y sin embargo sin aparentar miedo; mostraba unos dientes afilados y sus ojos centelleaban al brillo de los faros. Me detuve de manera instintiva antes de comprender lo que era, y me quedé allí, aterrado, oliendo los vapores mefíticos del humo del neumático y escuchando mi propia sangre percutiéndome en los oídos. El animal hizo un movimiento como para huir, pero volvió a quedarse quieto. Había tal fiereza en su mirada, unos ojos eléctricos de un irreal rojo neón. ¿Qué era? ¿Una comadreja? ¿Un hurón? No, demasiado grande, pero demasiado pequeño para ser un zorro o un perro. No era más que un animal desconocido y salvaje. A continuación echó a correr, pareció que no tuviera piernas, y desapareció en silencio. Mi corazón aún latía con fuerza. Los árboles se inclinaban hacia ambos lados de la carretera, recortándose en un marrón negruzco contra los últimos y tenues rayos del sol. Durante kilómetros había viajado en una especie de duermevela y ahora pensaba que me había perdido. Quería dar media vuelta y volver por donde había venido, pero algo no me lo permitía. Algo. Apagué los faros, salí del coche y permanecí perplejo en la carretera, en aquella húmeda semioscuridad que me rodeaba y me hacía formar parte de ella. Desde aquel altozano de escasa altura, la tierra en penumbra que había delante de mí se convertía en sombras y bruma. Un pájaro que no vi, posado en una rama, sobre mí, emitió un cauto graznido, una lámina de hielo situada al borde de la carretera se partió como cristal al pisarla. Suspiré, y por un instante la respiración se materializó en un copo ectoplásmico delante de mí, como una segunda cara. Avancé hacia la cima del altozano y entonces vi el pueblo, el tenue resplandor de sus escasas luces, y, más allá, el resplandor aún más tenue del mar, y supe adónde había llegado sin darme cuenta. Regresé al coche, me puse al volante y subí de nuevo hasta la cima, y una vez allí apagué el motor y las luces y dejé que el coche descendiera por su propia inercia, en silencio, entre sacudidas, casi en un sueño, y me detuve en la plaza, ante la casa que estaba a oscuras, desierta, todas las ventanas sin luz. Todas, todas sin luz.

Ahora que estamos juntos al lado de estas mismas ventanas, intento hablarle a mi mujer del sueño. Le había pedido que viniera conmigo a echarle un vistazo a la vieja casa, había dicho yo, percibiendo en mi voz un tono engatusador, para ver, dije, si pensaba que podría volver a ser habitable, si un hombre podría habitarla solo. Ella se había reído. «¿Así es como crees que vas a curarte de lo que te pasa, sea lo que sea —dijo—, echando a correr como un niño que tiene miedo y quiere volver con su mamá?». Dijo que mi madre se echaría a reír en su tumba. No lo creo. En vida tampoco fue una mujer que soliera dar grandes muestras de alegría. *Las carcajadas siempre acaban en llanto*, era uno de sus dichos. Mientras yo le relataba mi sueño, Lydia escuchaba impaciente, observando el tumultuoso cielo de abril sobre los campos, hecha un ovillo para protegerse del aire húmedo de la casa, las aletas de la nariz blancas mientras reprimía un bostezo. En el sueño era la mañana de Pascua de Resurrección, y yo un niño que estaba en la entrada de la casa, contemplando la plaza, donde había llovido recientemente y ahora brillaba un sol cegador. Revoloteaban los pájaros, una brisa agitaba los cerezos, ya en flor, que temblaban intuyendo la primavera. Sentía el frío de la intemperie en la cara, desde el interior de la casa alcanzaba a oler los aromas de la

mañana de un día de fiesta: sábanas que huelen a cerrado, el humo del té, las ascuas calcinadas del fuego de la noche anterior, y una fragancia característica de mi madre, un perfume o un jabón, penetrante con un matiz de bosque. Todo esto en el sueño, muy claro. Y estaban los regalos de Pascua, y mientras me hallaba en la puerta había un palpable brillo de felicidad detrás de mí, en las profundidades de la casa: huevos que mi madre, en el sueño, había vaciado y llenado de chocolate —que era otro olor, ese olor a cerrado del chocolate fundido— y un pollo de plástico amarillo.

—¿Un qué? —dijo Lydia con un bufido que fue casi una carcajada—. ¿Un pollo?

Sí, dije categóricamente, un pollo de plástico que estaba de pie sobre unas piernas larguiruchas y que cuando le apretabas la espalda ponía un huevo de plástico. En el sueño lo veía, veía la carúncula modelada, el pico romo, y oía el chasquido del resorte cuando se soltaba dentro del ave y el huevo amarillo recorría el canal y caía bamboleándose sobre la mesa. Cuando el huevo salía, el pollo agitaba las alas con un sonido rítmico. El huevo estaba compuesto de dos mitades huecas y pegadas sin que acabaran de coincidir las juntas, y con las puntas soñadas de mis dedos palpaba los afilados bordes de cada lado. Lydia me miraba con una sonrisa irónica y desdeñosa, no carente de afecto.

—¿Y cómo volvía a entrar? —preguntó.

—¿El qué? —últimamente se me hacía difícil entender las cosas más simples, como si la gente me hablara en un lenguaje incomprensible; conocía las palabras, pero juntas no les encontraba sentido.

—¿Cómo volvías a meter el huevo en el pollo —dijo— para que volviera a salir? En el sueño.

—No lo sé. Simplemente... empujando, supongo.

Ahora sí que soltó una repentina carcajada.

—Bueno, no sé qué diría el doctor Freud.

Suspiré enfadado.

—No todo está... —suspiro—. No todo... —renuncié a mi intento de hablar. Aún me contemplaba con una cariñosa mirada de menosprecio.

—Ah, sí —dijo—. A veces un pollo es solo un pollo..., menos cuando es una gallina.

Ahora los dos estábamos enfadados. Ella no entendía por qué yo había querido volver allí. Decía que era algo morboso. Decía que debería haber vendido la casa hacía años, cuando mi madre murió. Permanecí en un silencio huraño, sin defenderme; tampoco tenía defensa alguna. ¿Cómo podía explicarle las señales, las llamadas que había recibido aquel día de invierno en la carretera, durante el crepúsculo, si ni siquiera podía explicármelas a mí mismo? Ella estaba a la expectativa, aún mirándome, hasta que se encogió de hombros y volvió junto a la ventana. Es una mujer hermosa, de hombros anchos. Un amplio penacho plateado le surge en la sien derecha a través de su tupido pelo negro, una asombrosa llama plateada. Le gusta llevar chales y pañuelos al cuello, anillos, brazaletes, cosas que centellean y tintinean; la imagino como una princesa del desierto, caminando a

grandes zancadas en medio de un mar de arena. Es tan alta como yo, aunque creo recordar una época en que yo le llevaba un buen palmo. Puede que me haya encogido, no me sorprendería. No hay duda de que la desdicha marchita.

—Hay algo que tiene que ver con el futuro —dije—. En el sueño —solo con que pudiera transmitirle la viva y poderosa sensación de estar allí, esa densa cualidad del sueño que todo lo invade, sus detalles, tan tremendamente familiares; y yo estoy y no estoy presente. Asentí frunciendo el ceño, manso como un perro—. Sí —dije—. Estoy de pie en la puerta, al sol, esa mañana de Domingo de Resurrección, y de alguna manera es el futuro.

—¿Qué puerta?

—¿Qué? —me encogí de hombros, uno me quedó más bajo—. Aquí, por supuesto —dije, asintiendo, desconcertado, con seguridad—. Sí, la puerta principal de esta casa.

Me miró y alzó las cejas, inclinando levemente hacia atrás la cabeza, de huesos grandes, y hundiendo las manos en las profundidades de su enorme chaqueta.

—A mí me parece más bien el pasado —dijo, perdiendo el poco interés que pudiera tener en la conversación.

El pasado o el futuro, sí, podría haber dicho yo..., pero ¿de quién?

Mi nombre es Cleave, Alexander Cleave, me llaman Alex. Sí, ese Alex Cleave. Os acordaréis de mi cara quizás, de esos famosos ojos cuyo destello de fuego llegaba hasta las últimas filas de la platea. A mis cincuenta años aún soy, pensándolo bien, un hombre apuesto, aunque mis facciones estén un tanto demacradas y desdibujadas. Pensad en vuestro Hamlet ideal, y ese soy yo: el pelo rubio y lacio —ahora un tanto entrecano—, los ojos de un azul claro, transparente, unos pómulos nórdicos, y esa mandíbula prominente, sensible, aunque insinuando abismos de una refinada brutalidad. Menciono la cuestión solo porque me pregunto hasta qué punto mi histriónico aspecto podría explicar la indulgencia, la ternura, el inquebrantable y en gran medida inmerecido cariño que me han demostrado las muchas —bueno, no *muchas*, no lo que incluso el fidelísimo Leporello llamaría *muchas*— mujeres que se han visto atraídas a la órbita de mi vida a lo largo de los años. Han cuidado de mí, me han apoyado; por precipitado que fuera a veces mi comportamiento, siempre han procurado evitar mi caída. ¿Qué ven en mí? ¿Hay algo que ver en mí? A lo mejor solo ven la superficie. Cuando yo era joven, a veces se decía de mí que no era más que un guaperas. Eso era injusto. Ciertamente, yo podía, como digo, ser el héroe de pelo rubio cuando la ocasión lo requería, pero se me daba mejor interpretar a personajes sombríos, introvertidos, esos que no parecen formar parte del reparto, sino que se dirían traídos de la calle para dar verosimilitud a la trama. Mi especialidad era la amenaza, eso se me daba bien. Si se precisaba un envenenador o un vengador vestido con brocados, ahí estaba yo. Incluso en los papeles más alegres, el memo tocado con un canotier o el ingenioso que se empapa de cócteles, yo proyectaba un algo amenazador e inquietante que acallaba incluso a las encantadoras viejecitas de la fila de delante que no se habían quitado el sombrero y las hacía apretar con más fuerza su bolsa de caramelos. También podía interpretar papeles de hombre corpulento; a veces, cuando la gente me veía entrar por la puerta de los actores, se asombraban al

ver, en lo que ellos llaman la vida real, no al peso pesado desgarrado y greñado que esperaban, sino a una persona esbelta y ágil que camina con cauto paso de bailarín. Lo había estudiado bien, ya veis, había observado a los hombres corpulentos y comprendido que lo que los define no son los músculos ni la fuerza, sino una esencial vulnerabilidad. Los tipos pequeñajos son todo empuje y dominio de sí mismos, mientras que los grandotes, si tienen un aspecto presentable, desprenden un atractivo que es mezcla de confusión, extravío, angustia, incluso. Suelen dar menos golpes de los que reciben. Nadie se mueve con más delicadeza que el gigante, aunque es siempre él quien acaba aplastando la judía que sube hasta el cielo o al que le sacan un ojo con un hierro candente. Todo esto lo aprendí, y aprendí a actuar. Fue uno de los secretos de mi éxito, en el escenario y fuera de él, el ser capaz de fingir una corpulencia que no tenía. Y serenidad, el aparentar una absoluta serenidad incluso en medio del caos, ese fue otro de mis trucos. Eso era lo que los críticos intuían cuando hablaban de mi asombroso Yago o de mi retorcido Ricardo el Jorobado. El animal que permanece agazapado es siempre más seductor que el que salta.

Me doy perfecta cuenta de que todo lo que acabo de decir lo he dicho en pasado.

Ah, la escena, la escena; la echaré de menos, lo sé. Debo decir que todos esos viejos dichos que hablan de la camaradería del teatro son ciertos. Hijos de la noche, nos hacemos compañía los unos a los otros contra la oscuridad que se acerca, jugamos a ser adultos. Mis compañeros no me parecen particularmente adorables, pero he de formar parte de un reparto. A los actores nos gusta quejarnos de las épocas de vacas flacas, las épocas en que hacíamos giras por provincias, los escenarios destartalados y las giras por la costa canceladas por la lluvia, pero lo que secretamente amamos es la sordidez de ese mundo. Cuando vuelvo la vista atrás y contemplo mi carrera, que ahora parece haber terminado, lo que recuerdo con más cariño es la atmósfera abarrotada y acogedora de algún local de mala muerte no se sabe dónde, cerrado a cal y canto a la terrosa oscuridad de una noche de otoño, y el olor a colilla y abrigos húmedos; en nuestra caja de luz los intérpretes tartamudeamos y declamamos, reímos y lloramos, mientras en la tenue tiniebla que hay ante nosotros, una imprecisa masa de ojos presta una devota atención a las palabras que bramamos, se queda boquiabierta ante cada uno de nuestros ampulosos gestos. En esta remota región, cuando éramos niños, solíamos decir de los chulos de la escuela que *eran unos comediantes*; es lo que siempre he hecho yo: me he ganado la vida siendo un comediante; de hecho, ha sido mi vida. No es la realidad, lo sé, pero para mí era lo más parecido, y a veces lo *único*, más real que lo real. Cuando abandoné ese mundo lleno de gente solo me tenía a mí para no acabar hundido en la desdicha. Y ahí es donde acabé.

Actuar fue inevitable. Desde mi más tierna infancia, tuve siempre la sensación de ser observado. Incluso cuando estaba solo me comportaba con encubierta circunspección, manteniendo una fachada, representando un papel. Este es el orgullo del actor, imaginar que el mundo posee un solo y ávido ojo fijo exclusiva y perpetuamente en él. Y él, naturalmente, actúa, cree que es la única sombra real y sustancial en un mundo de sombras. Tengo un recuerdo que jamás me abandona —aunque *recuerdo* no sea la palabra, se trata de algo demasiado vívido para considerarlo un recuerdo auténtico—: soy un muchacho, es una mañana de finales de primavera y estoy en el camino que pasa junto a mi casa. El día es húmedo y fresco como una ramita pelada. Una luz irrealmente clara se posa sobre todas las cosas, e incluso en los árboles más altos distingo una hoja de otra. Una telaraña salpicada de rocío

destaca en un arbusto. Por el camino se acerca renqueando una anciana, el tronco casi doblado, camina oscilando el cuerpo de manera lenta y dolorosa alrededor del pivote de una cadera lesionada. La observo acercarse. La pobre Peg es inofensiva, la he visto a menudo por el pueblo. A cada paso me lanza una aguda y especulativa mirada de soslayo. Lleva un chal y un viejo sombrero de paja y un par de botas de goma recortadas de manera irregular en los tobillos. Del brazo le cuelga un cesto. Cuando llega a mi altura se detiene y me lanza una mirada penetrante y maliciosa, saca la lengua y murmura algo que no entiendo. Me muestra el cesto, que contiene setas que ha cogido en el bosque, a lo mejor quiere vendérmelas. Sus ojos son de un azul desleído y casi transparente, como ahora los míos. Espera que yo diga algo, jadeando un poco, y al ver que yo no le contesto, que no le ofrezco nada, suspira y niega con su vieja cabeza y sigue andando con paso renqueante, doloroso, manteniéndose junto al borde del sendero, cubierto de hierbas. ¿Qué ocurrió en aquel momento que me afectó tanto? ¿Fue aquella luz tenue que se esparcía sobre todas las cosas, la euforia de la primavera que me rodeaba? ¿Fue aquella mujer, prácticamente una mendiga, su presencia impenetrable? Algo surgía a veces en mi interior, una alegría sin objeto. Miles de voces pugnaban dentro de mí por expresarse. Me veía como una multitud. Yo pronunciaba aquellas voces; aquel sería mi trabajo, ser ellas, ser los que no tienen voz. Así es como nació el actor. Y murió cuatro décadas más tarde, se quedó cadáver en mitad del último acto y salió de escena tambaleándose, sudando, lleno de oprobio, cuando la acción llegaba a su clímax.

La casa. Es alta y estrecha, y ocupa una esquina de la pequeña plaza, justo delante de la alta tapia blanca del convento de las Hermanas de la Caridad. De hecho, no se trata realmente de una plaza, sino de un lugar ancho y espacioso que converge en forma de embudo en una carretera que sube una colina y se adentra en los campos. Recuerdo el momento en que me quedé fascinado con el pensamiento especulativo, algo poco corriente en mi profesión —el actor pensador, otro apelativo que los críticos solían colocarme con una perceptible sonrisita—: ocurrió cuando, en mi infancia, se me ocurrió preguntarme por qué un espacio triangular había acabado recibiendo el nombre de plaza. En la casa de al lado había una loca que vivía en el desván. De verdad, es cierto. A menudo, por las mañanas, cuando me dirigía a la escuela, asomaba su cabecita de muñeca de trapo por la buhardilla y me llamaba, gritando palabras sin sentido. Tenía el pelo muy negro y la cara muy blanca. Tendría veinte, treinta años, y jugaba con muñecas. Nadie sabía con certeza lo que le ocurría, o no querían decirlo; se hablaba de incesto. Su padre era un hombre tosco, con la cara entre marrón y morada, y la cabeza, grande y redonda, se aposentaba sin necesidad de cuello sobre los hombros como una bola de piedra. Le veo con polainas, pero probablemente eso sean imaginaciones mías. Aunque llevar botas de cuero y pantalones de tela de cáñamo no desentonaría, pues aquella época me resulta tan remota que se ha convertido en una especie de antigüedad.

¿Por qué esquivo y agacho la cabeza, como un boxeador que se ve superado por el contrincante? Me pongo a hablar de la casa de mi familia y al cabo de un par de frases ya he pasado a la casa de al lado. Así soy yo.

El incidente que me ocurrió con el animal en la carretera, en aquel ocaso invernal, fue definitivo, aunque no sabría decir lo que se definió entonces. Vi dónde estaba, y pensé en la casa, y supe que debía volver a vivir allí, aunque fuera solo durante un tiempo. Y luego llegó el día de abril

en que Lydia y yo recorrimos aquellas carreteras que nos eran tan familiares y encontramos las llaves de la casa, que una mano desconocida había dejado debajo de una losa, junto a la entrada. Esa aparente ausencia de intervención humana fue algo también pertinente a la ocasión; fue como si...

—¿Como si qué? —dijo mi mujer.

Me volví hacia ella y me encogí de hombros.

—No lo sé.

Una vez hube puesto en orden mis asuntos —un contrato bruscamente roto, una gira de verano abandonada: todo solucionado en un santiamén—, un domingo por la tarde trasladé mis cosas a la vieja casa, las cuatro cosas indispensables para lo que, no dejo de pensar, será poco más que una breve tregua en mi vida, un intervalo entre dos actos. Cargué mis bolsas y mis libros en el maletero y en el asiento trasero del coche, sin hablar, mientras Lydia contemplaba la operación de brazos cruzados, sonriendo furiosa. Yo iba de la casa al coche y del coche a la casa sin hacer ni una pausa, con el temor de que si me detenía, aunque solo fuera un instante, no volvería a ponerme en movimiento, me disolvería en un charco de irresolución sobre la acera. Era ya verano, uno de esos días borrosos y brumosos de primeros de junio en los que la memoria participa tanto como el clima. Una brisa suave agitaba la lila que hay junto a la puerta principal. Al otro lado de la calle, unos álamos discutían acaloradamente algo terrible, sus hojas tintineaban. Lydia me había acusado de ser un sentimental. «Todo esto no es más que una nostalgia ridícula», dijo, y soltó una carcajada muy poco convincente. Me detuvo en el pasillo, se plantó en medio y, de brazos cruzados, formó una barrera que no me dejaba pasar. Yo respiraba pesadamente, cargado con mis bártulos, miraba al suelo, la zona de sus pies, con aire taciturno, sin decir nada, imaginé que me armaba de valor y la golpeaba. Es la clase de idea que se me mete en la cabeza hoy en día. Es raro, pues nunca he sido violento: la palabra me bastó siempre como arma. Es cierto que cuando éramos más jóvenes y nuestras relaciones más tempestuosas, Lydia y yo a veces resolvíamos las cosas a tortazos, pero en eso no había ira, sino otras cosas —¡qué erótico resulta ver a una mujer levantar el puño para asestar un golpe!—, pues la peor consecuencia de la refriega era que nos zumbaran los oídos o que se nos desportillara un diente. Estas ideas violentas que me asaltan últimamente son alarmantes. ¿No debería ponerme a salvo? Para que no me hagan daño; para no hacer daño a nadie.

—Sé sincero —dijo Lydia—. ¿Vas a dejarnos?

A dejarnos.

—Escucha, cariño...

—No me llames *cariño* —gritó—. No te atrevas a hablarme así —me di cuenta de que estaba aburrido. El tedio es el hermano del sufrimiento, algo que he ido descubriendo. Aparté la mirada de ella y la posé en el aire, suave e inquieta. Incluso entonces había momentos en que la mismísima luz parecía abarrotada de figuras. Ella esperó; yo seguía sin decir nada—. Venga, vete, pues —dijo, y se dio media vuelta, indignada.

Pero cuando estaba en el coche, a punto de partir, Lydia salió de la casa con el abrigo puesto y las llaves en la mano y se metió en el vehículo sin decir nada. Al poco surcábamos a toda velocidad la belleza indiferente y desaliñada de la campiña. Nos cruzamos con un circo que venía en dirección contraria, uno de esos circos anticuados que casi ya no se ven, con caravanas tiradas por caballos, pintadas de colores chillones, y a las riendas individuos de aspecto gitano con pañuelo al cuello y pendientes. Me dije que un circo había de ser una buena señal, y comencé a sentirme alegre. Los árboles eran protuberancias verdes, el cielo era azul. Recordé una página del cuaderno escolar de mi hija, que había guardado desde que era una niña, oculto en el fondo de un cajón de mi escritorio, junto con un puñado de programas de estreno ya amarillos y un par de cartas de amor clandestinas. *Los brotes florecen*, había escrito, con su letra grande y ancha de cinco años. *La tierra es marrón. Mi mamá me mimó mucho. las cosas pueden salir mal*. Un espasmo de deliciosa tristeza se abatió sobre mi ánimo; me dije que quizás Lydia tenía razón, a lo mejor soy un sentimental. Rumié las palabras. Sentimentalidad: emoción inmerecida. Nostalgia: anhelo de lo que nunca fue. Comenté en voz alta lo bien que estaba la carretera. «Cuando era pequeño, se tardaba casi tres horas en hacer este trayecto». Lydia levantó la mirada y suspiró. Sí, otra vez el pasado. Estaba pensando en mi sueño de la mañana de Pascua. Aún me sentía invadido, como me había ocurrido aquel día en campo abierto: invadido, ocupado, grande con lo que había entrado en mí, fuera lo que fuera. Todavía sigue aquí; me siento preñado; es una sensación muy peculiar. Lo que antes contenía era el blastómero de mí mismo, el núcleo caliente y enrollado de lo que era y podía ser. Ahora el yo esencial ha sido apartado a un lado con brutal indiferencia, y yo soy como una casa recorrida de una punta a otra por un desconocido que no puede resistirse a la sensación de ser el dueño. Soy todo interioridad, miro al exterior con una perplejidad que aumenta de día en día, y veo un mundo en el que nada es exactamente verosímil, nada es exactamente lo que es. ¿Y qué decir de la cosa en sí misma, de mi pequeño desconocido? No tener pasado, ni ningún futuro previsible, solo el firme latido del inmutable presente..., ¿qué os parecería eso? Eso es ser para vosotros. Lo imagino, llenándome hasta la piel, anticipándose y acomodándose a todos mis movimientos, imitando con diligencia los detalles más nimios de lo que soy y hago. ¿Por qué no me retuerzo de malestar al sentirme tan horriblemente habitado? ¿Por qué no siento repugnancia, en lugar de esta dulce y melancólica sensación de anhelo y esperanza frustrada?

La casa también había sido invadida, alguien había entrado y había estado viviendo ahí, un vagabundo o un fugitivo. Había cortezas de pan sobre la mesa de la cocina, y bolsitas de té usadas en el fregadero, unas cositas marrones obscenas y aplastadas. Habían encendido la chimenea de la sala, y en la parrilla se veían los restos chamuscados de los libros que el intruso había utilizado como combustible. Aún se podía leer algún título, o una parte del título. Me agaché e intenté leer lo que decían, concentrado como un pitoniso ante su bola de cristal: *El fantasma*, *La casa de mi madre* —un título muy apropiado—, algo llamado *La aguja del corazón*, y, casi quemado del todo, *El necesario*..., con una palabra final oscurecida por un chamusco que pensé que podía decir *Ángel*. No un quemalibros vulgar y corriente, eso estaba claro. Me senté sobre los talones y suspiré, a continuación me levanté y fui de un cuarto a otro, frunciendo el ceño ante la mugre, el mobiliario descolorido, las cortinas empalidecidas por el sol; ¿cómo iba a quedarme allí? Lydia me llamó. Fui hacia donde estaba y la encontré en el lavabo que había bajo las escaleras. Olía a barro, y ella

apoyaba una muñeca en la cadera, en una pose a lo David de Donatello, y señalaba con un gesto de asco la taza, donde había incrustado un gigantesco zurullo.

—Qué encantadora es la gente —dijo.

Limpiamos lo mejor que pudimos, recogimos la basura, abrimos las ventanas, arrojamos cubos de agua por la taza del váter. Aún no me había atrevido a subir.

—He tenido noticias de Cass —dijo Lydia sin mirarme, atando el cuello de una abultada bolsa de plástico.

Sentí la habitual opresión en el pecho. Cass es mi hija. Vive en el extranjero.

—¿Ah sí? —dije en tono cauteloso.

—Dice que vuelve a casa.

—Las arpías se reúnen, ¿eh? —mi intención era hacer una broma, pero a Lydia la frente se le puso roja—. *Harpazein* —dije enseguida—, agarrar. Es griego —interpreté al viejo profesor quisquilloso, distante pero bondadoso; cuando te veas metido en un aprieto, actúa.

—Naturalmente, ella se pondrá de tu lado —dijo.

La seguí hasta el salón. Muebles grandes y oscuros permanecían huraños en posición de firmes en la penumbra de la desolada sala, casi como criaturas vivas. Lydia se acercó a la ventana y encendió un cigarrillo. En los pies, alargados, pálidos y delicados, llevaba unas babuchas de terciopelo carmesí que evocaban Arabia. Me asombra pensar que hubo una época en que me habría puesto de bruces ante ella y cubierto aquellos pies árabes de besos, caricias, lágrimas irrefrenables de adoración.

—No sabía que hubiera que elegir entre uno y otro lado —dije con excesiva inocencia.

Lydia soltó una fría carcajada.

—Oh, no —dijo—, tú no sabes nada.

Volvió la cabeza, envuelta en una voluta de humo de cigarrillo azul ceniza. La vegetación del jardín, amenazante, entraba por la ventana que había a su espalda, y en medio del verde se distinguía un fragmento del delicado azur del cielo de verano. Bajo esa luz, la mata plateada de su pelo se veía oscura, ondulada, brillante. Una vez, en una de nuestras riñas, me llamó cabrón de corazón negro, y experimenté una cálida emoción, como si me hubiera lanzado un piropo: esa es la clase de cabrón de corazón negro que soy. Me miró un instante en silencio, negando lentamente con la cabeza.

—No —volvió a decir con un suspiro amargo y cansino—, tú no sabes nada.

Llegó el momento que yo había anhelado y temido, cuando lo único que le quedaba por hacer era marcharse. Deambulamos por la acera que había delante de la puerta a la luz lechosa de última hora de la tarde, juntos aunque ya separados. No se oía ningún sonido humano, como si todas las demás personas del mundo hubiesen desaparecido (*¿cómo puedo quedarme aquí?*). En ese instante, un coche cruzó la plaza petardeando y pasó junto a nosotros, y el conductor nos miró durante un

segundo, con una mezcla de cólera y sorpresa, o eso pareció. Volvió el silencio. Levanté una mano y toqué el aire que había junto al hombro de Lydia.

—Sí, muy bien —dijo—. Me iré.

Le brillaban los ojos, se metió en el coche y cerró la portezuela. Los neumáticos derraparon cuando se alejó. Lo último que vi de ella fue que se inclinaba hacia el volante con un nudillo de la mano pegado al ojo. Volví a entrar en la casa. Cass, pensé. Cass, ahora.

Cosas que hacer, cosas que hacer. Guardar las provisiones, colocar mis libros, mis fotografías enmarcadas, mi pata de conejo de la suerte. Lo hice en un periquete. Subir al piso de arriba no admitía más demora. Solemnemente, comencé a escalar los peldaños como si ascendiera las escaleras del pasado, sintiendo la presión de los años, como una pesada atmósfera. Aquí está mi habitación, la que da a la plaza. La habitación de Alex. Polvo, y un olor a moho, y excrementos en la parte interior del alféizar, pues los pájaros habían entrado a través de un cristal roto. Es curioso cómo los lugares que antaño nos fueron tan íntimos se nos vuelven indiferentes bajo el polvo del tiempo. Primero nos llega la tenue detonación del reconocimiento, y por un momento el objeto palpita en la repentina conciencia de ser único —esa silla, ese horrible cuadro—, y luego todo se combina en esa monótona familiaridad, las partes de un mundo. Todo lo que había en el cuarto parecía alejarse de mí en una hosca renitencia, evitando mi inoportuno retorno. Permanecí allí un segundo, y solo experimenté una sólida vacuidad, como si hubiera contenido la respiración —y quizás lo había hecho—, y luego di media vuelta y bajé un tramo de escalera, hasta la primera planta, y entré en el espacioso dormitorio de la parte de atrás. Todavía había luz. Me quedé junto a la alta ventana, donde aquel otro día había visto a mi onírica esposa oníricamente de pie, y contemplé lo que ella había visto oníricamente: el jardín que se perdía en el interior de anodinas parcelas, luego un grupillo de árboles, y más allá, donde el mundo se inclinaba, un prado más elevado, donde un ganado en miniatura estaba inmóvil, y todo ello rematado, en última instancia, por un borde montañoso, cuyo azul mate se recortaba plano contra el cielo allí donde el sol causaba una lívida conmoción tras un agolpamiento de nubes. Tras haber agotado el exterior, me volví hacia el interior: techos altos, la cama hundida en el medio, adornada con perillas de latón, una mesilla de noche con agujeros de carcoma, una solitaria silla de madera alabeada de aspecto resentido. El linóleo con su dibujo de flores —tres manchas de sangre seca— tenía una zona desgastada junto a la cama, allí donde mi madre, noche tras noche, inagotable, solía pasear intentando morir. No sentí nada. ¿Estuve allí en realidad? Tuve la sensación de que me diluía en presencia de aquellos signos: el hueco en el colchón, el linóleo desgastado; alguien que me observara desde la ventana apenas me vería ahora, convertido en una sombra tan solo.

Ahí también había rastros de un intruso; alguien había dormido en la cama de mi madre. Una efímera rabia me encendió, se desvaneció enseguida; ¿por qué unas cuantas Ricitos de Oro no iban a depositar sus agotadas cabecitas allí donde mi pobre madre jamás posaría ya la suya?

De niño me encantaba merodear de ese modo por la casa. Mi hora favorita eran las tardes, que poseían una cualidad especial, una nostalgia, una sensación de distancia onírica, de estar rodeado de una atmósfera sin límites, que era al mismo tiempo tranquila y perturbadora. Por todas partes

había portentos ocultos. Siempre que algo me llamaba la atención, lo que fuera —una telaraña, una mancha de humedad en la pared, un fragmento de periódico viejo que servía de forro a un cajón, una novela tirada—, me detenía y me quedaba mirando ese objeto durante largo tiempo, inmóvil, abstraído, con la mente en blanco. Mi madre tenía huéspedes: oficinistas y secretarias, maestros, viajantes de comercio. Todos ellos me fascinaban, sus vidas furtivas y un tanto angustiadas, de alquiler. Al habitar un lugar que no podían considerar hogar, eran como actores obligados a interpretarse a sí mismos. Cuando uno de ellos se marchaba a vivir a otra parte, yo entraba en la habitación vacía y respiraba su atmósfera silenciosa y atenta, lo registraba todo, hurgaba en los rincones, revolvía en los cajones y en los armarios misteriosamente mal ventilados, diligente como un sabueso a la busca de pistas. Y hay que ver qué restos incriminadores encontraba: dos hileras de dientes postizos de horrible sonrisa, un par de calzoncillos con sangre, rígidos y quebradizos, un asombroso artilugio parecido al fuelle de una gaita, hecho de goma roja y erizado de tubos y boquillas, y, lo mejor de todo, arrumbado en el fondo del estante superior del guardarropa, un tarro cerrado de un líquido amarillento en el que flotaba una rana perfectamente conservada, la fina boca negra y abierta, las patas traslúcidas, separadas, tocaban delicadamente las turbias paredes de cristal de su tumba...

¿Os acordáis de aquel papel pintado, grueso y con relieve que antes estaba tan de moda? Aquí cubre la mitad de las paredes de la casa hasta la altura del rodapié, rígido a causa de las capas de pintura blanca, ahora amarillenta. Me pregunto si se sigue fabricando. Me he pasado la tarde intentando recordar cómo lo llamaban. Sin resultado. Así, me digo, es como estoy condenado a pasar los días, dándoles vueltas a las palabras, líneas errantes, fragmentos de la memoria, para ver qué acecha debajo, como si fueran losas, mientras yo me marchito lentamente.

Las ocho. Se alzaré el telón y yo no estaré allí. Otra ausencia. Me echarán de menos. Cuando un actor abandona una representación, no hay suplente que pueda ocupar completamente su lugar. Deja la sombra de algo detrás de sí, un aspecto del personaje al que solo él puede dar vida, su singular creación, independiente de los diálogos. El resto del reparto lo percibe, también el público. El sustituto es siempre un sustituto: siempre se encuentra con otra presencia anterior. *¿Quién, si no yo, es entonces Anfitrión?*

Oí un ruido en el piso de abajo y me recorrió un estremecimiento de temor, me temblaron los omóplatos y sentí un sofoco en la cara. Siempre he sido un alma timorata, a pesar de la negrura de mi corazón. Salí al descansillo haciendo crujir las tablas del piso, me quedé en medio de las sombras y escuché, agarrado al pasamanos, percibiendo la textura pegajosa del viejo barniz y la dureza de la madera. De nuevo el ruido me llegó débilmente a través del hueco de la escalera, un roce débil e intermitente. Recordé el extraño animal que vi en la carretera aquella noche. Entonces, un arrebató de indignación e impaciencia me hizo fruncir el ceño y negar con la cabeza. «¡Bueno, esto es totalmente...!», comencé a decir, y me callé; el silencio se llevó mis palabras y se rio de ellas. Abajo, alguien emitió un juramento apagado, gutural, y de nuevo me quedé inmóvil. Esperé —dos roces más— y luego reulé cautamente en dirección a la puerta del dormitorio, me puse en guardia, tomé aliento, y salí una vez más al descansillo, pero esta vez de manera distinta —¿pues ante quién creía estar yo haciendo esa actuación?—, dando un portazo a mi espalda. «¿Hola?», dije

en tono solemne, actoral, aunque con una grieta de temor en la voz. «Hola, ¿quién hay ahí?». Eso produjo un silencio sobrecogedor, a continuación una insinuación de carcajada. Y luego se volvió a oír la voz, que se dirigía hacia arriba:

—Soy yo.

Quirke.

Estaba en el salón, en cuclillas delante de la chimenea, con un palo ennegrecido en la mano. Había estado hurgando entre los restos de libros chamuscados. Levantó la cabeza, me guiñó un ojo en un gesto amistoso y me observó mientras entraba.

—Debe de haber entrado algún vagabundo —dijo sin animosidad—. ¿O ha sido usted el que ha estado quemando los libros? —la idea le hizo gracia. Negó con la cabeza y emitió un chasquido con la mejilla—. No se puede dejar una casa sin que nadie la cuide.

Asentí, parado al pie de la escalera, sin que se me ocurriera nada mejor. La sardónica compostura de Quirke es inamovible e irritante. Es el recadero —está ya un poco mayor para ese empleo— que un abogado de la ciudad nombró hace años para que, a petición mía, cuidara de la casa. Es decir, solicité un vigilante: no hablamos de que fuera Quirke. Introdujo el palo en la chimenea y se levantó con sorprendente agilidad, sacudiéndose las manos. Ya me había fijado en aquellas manos inverosímiles: pálidas, sin vello, gruesas en la palma, de dedos largos y ahusados, las manos de una doncella prerrafaelista. El resto de su cuerpo parece un elefante marino. Es grande, de piel suave, pelo pajizo. De unos cuarenta y cinco años, con ese aspecto eternamente joven de un hijo gandul.

—Alguien ha estado viviendo aquí, un intruso —dije en tono de reproche, aunque él no se dio por aludido, pues ni siquiera se inmutó—. Ha dejado algo más que libros quemados —mencioné con asco lo que Lydia había encontrado en el retrete. Eso a Quirke le pareció aún más divertido.

—Habrás sido un okupa —dijo, y sonrió.

Estaba como en su casa, de pie sobre la alfombrilla que había delante de la chimenea —tiene surco, del mismo origen que el que hay junto a la cama de arriba— y miraba a su alrededor con una expresión de pícaro escepticismo, como si todo lo que había en la sala estuviera dispuesto para engañarle y él no se dejara engañar. Sus protuberantes ojos claros me recordaron unos caramelos muy duros que me gustaban mucho cuando era pequeño. Tenía un trocito de barbilla irritado, seguramente por haber querido apurar demasiado el afeitado. Del bolsillo de su raída americana de pana sacó una botella envuelta en una bolsa de papel marrón.

—Hagamos una pequeña fiesta de bienvenida —dijo poniendo una expresión traviesa y mostrando el whisky.

Nos sentamos a la mesa cubierta por el hule y bebimos mientras caía la noche. No era fácil librarse de Quirke. Dejó caer su enorme trasero sobre una silla de la cocina, encendió un cigarrillo y plantó los codos sobre la mesa, mirándome todo el tiempo muy expectante, mientras sus ojos saltones recorrían interrogativamente mi cara y mi cuerpo como los de un escalador que busca

dónde agarrarse en un acantilado más peligroso de lo que parecía a simple vista. Me habló de la historia de la casa antes de que mi familia se instalara en ella: la había estudiado, dijo, era una de sus aficiones, tenía documentos, el registro de la propiedad, declaraciones juradas, escrituras, todo en letras caligrafiadas color sepia, adornado con cintas, sellado y lacrado. Mientras tanto yo recordaba la primera vez que lloré en el cine, en silencio, sin poder parar. Lo primero que noté fue un dolor en la garganta, como si algo la obturara, luego las lágrimas saladas que me llegaban a las comisuras de la boca. Me había escabullido de la función de tarde —el sueño imposible del joven Sniveling, mi suplente, hecho realidad— y me había ido al cine, sintiéndome estúpido y eufórico. Allí, cuando empezó la película, comenzaron también esas inexplicables lágrimas, hipos, gemidos ahogados, y estuve allí sentado temblando, con los puños apretados en el regazo mientras las lágrimas calientes me caían por la barbilla y me mojaban la pechera de la camisa. Estaba atónito, y también avergonzado, por supuesto, pues temía que los demás espectadores que había a mi alrededor se dieran cuenta de mi lamentable crisis emocional, aunque también había algo glorioso en ese abandono, en esa transgresión tan infantil. Cuando la película terminó, salí al frío del exterior con los ojos enrojecidos; oscurecía, y de pronto me sentí vaciado, vigorizado, purificado. A partir de entonces se convirtió en una vergonzosa costumbre, lo hacía dos o tres veces por semana, en distintas salas, cuanto más cutres mejor, sin tener la menor idea de por qué estaba llorando, qué pérdida lamentaba. En algún lugar de mi interior debía de existir un pozo de dolor del que manaran esas fuentes. Despatarrado en la oscuridad habitada por fantasmas, sollozaba hasta quedarme seco, mientras ese espectáculo de violencia y pasiones imposibles se desarrollaba sobre la inmensa pantalla inclinada delante de mí. Y entonces llegó la noche en que me vine abajo en el escenario —sudor, frío, boqueadas de mudez impotente, todo— y supe que tenía que dejarlo.

—¿Qué le trae por aquí? —dijo Quirke—. ¿Para qué ha venido?

En la ventana, la tarde toca a su fin, hay una luz sucia, y la maleza descuidada del jardín se ve toda gris. Quise decirle: He vivido demasiado tiempo entre superficies, he resbalado con pericia sobre ellas; ahora necesito el shock del agua helada, las gélidas profundidades. Sin embargo, ¿acaso no era el hielo mi problema, lo que me penetraba hasta las entrañas? *Un hombre invadido por el frío...* Fuego, más bien; fuego era lo que necesitaba... Con un sobresalto volví en mí, desde mí. Quirke estaba asintiendo: alguien debía de haber dicho algo importante... Señor, me pregunté, ¿he sido yo? Últimamente, a menudo me asombraba oír cómo la gente respondía a frases que creía haber pronunciado solo en mi cabeza. Sentí deseos de pegar un salto y decirle a Quirke que se fuera, que se fuera y me dejara en paz, con mis propios recursos, con mis propias voces.

—Ese es el problema, de acuerdo —estaba diciendo Quirke, y asentía lenta, solemnemente, como ese santo negro que había en la alcancía y asentía cuando se introducía un penique. ¡Mnemósine, madre de los pesares!

—¿Cuál? —dije.

—¿Cuál qué?

—El problema..., ¿cuál es el problema?

—¿Qué?

Parecíamos patos graznando. Nos quedamos mirando sin saber qué decir.

—Lo siento —dije, levantando una mano de manera cansina para hacerme sombra en los ojos—. He olvidado de qué estábamos hablando.

Pero la atención de Quirke también se había ido a otra parte, y se quedó inmóvil, con un hombro encorvado y las manos virginales de dedos pálidamente unidos apoyadas en la mesa, delante de él. Yo me levanté un tanto ladeado y el mundo de pronto pareció deslizarse hacia un lado y comprendí que estaba borracho. Dije que debía irme a la cama. Quirke me miró entre asombrado y ofendido. Él también debía de estar borracho, pero estaba claro que no tenía ganas de irse a casa. No se movió, y dejó que su mirada dolida se dirigiera a la ventana.

—Aún no ha oscurecido —dijo—, fijese. Y sin embargo, cuando oscurece, da la impresión de que la noche nunca acabará. Esta es una época del año terrible, si no eres de los que duermen mucho.

No dije nada más, sino que conseguí levantarme apoyando los dedos juntos en la mesa, con un leve bufido, la cabeza colgándome. Quirke exhaló un suspiro que al final se convirtió en un leve gorjeo involuntariamente triste, y por fin logró erguirse, para abrir de inmediato la puerta del pasillo, haciendo que la palanca con lengüeta del fiador entrara y saliera repetidamente del gastado agujero: *quirquirquirke*. Se adentró tambaleándose en el pasillo, dio un fuerte bandazo hacia un lado y golpeó la jamba de la puerta con el hombro, maldijo, rio entre dientes, se puso a toser. «Buena suerte», dijo, agachándose al pasar bajo el dintel de poca altura y saludándome con el brazo rígido. Sin decir nada caminamos en fila india por la casa a oscuras. Cuando abrí la puerta de la calle los olores de la noche inundaron el vestíbulo, de brea y altramuz, de algo mohoso, de las aceras calentadas por el sol, de la salada bruma del mar, y de muchas otras cosas sin nombre. La bicicleta de Quirke, un armatoste alto, negro y anticuado, estaba encadenada a una farola. Se demoró un momento, miró medio adormilado a su alrededor. La plaza desierta, en el crepúsculo, con sus tejados bajos y encorvados y sus ventanas sombríamente iluminadas, tenía un aire ajeno, levemente siniestro, casi parecía Transilvania. «Buena suerte», volvió a decir Quirke en voz alta, y soltó una carcajada lúgubre, como ante un chiste patético. El sillín de su bicicleta estaba cubierto de rocío. Indiferente a esa húmeda incomodidad, montó y se alejó pedaleando de manera irregular, y yo di media vuelta y cerré la puerta de la casa, divagando caóticamente en mi trastornado corazón.

Mientras me sumergía en el sueño, mi aliento de whisky viciando el aire, sentí como si una parte de mí se me separara del cuerpo y se quedara flotando en la oscuridad de la habitación, como humo, como el pensamiento, como la memoria. La brisa nocturna agitaba el borde de la polvorienta cortina de encaje de la ventana. Aún se veía una especie de luz trémula en el cielo distante. Me puse a soñar. Había una habitación, fresca, de suelos y paredes de mármol, como en una villa romana, y a través de unas ventanas sin cristales se veía una empinada colina ocre y una hilera de árboles que hacían de centinelas. Había pocos muebles: un sofá adornado con volutas en los extremos y una mesa baja en la que había ungüentos en tarros de púrpura y frascos de cristal de colores, y en la otra punta un alto jarrón con una sola azucena inclinada. En el sofá, de cuya superficie podía ver unos

tres cuartos, una mujer estaba echada de espaldas, era joven, pecho abundante, una piel inverosímilmente pálida, los brazos desnudos estaban levantados y ocultaba la cara con abandono y vergüenza. Junto a ella estaba sentada una negra cubierta con un turbante, también desnuda, una figura inmensa con unos muslos lustrosos como melones y unos pechos duros, grandes y relucientes, y las palmas de las manos anchas y rosadas. Los dedos corazón y pulgar de su mano derecha se hundían hasta el nudillo y la base del pulgar en los dos orificios del regazo que con tanta licencia ofrecía la mujer. Observé los flecos rosáceos de la vagina, exquisitos como las volutas de la oreja de un gato, y el tenso borde del ano, aceitoso y de color té. La esclava volvió la cabeza y me miró por encima del hombro con una amplia y desenvuelta sonrisa, y, en honor a mí, agitó sus dedos en el interior de la carne abierta de su señora, y la mujer se estremeció y emitió un maullido. En el sueño súcubo mi cara formaba un rictus, y a medida que el sueño se apoderaba de mí, arqueaba la espalda y apretaba la nuca en el almohadón, y entonces me quedé quieto durante un instante muy prolongado, como un dictador muerto que yace en la capilla ardiente sobre un lecho de felpa.

Abrí los ojos y no sabía dónde me encontraba. La ventana no estaba en su sitio, el guardarropa tampoco. Entonces me acordé, y la misteriosa premonición volvió a apoderarse de mí. No había ni luz ni oscuridad, sino un tenue y granulado resplandor que parecía no proceder de ninguna parte, a menos que se originara en la propia habitación, en las mismísimas paredes. Sentí el ritmo irregular y acelerado de mi afanoso corazón. La pegajosa humedad del muslo se estaba quedando fría. Me dije que debía levantarme e ir al retrete a limpiarme, e incluso me vi alzándome de la cama y buscando a tientas el interruptor de la luz —¿estaba soñando aún, medio dormido?—, pero me quedé echado, envuelto en esa sedosa calidez. Lánguidamente, mi fantasía me llevó de nuevo junto a la mujer del sueño y otra vez tracé el perfil de sus blancos miembros y toqué sus lugares secretos, pero ahora sin agitación ninguna, solo con curiosidad, asombrándome ligeramente de su carne irrealmente blanca, de su fantástica lujuria. Cavilando sobre esto en mi amodorrado sopor, me di la vuelta sobre la almohada, y fue entonces cuando vi la figura que estaba en el cuarto, inmóvil, un poco alejada del lateral de la cama. La tomé por una mujer, o por un anciano con aspecto de mujer, o incluso por un niño, de género indeterminado. Tapada de pies a cabeza e inmóvil, seguía con la cara vuelta en dirección a mí, como uno de esos guardianes de los pabellones de hospital de hace mucho tiempo, los que se ocupaban de las fiebres infantiles. Tenía la cabeza cubierta y no distinguía sus rasgos. Las manos se entrelazaban delante del esternón en lo que parecía una actitud de súplica, o de oración angustiada, o algún otro extremo de apasionado esfuerzo. Naturalmente, yo estaba asustado —sentía un sudor frío en la frente, se me erizaban los pelos de la nuca—, pero la impresión que me llegaba con más fuerza era el ser el objeto de una intensa concentración, una especie de necesario examen. Intentaba hablar pero no podía, y no porque el miedo me impidiera hacerlo, sino porque el mecanismo de mi voz no conseguía funcionar en ese otro mundo entre la vigilia y el sueño en que estaba suspendido. Sin embargo, la figura no se movió, no dio señal alguna, simplemente permaneció en esa pose de extrema ambigüedad, esperando, quizás, alguna deseada reacción por mi parte. Pensé: *El necesario...*, y mientras lo hacía, en ese momentáneo parpadeo de la mente, la figura se esfumó. Yo no fui consciente de que se fuera. Pareció no haber transición alguna entre su estado de visibilidad y de invisibilidad, como si no se hubiera marchado sino tan solo cambiado de forma, o se hubiera refinado hasta pasar a una frecuencia fuera del alcance de mis toscos sentidos.

Aliviado y al mismo tiempo lamentando su marcha, cerré los ojos, y cuando volví a abrirlos, a regañadientes, apenas transcurrido un momento, o eso me pareció, una amplia línea de luz ya se abría paso a través de la separación de las cortinas.

Así es como me desperté en ese momento, saliendo sigilosamente del sueño como si hubiera pasado la noche escondido. El haz dorado que se abría paso entre las cortinas era cegador. Los rincones de la habitación se poblaban de sombras marronosas. Me desagradan profundamente las mañanas, su textura envolvente, mohosa, como la de una cama en la que se ha dormido demasiado tiempo. Últimamente hay albas en las que me despierto deseando que sea otra vez de noche y el día haya acabado ya. He llegado a considerar mi vida como el transcurrir interminable de una mañana: sea cual sea la hora, siempre es como si acabara de levantarme e intentara aclararme las ideas y comenzar a controlar la situación. Suspiré, aparté las sábanas de una patada y mis piernas serpentearon encima del colchón lleno de protuberancias. Haría calor. La noche anterior, en mi ebriedad, se me había pasado por la cabeza irme a dormir a la cama de mi madre —sí, aquí está de nuevo Herr Doktor, con su barba y su puro—, pero debí de cambiar de opinión, pues estaba en mi dormitorio de siempre. A menudo, de chaval, en mañanas de verano como esta, había permanecido echado aquí, flotando en una gasa de expectación, convencido de que grandes sucesos estaban a punto de ocurrir, como si dentro de mí existiera un brote que hubiera de abrirse para descubrir la flor maravillosamente intrincada de lo que sería mi vida cuando por fin comenzara. ¡Cuántos planes tenía! O, mejor dicho, no eran planes, eran cosas demasiado vagas e importantes y lejanas como para poder considerarlas planes. ¿Esperanzas, pues? Tampoco eso. Sueños, supongo. Fantasías. Delirios.

Con un gruñido y un gran esfuerzo me levanté de la cama y me puse a rascarme. Sospecho que cada vez me parezco más a mi padre, sobre todo en sus últimos meses de vida, con esa misma actitud escudriñadora, aprensiva. Es su venganza póstuma, el legado de un parecido cada vez mayor. Me dirigí lentamente hacia la ventana y abrí las cortinas harapientas, entrecerrando los ojos a la luz. Aún era temprano. La plaza estaba desierta. Ni un alma, ni siquiera un pájaro. Una alta y afilada cuña de luz daba en la tapia blanca del convento, inmóvil y amenazante. Un día de mayo, cuando era niño, le construí un altar a la Virgen María. ¿Qué me inspiró a acometer tan extraordinaria empresa? Puede que se me concediera algún instante visionario, un atisbo del azul matutino, o el resplandor de un cielo ilimitado de mediodía, o un encendimiento perfumado de azucenas, en las vísperas, en mitad del rosario, mientras se recitaban los gloriosos misterios. Yo era un crío solemne, propenso a arrebatos de fervor religioso, y ese mes de mayo, que es el mes de María —y también, curiosamente, el de Lucifer y el lobo; ¿quién determina estas cosas, me pregunto?—, estaba decidido a construir un altar, o una gruta, como se llamaba a esas cosas en aquella época y en esta parte del mundo, y como probablemente se las llama todavía. Elegí un lugar en el camino que había junto a la casa, donde un pequeño arroyo marrón serpenteaba bajo un seto de espino. No estaba seguro de si las piedras eran gratis, y las recogí con circunspección de los campos y solares vacíos de los alrededores, eligiendo en concreto las piedras blancas silíceas. De los setos recogí primulas, y cuando me di cuenta de lo rápido que morían las flores, arranqué las plantas con raíces y todo y las sembré en el trozo de tierra que había escogido, entre las piedras, llenando primero los agujeros y contemplando con satisfacción cómo las burbujas lodosas subían y estallaban a medida que los tepes se hundían y se aposentaban y yo los acababa de colocar pisándolos con el tacón de mis botas de goma. La imagen de la Virgen debí de sacarla de mi casa, o a lo mejor convencí a mi madre de

que comprara una especialmente para mi santuario: imagino que la recuerdo refunfuñando a causa del gasto. No veía con buenos ojos esa empresa mía, desconfiaba de esa muestra de piedad, pues a pesar de su veneración por la Virgen, prefería las muestras de virilidad a la ñoñería. Cuando acabé el trabajo, me quedé sentado un buen rato, lleno de satisfacción y orgullo, contemplando aquel altar, y sintiéndome virtuoso de una manera empalagosa. Oí al viejo Nockter, el vendedor de manzanas, llegar con su caballo y su carreta, proclamando su mercancía en una calle lejana, y a la loca Maude en su desván arrullando a sus muñecas. Más tarde, cuando el sol ya caía y las sombras se alargaban, mi padre salió de la casa en mangas de camisa y tirantes, y miró la gruta y a mí y de nuevo la gruta, y se pasó la lengua por los dientes, y sonrió y no dijo nada, distante y escéptico, como siempre. Cuando llovía, la cara de la Virgen parecía surcada por las lágrimas. Un día, una pandilla de chicos mayores que pasaba por allí con sus bicis vio el altar. Desmontaron, agarraron la estatua y se la fueron pasando uno a otro, riendo, hasta que a uno de ellos se le escurrió, cayó al suelo y se hizo añicos. Recuperé un fragmento de su manto azul y lo conservé, horrorizado por la blancura a la vista del yeso; tal pureza era casi indecente, y siempre que, posteriormente, oía a algún cura decir que la Virgen María había nacido sin mancha de pecado experimentaba una inquieta y secreta emoción.

La Virgen debía de ser de origen minoico; incluso los colores, cobalto y blanco cal, sugieren las islas griegas. María, una nueva Pasífae, con una serpiente en la mano y sus pechos cónicos a la vista, he ahí una idea para asustar a los curas.

He seguido siendo un devoto de la diosa, y ella a su vez se ha mostrado atenta conmigo en las diversas formas en que se ha manifestado en mi vida. Primero, por supuesto, estaba mi madre. Intentó comprenderme sin conseguirlo, como si me hubieran cambiado por su verdadero hijo al nacer. Era una persona quejumbrosa, enajenada, dada a las preocupaciones y a las inquietudes sin motivo, siempre víctima de injusticias sin especificar, siempre a la espera, parecía —los labios apretados, sufriendo con paciencia—, de una disculpa general del mundo. Todo le daba miedo, llegar tarde y llegar demasiado pronto, que hubiera corriente y que estuviera al ambiente muy cargado, los gérmenes, las multitudes, los accidentes y los vecinos, el que un desconocido la derribara de un golpe en la calle y le robara. Cuando mi padre murió, asumió su condición de viuda como si fuera su estado natural, y como si su vida con él no hubiera sido más que una prolongada y dolorosa preparación. Mis padres no fueron felices; la felicidad no formaba parte de lo que la vida les reservaba. No reñían, creo que su relación no era lo suficientemente estrecha para ello. Mi madre era locuaz, a veces hasta el extremo de la histeria, mientras que mi padre guardaba silencio, por lo que mantenían un violento equilibrio. Cuando él murió, o dejó de apagarse —su deceso físico no fue sino la conclusión oficial de una lenta disolución, como el punto final que el médico clavó aquel día sobre su certificado de defunción, dejando una mancha reluciente—, ella, a su vez, se entregó a un silencio cada vez más acusado. La voz de mi madre se tornó fina, como de papel, con una cadencia llorosa, como la de alguien abandonado en medio del polvo del camino que contempla alejarse las ruedas del carruaje, con una frase a medio acabar y nadie para rematarla. Su relación conmigo se convirtió en una especie de súplica incesante, a veces lastimera y a veces colérica. Lo que quería era que le explicara por qué era yo como era, por qué era tan distinto de ella. Era como si creyera que, de algún modo, podría resolver a través de mí el enigma de su propia vida, de las

cosas que le habían ocurrido y de las muchas más que nunca le sucedieron. Pero yo no podía ayudarla, yo no era la persona adecuada para cogerla de la mano y llevarla por el sombrío sendero que hay más allá de las verjas cerradas que protegen todas las riquezas acumuladas de lo que pudo haber sido y no fue. Para ella todo acababa en frustración y en un furioso rechazo, y se aferraba a los postes de la última verja, la que finalmente se había abierto para ella, afirmando los pies en el umbral, hasta que venía el guardián y la arrancaba de allí y la obligaba a seguir avanzando hacia el lugar oscuro. No, yo no podía ayudarla. Ni siquiera lloré ante su tumba; creo que pensaba en otra persona. En lo más profundo de mí, como debe de haber en todas las personas —o al menos deseo que haya, pues no me gustaría ser el único—, existe una parte a la que solo le importa ella misma. Podría perderlo todo y a todos y esa luz piloto seguiría quemando dentro de mí, esa llama constante que nada extinguirá, hasta la extinción definitiva.

Recuerdo claramente el día en que por primera vez tuve conciencia de mí mismo, quiero decir de mí mismo como algo distinto de todo lo demás. De niño siempre prefería esos intervalos del año en los que una estación había acabado y la siguiente aún no había comenzado, y todo era gris, silencioso y tranquilo, y, surgiendo de esa quietud y ese silencio, daba la impresión de que algo se me acercaba, algo pequeño, suave, vacilante se presentaba ante mis sentidos. El día al que me refiero, yo paseaba por la calle principal del pueblo. Era noviembre, o marzo, no un día frío, sino neutro. El cielo estaba cubierto y caía una fina lluvia, tan fina que apenas se percibía. Era por la mañana, y las amas de casa estaban en la calle, con sus bolsas de la compra y sus pañuelos en la cabeza. Un perro que parecía ir a alguna parte pasó trotando a mi lado, sin mirar a derecha ni izquierda, siguiendo una línea recta invisible sobre la acera. Había un olor a humo y carnicería, y el salobre olor del mar, y, como siempre en el pueblo aquellos días, el tenue hedor dulzón a comida para cerdos. La puerta abierta de una ferretería me lanzó su aliento pardusco al pasar. Mientras me llegaban todas estas sensaciones, experimenté algo que solo puedo llamar felicidad, aunque no fuera felicidad, sino algo que era más y menos que la felicidad. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué, en esa vulgar escena que se desarrollaba ante mí, en aquellas imágenes y sonidos y olores corrientes del pueblo, había hecho que esa cosa inesperada, fuera lo que fuera, surgiera en mi interior como la posible respuesta a todos los anhelos sin nombre de mi vida? Todo era en aquel momento igual que siempre, las amas de casa, el perro que parecía ir a alguna parte, lo mismo, y sin embargo, en cierto modo, había sufrido una transfiguración. Junto con la felicidad tuve una sensación de angustia. Fue como si llevara un frágil cáliz que debía proteger, como ese chico del cuento que nos contaban en la escuela que llevó la Sagrada Forma por las calles licenciosas de la antigua Roma oculta debajo de su túnica; en mi caso, sin embargo, al parecer yo mismo era ese cáliz. Sí, eso era, era *yo* lo que estaba ocurriendo en ese momento. No sabía qué significaba eso exactamente, pero seguramente, me dije, seguramente significaba algo. Y así fue como seguí andando, entre mi felicidad y mi asombro, bajo la fina lluvia, portando el misterio de mí mismo en el corazón.

¿Fue ese mismo frasco con el preciado fluido de los dioses, aún dentro de mí, lo que se vertió en el cine aquella tarde, un frasco que seguía llevando en mi interior y que sin embargo se derramaba al menor movimiento, cada vez que mi corazón latía de manera irregular?

Pasé los años de mi juventud preparándome para ser actor. Vagaba por las calles poco

concurridas del pueblo, siempre solo, interpretando solitarios dramas de lucha y triunfo en los que yo recitaba todos los papeles, incluso los de los vencidos y masacrados. Sería cualquier persona excepto yo mismo. Y así ese intenso e interminable ensayo continuó un año tras otro. Pero ¿para qué estaba ensayando? Cuando buscaba en mi interior no encontraba nada acabado, solo un permanente potencial, una espera para seguir adelante. En el lugar donde se suponía que debía estar mi yo no había más que un vacío, un hueco extático. Y ese vacío donde debería estar el yo era invadido por muchas otras cosas. Las mujeres, por ejemplo. Lo ocupaban con la idea de llenarme con todo lo que tenían que ofrecer. No era simplemente que yo fuera un actor y que supuestamente, por tanto, careciera de una parte esencial de mi personalidad; yo suponía un reto para ellas, para su instinto de crear, de dar la vida. Me temo que conmigo no tuvieron éxito.

Lydia parecía la única capaz de concentrarse lo suficiente en mí como para hacerme resplandecer en el mundo con tal parpadeante intensidad que hasta yo pudiera considerarme real. Cuando la conocí, ella vivía en un hotel. Me refiero a que sus padres regentaban un hotel. Aquel verano —ha pasado ya más de la mitad de mi vida— la veía casi cada día mientras entraba y salía por las puertas giratorias del Halcyon, ataviada con extravagantes indumentarias de estopilla y terciopelo y abalorios. Tenía el pelo negro y muy lacio, en el conmovedor estilo de la época, con una atrevida mecha plateada menos pronunciada de lo que sería años después, pero que ya llamaba la atención. En aquel entonces yo no dejaba de pensar en ella. Yo vivía en un asqueroso edificio incrustado en una de esas montañas de adoquines que había delante del río, donde al amanecer me despertaba el retumbo de los apocalípticos cascos de los carromatos que salían de la fábrica de cerveza, y las noches estaban impregnadas del mareante olor dulzón de la malta al tostarse. Deambulaba por el dique, esperándola una hora tras otra, en la atmósfera sofocante y arenosa del verano en la ciudad. Era una mujer exótica, una hija del desierto. Caminaba con una especie de meneo enfurruñado, balanceando los hombros, siempre con la cabeza gacha, como si meticulosamente volviera sobre sus pasos hacia algún lugar o hacia algo importante. Cuando empujaba las puertas giratorias del hotel, los cristales proyectaban una imagen múltiple y astillada de su cuerpo antes de perderse en la penumbra abarrotada del vestíbulo. Yo imaginaba distintas versiones de lo que era su vida. Era extranjera, por supuesto, la hija fugitiva de una familia aristocrática con un fabuloso árbol genealógico; era la examante de un hombre muy rico, y se ocultaba de los agentes de él en ese lugar dejado de la mano de Dios; desde luego, algo debía de haber en su pasado, de eso estaba convencido: una dolorosa pérdida, un secreto, un crimen, incluso. Cuando por casualidad me la presentaron en un estreno teatral —en aquella época Lydia era muy aficionada al teatro, y al parecer iba a ver todas las obras que se estrenaban con un entusiasmo muy poco selectivo— experimenté una inevitable decepción, como si algo se partiera bajo mi diafragma. Una chica más, después de todo.

—Te he visto —me dijo— vagando por los muelles —siempre era desconcertantemente directa.

Pero su toque oriental, su palidez de invernadero y sus cejas negrísimas y el tenue vello de su labio superior ejercían sobre mí un poderoso atractivo. El hotel Halcyon se convirtió para mí en una especie de oasis; cuando no había entrado nunca, imaginaba que tras sus puertas giratorias se ocultaba un mundo secreto de agua y vegetación y sensuales murmullos; casi me llegaba el sabor a

sorbete, el olor a sándalo. Lydia tenía una presencia imponente, que era aún más seductora por el hecho de que ella no parecía darse cuenta. Yo admiraba la rotundidad de su cuerpo, la sensación que producía de llenar cualquier prenda que llevara, por amplia o suelta que fuera. Incluso su nombre me sugería opulencia física. Era mi princesa de pelo lacio y formas poderosas, un tanto desamparada. Me encantaba contemplarla cuando habíamos quedado y se acercaba, con esas anchas caderas un tanto caídas y esa sonrisa distraída, siempre vagamente insatisfecha. Yo disfrutaba con ella; me tenía totalmente a sus pies; decidí enseguida, sin tener que pensarlo mucho, que me casaría con ella.

Debería decir que el nombre auténtico —el que le pusieron— de mi esposa es Leah; pero en el barullo del bar del teatro en que nos presentaron aquella noche lo confundí con Lydia, y cuando posteriormente se lo repetí, le gustó, y entre nosotros quedó como un nombre cariñoso, y así seguí llamándola, incluso entre las personas de su familia con quienes tenía más confianza. Ahora se me ocurre preguntarme si esa rendición y ese cambio de nombre obraron en ella una transformación más profunda que la de la mera nomenclatura. Renunció a una parte de sí misma, pero también, seguramente, ganó algo. El trayecto de Leah a Lydia no es corto. Cuando comencé a trabajar en el mundo del teatro jugué con la posibilidad de inventarme un nombre artístico, pero ya había tan poco de mí que fuera real que pensé que no podía permitirme sacrificar la etiqueta imperial que mi madre —pues estoy seguro de que mi padre no tuvo nada que decir en el asunto— me asignó para que al menos pudiera ser un ruido en el mundo, aunque todos, mi madre incluida, enseguida abreviaron mi nombre dejándolo en Alex. En mis primeros papeles me hacía anunciar con el nombre de Alexander, pero no duró. Me pregunto qué se necesita para ser inmune a las abreviaciones.

Busqué el nombre de Leah en el diccionario, que me indicó que en hebreo significa «vaca». Dios mío. No es de extrañar que estuviera dispuesta a renunciar a él.

De todos mis recuerdos de aquella época permanece una leve sensación de bochorno. Yo no era del todo lo que fingía ser. Es uno de los defectos de los actores. No es que contara mentiras de mí, pero permitía que a través de la deliberada imprecisión de mis orígenes asomaran ciertas inexactitudes que eran, francamente, bastante exageradas. El hecho es que de buena gana habría cambiado todo lo que me había hecho como era por una mínima cualidad heredada, algo que no fuera invención mía, y que no habría hecho nada para merecer: clase, cuna, dinero, incluso un hotel venido a menos a la orilla del río y una gota de sangre de Abraham en las venas. Yo era un desconocido, como decimos de los novatos en mi profesión: en mi caso, literalmente un desconocido, incluso para mí mismo.

Creo que decidí ser actor para poder tener a mi disposición un repertorio de personajes que fueran más grandes, más imponentes, de más peso y trascendencia de lo que yo podía aspirar a ser. Estudié, ya lo creo que estudié, me refiero al hecho de llegar a ser otros, mientras al mismo tiempo me esforzaba por alcanzar mi auténtico yo. Dedicaba muchas horas a mis ejercicios, mucho más de lo que exigían mis profesores más exigentes. La escena es una gran academia; dominé todo tipo de habilidades inútiles; sé bailar, sé esgrima, puedo, si lo exigen las circunstancias, bajar por una cuerda desde el techo con un alfanje entre los dientes. Cuando era más joven era capaz de caerme en

redondo, ¡paf!, como un buey al que derriban de un golpe. Durante un año asistí a clases de dicción a cinco libras la sesión, impartidas por una amable viejecita ataviada de terciopelo negro y rancio encaje —«Cuando dice *güevo*, señor Cleave, ¿lo que está queriendo decir es *huevo*?»—, quien, durante nuestras clases semanales de media hora, se excusaba cada poco y se volvía recatadamente para echar un trago furtivo de un botellín que mantenía escondido en el bolso. Hice un curso de ballet al que asistí durante todo el invierno, sudando obstinadamente en la barra, observado por estúpidas colegialas y efebos de ojos tiernos y dudosas intenciones. Devoraba textos instructivos. Leía a Stanislavski, el libro de Bradley sobre la tragedia y el de Kleist sobre el teatro de marionetas, e incluso los libros de vejetes de nombre rimbombante como Granville-Barker o Beerbohm Tree acerca del arte de interpretar. Buscaba los tratados más desconocidos. Todavía tengo en mis estantes *Dell'arte rappresentativa, premeditata ed all'improvviso* de Perrucci —solía pronunciar el título marcando las *erres*, como si fuera un verso de Petrarca— sobre la comedia veneciana del siglo XVII, que llevaba a todas partes con estudiado aplomo, y del que había leído algunas páginas, con mucho esfuerzo y la ayuda de un manual. Lo que yo pretendía era ni más ni menos que una transformación total, convertir todo lo que yo era en un nuevo ser milagroso y brillante. Pero era imposible. Lo que yo deseaba solo podía conseguirlo un dios: un dios o una marioneta. Aprendí a interpretar, eso fue todo, lo que significa que aprendí a interpretar de manera convincente el papel de un actor que parece no interpretar. Pero eso no consiguió elevarme de categoría, que era lo que yo pretendía. El hombre hecho a sí mismo que yo era carecía de una base sólida. El que levanta cabeza sin ayuda de nadie teme constantemente darse un golpe, y en sus oídos resuena siempre la carcajada del mundo, como si le dijeran: ¡Mira, menudo coscorrón se ha dado! Yo venía de la nada, y ahora, por fin, a través de Lydia, había llegado al centro de lo que me parecía alguna parte. Naturalmente, me veía obligado a inventar, a elaborar mi personalidad, pues ¿cómo iba a esperar que me aceptaran por lo que era en aquel nuevo y exótico hospedaje que ella me ofrecía?

Nos casamos por lo civil, algo escandaloso en aquella época; eso me hizo sentir bastante iconoclasta. Mi madre no quiso asistir, no tanto por que desaprobaba la mezcla de razas —aunque desde luego la desaprobaba—, sino por miedo a aquel mundo para ella extraordinariamente exótico en el que yo estaba entrando. El banquete de boda se celebró en el Halcyon. Aquel día hacía calor, y el hedor procedente del río le dio a la celebración un nauseabundo olor a bazar. Los numerosos hermanos de Lydia, de pelo negro y enormes posaderas, afables y con un curioso aspecto de niños, me dieron golpecitos en el hombro e hicieron algunas inofensivas bromas soeces. Constantemente se alejaban de mí; así es como los recuerdo aquel día, alejándose de mí, todos con aquellos andares familiares de nalgas pesadas que en su caso les hacían caminar como patos, lanzándome una carcajada por encima del hombro con una especie de amigable escepticismo. Mi flamante suegro, un viudo al que no se le escapaba nada y que tenía la noble frente de un rey filósofo que casaba muy poco con él, observaba el acontecimiento, y parecía más el detective del hotel que el propietario. Mi aspecto le había desagradado desde el principio.

¿He descrito el Halcyon? Me encantaba ese viejo hotel. Ahora ya no existe, claro. Los hijos del dueño se libraron de él cuando murió su padre, luego se declaró un incendio, y el edificio quedó

arrasado y vendieron el solar. Parece increíble que algo tan sólido pudiera quedar reducido a cenizas. El interior, tal como lo recuerdo, era de color marrón, no el marrón de madera envejecida, sino de barniz antiguo, de repetidas capas de barniz, ligeramente pegajoso al tacto, como un caramelo blando. Un tenue olor a comida recalentada flotaba día y noche por los pasillos. Los cuartos de baño poseían enormes retretes que eran como un trono, con asientos de madera, y las bañeras parecían hechas para dejar en ellas novias recién asesinadas; cuando uno abría los grifos, se oían unos tremendos golpes a lo largo de las tuberías, que hacían que las paredes temblaran hasta el desván. Fue bajo ese techo, en una de sus habitaciones vacías, una veraniega y sofocante tarde de Sabbath, sobre una cama alta y ancha que parecía un altar, donde Lydia y yo hicimos el amor de manera ilícita por primera vez. Fue como coger entre mis manos un pájaro grande y maravilloso y aturullado que zureara y graznara y agitara las alas salvajemente y se estremeciera al final y se hundiera debajo de mí con unos débiles gritos que parecían de aflicción.

Pero esa sumisión en el dormitorio fue engañosa. A pesar del aire distraído de Lydia, de la fijación con su padre y su respeto reverencial por los escenarios, a pesar de sus ajorcas y abalorios y sedas flotantes —había días en que parecía una caravana completa que serpenteara a través de la neblina del calor de las dunas—, sé que, de los dos, ella era la más fuerte. No quiero decir que ella fuera más dura; yo soy duro, pero nunca fui fuerte; esa es mi fuerza. Ella cuidaba de mí, me protegía del mundo y de mí mismo. Bajo su caparazón, yo podía fingir que era tan blando como cualquiera de los cobardicas que aparecen en las comedias de la época de la Restauración, que volvieron a ponerse de moda —algo que ocurre periódicamente— más o menos a la mitad de mi carrera. Lydia incluso heredó algo de dinero cuando su padre decidió morirse un generoso día de Navidad. Sí, éramos una pareja, una obra de dos actores, un equipo. Y entonces, con los ojos enrojecidos y resacoso, en calzoncillos junto a la ventana del dormitorio de mi infancia, dominando la plaza vacía, confuso y sumido en una inexplicable tristeza, me pregunté cuándo ocurrió exactamente el momento de catastrófica falta de atención en que se me cayó la copa dorada de mi vida y dejé que se hiciera añicos.

Descalzo, bajé con paso vacilante, entré en la cocina y me incliné inseguro sobre la mesa. Me dolían los ojos y sentía una terrible presión en la cabeza. La botella de whisky, vacía en sus tres cuartas partes, permanecía solitaria sobre la mesa, en una posición que parecía de inconfundible reprimenda. La cocina, iluminada por el sol, era una tienda de campaña luminosa y tensa sostenida por clavijas de luz que se reflejaban en muchos rincones, el tapón de la botella, el borde del vaso manchado, el filo de un cuchillo insoportablemente reluciente. ¿Qué le había dicho a Quirke? Me acordé de que le había relatado la noche en la que aquel animal me hizo detenerme en la carretera y supe que debía venir a vivir aquí. Le había relatado ese sueño en el que me veía de niño una mañana de Pascua; incluso le había descrito el pollo de plástico, y le había preguntado si conocía la diferencia entre una gallina y un pollo. Consideró la cuestión seriamente durante unos momentos que se prolongaron, sin resultado. A continuación, me oí hablarle de esas tardes en las que me escapaba para ir a llorar a los cines de la periferia. Bajo la influencia del whisky fui incapaz de reprimirme nada, otra versión de esas tormentas de inexplicable aflicción que me acometían en aquella húmeda oscuridad, acurrucado bajo aquellas enormes y relucientes pantallas. Y en aquel momento, en la

despiadada luz de la mañana, seguía en pie, apuntalado en la mesa, con los ojos bien cerrados, y me irritaba y avergonzaba pensar en todas las confesiones de la noche anterior.

Comenzó a sonar el teléfono, que me sobresaltó. No sabía que aún estaba conectado. Después de una aturullada búsqueda lo encontré en la sala, en el suelo, junto a un sofá destripado. Era uno de esos modelos antiguos de baquelita; el auricular poseía esa cualidad ósea de un artefacto tribal, al que un largo y criminal uso ha dado forma y pulido. Tardé un momento en reconocer la voz de Lydia al otro lado. Oí su seca carcajada.

—¿Es que ya nos has olvidado? —dijo.

—No sabía que aún funcionaba el teléfono.

—Bueno, pues funciona —hubo un silencio en el que oí su respiración—. ¿Y cómo está el ermitaño?

—Con resaca —desde donde estaba podía ver la cocina; en la ventana había un trozo de cristal deformado, y cuando hacía cualquier movimiento con la cabeza, por pequeño que fuera, uno de los árboles del jardín parecía ondularse, como si se refractara bajo el agua—. Estuve bebiendo con Quirke —dije.

—¿Con quién?

—Con Quirke. Ese que se supone que cuida de la casa.

—Ya vi que la había cuidado mucho.

—Trajo una botella de whisky.

—Para lanzarte a tu nueva vida. ¿Te la partió en la cabeza?

Podía ver la escena: la luz de la mañana, como un gas pálido y pesado, y Lydia de pie en la sala de la casa grande, vieja y oscura junto al mar que había heredado de su padre, con el auricular encajado entre el hombro y la mandíbula, un truco que nunca he sido capaz de hacer, hablándole de soslayo como si fuera un bebé soñoliento que sostuviera junto a su cara. Se percibe el olor salobre del mar, el lejano chillido de las gaviotas. Todo me llegaba tan claro y tan lejano al mismo tiempo que podía haber sido una visión de otro planeta, a inimaginable distancia de este, aunque parecido en todos los detalles.

—Cass volvió a llamar —dijo Lydia.

—¿Ah, sí? —lentamente me senté en el sofá, hundiendo la barbilla hasta que casi me tocó las rodillas, las entrañas de crin del sofá se derramaban por debajo y me cosquilleaban los tobillos desnudos.

—Tiene una sorpresa para ti.

Soltó una breve carcajada.

—¿De verdad?

—Te quedarás de piedra.

No me cabe la menor duda; que Cass te dé una sorpresa es una perspectiva formidable. El árbol que había más allá del cristal deforme de la ventana de la cocina se onduló. Lydia emitió un sonido que para mi consternación me pareció un sollozo; cuando volvió a hablar su voz era ronca y me lanzaba un reproche.

—Creo que deberías volver a casa —dijo—. Creo que deberías estar aquí cuando venga.

Yo no tenía nada que decir a eso. Me estaba acordando del día en que nació mi hija. Salió a este mundo, un ser diminuto, sucio y furioso, portando con ella todas las generaciones anteriores. Yo no estaba preparado para ver tantos parecidos. Era mi madre y mi padre, el padre y la difunta madre de Lydia, y la propia Lydia, y una hueste de misteriosos ancestros, todos agitándose juntos, como en la portilla de un barco de emigrantes que se aleja, en esa cara en miniatura crispada en su lucha por respirar. Yo estuve presente en el parto. Sí, fui muy progre, me encantaba todo ese tipo de cosas; fue otra representación, desde luego, por dentro aquel sangriento espectáculo me horrorizaba. Cuando la criatura salió por fin, yo me hallaba en una especie de aturdimiento, y no sabía adónde mirar. Me pusieron a la criatura en brazos antes de haberla lavado. Qué ligera era, y, sin embargo, vaya peso. Un médico que llevaba unas botas de goma verdes y ensangrentadas habló conmigo, pero no entendí lo que me decía; las enfermeras eran enérgicas y altivas. Cuando me quitaron a Cass me pareció oír el chasquido de un cordón umbilical, del cual yo me había despojado poco a poco cortándolo. La llevamos a casa en un cesto, como un objeto preciadísimo que hubiésemos comprado y nos muriésemos de ganas de desenvolver. Era invierno, y el aire tenía un matiz alpino. Recuerdo la pálida luz del sol en el aparcamiento —Lydia parpadeaba como un preso al que sacaran de las mazmorras— y la brisa fresca y aromática que bajaba de las altas colinas que había detrás del hospital, y que del bebé solo se veía una mancha de un vago color rosa por encima de una sábana de raso. Cuando llegamos a casa, no teníamos cuna para la niña, y tuvimos que colocarla en el cajón superior de la cómoda de nuestro dormitorio. Casi no podía dormir por miedo a levantarme por la noche, y, olvidándome de que estaba allí, cerrar el cajón de un golpe. En el techo aparecían triángulos de luz acuosa formados por los faros de los coches que pasaban, que enseguida eran elegantemente doblados y desaparecían, como los abanicos de las señoras, en el cajón donde la niña dormía. Le pusimos un apodo, ¿cuál era? Erizo, creo; sí, ese era, a causa de los pequeños resoplidos que daba. Días hermosos, de apariencia inocente, tal como se dibujan en mi memoria, aunque siempre se formaban nubes en el horizonte.

—Me parece que estoy hablando sola —dijo Lydia con un agresivo suspiro de exasperación.

Dejé que se me cerraran los ojos, y sentí cómo se tocaban los párpados inflamados. Me dolía la cabeza.

—¿Cuándo llega? —dije.

—Oh, ya sabes que no lo diré..., eso sería demasiado sencillo —la voz de Lydia siempre asume un tono ofendido cuando habla de nuestra hija, que es una persona difícil—. Probablemente aparecerá sin avisar un día de estos.

Siguió otro silencio en el que oí el susurro de mi propia respiración en el auricular. Abrí los ojos y volví a mirar en dirección a la cocina. Lo primero que me llamó la atención de la imagen, visión, alucinación —de haberle querido poner un nombre, no habría sabido cuál elegir— que vi desde donde estaba fue su vulgaridad: la figura de una mujer, alta, joven, apartándose de la cocina económica y entregándole algo, al parecer, a lo que semejaba un niño sentado. Lentamente dejé el auricular sobre el brazo del sofá. No se oía sonido alguno, solo un tenue, muy tenue susurro, que quizás no era más que el sonido de mi propio ser, la linfa, la sangre, los órganos en funcionamiento, emitiendo su suave susurro en mis oídos. Solo se me concedió vislumbrar aquella imagen —la mujer, si era una mujer, volviéndose con el brazo extendido, el niño, si era un niño, inmóvil— y a continuación desapareció. Me froté los ojos doloridos, intentando retener la imagen. Todo era inexplicable, dolorosamente familiar.

Caminé con paso suave hacia la cocina, y al llegar la recorrí con la mirada. Nadie. Todo estaba igual que hacía un instante, antes de que sonara el teléfono, exceptuando la sensación de que había algo en suspenso, cosas que se ocultaban en silencio, sin atreverse ni a respirar. Regresé al salón, me senté de nuevo en el sofá —más bien me derrumbé— y exhalé un suspiro de estremecimiento. Lydia seguía al teléfono.

—¿Qué? —dijo en tono brusco—. ¿Qué has dicho?

Sentí un frío que me atravesaba.

—He dicho que la casa está encantada —me puse a reír sin poder evitarlo, unas roncadas carcajadas imposibles de contener.

Otro silencio.

—Tú eres tu propio fantasma —dijo Lydia apresuradamente, enfadada, y oí cómo el auricular se unía al teléfono con un golpe seco antes de que se cortara la comunicación, y enseguida ella se convirtió también en un fantasma, desvaneciéndose en el aire y la lejanía.

No era la primera vez que veía un fantasma en la casa. Un día, cuando era niño, en las fantasías que crea el aburrimiento en una tarde de verano, subí las escaleras en penumbra que llevaban a la buhardilla, atraído cualquiera sabe por qué. Hacía calor, pues el desván tenía un techo bajo e inclinado. Alguien, mi madre, imagino, en uno de sus periódicos y vanos intentos de ahorrar, había esparcido chalotas sobre el suelo de madera para conservarlas de cara a un invierno que habíamos dejado atrás hacía muchos meses, y en el aire flotaba aquel olor dulzón a podrido, que me evocó una mezcla de recuerdos confusos. En el desván había una sola ventana, redonda como una portilla, en la que yo me inclinaba, escrutando con expresión ausente la inmensidad del denso aire azul a través del cristal polvoriento, cuando algo, que no fue un sonido, sino como un tensarse de la atmósfera del cuarto, me hizo volver la cabeza. Pensé que sería uno de los inquilinos: a veces, en mi deambular por la casa, me encontraba con uno que era un tipo bastante raro, caminando sigiloso, buscando algo que espiar o que robar, supongo. Pero no era un inquilino. Era mi difunto padre, de pie en la puerta abierta, tan real como lo había sido en vida, vestido con un pijama de rayas, unos zapatos sin cordones y una rebeca vieja color trigo, el mismo atavío que llevó día tras día durante los largos meses que precedieron a su muerte. Se mantenía encorvado en una actitud indecisa, sin mirarme, al parecer sin haberse fijado en mí, con la cabeza un poco inclinada, escuchando, quizás, o intentando recordar algo, recuperar el hilo de algún pensamiento perdido. Al cabo de un instante pareció abandonar el esfuerzo, fuera cual fuera su objeto, y se encogió de hombros, dejó caer uno con ese estilo tan suyo, se volvió, cruzó el umbral de la puerta hacia las escaleras y desapareció.

No me asusté. Me habría asustado, estoy seguro, si me hubiera mirado fijamente, o hubiera dejado entrever que sabía que yo estaba allí. De hecho, simplemente me quedé perplejo, y desde luego sentí curiosidad. Supongo que después me quedé dormido, en una especie de duermevela, o trance, aunque no recuerdo haber tenido en ningún momento la sensación de volver en mí. Pensé en contarle a mi madre lo que había visto, e incluso bajé a buscarla, pero cuando la encontré me dominó una especie de timidez, y supe que debía guardarme para mí aquella visita, o aparición, o lo que fuera, para que no quedara contaminada por el simple hecho de contarla. Pues creía haber gozado de un privilegio, creía haber sido el privilegiado testigo de algún asunto íntimo e importante, como aquel día en la escuela en que, pasando junto a una clase vacía, vislumbré a un profesor, más bien joven, de pelo rojo —aún lo veo con toda claridad— de pie junto a la pizarra, con una carta en la mano, llorando a lágrima viva, temblando, con manchas oscuras en la sotana allí donde le caían las lágrimas.

Durante mucho tiempo después de ver a mi padre, todo quedó bañado en una tenue luz de misterio, un resplandor sobrenatural. El mundo comenzó a parecerme un tanto incierto. Luego, muchos años después, cuando vi a la mujer en la cocina, enseguida pensé que era yo quien debía de haber provocado su aparición a fin de que tuviera el mismo efecto, es decir, de desorientarme, de alienarme de lo que me rodeaba y de mí mismo. Pues había decidido, desde el momento en que Lydia me había dejado en la puerta y se había marchado con lágrimas en los ojos, que no me permitiría acostumbrarme a la nueva vida en la que acababa de entrar, y me había puesto furioso descubrir enseguida que estaba fracasando. Estar atento y vigilante ante todo, no caer nunca en la complacencia, resistirme a caer en los hábitos, esos eran mis objetivos al venir aquí. Me pillaría in

fraganti en el acto de vivir; solo, sin público de ningún tipo, dejaría de actuar y simplemente *sería*. ¿Y a qué me podía aferrar para ello sino a las cosas, cuanto más simples mejor? Sin embargo, me encontré con que de inmediato me acomodaba a ese ambiente familiar y permitía que fuera como antes, y todos mis planes y promesas quedaban olvidados. Incluso el ver de nuevo mi antigua habitación me había afectado bien poco; ¿puede haber presencia sin ausencia? —me refiero a la presencia de uno mismo como el otro recordado—, y parecía que no me hubiera ido nunca, pues allí había muy poco de mí digno de comprender o meditar. *Extraña*, dice la gente de por aquí cuando un niño llora ante la repentina aparición de una visita; ¿cómo iba a extrañar ahora, cómo no dejar de extrañar? ¿Cómo iba a luchar contra la fuerza debilitadora de la costumbre? En un mes, en una semana, me dije, la vieja ilusión de formar parte de este lugar reviviría de nuevo de manera irremediable.

O sea, que si el propósito de la aparición es confundirme y trastornarme, ¿es una proyección de mi propia fantasía, o procede de alguna fuente exterior? Al parecer ambas cosas, aunque no entiendo cómo es posible. Ese atisbo a través de la puerta de la cocina fue el primero de muchos avistamientos, breves, diáfanos, relucientes, translúcidos, como una serie de fotografías ampliadas a tamaño natural que por un momento se animan lánguidamente. Lo que les sucede a continuación es extraordinario solo en el hecho de que es algo de lo más corriente: la mujer dedicándose a lo que parecen tareas vulgares —nada está definido en la dimensión en la que ella existe— o simplemente ahí de pie, en silencio, perdida en su ensueño. No es posible distinguir con claridad sus rasgos. Es decir, veo las escenas con nitidez fotográfica, pero las figuras no se concretan del todo, como si sus rasgos no se hubieran revelado por completo, como si se hubieran movido un momento antes de que la placa se expusiera. El niño en concreto no ha quedado fijado; no sé ni por qué lo llamo niño, tan vaga y amorfa es su forma; no es más que la simple idea de un niño. Todavía están cobrando existencia, estas sombras hechas de luz, o quizás existieron antaño y ahora se desvanecen. Hagan lo que hagan, sea cual sea su actitud, siempre parecen estar en posición de firmes, a la defensiva. ¿Acaso ellos, me pregunto, han percibido mi presencia? ¿Soy para ellos lo que ellos son para mí, un fugaz resplandor vislumbrado con el rabillo del ojo, a través del vano de una puerta, o que se detiene por un momento en las escaleras y luego desaparece con un suspiro silencioso? Y no son solo esos dos..., es decir, ellos son los que veo, si es que *ver* es la palabra, pero también existe la intuición de otros, un mundo de otros no vistos, a través del cual se mueven esa mujer y el niño sin forma, y en el cual viven, si es que *vivir* es la palabra.

No me dan miedo, igual que tampoco tuve miedo cuando mi padre se me apareció aquel día en el desván. Existe también, en un grado excesivo, la sensación de esfuerzo por su parte, una pugna enorme y melancólica para llegar a ser realmente temibles. Algún intrincado sistema, elaborado aunque mundano, una entidad desconocida, un orden perdido y desolado, intenta ocupar esta casa, instalarse en el interior de esta casa cuyo armazón tan mal encaja con su contenido. Estoy convencido de que su esfuerzo procede no solo de un impulso inevitable —estas criaturas pugnan por *llegar a existir*—, sino que también lo hacen por mí. Creo que, en cierto modo, estos fenómenos se concentran en mí y en mi estado, y tienen que ver, de una forma confusa, con lo que me está pasando. Existe cierto patetismo en la idea de ese pobre mundo a medio revelar luchando a ciegas,

perplejo, quizás de manera dolorosa, para cobrar vida, por lo que a lo mejor yo podría... ¿qué? ¿Acaso hay algo que me haya demostrado su existencia? ¿Servir de testigo? ¿Darme por enterado? ¿O acaso, me digo, es que hay algo que intenta existir *a través de mí*, encontrar alguna forma de existencia, *en mi interior*? Pues aunque menciono que aparecen fuera de mí, que se trata de un espectáculo en movimiento, como figuras en escena, de hecho —¡de hecho!— yo estoy entre ellos, yo soy uno de ellos, y ellos son de los míos, mis conocidos.

Conocidos, sí..., eso es lo más raro, que no me resulta nada raro. Todo es aquí crepúsculo y ensueño, y sin embargo, la aparición de estos fantasmas es irritantemente sugerente, como si los conociera o debiera conocerlos. Poseen esos ancestrales parecidos que se muestran desde la cuna al lecho de muerte de manera desconcertante. Flotan en la punta de mi mente hasta volverme loco, como cuando buscas una palabra que tienes en la punta de la lengua. Tienen ese aire de inescrutable trascendencia que rodea a alguien con quien te encuentras por la mañana después de que se te haya aparecido en un sueño desagradable. Y lo cierto es que las propias visiones poseen un efecto parecido, y otorgan a los humildes accesorios de mi nueva vida un fugaz sentido espectral. Cuando digo que están a la mesa, o en la cocina económica, o de pie en la escalera, no me refiero a la escalera, ni a la cocina económica ni a la mesa reales. Ellos poseen su propio mobiliario, en su propio mundo. Se parecen a los objetos sólidos entre los que me muevo, pero no son los mismos, o son los mismos pero en otra fase de la existencia. Los dos órdenes de cosas, los fantasmales y los reales, provocan una resonancia, un repique. Si, por ejemplo, en la escena espectral hay una silla, pongamos, en la que está sentada la mujer, y ocupa el mismo espacio que la silla real de la cocina real, y se superpone a ella, lo cierto es que encaja mal, y el resultado es que cuando la escena se desvanece, la silla real conserva una especie de aura, se ruboriza, casi, con la sorpresa de que la hayan elegido, se hayan decidido por ella, las focos hayan caído sobre ella, de ese modo. El efecto pronto se disipa, sin embargo, y la silla, la silla real, retrocede, como si dijéramos, y se sale del foco, y ocupa su lugar de costumbre en la penumbra anónima, y yo dejo de verla, por mucho que me esfuerce en mostrar deferencia ante esa cosa vulgar que ha conocido su momento numinoso.

He llegado a desconfiar de los objetos más sólidos, sin saber a ciencia cierta si no son meramente representaciones de sí mismos que en cualquier instante pueden parpadear y desvanecerse. Lo real ha asumido una cualidad tensa, trémula. Todo parece a punto de disolverse. Sin embargo, nunca en toda mi vida, creo, había estado tan cerca de la mismísima esencia del mundo, aun cuando este titile y se vuelva transparente ante mis ojos. Algunos sueños los vivimos más intensamente que la propia vida. Hay momentos de impaciente incredulidad en los que yo, que nunca he dormido bien, parece que lucho por salir de ese mundo de sueños para regresar a la sudorosa perplejidad de la vigilia. Pero entonces una de esas imágenes traslúcidas centellea en los bordes de mi campo de visión y me doy cuenta de que no estoy despierto, o de que estoy despierto y todo lo que parecía un sueño no lo era. La línea entre la ilusión y lo que sea su opuesto se ha vuelto para mí tan tenue que ha desaparecido. Ni duermo ni estoy despierto, sino que habito un confuso estado intermedio; es como estar siempre medio trompa, un achispamiento trascendente.

El hecho de que los fantasmas me resulten conocidos hace que me pregunte si no podrían ser encarnaciones de una vida rechazada que regresa para reclamarme. Después de todo, estoy aquí,

vivo en la casa de los muertos. Produce una extraña sensación encontrarse de nuevo en el lugar donde crecí. Aquí jamás me sentí del todo en casa. Si los inquilinos llevaban unas vidas irreales, lo mismo nos pasaba a nosotros, a los, por así decir, habitantes permanentes. Sin duda esta es una de las razones por las que las apariciones no me asustan: el lugar siempre estuvo encantado. Pasé mi infancia entre presencias ajenas, figuras espectrales. Qué mansos eran, nuestros inquilinos, qué retraídos, se desdibujaban hasta convertirse en una especie de murmullo. Me los encontraba en las escaleras, haciéndose a un lado cuando pasaban junto a mí y clavándome sus permanentes sonrisas de afligida cortesía. En lo que se denominaba el comedor, se sentaban encorvados sobre sus platos de lonchas de beicon o su carne con puré de patatas en la actitud abatida y humillada de un niño al ser castigado. Por las noches tenía la sensación de oír su presencia a mi alrededor, se agitaban, se movían, suspiraban en voz baja, inquietos. Y ahora estoy yo aquí, yo mismo un inquilino, sin más realidad que los fantasmas que se me aparecen, una sombra entre sombras insustanciales.

¿Qué tiene el pasado que siempre hace que el presente parezca, en comparación, tan falto de color y sustancia? Mi padre, por ejemplo, está ahora más vivo para mí que cuando vivía. Incluso mi madre adquirió más presencia dentro de mí cuando se convirtió en un inofensivo recuerdo. Los veo como una especie de arcaica pareja de humoristas, unos Baucis y Filemón, aquí juntos, atendiendo a las necesidades de los demás, los dos convirtiéndose lentamente en piedra gris a medida que los días comienzan y acaban, cada nuevo día indistinguible del anterior, y lentamente se acumulan granos de cereal, que se convierten en años. De niño pensaba que cuando me llegara el momento de marcharme ellos me dejarían paso, serían dos humildes cariátides sosteniendo el portal de mi futuro, esperando pacientemente, perplejos y sin quejarse, mientras yo me alejaba de ellos sin apenas volver la vista atrás, y cada legua que cubría no me hacía más pequeño, sino más vasto, me convertía en su incomprensible hijo, que había crecido demasiado. No les guardo rencor por lo que hicieron. Y ahora me pregunto: estas apariciones, ¿forman parte de su venganza? ¿Son una manera de hacerme vivir una parte de mi existencia a la que no asistí debidamente cuando tuve la oportunidad? ¿Me exigen el luto que no llevé por ellos? Pues hay una sensación de tristeza, de arrepentimiento; de promesas no mantenidas, de promesas no cumplidas.

Los primeros días que estuve solo en la casa no vi a nadie, o al menos no en carne y hueso. Después de la llamada de Lydia no contesté al teléfono, y tanto miedo me daba su estridente e inesperado sonido que al final lo desconecté. ¡Qué silencio reinó después de eso! Me sumergí en él como si fuera una sustancia cálida e inmóvil que me nutriera. Pero no disfruté, no, eso no. Al principio era todo energía, me levantaba al alba y me ponía a hacer cosas. Comencé a arreglar el jardín, arrancaba brazadas de malas hierbas y cortaba zarzas hasta que me sangraban las manos y el sudor se me metía en los ojos. Los rosales de mi madre seguían allí, habían crecido de cualquier manera. El azadón arrancó antiguas patatas, carcasas huecas que se partían bajo mis pies con un plop y soltaban un fluido blanquecino. Correteaban las arañas, se retorcían las larvas. Estaba en mi elemento. Trabajar allí, en medio del calor de pleno verano, me hacía experimentar una euforia demente. Me descubría farfullando conversaciones sin sentido, o cantando, o riendo, a veces incluso llorando, no de pena, sino a causa de una espantosa alegría. No tenía ningún objetivo en mente, no iba a plantar nada, solo trabajaba por trabajar, y enseguida lo dejé, dejé los brezos y los montones

de plantas arrancadas al sol para que se pudrieran hasta que salieran otras nuevas que las cubrieran.

Pero en cuanto abandoné mis infructuosas labores sentí una irremediable lasitud que cayó sobre mí como una red. Por las noches, amodorrado en el sofá, repasaba el monótono día transcurrido y me parecía increíble que hubiera podido agotarme de ese modo. Estoy sereno, si es que *sereno* es la palabra; *insensible*, quizás, sería más acertada. Las noches se me hacen largas, doce o catorce horas de turbulento dormir y soñar de las que me despierto exhausto, arrojado sobre la mañana como el superviviente de un naufragio. Pensaba que viniendo aquí podría ver las cosas con perspectiva, pero cuando ahora vuelvo la mirada a lo que he dejado atrás me aflige un asombro que me desarma: ¿cómo he conseguido acumular tanta confusión en mi vida, al parecer sin esfuerzo, o sin ser del todo consciente? Tanta confusión que, bajo su peso, me veo incapaz de localizar ese yo esencial y singular, el que he venido a buscar, y que debe de estar oculto en algún lugar, bajo el desorden de máscaras desechadas. Es una sensación como de vértigo, igual que cuando una palabra o un objeto se libera por un momento del cerco de la mente y se aleja vagando en el espacio vacío de su absoluta separación. Ahora todo es extraño. El fenómeno más rutinario me llena de una lenta incredulidad. Me siento a la vez un recién nacido e inmensamente viejo. Guardo por mi butaca un aprecio típico de alguien que chochea, y también por mi taza de grog, mi cama caliente, mientras que al intentar, torpemente, coger cualquier cosa que esquivo mis manos me veo tan impotente como un niño. Me he vuelto un esclavo de mí mismo. Me maravilla todo lo que produce mi cuerpo, las deposiciones, los mocos secos, el crecimiento infinitesimal de uñas y pelo. También he dejado de afeitarme. Me gusta el tacto áspero de la cara y el olor a azufre de los pelos y el ruido áspero de papel de lija cuando me paso la mano por el perfil de la barbilla. Tras mi fugaz intento de cuidar el jardín, se me clavó una espina de rosal y se me infectó, y me quedaba todo el día inmóvil y extasiado junto a la ventana, contemplando mi mano expuesta a la luz, estudiando cómo se hinchaba con su menisco reluciente de piel purpúrea, tensa y traslúcida igual que un ala de insecto; por la noche, cuando me despertaba en la oscuridad, la mano parecía un ente vivo y separado, palpitando a mi lado. El dolor, cálido y suave, era casi voluptuoso. Hasta que una mañana, mientras me levantaba de la cama, tropecé y caí con la mano sobre algo afilado, y un tatuaje de dolor me subió por el brazo, y la herida hinchada y la astilla reventaron en una mancha de pus. Volví a hundirme en la cama agarrándome la muñeca y gimoteando, aunque no sé si de dolor o de placer.

Hay placeres mejor definidos, aunque no menos vergonzosos. Encontré un alijo de fotos obscenas arrojado en lo alto del guardarropa de una de las habitaciones, sin duda abandonado por algún viajante de comercio que se había alojado en la casa. Es un material antiguo, fotografías pintadas a mano de cuadros del siglo pasado, del tamaño de una postal, pero con mucho detalle, en colores crema, carmesí y rosa pétalo. Casi todas son escenas orientales: un grupo de neumáticas esposas de un harén en un baño turco toqueteándose entre sí; un moro con turbante haciéndoselo por detrás a una chica arrodillada; un libertino desnudo en un sofá complacido por su esclava negra. Las guardo bajo el colchón, de donde, con una excitación llena de culpa, las saco, agarro mis almohadones y con un suspiro ahogado me hundo en el interior de mis propios y vigorosos abrazos. Posteriormente siempre hay un pequeño y triste hueco dentro de mí, que parece ser equivalente en volumen a lo que he sacado, como si la expulsión hubiera creado un espacio que mi cuerpo no sabe

cómo llenar. Sin embargo, no es ningún anticlímax. Hay ocasiones, raras y preciosas, en que, tras haber alcanzado esa huida salpicada de hipos, con las fotos extendidas ante mí y los ojos como platos, experimento un instante de desolado éxtasis que nada tiene que ver con lo que sucede en mi regazo, sino que parece una síntesis de toda la ternura e intensidad que la vida puede prometer. El otro día, en uno de esos momentos de inflamado gozo, mientras jadeaba, echado, con la barbilla sobre el pecho, oí débilmente, a través de la quietud de la tarde, el sonido remoto del coro de niños procedente del convento de enfrente, y era como si los serafines cantaran.

La casa está pendiente de mí, sigue mis movimientos, como si se hubiera impuesto la tarea de no perderme la pista y no permitiera que la vigilancia se relajara ni por un instante. Las tablas del suelo crujen a mi paso, los goznes de las puertas chirrían tras de mí cuando entro en una habitación; si estoy sentado junto a la chimenea de la sala en según qué ángulo, y hago un ruido brusco —si toso, o cierro un libro con un golpe—, toda la casa me devuelve el sonido con un eco como si alguien tocara en un piano un acorde grave, sombrío, metálico. A veces tengo la sensación de que el mismísimo aire de las habitaciones se congrega para hablar de mí y de lo que hago. En esos momentos me pongo en pie de un salto y camino arriba y abajo, retorciéndome las manos y farfullando solo, deteniéndome y quedándome inmóvil, mirando fijamente algún objeto, o un rincón, o el hueco de una puerta, retando a algún duende a que entre, deseándolo; pero las apariciones nunca suceden a mi voluntad, y enseguida vuelvo a mi rutina de caminar y volverme, caminar y volverme. Pero casi siempre estoy en paz y no quiero ver a nadie. Cuando me hallo en el jardín y se acerca alguien por la carretera, un campesino en su tractor o el cartero en su bici, me aparto apresuradamente, encorvando un hombro, como un pobre Quasimodo, escondiéndome tras la joroba de mis incomprensibles pesares.

Aparte de los espectrales, hay fenómenos que parecen demasiado sólidos como para no ser reales, si es que se puede decir que sigo sabiendo lo que significa *real*. Oigo leves pisadas en la escalera, y lo que parecen lejanos murmullos en las profundidades de la casa; de vez en cuando tengo la sensación de que hay una pausa general, de que todo se detiene, como cuando uno se para en una carretera rural por la noche y también se detienen, al instante, las pisadas imaginarias que oíamos detrás. Seguramente no se trata de ruidos de espíritus. La mujer fantasma se me aparece siempre en un silencio más hondo que el silencio, un silencio que es casi un murmullo no oído. No, se trata de sonidos como los que hacen los vivos. ¿Hay algún intruso en la casa, otro, o el mismo de antes, el quemalibros, que ha vuelto, un violento brutote que cuando menos lo espere se alzaré detrás de mí y me rodeará el cuello con sus terribles manos, o que saltará de la oscuridad y me aplastará los sesos con un garrote? He tenido que colocar un atizador junto a la cama para defenderme. ¿Y si el rufián me ataca cuando estoy durmiendo? Tengo la sensación de que unos ojos me observan. Ayer por la noche, mientras estaba haciendo la colada en el fregadero de la cocina, me volví bruscamente y vi algo en la puerta, no una presencia, sino una intensa ausencia, el aire recién desalojado temblando donde hacía un segundo estoy convencido de que se hallaba algo más sustancial que un fantasma, observándome.

No, los fantasmas no vendrán cuando yo los invoque, y eso me desconcierta. Pues parece que poseo cierto control sobre ellos, en la medida en que uno tiene algún control, por débil o

contingente que sea, sobre la tumultuosa confusión que hay en un sueño. Su autonomía depende de mí, por paradójico que pueda parecer. Están ávidos de mí, por ser persona viva, por ser una luz viva, al igual que plantas invisibles que se alimentan invisiblemente del resplandor del cielo. Esto es lo patético de su existencia. Al parecer yo soy el motor que les hace obrar, la fuente que proporciona el sustento de su frágil existencia. La actitud típica de la mujer, si es que se puede aplicar tal concepto a un ser tan evanescente, es de conjetura y vaga expectación; ella es un ser vacilante, desconcertado, inseguro. Oh, y no estoy tan engañado como para ignorar que tales imágenes son producto de mi imaginación..., pero *siguen siendo* un producto; no están en mi cabeza, sino fuera; las veo, tan claras como todo lo que no puedo tocar, el cielo, las nubes, esas lejanas colinas azules. Por la noche se introducen en mis sueños, pálidas sombras que, mudas, reclaman mi atención. De día son un pasaje cuando parpadean a mi alrededor como un fuego arrasador. Mientras atravieso esta o aquella imagen en la que ellos están presentes, me parece sentir un crepitar de débil energía que cae, como si acabara de romper las tenues conexiones de un campo de fuerza. En esta casa se espera algo de mí, algo se me pide. Ni siquiera son espectros de verdad, de esos que se muestran aterradores o lanzan terribles advertencias. De haber chillidos en la oscuridad, gruñidos y entrechocar de cadenas, tales efectos, aunque trillados o banales, quizás consiguieran asustarme, pero ¿qué voy a hacer con este pequeño trío fantasma de cuyos hechos mundanos soy un testigo atónito y bastante reticente?

¿Trío? ¿Por qué he dicho trío? No hay más que la mujer y ese niño aún más borroso... ¿Quién es el tercero? ¿Quién, si no yo? A lo mejor Lydia tiene razón, quizás me he convertido en mi propio fantasma.

Los recuerdos se agolpan en mi mente, de manera irresistible, amenazan con anegar por completo mis pensamientos, y a lo mejor soy de nuevo un niño, y este árido presente no es más que una atribulada premonición del futuro. No me atrevo a subir al desván por temor a ver otra vez a mi padre aún deambulando por allí. Aunque él no aparece demasiado en el manoseado álbum de fotos que hace las veces de mi pasado —murió joven, o más bien joven, después de todo—, una de las primeras instantáneas mentales que retengo fue tomada una noche, ya tarde, en que le fui a esperar a la estación. No sé de dónde venía, pues mi padre no era muy viajero. Se alejó rápidamente del tren y me subió sobre su hombro y se rio. Yo no debía de tener más de ¿qué, cuatro o cinco años? Sí, me sorprendió la desacostumbrada alegría del momento. Incluso mi madre reía. Lo recuerdo como una página sacada de un libro de cuentos infantil, las farolas de la estación reluciendo en la brumosa oscuridad como las cabezuelas peludas de los dientes de león, y la negra máquina a vapor jadeando, y el olor a regaliz del humo y la carbonilla. Era Semana Santa. Mi padre me trajo un regalo. ¿Qué era? Una especie de pájaro, una cosa de plástico de color amarillo. Volvimos a casa en bici, mi padre conmigo sobre la barra, dentro de su abrigo abrochado hasta arriba, y mi madre con la maleta de cartón de mi padre amarrada al portabultos de atrás. La noche nos rodeaba, helada, húmeda y secreta. Una vez en casa, mi padre se sentó junto a la cocina económica, fumó un cigarrillo y habló con mi madre. Me gustaba ver fumar a mi padre. Lo hacía con una especie de negligente destreza, como si fuera un complejo ejercicio de prestidigitación que dominara desde hacía mucho tiempo, dándole golpecitos y haciendo girar el bastón blanco en miniatura y dejándolo rodar por los nudillos

con la soltura de un mago. Cuando se lo llevaba a los labios, inclinaba la cabeza a un lado y cerraba un ojo, como si apuntara con el cañón de una diminuta pistola. El humo que exhalaba —azul al entrar, gris al salir— tenía un aroma particular que él le otorgaba, algo prosaico y alquitranado, el mismísimo olor de sus entrañas; a menudo imagino que me llega ese olor, como si aún perdurara en algunos rincones de la casa.

Pero ¿recuerdo bien lo que pasó aquella noche? ¿Hay algo que recuerde tal como ocurrió? A lo mejor lo adorno, lo invento, y a lo mejor lo confundo todo. Quizá fue otra noche totalmente distinta cuando me llevó a casa sobre la barra de su bici, bajo el abrigo. Y, por cierto, ¿cómo es que su bicicleta estaba en la estación, si llegaba en tren? Estos son los hilos delatores en los que la memoria clava las uñas.

Aquí estoy, un hombre adulto en una casa encantada, obsesionado con el pasado.

Cuando mi padre murió era verano. Mi madre le había trasladado al piso superior de la casa, a una habitación que quedaba separada de la mía por el descansillo, para que no lo vieran los huéspedes. Me lo encontraba, dejando su bandeja con el té delante de la puerta, o arrastrando los pies dentro de sus zapatillas para ir al lavabo, y evitaba su mirada, el angustiado estoicismo que expresaba, igual que la mirada del Salvador exhibiendo dolorosamente su corazón atravesado en la imagen rosa neón y plateada que colgaba junto al perchero de la entrada. Le veo, ceniciento, perdido dentro de sus ropas holgadas, y siempre, como yo ahora, con una barba de tres días, moviéndose como una aparición, sin ruido, por las habitaciones desoladas por el silencio del verano, una figura encorvada que titila del sol a la sombra, que se desvanece sin poner el pie en el suelo, y que el único rastro que deja de su paso es una especie de resplandor, un pliegue en el aire, y el enroscado interrogante del humo de su cigarrillo.

El día de su muerte también es memorable porque fue el día en que mi madre me abofeteó. Cuando se volvió de la cocina económica pensé que extendía el brazo rápidamente para darme algo. Aún siento el fuerte y cálido golpe de su mano en mi mandíbula, la sacudida. Nunca me había pegado antes. Lo hizo no como un padre abofetea a su hijo, sino del modo en que un adulto airado se vuelve contra otro. No recuerdo qué dije o hice para provocar el golpe. Justo después de eso, su mirada fue casi de triunfo. Echó la cabeza hacia atrás y ensanchó las aletas de la nariz, como la pérfida madrastra de Blancanieves, y sus ojos me lanzaron algo, agudo y brillante y veloz, como un cuchillo mostrado y rápidamente guardado. A continuación, sin decir palabra, siguió con lo que estaba haciendo en la cocina. No lloré, estaba demasiado sorprendido para llorar. Simplemente me senté, con una mano plana justo delante de mí, sobre la mesa, mientras sentía el cosquilleo en la mandíbula, donde me había pegado, como si diminutas gotitas de algo hirviente cayeran sobre mi piel. El hule que había sobre la mesa estaba deliciosamente frío, liso y húmedo bajo mi mano, casi como algo vivo, casi como una piel. Acto seguido bajó mi padre, con una manta ceñida en torno al cuello demacrado y sin afeitar. Había sombras en las concavidades de su cara, y en sus mejillas manchas rojas de fiebre que parecían pintadas. El rostro de mi madre carecía de expresión, como si nada hubiera ocurrido, pero mi padre arrugó la nariz, comprobando la presión de la cólera de ella en el aire, y me lanzó una extraña mirada de soslayo, medio sonriente, casi maliciosa. Esa noche, ya

tarde, me despertaron unos ruidos ahogados delante de mi habitación. Cuando llegué a la puerta y me asomé, vi a mi madre que atravesaba en camión el descansillo, llevando en las manos un cuenco azul, y a través de la puerta abierta de la habitación de mi padre oí ese silbido agudo que emiten los que apenas pueden respirar. Cerré la puerta apresuradamente y regresé a la cama, y cuando volví a despertarme era por la mañana, y supe que mi padre había fallecido.

En el funeral cayó un poco de agua, como si solo lloviera para nosotros. Una pequeña nube redondeada apareció en el cielo, por lo demás vacío, encima del cementerio y dejó caer sobre el círculo que formaba el cortejo fúnebre una llovizna suave, cálida y fina. Yo observé cada paso de la ceremonia con ceñuda atención, decidido a no perderme nada. Mi madre dirigía una y otra vez su mirada, vaga y ansiosa, a las puertas del cementerio, como si en otra parte hubiera algo más urgente que reclamara su fúnebre atención. Ese día, un poco más tarde, cuando el cortejo se hubo marchado, la vi, sentada en el sofá de la sala, con la cara entre las manos, y, sintiéndome adulto y solemnemente responsable, me acerqué en silencio y me detuve justo detrás de ella y suavemente le puse una mano en el hombro. Aún siento la fría y suave y frágil textura del vestido negro que se acababa de comprar. Apartó bruscamente el hombro de mi mano, maulló como un gato y se restregó las mejillas, y en ese momento experimenté una pequeña victoria, un tanto vergonzosa y gratificante.

¿Por qué no es ella la que se me aparece? En sus últimos años fue como un fantasma. La oía por la noche, recorriendo una y otra vez el suelo junto a su cama. Estaba trastornada, y me confundía con mi padre, entregándose a arrebatos de ira sin que yo la provocara. Hasta que una mañana la encontré tendida de lado en el suelo del lavabo del piso de abajo, con las bragas por las rodillas. Su cara tenía un tono azulado, y en la boca había espuma. Pensé que estaba muerta; me sentí extraño, muy frío, sereno y lejos de mí. Tiré de la cadena, procurando no mirar dentro de la taza, me arrodillé, la incorporé y la acerqué a mí. Estaba caliente y flácida, y temblaba un poco, y me quedé horrorizado al descubrirme pensando en Lydia cuando estaba en el clímax sexual. Se le agitaban los párpados, pero no los tenía abiertos, y suspiraba como si estuviera muy agotada, y en la boca se le formó una reluciente burbuja que se hinchó e hinchó hasta reventar.

Durante semanas permaneció inmóvil en una cama de hierro, en una luminosa habitación situada en el extremo del ala del hospital que daba a un sendero de ceniza y una hilera de cerezos. La acompañé muchas horas mientras soñaba despierta; casi era relajante. La luz del sol proyectaba sobre la cama unas complicadas formas que se pasaban la tarde moviéndose despacio sobre la sábana y el suelo, como cosas que huyen de una manera sofisticadamente furtiva. Me llegaban los sonidos del hospital, balsámicamente apagados. Las manos de mi madre estaban sobre la sábana, inmóviles, pálidas como el papel, grandes hasta lo imposible. Parecía más una estatua de tamaño natural. Había habido algún error, alguna confusión en los trámites del cielo y allí estaba, golpeada por la muerte pero aún viva, varada entre dos orillas que se oscurecían de manera imperceptible. Cuando, al final del día, me marchaba, siempre me inclinaba sobre ella, un tanto tambaleante, y la besaba en la frente con una actitud rígida, oliendo esa mezcla de jabón y algodón lavado y piel seca y pelo mohoso.

Florecieron los cerezos, y cayeron las flores, y luego las hojas. Con el tiempo mi madre recobró

cierta conciencia. Llegué una tarde de otoño y la encontré incorporada en la cama, un tanto torcida, vestida con una rebeca que no era suya, con una expresión de implacable interrogación en la mirada. Cuando le hablé, sacudió la cabeza hacia atrás sobre su cuello con carúnculas colgantes, como una gallina asustada. Esa noche volvió a casa. La llevaron en ambulancia, cosa que la impresionó, pude ver, a pesar de lo enajenada que estaba; descendió a través de las puertas traseras con paso casi regio, colocando una mano imperiosamente sobre el brazo que le ofrecí.

Qué extraño era el silencioso clamor de su presencia en la casa. Me sentía como un encargado al que hubieran puesto a vigilar una máquina grande y peligrosa que se había paralizado y nadie supiera cómo volver a poner en marcha. Siempre estuvo allí, debajo de todo, su presencia, todo ese potencial al acecho, la casa apestada de ello. Dentro de mi madre, en alguna parte, la dínamo seguía girando; ¿adónde iba la energía, qué invisibles elaboraciones generaba? Me sacaba de quicio. Ya no parecía humana, parecía algo más que eso, algo antiguo y elemental. Yo la atendía como un sacerdote en un altar, con cauta reverencia, con resignación, encorvándome bajo esa mirada silenciosa, esa muda mezcla de súplica y desdén. Le daba por tirar las cosas que había sobre la mesilla de noche: los frascos de pastillas, la palmatoria de la vela que quedaba encendida toda la noche, el vaso con los dientes postizos; incluso acabó cogiendo la costumbre de volcar el orinal. Los inquilinos se enteraron de su estado, y pronto los viajantes de comercio dejaron de venir y los oficinistas y secretarias encontraron habitaciones en otra parte. La casa desierta se convirtió en su concha, en su caja de resonancia. A pesar del estado ruinoso de su mente, para mí poseía poderes sobrenaturales de percepción. Siempre que me encontraba en la casa me imaginaba que la oía respirar, incluso en la trascocina de la parte de atrás, donde le preparaba el té y la papilla que era lo único que podía comer entonces. Era como si no durmiese nunca. Me asomaba a su habitación y allí estaba, tanto daba la hora que fuera, despatarrada en su inmundada cama, incorporada, torcida, en una esquina, reclinada sobre una montaña de almohadones, con el seboso resplandor de la vela nocturna, un codo clavado en la pared, el pelo hecho un arrebujito y la mandíbula apretada y sus ojos pequeños, duros, azules y lacrimosos fijos furiosamente en mí, rebosantes de todo lo que tenía acumulado, los años. Contra mi voluntad, entraba y cerraba la puerta, y la llama de la vela oscilaba y la habitación daba una sacudida para enderezarse de inmediato. A veces le hablaba, sin saber si podía oírme, o, si me oía, sin saber si comprendía lo que le decía. Me atenazaba una opresiva turbación. De la alta habitación pendían sombras que escuchaban. El armario, alto y negro, era curvo en su parte frontal, parecía más una tapa que una puerta, y siempre me recordaba a un sarcófago. Ella se agitaba, o, mejor dicho, algo se agitaba en su interior, uno de esos temblores internos, apenas detectables, que había aprendido a interpretar, no sé cómo, y yo suspiraba, y levantaba la taza de té y la jarra agrietada que había junto a su rosario de cuentas y su devocionario, en la mesilla, y le servía un trago de agua, maravillándome vagamente ante la ondulante cuerda de líquido que caía en la taza, de color dorado a la luz de la vela. Me sentaba junto a ella, apoyándome sobre un anca a un lado de la cama, la cama en la que yo había nacido —y también, con toda probabilidad, había sido engendrado— y le ponía un brazo por los hombros y la enderezaba un poco y la miraba mientras bebía, sus labios fruncidos y cubiertos de vello farfullando al borde de la copa, y sentía el agua bajándole por el gástrico, que tragaba a hipos. A continuación me veía de niño, arrodillado en el suelo de una tarde de invierno, ensimismado en mis juegos solitarios, mi madre

apoltronada en la cama con sus revistas y chocolatinas, y la radio susurrando y la lluvia golpeando los cristales de la ventana, y entonces la sacudía un poco, con suavidad, y sentía cómo los huesos de sus hombros se movían dentro del paquete de carne floja, y al final, rindiéndose, dejaba caer su cabeza vieja y demacrada sobre mi hombro y exhalaba un suspiro largo y lento, como un silbido. Contempladnos ahí, en la escena del descendimiento de Cristo pero al revés: la anciana encorvada y moribunda acunada en el brazo de su hijo vivo, bajo la cúpula formada por la luz de la vela, envueltos en nuestro calor fétido y antiguo.

Finalmente murió. Fue, como dicen por aquí, un gran alivio.

Es tarde, casi no hay luz. Me duele la mente con tantos recuerdos fútiles. ¿Qué significa este capítulo de accidentes familiares? ¿Qué espero recuperar? ¿Qué intento evitar? Veo lo que fue mi vida a la deriva, detrás de mí, haciéndose cada vez más pequeña en la lejanía, como una ciudad sobre un témpano de hielo atrapada en una corriente, sus luces parpadeantes, sus palacios, las agujas de los campanarios, los suburbios, todo milagrosamente intacto, todo irremediablemente inalcanzable. ¿Fui yo quien cogió un hacha para partir el hielo? ¿Qué puedo hacer sino quedarme de pie sobre este promontorio que se desmorona y contemplar el pasado mientras mengua en la distancia? Cuando miro hacia delante, no veo nada más que una mañana vacía, donde no existe el día, solo un crepúsculo que se hace noche, y, a lo lejos, algo que no llegaré a distinguir, algo vago, paciente, a la espera. ¿Es eso el futuro, que intenta hablarme en esta casa, entre estas sombras del pasado? No quiero oír lo que pueda tener que decirme.

Hay un pandemónium entre las gaviotas, parece que están teniendo lugar grandes sucesos. Antes de mi llegada, una bandada había venido desde el mar para instalarse en la casa, construyendo sus nidos en las chimeneas y en el tejado. No sé por qué han elegido ese sitio; quizás les gusta la tranquilidad y el silencio de nuestra pequeña plaza. Pero ellas son todo menos tranquilas. Desde primera hora de la mañana llenan el cielo con su tumulto. Gritan y chillan, y con los picos abiertos arman un furioso estruendo. Su ruido favorito, sin embargo, es una cháchara en *staccato*, como la risa de la hiena o el grito de un babuino, que se hace más lento a medida que adquiere un tono más agudo. Cada noche están inquietas, las oigo aletear sobre el tejado, gruñen y se amenazan unas a otras. Cada día, al alba, arman un barullo ensordecedor. ¿Por qué ese escándalo? Probablemente la época de celo ha acabado hace tiempo, aunque desde luego hay algunas lo bastante jóvenes para estar aún aprendiendo a volar, unos bichos feos, de color pardo, que caminan torpemente hasta el borde del tejado y ahí se quedan, escrutando la caída y tragando saliva, o mirando a su alrededor con un aire de indiferencia, antes de lanzarse temblorosos a las corrientes de aire. En algunas ocasiones sus mayores se reúnen y echan a volar dando vueltas y vueltas en lentos y majestuosos círculos sobre la casa, gritando, es imposible saber si de pánico o de desaforada alegría.

Ayer levanté la mirada de donde estaba sentado y vi a uno de los adultos posado en el alféizar de la ventana. Siempre me sobrecoge el tamaño de estos pájaros cuando se los ve de cerca. Son tan amenazadoramente elegantes cuando vuelan, y cuando aterrizan se vuelven tan tristemente cómicos, posados sobre sus delgadas patas y sus pies ridículamente planos, como el prototipo lleno de borrones de una especie mucho más hermosa, mucho mejor formada. Este estaba un poco más allá del cristal, y lo único que hacía era abrir el pico en lo que parecía un bostezo o un grito silencioso. Curioso, dejé mi libro y salí. El pájaro no se alejó volando cuando yo me acerqué, sino que se quedó donde estaba, trasladando el peso de una pata a otra y mirándome con un cauto desprecio desde uno de sus ojos grandes, pálidos y lustrosos. Enseguida me di cuenta de lo que pasaba: en el suelo, bajo el alféizar, yacía un volantón muerto. Debía de haberse caído del tejado, o había fallado en su intento de volar y tras caer en picado, se había roto el cuello. Tenía un aspecto vidrioso, sus plumas habían perdido el color. El padre, pues no me cabe duda de que eso es lo que era, volvió a abrir el pico de aquella extraña manera, sin emitir ningún ruido. Quizás era una amenaza, para advertirme de que me fuera, pero más bien creo que era un signo de aflicción. Incluso las gaviotas han de poseer expresiones de pesar o de alegría reconocibles al menos para sus congéneres. Puede que vean nuestros semblantes tan inexpresivos como los suyos nos parecen a nosotros. Un hombre insensible a causa de un inexplicable sufrimiento, por ejemplo, estoy seguro de que les parece simplemente otro zopenco de ojos apagados que mira sin la menor piedad una escena de inconmensurable pérdida. El pájaro era macho, creo; sí, creo que era el padre.

Le abandoné en su silencioso velatorio, e, impulsado quizás por ese encuentro, eché a andar en dirección al mar. Apenas había salido de la casa desde mi llegada, y me alejé casi con miedo, lanzando una ansiosa mirada hacia mi pequeño mundo, igual que un explorador medieval a punto de poner rumbo a Catay. Tardé una buena media hora en llegar. Fui por lo que pensé sería un atajo a campo traviesa, pero me perdí. Al final, sudoroso y temblando, salí de un bosquecillo de avellanos y fui a parar a una playa de gujarros. El olor habitual a yodo y meados de gato era muy fuerte.

¿Existe algo más evocador que esos bordes rojizos de la tierra? Al primer paso que di fue como si hubiera recorrido esa playa toda mi vida, a pesar del aspecto hosco y poco atrayente del lugar, que parecía más idóneo para el bandolerismo que para el baño. Las dunas eran bajas, y no había hierba, solo una cosa áspera y con espinas que crujía al pisarla. La playa formaba una empinada cuesta, y en algunos lugares la capa superior de arena había desaparecido, dejando a la vista unas estriadas protuberancias que parecían hechas de pizarra escamosa y que harían sangrar los pies de cualquier bañista lo bastante insensato como para aventurarse a caminar descalzo sobre ellas.

Me pregunto si mis fantasmas se dan cuenta cuando salgo. ¿Se aparecen cuando no estoy presente? ¿Es una rosa roja en la oscuridad? ¿Quién lo dijo?

Ni un alma se veía por la orilla, excepto, un poco más allá, una enorme ave marina que permanecía inmóvil sobre una roca. Tenía el cuello largo y delgado y el cuerpo fino, y parecía irreal en su quietud, más la estilización de un artista que un pájaro vivo. Me senté sobre una de las protuberancias de pizarra. Qué curioso material: quebradizo como piedra y graso al tacto. La mañana era tranquila, y el cielo de un blanco uniforme. La marea estaba alta, y la superficie del mar, tensa y bruñida como seda ondeante, parecía más elevada que la tierra, como si fuera a derramársele encima. Las olas apenas eran olas, parecían más una arruga que recorriera los bordes de un enorme cuenco de agua que se agitara lentamente. ¿Por qué me alarma tanto pensar en el mar? Hablamos de su poder y su violencia como si fuera una especie de animal salvaje, voraz e imposible de apaciguar, pero el mar no hace nada, simplemente está ahí, es su propia realidad, como la noche, o el cielo. ¿Acaso lo que asusta es su capacidad para agitar y sacudir y engullir todo lo que lo surca? ¿O es que quiere dejar claro que no es nuestro medio? Pienso en el mundo que hay debajo del océano, el anverso del nuestro, el negativo del nuestro, con sus llanuras arenosas, silenciosos valles y grandes cordilleras sumergidas, y algo se desgaja de mí en mi interior, algo que es mío se aleja de mí horrorizado. El agua es algo misterioso, decidido e incontrolable, siempre busca su horizontalidad, como ninguna otra cosa en el mundo que habitamos. Hay tormentas, sí, y maremotos, e incluso en las zonas templadas se da el macareo de la desembocadura de algunos ríos, pero estos fenómenos no se deben a alguna cualidad inherente del agua, pues esta, aunque fluida y siempre misteriosa, seguramente es, en esencia, inerte. Y sin embargo, nos desequilibra; cuando estás en el océano siempre estás torcido: no hay más que mantenerse a flote para comprobarlo. Cuando caminas entre las olas parece que caes pero sin caer, sientes la empinada pendiente arenosa bajo tus pasos lentos, pesados. Sí, esa constante e inhumana nivelación y ese aspecto inclinado y bidimensional que vemos es la característica que nos enerva del agua. Y ahogarse, desde luego. Qué raro es eso de ahogarse, para los que están en la orilla, me refiero. Parece que todo se hace muy discretamente. Un grito lejano y casi inaudible llama la atención del observador, este mira atentamente, pero nada ve de la lucha, de esos movimientos agitados, terribles y lentos, en medio de un impotente silencio, la larga y definitiva caída en el interior de ese azul insondable, que se vuelve cada vez más negro al bajar. No, todo lo que se ve es un instante de agua blanca, y una mano, que se hunde lánguidamente.

En aquel momento el mar no era azul; casi nunca lo es. En nuestras latitudes suele tener un color más gris brillante, o violáceo, como un moretón, o, tras haberse visto afectado por una galerna, es

de color marga. Pero pocas, muy pocas veces, azul.

El pájaro negro de la roca desplegó las alas y las sacudió vigorosamente, y tras un instante de absoluta y cruciforme quietud, volvió a plegarlas.

Cuando era pequeño no me daba miedo el mar, y me encantaba la playa. Mientras retozaba en esa estrecha franja situada entre el cielo y el mar que no acaba de ser tierra, sentía, a lo largo del imperceptible declinar de la tarde, el *glamour* del mundo aristocrático. Una chica con gafas de sol baratas y un bañador arrugado llamaría mi atención y parecería una resplandeciente náyade. El trecho de suave arena mojada que había al borde de las olas era un trampolín sobre el que yo caminaba con una elegancia que no encontraba en ninguna otra parte en el torpón mundo de la adolescencia. Y luego el mismo mar, que discurría plano hasta el bajo horizonte, como una promesa sin límites..., no, en aquella época no me daba miedo. De chaval era un buen nadador, aunque no tuviera mucho estilo y moviera los brazos sin ton ni son, salpicando mucho. Me encantaba sobre todo tirarme de cabeza, disfrutaba de ese momento casi de pánico en que, bajo el agua, te falta la respiración, ese sobrenatural resplandor verdoso, el silencio cada vez más profundo, la sensación de deslizarse, serpear. A mi padre también le fascinaba todo lo marítimo. No nadaba, nunca había estado en alta mar, pero le atraían de manera irresistible sus costas. Se arremangaba los pantalones y se metía en los bajíos, como todos los demás padres, pero lejos de ellos, en discreta soledad. En mi memoria la escena se parece a esas postales chabacanas de la época que muestran un paisaje costero, él con su jersey sin mangas y protegiéndose del sol con un pañuelo blanco anudado en las puntas, con la espuma por los tobillos, mientras en la playa mi madre permanece sentada sobre una toalla con las piernas desnudas —eso la pone un poco violenta— y estiradas delante de ella, absorta en una novela rosa. Más tarde, cuando el sol perdía fuerza y la luz se volvía opresiva, y recogíamos nuestras cosas y regresábamos a través de las dunas rumbo a la estación de tren, mi padre mantenía un silencio distante y ceñudo, que incluso mi madre procuraba no romper, como si él hubiera estado en un lugar muy lejano y hubiera visto cosas imposibles de transmitir.

Un resplandor, un temblor en el aire. Misteriosa sensación, como la de un presentimiento que provoca un escalofrío. Miré a un lado y a otro de la playa. Seguía sin haber nadie, pero yo no me sentía solo. Me llegó un repentino y conocido frío, y me levanté y medio agazapado me alejé de la playa asustado. ¿Me habían seguido mis fantasmas? En la linde del bosquecillo de avellanos había una especie de choza en parte hundida en la arena, un refugio para cazadores, supongo, hecho de tablones alquitranados que el sol y los vientos salobres habían combado; solo tres paredes, un techo inclinado y una tabla longitudinal incrustada en el interior a modo de banco para sentarse. Era una construcción tan vieja y tan desgastada que había perdido casi toda traza de haber sido construida por mano humana, y se confundía con los árboles nudosos que se agolpaban detrás, con la arena escamosa y los grumos de algas y los pecios traídos por el mar. Entré y me senté, fuera de la vista de la inhóspita costa y el suspiro de las olas. Había la basura de rigor: colillas, latas oxidadas y trozos amarillentos de periódicos. Me imaginé como un fugitivo que desembarca en ese lugar, a salvo del mundo. Quizás, me dije, quizás es esto lo que necesito, abandonarlo todo por fin, esposa, hogar, posesiones, renunciar a todo para siempre, librarme de todo y venirme a vivir a un lugar tan apartado como este. ¿Qué necesitaría para sobrevivir, aparte de una taza, un plato y una manta?

Libre de toda molestia, de toda distracción, por fin sería capaz de enfrentarme a mí mismo sin temor ni sorpresa. ¿Y no es eso lo que busco, la pura conjunción, la unión del yo con el escindido? Estoy harto de la división, de estar siempre desgarrado. Cierro los ojos y en una especie de éxtasis me veo retrocediendo lentamente hacia la cáscara abierta, y las dos mitades, aún húmedas de clara, se cierran en torno a mí...

Cuando salí de la choza y volví a mirar a mi alrededor, el día parecía diferente, como si la luz hubiera cambiado, como si una sombra hubiera barrido la arena y dejado algo a su paso, un oscurecimiento, un escalofrío. Más allá de las suaves olas, asomó un bulto del agua, y a continuación pareció que lo empujaban, se agitó un instante, y apareció una figura, vestida totalmente de negro, su cara era una máscara centelleante y en una mano llevaba lo que parecía un delgado tridente. El corazón se me desbocó, dando bandazos como un globo a merced del viento. El ave marina se alzó de su roca y se alejó volando con un movimiento indolentemente majestuoso. A continuación Poseidón se arrancó la máscara y escupió, y, al verme, me saludó con su lanzaarpones y se alejó andando como un pato sobre los guijarros. Su traje de goma tenía el mismo brillo denso y apagado que las plumas del ave. Me di la vuelta y penetré en el bosquecillo, pero fue un error. Al venir me había perdido, y ahora pensaba que encontraría el camino, pero me equivocaba.

Pienso en mi hija. Enseguida un furioso zumbido de emociones surge en mi pecho. Me exaspera, lo confieso. No confío en ella. Lo sé, lo sé, el síndrome que ella sufre incluso tiene un nombre, aunque la mitad del tiempo pienso que no le ocurre nada, que sus ataques y sus recaídas, sus obsesiones, sus días negros y sus violentas noches de insomnio no son más que una estrategia para hacerme pagar por alguna atrocidad que ella cree que yo le infligí en un remoto pasado. A veces tiene un aspecto distinto, un aspecto fugaz, de refilón, levemente sonriente, en el que parezco entrever una personalidad por completo distinta, fría y maliciosa y secretamente alegre. Con tal inventiva relaciona ella el discurrir del mundo con su propio destino. Está convencida de que todo lo que ocurre contiene una referencia a ella personal y específica. No hay nada, ni un cambio de tiempo, ni una palabra oída al azar en la calle, que no le transmita de manera encubierta algún mensaje de advertencia o aliento. Yo antes intentaba razonar con ella, y acababa farfullando, negando con la cabeza, riéndome, superado por la frustración y la rabia, mientras ella se quedaba ante mí, en silencio, como si estuviera en el cepo, los hombros erguidos y los brazos inertes, la barbilla pegada a la clavícula, ceñuda con un hosco rechazo y desafío. No había forma de conocer cuál sería su estado de ánimo, jamás sabía cuándo podía dar un giro y volverse hacia mí y ofrecerme una nueva versión de sí misma, un mapa totalmente nuevo de ese mundo extraño, intenso y volátil que ella sola habita. Pues eso es lo que parece, que ella vive en un lugar donde no hay nadie más. ¡Qué gran actriz es! Encarna su personaje con una facilidad y una convicción que yo jamás podría igualar. Aunque a lo mejor no finge, quizás ese es su secreto, que ella no actúa, sino que *es* de manera diversa. Como el ayudante del mago, entra sonriente en la caja cubierta de lentejuelas y sale por el otro lado transfigurada.

Lydia jamás compartió mis dudas. Esta es, por supuesto, otra cosa que me llena de enojo. El modo en que corría hacia Cass, sin aliento y con forzado entusiasmo, e intentaba hacerla participar en el último juego que había ideado para desviar la atención de la niña de sí misma y de sus manías.

Y Cass se ponía a jugar, toda sonrisas y tembloroso entusiasmo, solo para dar media vuelta al final y replegarse de nuevo, apática, en sí misma. Entonces Lydia parecía la niña alicaída y Cass el adulto circunspecto.

Tenía cinco o seis años cuando manifestó los primeros síntomas de su dolencia. Una noche llegué tarde a casa después de la representación y ella estaba de pie, en camisón, en la oscuridad de lo alto de las escaleras, hablando. Todavía hoy, al recordarla allí, un escalofrío lento me recorre la nuca. Tenía los ojos abiertos y la cara sin expresión; parecía una imagen de cera. Hablaba en voz baja, sin inflexiones, como la voz de un oráculo. Yo no entendía lo que decía, solo que se trataba de algo relacionado con un búho y con la luna. Pensé que ensayaba en sueños alguna canción infantil o una canción de cuna de cuando era pequeña. La cogí por los hombros, le hice dar media vuelta y la encaminé hacia su habitación. Se supone que en dichas ocasiones experimenta extrañas auras, pero esa noche fui yo quien percibió el olor. Fue el olor, estoy convencido, de lo que le ocurría, de su mal. No era nada del otro mundo, apenas un tenue, flojo, gris y apagado hedor, como el del pelo sin lavar, o de una prenda abandonada en un cajón que huele a cerrado. Lo reconocí. Yo tenía un tío que murió siendo yo niño, apenas lo recuerdo, que tocaba el acordeón, llevaba el sombrero puesto dentro de casa y caminaba con una muleta. Olía igual. La muleta era anticuada, un sencillo palo grueso y tosco y una pieza curva adosada en cruz y forrada de una tela manchada de sudor; la parte del palo vertical donde su mano se agarraba estaba tan lustrosa que tenía una textura de seda gris. Yo pensaba que lo que olía era la muleta, pero ahora creo que era el hedor de su achaque. La habitación de Cass, a la luz de la lamparilla, estaba obsesivamente ordenada, como siempre —nuestra Cass tiene algo de monja—, aunque, para mi alarmado corazón, parecía un lugar de extrema confusión. La hice echarse en la cama, seguía murmurando, tenía los ojos fijos en mi cara, sus manos agarraban las mías, era como si yo la dejara hundirse en un estanque profundo y oscuro, bajo un sauce, a altas horas de la noche. Adormilada, Lydia apareció en la puerta, detrás de nosotros, una mano en el pelo, quería saber qué pasaba. Me senté a un lado de la estrecha cama, aún con las frías y pálidas manos de Cass entre las mías. Contemplé los juguetes de los estantes, la pantalla de las lamparillas, donde había pegadas desvaídas calcomanías; en el papel pintado, personajes de dibujos animados sonreían y hacían cabriolas. Sentí la oscuridad rodeando nuestra gruta de luz como el ogro de un cuento de hadas. Una luna furtiva colgaba torcida en la ventana que había sobre la cama, y cuando levanté la mirada me pareció que me lanzaba un grosero guiño, cómplice y horrible. La voz de Cass, cuando habló, sonó áspera y seca, como polvo cayendo en un lugar reseco.

—Me dicen cosas, papi —dijo, y sus dedos apretaron los míos como si fueran alambres—. Me dicen cosas.

Nunca me dijo qué le decían las voces, qué le pedían que hiciera. Era su secreto. Había periodos de descanso, semanas, meses incluso, cuando las voces decidían callar de común acuerdo. Qué silenciosa parecía la casa entonces, como si se hubiera extinguido un clamor audible para todos. Pero enseguida, cuando mi oído se había acostumbrado, volvía a ser consciente de esa nota sostenida de angustia que siempre había estado allí, en cada habitación, lo bastante fina y desgarradora para hacer añicos el frágil cristal de cualquier esperanza. De los tres, Cass era la más serena ante esos trastornos. De hecho, tanta era su calma a veces que parecía no estar allí, parecía

haberse esfumado, más ligera que el aire. Ella se mueve en un aire distinto, en un medio aparte. Creo que para ella el mundo está siempre en otra parte, en un lugar desconocido en el que, no obstante, ella siempre ha estado. Esto es para mí lo más difícil, pensar que está ahí fuera, en alguna remota y desolada orilla desierta, donde nadie puede ayudarla, bajo una luz inmutable, con un océano de extravío ante ella y las voces de sirena resonando en su cabeza. Ella está siempre sola, siempre ahí fuera. Un día que fui a buscarla al colegio me la encontré observando la extensión de un largo pasillo pintado de verde, en cuyo extremo se había reunido un escandaloso grupo de niñas. Se estaban preparando para jugar o salir, y su risa y sus gritos agudos hacían vibrar aquella atmósfera apagada. Cass estaba allí con la cartera apretada contra el pecho, un poco encorvada hacia delante, la cabeza inclinada a un lado, ceñuda, llena de impaciencia, como un naturalista que entrevé a los miembros de una nueva especie de brillantes e increíbles matices que acaban de posarse en la orilla más alejada de un río imposible de vadear y que dentro de un instante alzarán el vuelo y se perderán en las profundidades de la selva, donde no podrá seguirlos. Cuando oyó mis pasos, levantó los ojos y me sonrió, mi Miranda, y sus ojos hicieron ese truco de girar dentro de sus cuencas como si fueran dos discos planos de metal para mostrar su envés defensivo y blanco. Salimos en silencio a la calle, donde ella se quedó parada un momento, mirando al suelo. Era marzo, y el viento, gris como su abrigo escolar, levantó un remolino de polvo a nuestros pies. Las campanas de la catedral habían estado sonando, y las últimas reverberaciones cayeron en torno a nosotros, arrugando el aire. Me dijo que en clase de historia le habían hablado de Juana de Arco y de las voces que oía. Levantó los ojos, los entrecerró, y sonrió de nuevo, dirigiendo la mirada al río.

—¿Crees que también me quemarán en la hoguera? —dijo. Iba a convertirse en una de sus bromas.

La memoria tiene la cualidad peculiar de fijar con una fuerza tremenda las escenas de apariencia más insignificante. Hay trozos enteros de mi vida que han desaparecido igual que un acantilado que se derrumba en el mar, aunque me aferro a aparentes trivialidades con una tenacidad desaforada. A menudo, en estos días de indolencia, sobre todo en las noches de insomnio, paso las horas reconstruyendo los fragmentos de uno u otro momento recordado, como un mirlo escarbando entre hojas muertas, buscando algo revelador que asome entre la tierra, el tepe del bosque, las cáscaras vacías y los restos de crisálidas, ese bocado que dé sentido a un recuerdo sin sentido, el sabroso bocado oculto a la vista de todos bajo el camuflaje de lo accidental. Hay momentos que pasé con Cass que deberían quemar dentro del forro interior de mi cráneo, momentos en los que pensaba, mientras transcurrían, que jamás tendría la suerte de olvidarlos —las noches junto al teléfono, las horas pasadas vigilando esa forma agazapada e inmóvil bajo las sábanas enredadas, las cenicientas esperas en anónimas consultas—, y que ahora, no obstante, no me parecen más que vagos residuos de pesadillas, mientras que una palabra suya dicha al azar, una mirada lanzada desde el vano de una puerta, un viaje en coche sin rumbo fijo con su presencia inerte a mi lado, resuenan en mi mente, plenos de significado.

Recuerdo una gélida tarde de Navidad en que la llevé al parque para que probara su primer par de patines. La escarcha teñía los árboles de blanco, y una crepuscular neblina rosácea llenaba el aire inmóvil. Yo no estaba de muy buen humor; el lugar estaba lleno de niños que chillaban y de sus

padres, tolerantes hasta la irritación. En cuanto se hubo puesto los patines, Cass se agarró a mí con fuerza, temblando, y no me soltaba. Era como enseñarle a un diminuto inválido los rudimentos de la movilidad. Al final perdió el equilibrio y el borde de su patín me golpeó en el tobillo, y yo la insulté y, con un furioso ademán, le aparté la mano, y ella comenzó a tambalearse hasta que se le fue una pierna por cada lado y quedó sentada en el suelo. Menuda mirada me echó.

Hubo otro día en que también se cayó, un día de abril en el que caminábamos juntos por las colinas. Un clima invernal todavía. Había caído un poco de nieve blanda y húmeda, y en aquel momento brillaba un sol tenue, y el cielo estaba hecho de cristal pálido, y la aulaga era una llama amarilla en contraste con el blanco, y a nuestro alrededor todo era agua que goteaba y caía en hilillos y discurría bajo la hierba exuberante y aplastada. Comenté que todo estaba helado, y ella fingió haber oído que si quería un helado, y respondió que hacía demasiado frío para un helado, y se puso las manos a los costados en una exagerada hilaridad, soltando esa carcajada suya que era como un resoplido. Jamás fue una chica garbosa, y aquel día llevaba unas botas de goma y una chaqueta muy acolchada que le dificultaban el andar, y mientras bajábamos un sendero de piedras situado entre dos paredes de pinos azul negros, tropezó, cayó y se partió el labio. Las gotas de sangre sobre la nieve eran una definición del rojo. La levanté y la apreté contra mí, un cálido bulto de pesar, y una de sus lágrimas de azogue se me metió en la boca. Me acuerdo de nosotros dos allí en medio, entre los árboles temblorosos, el canto de los pájaros, los chismosos susurros del agua que cae en hilillos, y algo se comba en mi interior, se comba y rebota con un tremendo esfuerzo. ¿Qué es la felicidad sino una refinada forma de dolor?

La ruta que tomé para regresar de aquella perturbadora visita a la playa me llevó, no sé cómo, a un terreno más elevado. No tuve conciencia de estar ascendiendo hasta que por fin salí al camino de la colina, justo en el lugar donde había detenido el coche aquella noche de invierno, la noche que me topé con aquel animal. Hacía calor; la luz susurraba sobre los campos. Permanecí en la cima de la colina, y el pueblo y la aguja del campanario quedaban abajo, envueltos en su neblina azul claro. Veía la plaza, y la casa, y la reluciente tapia blanca del convento de Stella Maris. Un pequeño pájaro marrón revoloteó en silencio, subiendo de rama en rama un árbol espinoso que había a un lado de la carretera. Más allá de la ciudad, el mar era ahora una extensión que parecía un espejismo y se confundía con el cielo, sin horizonte que los separara. Era esa hora letárgica de las tardes de verano en que todo se queda en silencio e incluso los gorjeos de los pájaros cesan. En esa hora, en ese lugar, un hombre podría acabar olvidando todo lo que es. Mientras permanecía en medio de aquel silencio, me llegó un sonido casi imperceptible, una especie de trino atenuado, sin subidas ni bajadas. Me desconcertó, hasta que me di cuenta de que lo que oía no era más que el ruido del mundo, esa voz en la que se combina todo lo que hay en la tierra, simplemente lo que ocurre, y mi corazón quedó aliviado.

Bajé hasta el pueblo. Era domingo, las calles estaban vacías, y los lustrosos escaparates negros de las tiendas cerradas me lanzaban miradas de desaprobación mientras pasaba. Una cuña de sombra negra dividía limpiamente la calle mayor en dos mitades. A un lado los coches aparcados se achicharraban al sol. Un chaval me tiró una piedra y se alejó corriendo. Supongo que no sabía qué pensar de mí, con mi barba de varios días, el pelo descuidado y sin duda los ojos como platos. Se

me acercó un perro y me olió el dobladillo del pantalón, sacudiendo melindroso el hocico. ¿Dónde estoy, niño, adolescente, joven, actor acabado? Este es un lugar que debería conocer, el lugar donde crecí, pero soy un extraño, nadie me conoce, ni siquiera yo sé quién soy con certeza. No hay presente, el pasado es azaroso, y solo el futuro está escrito. No devenir ya más y ser de una vez, permanecer como una estatua en alguna plaza olvidada llena de hojas muertas, liberado de la destrucción, soportando las estaciones sin inmutarme, la lluvia y la nieve y el sol, que incluso los pájaros dan por sentadas, ¿cómo me sentiría si fuera capaz de hacerlo? Me volví hacia mi casa, con una botella de leche y una docena de huevos dentro de una bolsa de papel de estraza comprados a una vieja bruja que despachaba en un cuchitril calle abajo.

Había alguien en la casa, lo supe en cuanto crucé la puerta. Me quedé parado con la leche y la bolsa de huevos en la mano, sin respirar, las fosas nasales bien abiertas y una oreja alzada, un animal invadido en su guarida. La serena luz del verano inundaba el vestíbulo, y tres moscas daban vueltas en perfecta formación bajo una bombilla desnuda, gris y peculiarmente repulsiva. Ni un sonido. ¿Qué ocurría, qué olor o señal había captado? Había una deformación en la atmósfera, una ondulación dejada por alguien que había pasado. Cautamente fui de una habitación a otra, subí las escaleras, me crujían los tendones de las rodillas, incluso me asomé al armarito de las escobas que huele a humedad y que está tras la puerta de la trascocina, pero allí no había nadie. ¿Estaba fuera, entonces? Fui hacia las ventanas, comprobando las coordenadas de mi mundo: la plaza en la parte delantera, donde no vi nada anormal; y en la de atrás, el jardín, el árbol, campos, colinas lejanas, toda la quietud del domingo en la algodonosa luz de la tarde. Estaba en la cocina cuando oí un ruido detrás de mí. Un escalofrío me recorrió el cráneo y una gota de sudor asomó en la raya del pelo, bajó por la frente con velocidad y se detuvo. Me di la vuelta. Una chica estaba de pie en la puerta, recortada contra la luz del vestíbulo. La primera impresión que me dio es que estaba un tanto torcida. Los ojos no se veían horizontales, y la boca le colgaba a un lado, con esa flaccidez impúdica típica de los jóvenes que se aburren. Incluso el borde de su vestido estaba torcido. No dijo nada, solo se quedó allí mirándome con inexpresivo candor. Transcurrieron unos momentos de incierto silencio. La habría tomado por otra alucinación, pero se la veía demasiado sólida para eso. Ninguno de los dos habló, a continuación se oyó un arrastrar de pies y una tos, y tras ella apareció Quirke, inclinándose con un ademán de disculpa, sacudiendo hacia un lado los dedos nerviosos de una mano. Aquel día llevaba un blazer azul con botones de latón y los codos brillantes, una camisa que alguna vez había sido blanca, una corbata estrecha, unos pantalones sport grises que le colgaban por el trasero, unos mocasines grises de piel con hebilla en el empeine y calcetines blancos. Se había cortado al afeitarse, tenía pegado a la barbilla un trocito de papel de váter manchado de sangre, una florecilla blanca con un diminuto corazón rojo óxido. Bajo el brazo llevaba una gran caja de cartón, vieja y atada con una cinta de seda negra.

—Usted me pidió los papeles de la casa —dijo. ¿Yo había hecho eso?—. Lo tengo todo —lanzó una mirada en dirección a la caja— aquí.

Adelantó a la chica y se acercó a paso veloz. Colocó la caja sobre la mesa de la cocina, desanudó la cinta y con tierna destreza sacó los documentos, extendiéndolos en abanico como una mano de enormes naipes. Mientras lo hacía iba diciendo:

—Yo pude haber sido un buen abogado —dijo con una melancólica mirada de soslayo, mostrando sus dientes grandes de color cera.

Se inclinó sobre la mesa y me entregó un fajo de páginas de bordes amarillentos recorridos de una elaborada caligrafía color sepia. Los cogí, los sostuve en la mano y los miré; poseían esa suave y mohosa fragancia de los crisantemos secos. Les eché un vistazo a las palabras. *Considerando que... lo mencionado anteriormente... a fecha de...* Un bostezo incipiente me hizo tensar las aletas de la nariz. La chica se acercó y se quedó junto a Quirke, mirando con apática curiosidad. Quirke había emprendido la detallada narración de una prolongada, histórica e intrincada disputa acerca del arrendamiento de tierras, las lindes y los derechos de paso, ilustrando cada fase de la riña con su trozo de pergamino, sus escrituras, su mapa. Mientras hablaba, yo me imaginaba a los actores del drama, los padres intransigentes, las sufridas madres, los tercetos hijos, las hijas que languidecían de consunción con sus bordados y sus novelas. Y también me imaginaba a Quirke, vestido, como ellos, con una de esas antiguas chaquetas de fustán de anchas solapas en una húmeda buhardilla, encorvado sobre sus documentos junto a la tenue luz de un cabo de vela, mientras el viento nocturno soplabá a través de las tejas y los gatos merodeaban por el descuidado jardín trasero bajo una luna que parecía una rodaja de latón bruñido.

—El hijo se apoderó del testamento del padre y lo quemó —estaba diciendo con un susurro ronco y fidedigno, cerrando un ojo y asintiendo de manera ostentosa—. Y, puede estar seguro, el viejo habría acabado dejándoselo a *él*... —extendió un dedo delgado y ligeramente tembloroso y dio unos golpecitos en la página superior de los documentos, allí donde yo los sujetaba—. ¿Lo ve?

—Lo veo —dije, muy serio, aunque no era verdad.

Se quedó a la expectativa, estudiando mi cara, a continuación suspiró; no hay manera de satisfacer el apetito del aficionado. Desanimado, volvió la cabeza, y, taciturno, miró el jardín a través de la ventana, aunque sin verlo. La luz del sol se volvía bronceína a medida que la tarde se apagaba. La chica le dio un suave golpecito con la cadera y él parpadeó.

—Ah, sí —dijo—, esta es Lily —Lily me dedicó una sonrisa carente de alegría e hizo una reverencia burlona—. Necesitará a alguien que le ayude en la casa —dijo—. Lily se encargará de todo.

Molesto y compungido, reunió sus documentos y los metió en la caja. Colocó la tapa y volvió a atarla con la cinta de seda negra; de nuevo observé la destreza de sus dedos recatados. Sacó sus clips de montar en bici del bolsillo del blazer, se inclinó y se los puso con un gruñido. La chica y yo contemplamos su coronilla y la superficie viscosa de su pelo pajizo y los hombros inclinados, con su leve nevada de caspa. Podríamos haber sido los padres y él un hijo demasiado crecido y feo del que no estamos muy orgullosos. Se incorporó, y semejó por un momento un eunuco de palacio con bombachos, con su palidez de levadura y sus calcetines blancos y sus mocasines con la punta levantada.

—Me voy —dijo.

Le acompañé por el pasillo hasta la puerta principal. La bicicleta estaba apoyada de cualquier

manera contra una farola: la rueda delantera hacia arriba y el manillar torcido, como un cómico que encarnara a un borracho. La enderezó y sujetó la caja con los documentos en el portabultos, y en medio de un hosco silencio montó y se alejó. Tiene una forma de pedalear totalmente inconfundible, sentado casi en el extremo posterior del sillín, con los hombros caídos hacia delante y la panza hacia arriba, guiando con una mano mientras la otra reposaba sobre su regazo, las rodillas subiendo y bajando como pistones de un motor al ralentí. Tras haber cruzado media plaza frenó y se detuvo, puso un pie en el suelo, como si diera un paso de ballet, y volvió la cabeza; le saludé con la mano; siguió su camino.

En la cocina me encontré a la chica junto al fregadero, realizando de manera aletargada los movimientos de fregar los platos. No es una muchacha guapa, ni, por su aspecto, especialmente limpia. Bajó la cabeza cuando entré. Crucé la estancia y me senté a la mesa. El sol había disuelto la mantequilla que había en un plato, y ahora era un graso charco de grumos; el calor había festoneado decorativamente los bordes de una rebanada de pan rancio. La leche y la bolsa de huevos estaban donde las había dejado. Miré el cuello largo y pálido de la muchacha y su pelo sin color, lacio como colas de rata. Me aclaré la garganta y tamborileé los dedos sobre la mesa.

—Y dime, Lily —pregunté—, ¿cuántos años tienes?

Detecté en mi voz ese tono siniestro, empalagoso y falso de quien quiere parecer inofensivo, la voz de un malicioso viejo verde.

—Diecisiete —respondió ella sin vacilar; estoy seguro de que tiene algunos menos.

—¿Vas a la escuela?

Un torcido encogimiento de hombros, el derecho subió y el izquierdo cayó.

—Antes iba.

Me levanté de la mesa y me acerqué a ella, apoyándome en el fregadero con los brazos y los tobillos cruzados. La postura y el tono, dos cosas muy importantes; una vez te has hecho con la postura y el tono, el papel en la obra viene rodado. Las manos de Lily, sumergidas en el agua caliente, se veían irritadas hasta las muñecas, como si llevara un par de guantes quirúrgicos de color rosa. Estas son las manos de Quirke, hermosas y delicadas. Colocó una taza al revés sobre el fregadero, en medio de una espuma de opalescentes burbujas. Le pregunté de buenas maneras si no le parecía que debería aclarar la espuma. Se quedó inmóvil por un instante, observando la pila, a continuación giró lentamente la cabeza y me lanzó una mirada sin expresión que me hizo estremecer. C cogió la taza muy despacio y la sostuvo bajo el chorro de agua. Acto seguido volvió a colocarla. A toda prisa regresé a mi lugar en la mesa, con el rabo entre las piernas. ¿Cómo se las arreglan los jóvenes para desconcertarnos de ese modo con una simple mirada, una mueca? Acabó de fregar los platos y se secó las manos con un trapo; vi que tenía los dedos manchados de nicotina.

—Tengo una hija, sabes —dije, y en ese momento parecí el viejo y cariñoso bobo que no sabe qué decir—. Es mayor que tú. Se llama Catherine. Nosotros la llamamos Cass.

A lo mejor no me había oído. La observé mientras guardaba las tazas y los platillos aún

húmedos; qué bien sabe dónde hay que colocarlos, debe de ser un instinto femenino. Cuando hubo acabado miró vagamente a su alrededor, a continuación se volvió para marcharse, pero se detuvo, como si acabara de recordar mi existencia, y me miró, arrugando la nariz.

—¿Eres famoso? —dijo en un tono de maliciosa incredulidad.

Siempre me ha parecido una desgracia que las cosas que nos hacen avergonzarnos cuando somos jóvenes sigan afectándonos en la edad adulta con la misma intensidad. ¿No basta con que nuestras juveniles meteduras de pata nos llenen de sonrojo en nuestra edad más tierna, para que la cosa tenga que continuar sin remedio, como quemaduras dispuestas a volver a arder al menor roce? No: una indiscreción cometida en tu primera adolescencia seguirá ruborizando al nonagenario en su lecho de muerte. Ha llegado el momento de sacar a la luz una de esas quemaduras de mi pasado que preferiría dejar en la fresca tiniebla del olvido. El caso es que comencé mi carrera no vestido con un jersey de cuello alto en una de esas radicales producciones de vanguardia, en un sótano de veinte localidades, sino en un escenario para aficionados, en el salón de actos de mi pueblo natal, ante un público de provincianos boquiabiertos. Actuaba en uno de esos dramas rurales que aún se escribían en la época, en los que todo eran boinas y cayados de endrino y viejecitas con chal que se lamentaban por la pérdida de sus hijos junto a falsos fuegos de turba. Aún me sonrojo al recordar la noche del estreno. Las frases cómicas se recibían con un silencio respetuoso, mientras que los momentos más trágicos provocaban tormentas de hilaridad. Cuando finalmente cayó el telón, la zona entre bastidores tenía el aire de un quirófano en el que la última de las víctimas de un desastre natural ha sido limpiada, cosida y retirada en camilla, mientras que los actores parecíamos heridos, nos apretábamos mutuamente el brazo en señal de compasiva solidaridad y nos oíamos tragar saliva.

Ojalá pudiera decir que éramos una compañía pintoresca, encantadores bribones y complacientes bellezas locales, pero lo cierto es que constituíamos un grupo triste y patético. Nos veíamos para ensayar tres veces por semana en el gélido salón de actos de la iglesia que nos prestaba un párroco fascinado por el teatro. Yo interpretaba al hermano menor del musculoso héroe, hacía de chico sensible, que planea ser maestro y montar una escuela en el pueblo. Ignoraba que supiera actuar hasta que Dora me tomó de la mano y me condujo hasta las candilejas. Dora: mi primera manifestación de la musa. Era una persona recia y compacta, con el pelo corto e hirsuto y gafas de montura de plástico rosa claro. Recuerdo su provocativo olor a carne, que ni siquiera el más fuerte perfume podía ocultar del todo. Se había unido a los Priory Players en busca de marido, sospecho, y en lugar de eso me encontró a mí. Yo tenía diecisiete años, y aunque no creo que ella hubiera rebasado los treinta, me parecía inmensamente vieja, y también de una manera excitante, una especie de madre a la inversa, carnal y profana. Pensaba que ella ni se había dado cuenta de mi existencia hasta que una tempestuosa tarde de octubre en que el ensayo acabó temprano, me invitó a tomar una copa con ella en el pub. Fuimos los últimos en salir del salón parroquial. Ella se estaba poniendo el impermeable y no me miraba a los ojos. Hay veces que uno consigue ver cómo funciona la memoria, cómo examina los detalles del momento y los almacena para el futuro. Mientras ella luchaba con una manga que se le resistía, observé una luz oleaginosa que se deslizaba bajo el lateral de su impermeable de plástico, y la estufa de parafina, situada en un rincón de la sala, detrás de ella, donde la llama, al expirar, consumía la mecha que alguien había dejado al mínimo con una premura cada vez más desesperada, y la puerta del vestíbulo agitándose por la corriente, y a través del hueco una masa de árboles oscuros y una ranura de bordes dentados de plata fundida en el tormentoso cielo del oeste. Al final consiguió colocar el brazo dentro de la manga y levantó la cabeza ofreciéndome una irónica sonrisa a la defensiva; una mujer como Dora aprende a anticiparse a una

negativa.

Caminamos en silencio a través del lívido crepúsculo rumbo a los muelles, donde barcas de pesca amarradas daban bandazos en el oleaje, y una campana sobre una boya situada en medio del puerto sonaba una y otra vez. Dora no apartaba los ojos del camino, y tuve la preocupante sospecha de que intentaba no echarse a reír. En el pub se sentó sobre un taburete alto con las piernas cruzadas, exhibiendo una lustrosa rodilla. Pidió un *gin-tonic* y me permitió encenderle una cerilla con mi mano temblorosa y acercársela a la esquiva punta de su cigarrillo. Yo jamás había estado en un pub, jamás había pedido una copa ni encendido el cigarrillo de una mujer. Mientras intentaba llamar la atención del camarero me di cuenta de que la franca mirada de Dora se paseaba por mi cara, mis manos, mis ropas. Y cuando me volví hacia ella, no apartó los ojos, simplemente levantó la barbilla y me lanzó una mirada sonriente, dura, atrevida. No recuerdo de qué hablamos. Ella fumaba como un hombre, chupando el cigarrillo con violenta concentración, los hombros encorvados y los ojos entrecerrados. Tenía un pecho y unas caderas rotundas, y la carne se veía prieta en el interior de su corto vestido gris. El humo y los vapores dulces y plateados de la ginebra comenzaron a actuar sobre mis sentidos. Me habría gustado ponerle una mano en la rodilla; casi podía sentir el tenso y sedoso tejido de sus medias bajo mis dedos. Ella seguía mirándome con esa sonrisa desafiante y medio burlona, y yo empezaba a ponerme nervioso y procuraba esquivar sus ojos. Acabó la copa echando bruscamente la cabeza hacia atrás, se bajó del taburete, se puso el abrigo y dijo que tenía que marcharse. Cuando estuvimos en la puerta del pub se detuvo, dándome tiempo a..., no supe qué. Mientras se daba la vuelta oí cómo exhalaba un leve y brusco suspiro. Nos separamos en el muelle. Yo me quedé mirándola mientras se perdía en la oscuridad, la cabeza gacha y los hombros firmes contra el frío. El viento procedente del mar la azotaba, agitaba sus hirsutos rizos y le pegaba el abrigo contra el cuerpo. El golpeteo de sus tacones altos contra el suelo parecía el sonido de algo que me subiera por la espina dorsal.

Después de eso no volvió a hacerme caso, hasta que una noche me la encontré saliendo del lavabo de detrás del salón parroquial. Tenía una expresión ceñuda y llevaba un vaso de agua, y en un arrebato de atrevimiento que me aceleró el corazón en un acceso de pánico, la empujé hacia la lanosa oscuridad de la alcoba donde se guardaban los abrigos y la besé torpemente mientras le ponía una mano en su pecho firme y cálido, provisto de una desconcertante coraza. Se quitó las gafas para estar más cómoda, y sus ojos parecieron volverse borrosos y se pusieron a nadar en las órbitas como peces soñadores. La boca le sabía a humo, a pasta de dientes y a algo parecido al olor a pies, lo que hizo que me hirviera la sangre. Tras unos momentos, soltó una risita gutural, me puso una mano en el pecho y me empujó, sin brusquedad. Aún tenía el vaso en la mano; lo miró, volvió a reírse, y la superficie del agua tembló ligeramente, y una gota de vaho, veloz como el mercurio, bajó en zigzag por el lado empañado.

Así empezó nuestra relación, si así se la podía llamar. No fueron más que unos cuantos besos torpes, un tembloroso frotamiento de manos, un destello de muslo blanco en el hueco entre dos asientos en el cine, un silencioso forcejeo que acababa en un susurrado *¡No!* y el melancólico chasquido del elástico al soltarse. Supongo que era imposible que ella me tomara en serio, siendo como era un joven inexperto. «Soy una corruptora de menores», me decía, negando con la cabeza y

soltando un suspiro compungido hasta la exageración. Jamás me dio la impresión de que me prestara excesiva atención, pues siempre parecía levemente preocupada, como si no me escuchara solo a mí y esperara una ansiada respuesta procedente de otra parte. Cuando le daba la mano tenía la extraña sensación de que miraba más allá de mi hombro, a otra presencia que estuviera detrás de mí, alguien a quien solo ella podía ver, y que nos observaba angustiada, quizás, o con furiosa impotencia. A veces, cuando estábamos solos, sonreía para sí de una forma inquietante, los labios le temblaban y entrecerraba los ojos, como si disfrutara de un chiste secreto y vergonzoso. Pienso ahora que algo debía de haber en su pasado —esperanzas frustradas, traición, un novio que la abandonó— y que se vengaba de manera fantasmal a través de mí.

No me contó nada de ella. Vivía en el extremo norte de la ciudad, en un barrio turbulento de casas del ayuntamiento y peleas los sábados por la noche. Solo una vez me permitió acompañarla a casa. Estábamos en pleno invierno, había una fuerte helada y la oscuridad relucía y todo estaba tranquilo y silencioso, y nuestras pisadas resonaban sobre el hierro de las aceras heladas. Apenas había un alma en la calle. Las pocas personas con las que nos cruzamos esa noche parecían la viva imagen de la soledad, enfundadas en sus abrigo y bufandas, y sentí una incómoda sensación de orgullo por ir del brazo de aquella misteriosa y provocadora mujer. El aire helado era como una lluvia de diminutas agujas, y me recordó al bofetón que mi madre me dio años antes, el día de la muerte de mi padre. Cuando estábamos ya cerca de su casa, Dora me hizo pararme y me besó bruscamente y echó a correr. En el silencio de la inmensa noche me quede allí y escuché el ruido que hacían las monedas mientras ella buscaba la llave en su bolso, oí la llave entrando en la cerradura, oí la puerta abrirse y cerrarse tras ella. Una radio sonaba en alguna parte, melodías de orquesta de baile, una música metálica, extraña y triste. En lo alto, una estrella fugaz describió su breve arco y yo imaginé que la había oído al pasar, una ráfaga, un susurro, un suspiro.

Fue a Dora, fuera del escenario, a quien le ofrecí mi primera auténtica interpretación, para quien asumí mis primeros auténticos papeles. Cómo posaba y me acicalaba ante el espejo de su mirada escéptica. Y también en escena vi mi talento reflejado en ella. Una noche me volví en mitad de mi monólogo final —*¿Y a quién de nosotros, hermano, recordará Ballybog?*— y distinguí el destello de sus gafas entre bastidores, desde donde me miraba, y bajo el calor de su huraña envidia algo se abrió en mí como una mano y por fin me metí en el papel como si fuera mi propia piel. Después de eso, nunca miré hacia atrás.

Baja el telón, el bar es invadido en el intermedio, y en el espacio del enorme silencio que se establece en la sala, por unos instantes vacía, treinta años pasan volando. Es otra noche de estreno, y, para mí, la última. Me hallo en lo que los críticos llamarían, hurgando de nuevo en su amplia cesta de tópicos, mi mejor momento. He tenido éxitos desde aquí hasta Adelaida. He tenido miles de teatros llenos de público en la palma de la mano, y también a un buen número de mujeres importantes. ¡Cuántos titulares he llenado! Mi favorito es el que escribieron tras mi primera gira por Estados Unidos: *Alejandro descubre un Nuevo Mundo que conquistar*. Dentro de su armadura, sin embargo, las cosas no iban tan bien para nuestro héroe lleno de taras. Cuando me derrumbé, yo fui el único para quien no supuso ninguna sorpresa. Durante meses me habían acosado unos ataques de turbación que me dejaban paralizado. De manera involuntaria me fijaba en una parte de mí, un dedo,

un pie, y me lo quedaba mirando con horror, paralizado, incapaz de comprender cómo era posible que se moviera, qué fuerza lo guiaba. Iba por la calle y veía mi reflejo en un escaparate, y me escabullía sigilosamente, la cabeza gacha, los hombros alzados y los codos apretados a los lados, como un criminal llevándose un cadáver, y titubeaba hasta casi caerme, como si me hubiesen dejado sin aliento de un golpe, abrumado por el ineludible destino de ser lo que era. Fue eso lo que por fin me agarró de la garganta aquella noche en escena y silenció mis palabras mientras las pronunciaba, esa espantosa conciencia, ese insoportable exceso de ego. Al día siguiente se habló mucho del asunto, desde luego, y mucho se especuló acerca de lo que me había ocurrido. Todo el mundo coincidió en que era debido al alcohol. El incidente adquirió una breve notoriedad. Un periódico — en primera página, ni más ni menos— citó a un contrariado espectador que afirmaba que había sido como ver a una estatua gigantesca bajándose de su pedestal y reduciéndose a escombros en escena. No sabía muy bien si sentirme halagado u ofendido por la comparación. Habría preferido que me compararan con Agamenón, pongamos, o a Coriolano, uno de esos héroes de noble destino que se tambalean bajo el peso de su propia magnificencia.

Contemplo la escena a escala reducida, todo diminuto y reproducido con obsesivo detallismo, como una de esas maquetas con las que tanto les gusta jugar a los escenógrafos. Ahí estoy paralizado, con mi atavío de general tebano, la boca abierta, mudo como un pescado, todos los miembros del reparto inmóviles a mi alrededor, mirando aterrados, como quien observa la escena de un terrible accidente. Desde que se alzara el telón, todo había salido mal. Hacía calor en el teatro, y con mi peto y mi túnica me sentía como si estuviera envuelto en pañales. El sudor me nublabla la vista y me parecía que pronunciaba mis frases a través de una mordaza húmeda. «¿*Quién, si no yo, es entonces Anfitrión?*», grité —la recuerdo ahora como la frase más conmovedora de toda la obra—, y de pronto todo se trasladó a otro plano y yo estaba allí y al mismo tiempo no estaba. Fue como el estado que relatan los que han sobrevivido a un ataque al corazón: me parecía estar en escena y al mismo tiempo verme desde algún lugar de las bambalinas. No hay nada tan horriblemente emocionante en el teatro como cuando un actor se queda en blanco. Mi mente daba vueltas y sacudidas como la correa rota de un motor que gira sin control. No es que hubiera olvidado mis frases —de hecho podía verlas claramente delante de mí, como si me las mostrara el apuntador—, sino que era incapaz de pronunciarlas. Mientras estaba allí amordazado y sudoroso, el joven que hacía el papel de Mercurio, quien, disfrazado de Sosia, el criado de Anfitrión, se suponía que tenía que lanzarme pullas acerca de la pérdida de mi identidad, se quedó traspuesto tras las almenas de contrachapado, mirándome con unos ojos aterrados en los que estoy convencido de que pude verme doblemente reflejado, dos diminutos e hinchados Anfitriones, los dos sin habla. Ante mí, entre bastidores, Alcmena, mi esposa en la obra, intentaba hacerme reaccionar, leyéndome el texto y moviendo frenéticamente los labios. Era una chica guapa, absurdamente joven; desde el inicio de los ensayos había intentado coquetear conmigo, sin mucho convencimiento, entre escena y escena, y ahora, mientras se retorció en aquella semipenumbra, abriendo y cerrando la boca en silencio como la valva de una criatura marina, me sentí un tanto avergonzado, no tanto por mí sino por ella, por esa niña que esa misma tarde había yacido en mis brazos derramando fingidas lágrimas de éxtasis, y quise cruzar el escenario y llevar un dedo a sus labios para que dejara de moverlos, y decirle que todo iba bien, que no pasaba nada. Por fin, al ver en mi cara, supongo, parte de lo que

estaba pensando, dejó el texto a un lado y me miró con una lástima, una impaciencia y un desprecio imposibles de disimular. El momento armonizaba de un modo tan grotesco con el punto al que habíamos llegado en nuestra así llamada aventura amorosa —los dos en silencio, sin saber qué decir, confrontados en aquella muda desesperación—, que a pesar de mi zozobra estuve a punto de echarme a reír. Pero en lugar de eso, con un esfuerzo, y con más cariño del que había conseguido demostrarle en los momentos más intensos de pasión, asentí, un simple gesto con la cabeza, como muestra de disculpa y compungida gratitud, y aparté la mirada. Mientras tanto, detrás de mí, en la sala, la atmósfera sonaba como una cuerda de violín tensada hasta el punto de romperse. Se oían muchas toses. Alguien soltó una risita ahogada. Distinguí a Lydia, que se había quedado blanca y me miraba desde la platea, y recuerdo que pensé: «Gracias a Dios que Cass no está». Me volví y con paso fúnebre, como si me viera absorbido por el suelo del escenario, hice un mutis grave y vacilante, mientras mi armadura producía cómicos crujidos y ruidos metálicos. Ya bajaban el telón, lo sentía descendiendo encima de mi cabeza, lento y sólido como un rastrillo de piedra. Del público me llegaban abucheos, y unos pocos aplausos de solidaridad, no muy entusiastas. En la penumbra entre bastidores me pareció intuir figuras que iban de un lado a otro. Uno de los actores que había detrás de mí pronunció mi nombre con un furioso susurro lo bastante alto para que lo oyeran los espectadores. Cuando aún me quedaban un metro o dos por recorrer perdí por completo los nervios y eché a correr y prácticamente me caí dentro de las bambalinas, mientras las inmensas y sombrías carcajadas de los dioses estremecían el escenario en torno a mí.

Qué bien me habría ido otra Dora que se burlara de mi egoísmo enfermizo. Me habría agarrado del cuello con una llave de luchador —podía ser muy dura, Dora— y me habría frotado sus carnosos pechos contra la espalda y se habría reído, mostrando los dientes y las encías y la epiglotis con su tembloroso pólipo rosa, y yo me habría curado. Pero tuve que huir, claro. ¿Cómo iba a mostrarme en público, ante mi público, después de que la máscara se me hubiera caído de manera tan espectacular? De modo que hui, no lejos, y oculté la cabeza aquí, lleno de vergüenza.

Antes de huir quise descubrir cuál podía ser la naturaleza exacta de mi enfermedad, más por curiosidad, creo, que por tener alguna esperanza de curación. Una noche, en un bar, empapado de ginebra, conocí a un colega actor que años antes había experimentado un derrumbe igual que el mío. En aquel momento estaba muy bebido, y yo había pasado una hora espeluznante oyéndole derramar su relato de dolor, pues se le trababa la lengua y repetía muchas veces lo mismo. Entonces, de pronto, se le pasó la trompa, de esa manera que a veces se da entre bebedores infelices, y dijo que yo debía ver a su hombre —así fue como lo expresó, con una voz resonante, con perfecta dicción, que acalló las mesas que había a nuestro alrededor: *¡Cleave, debes ir a ver a mi hombre!*— y en el dorso de un posavasos me anotó la dirección de su terapeuta, el cual, me aseguró, dándose golpecitos con el dedo en una de sus fosas nasales, era la discreción en persona. No volví a pensar en ello hasta un par de semanas después, cuando encontré el posavasos en el bolsillo y busqué el número de teléfono, y al poco me encontraba —era una cristalina noche de abril— en una puerta sin nombre de una casa vulgar y corriente de ladrillo rojo situada en un barrio residencial, sintiéndome inexplicablemente nervioso, con el corazón desbocado y las palmas de las manos húmedas, como si estuviera a punto de subir a escena para representar el papel más difícil de mi vida, lo que era el

caso, supongo, pues debía interpretarme a mí mismo, y el papel no estaba escrito.

El terapeuta, que se llamaba Lewis, o Louis —jamás descubrí si era su nombre o su apellido—, era un joven con aspecto avejentado, que tenía unos ojos muy hermosos, castaño oscuros, angustiados. Me dio un fúnebre apretón de manos y me hizo subir unas escaleras alfombradas que me recordaron la casa de huéspedes de mi madre, y al final me depositó en una sala de espera abarrotada que no olía muy bien y daba —unos visillos cubrían la ventana— a un patio en el que se veían cubos de basura y un gato. Pasó un cuarto de hora. En la casa imperaba una atmósfera lúgubre, de tensa espera, como si fueran a ocurrir acontecimientos terribles. Ni un sonido perturbaba el silencio. Me imaginé a Lewis encerrado en la terrible y muda compañía de algunos desventurados mucho más enfermos que yo, y me vi como un fraude, y al instante tuve la tentación de echar a correr. Al final apareció y me llevó a la consulta, que estaba en el primer piso —su escritorio era color gris plomo, había dos butacas, una alfombra color gachas—, y de inmediato inicié una atropellada y levemente histérica confesión de lo fraudulento que me sentía. Él levantó una mano fina y sin vello y sonrió, cerrando los ojos un momento, y negó con la cabeza. Supongo que era lo que le contaba todo el mundo en la primera visita. Sin embargo, yo no podía parar, y le dije que no sabía por qué estaba allí, y me quedé de una pieza cuando él me contestó que tampoco lo sabía. No me había dado cuenta de que lo decía en broma.

—Por qué no intenta explicármelo —me dijo— y así quizás los dos lo sepamos.

Eso aumentó mi recelo, pues sospeché que sabía perfectamente quién era yo, y qué me ocurría, pues solo habían transcurrido un par de semanas desde que mi oprobio se extendiera, como un vómito, por todos los periódicos. Supuse que no sería muy cortés por su parte, profesionalmente hablando —es decir, poco ético—, admitir que poseía alguna información obtenida fuera de esas cuatro paredes. En cualquier caso, por lo que se refería a nuestra hora juntos, el mundo no existía fuera de esas cuatro paredes. El consultorio del terapeuta, donde incluso el silencio resulta distinto, es un mundo en sí mismo. Desde luego, mis experiencias con Cass no me fueron de ninguna ayuda en aquel lugar. De hecho, ni siquiera por un momento pensé en Cass. Los problemas de uno son siempre únicos.

Estábamos sentados en las butacas, el uno frente al otro, con el escritorio a un lado como un árbitro que no se pierde detalle. Recuerdo muy vagamente todo lo que le dije. Había frecuentes e incómodos silencios. En algún momento, para mi indignación, aunque me lo esperaba, me eché a llorar. Él no dijo mucho, al menos con palabras, aunque su presencia poseía una poderosa y no obstante enigmática elocuencia. Recuerdo con claridad dos cosas que dijo. Me había quejado de no ser feliz, y al instante me eché a reír y dije que suponía que él estaba a punto de preguntarme por qué pensaba que debería serlo, pero para mi sorpresa negó con la cabeza, se volvió y miró por la ventana en saliente que había tras su escritorio, en dirección a las ramas del castaño que verdeaba, y dijo que no, al contrario, que creía que la dicha era el estado natural de los seres humanos. Desarrolló dicha afirmación reconociendo que, por supuesto, no siempre sabemos lo que es natural o mejor para nosotros, pero yo apenas le escuchaba, pues la idea me resultaba tan asombrosa que me quedé sin habla, literalmente, y aquel día la sesión acabó antes.

Otra cosa que recuerdo que dijo es que me veía abrumado..., esa fue la palabra que utilizó. Me pareció disparatado, incluso un tanto melodramático, y así se lo dije. Él insistió, sin embargo, y con ello quiero decir que no discutió ni protestó, sino que se limitó a permanecer sentado en silencio, mirándome con una expresión atenta y serena, y tras considerarlo un momento estuve de acuerdo con él, y dije que sí, que abrumado era exactamente como me sentía.

—¿Y qué es lo que me abruma? —dije, más en tono de impaciencia que de interrogación.

—Eso es lo que quiero saber.

No hace falta que diga que no me dio ninguna respuesta. Después de eso no volví a su consulta, no por que me sintiera decepcionado, ni furioso por que hubiera sido incapaz de ayudarme, sino solo porque me parecía que no tenía nada más que decirle. Sospecho que lo mismo pensó él, pues aquel día, cuando me marchaba, me estrechó la mano de manera más afectuosa que de costumbre, y en su sonrisa se leía una tristeza melancólica; era la sonrisa de un padre que ve cómo su hijo de espíritu angustiado sale al mundo y se tiene que valer por sí mismo. Pienso en él con nostalgia, casi con añoranza. Quizás me ayudó sin que yo me diera cuenta. El silencio que reinaba en aquella sala era como un bálsamo. Le escribí a Cass y le hablé de él. Fue una especie de confesión, mal disimulada con cierta sorna; también fue una especie de disculpa, mientras ocupaba mi lugar, avergonzado, en las filas inferiores del alto consistorio en el que ella era una experta desde tiempo atrás. No me contestó. Yo había firmado la carta como El Abrumado.

¿Qué voy a hacer con esta chica, esta Lily? No dejo de pensar en ella, aunque lo cierto es que tengo pocas cosas en las que pensar. Me siento como un sátrapa al que sus súbditos le regalan otra superflua concubina. Con su presencia esta casa parece abarrotada hasta lo indecible. Ha roto el equilibrio de las cosas. La mujer fantasma y su hijo aún más espectral eran ya bastante, y no necesitaba a esta muchacha demasiado corpórea para que me fuera detrás todo el día. Esquivo su presencia como si pudiera explotarme en la cara en cualquier momento. El primer día completo que pasó a mi servicio fregó la mitad del suelo de la cocina, lo sacó todo de la nevera y volvió a colocarlo otra vez, y no sé qué hizo en el lavabo de abajo que no acaba de funcionar. Tras todas estas labores, su entusiasmo decayó. Podría librarme de ella, desde luego, podría decirle a Quirke que no la necesito, que yo mismo puedo encargarme de la casa, pero algo me lo impide. ¿Será que, de manera inconsciente, anhelaba tener compañía? No se puede decir que Lily sea una persona muy cordial. Se pasea enfurruñada por la casa como si se hallara bajo arresto domiciliario. ¿Por qué se queda, si tan descontenta está? Le pago una miseria, apenas para sus gastos personales, de modo que poco provecho saca, y lo mismo Quirke. Y, en todo caso, ¿por qué me la endilgó? Quizás se siente culpable por los años que ha tenido la casa en el abandono, aunque sospecho que el sentimiento de culpa no es una de las debilidades de Quirke. Lily se queda hasta bien entrada la tarde, despatarrada en una butaca de la sala, leyendo alguna revista ilustrada, o meditando junto a una ventana, la barbilla apoyada en la mano, siguiendo con una mirada apática a los pocos transeúntes de la plaza. Ya es casi de noche cuando Quirke viene a recogerla, bamboleándose sobre su bici hasta la puerta y apareciendo en el vestíbulo con sus clips de ciclista, humilde, como si estuviera incómodo, parece un pariente pobre. Observo cómo él deja caer la mano pesadamente sobre el hombro de ella y cómo Lily, con desgana, intenta esquivarla. No sé dónde van cuando llega la noche; se pierden sin rumbo en la oscuridad, al parecer sin dirección fija. Observo cómo mengua en la distancia el intermitente brillo de la luz trasera de la bicicleta de Quirke. ¿Qué clase de vida llevan lejos de aquí? Un día, cuando le pregunté por su madre, Lily se quedó lívida. «Está muerta», dijo, y volvió la cara.

Siempre está aburrida; su estilo de vida, el medio en que se desenvuelve, es el aburrimiento. Se entrega a la inactividad casi de una manera sensual. Es una voluptuosa de la indolencia. Mientras lleva a cabo alguna tarea rutinaria —barrer el suelo, limpiar una ventana—, sus gestos se van ralentizando hasta detenerse, sus brazos caen yertos, la mejilla languidece y se inclina hacia el hombro, los labios quedan flojos e hinchados. En esos momentos de quietud y abandono adquiere un aura sobrenatural, exuda una especie de resplandor negativo, una luz oscura. Me recuerda a Cass, desde luego; en todas las hijas veo a la mía. No podrían ser más distintas, en casi todos los aspectos, esta chica sosa y desaliñada y mi compulsiva hija, y sin embargo hay algo esencial que es común a ambas. ¿Qué puede ser? Poseen la misma mirada desencantada, apagada, ese mismo parpadeo lento, ese concentrarse con un ceñudo esfuerzo, que Cass, cuando tenía la edad de Lily, volvía contra mí cuando, por las buenas o por las malas, intentaba arrancarla de su melancolía. Pero debe de haber algo más que eso, algo más profundo que una mirada, que hace que tolere esta invasión de mi soledad.

No se me ocurre qué hace Lily en todo el día. Me descubro intentando seguir sus movimientos. Me quedo inmóvil, sin respirar, e intento oírla, en una especie de ansiosa expectación, de la misma

manera que, los primeros días que pasé aquí, esperaba la aparición de mis fantasmas. Es capaz de pasarse horas en silencio, sin emitir un sonido, y luego, de pronto, justo cuando he relajado la vigilancia, se oye un ensordecedor estruendo procedente de su transistor —va a todas partes con él, como una prótesis—, o de la puerta de algún dormitorio al abrirse o cerrarse de un portazo, y luego el resonar de sus tacones en los peldaños, como el sonido de un limpiaventanas al caer de la escalera. Me la he encontrado practicando pasos de baile, moviéndose y danzando sin levantar los pies, al ritmo casi inaudible de sus auriculares y siguiendo la melodía con un falsete que parece un chillido nasal de murciélago. Cuando ve que la observo, se quita los auriculares de un golpe, vuelve la cabeza, y me lanza una hosca mirada en dirección a mis rodillas, como si me hubiera aprovechado injustamente de ella. Vaga sin rumbo por la casa igual que hacía yo de niño. Ha estado en la buhardilla —confío en que no se haya topado con mi padre—, y sospecho que también en mi habitación. ¿Qué secretos cree que va a descubrir? No hay ninguna rana embotellada que encontrar. Mi alijo de pornografía también se ha esfumado, pues un día, molesto de pronto conmigo mismo, lo tiré: creo que al menos me he curado del sexo; desde luego, los síntomas remiten de manera satisfactoria.

A Lily le da por hacer cosas. Empezó un álbum de recortes con uno de los libros de contabilidad encuadernados en tela de mi madre; pegó fotos de sus ídolos del pop en las columnas de cifras anotadas a lápiz, con un engrudo que ella misma preparó con agua y harina; luego tuve que llamar a Quirke para desatascar el fregadero. Me parece que él le sacudió por ello, pues al día siguiente Lily apareció con un moratón azul y amarillo en la mejilla. No sé si debería comentárselo a Quirke. Desde luego, no volveré a contarle nada de lo que hace su hija. Se la vio alicaída un par de días, hasta que ayer hubo ese golpe que hizo temblar la pared, como si se hubiera caído un mueble. Salté de la silla y subí los escalones de tres en tres, previendo un desastre. Me la encontré de pie en medio de la habitación de mi madre, las manos a la espalda, hurgando con la punta de su sandalia en un agujero imaginario del linóleo. «¿Qué ruido?», me dijo con aire de inocencia ofendida. Y, desde luego, no eché nada de menos en el cuarto, aunque había un fuerte olor a partículas de madera rancia, y en el haz de sol que entraba flotaba un remolino de motas. Si esto sigue así, acabará tirando la casa a pedazos.

Me da la impresión de que lo único que come son patatas chips y barras de chocolate. Estas últimas vienen en una asombrosa variedad de sabores y rellenos. Me encuentro envoltorios por toda la casa, rotos y retorcidos como trozos de metralla, y los leo, maravillándome ante la inventiva de los fabricantes. Al parecer, el chocolate no es chocolate, sino una mezcla de impronunciables productos químicos multisilábicos. ¿Cómo es que me perdí todo esto, la música jungle, esta falsa comida de colores chillones, los zapatones y las minifaldas de colores vivos, los peinados, el maquillaje de vampira, los carmines de tonos pálidos y el esmalte de uñas brillante y rojo como sangre coagulada? ¿Acaso Cass nunca fue así de joven? No recuerdo su adolescencia. Debió de pasar directamente de una infancia tormentosa a convertirse en esa misteriosa joven que es ahora, sin estado intermedio. He suprimido el segundo acto, con su atajo de psicólogos y terapeutas y comeocos, charlatanes todos ellos, en mi poco imparcial opinión. Cass pasó por sus cuidados como un sonámbulo recorre los emplomados y canalones de los tejados, lejos del alcance de las

manos que salen de las ventanas de los desvanes para sujetarlo. A pesar de todo, a pesar de todas mis suspicacias, mi decepción, mi furia, incluso —¿por qué no podía ser *normal*?—, siempre admiré en secreto su intensidad, su empuje, la manera implacable en que agotaba todas sus reservas. Había momentos en escena, desgraciadamente pocos, en los que sentía en mis propios nervios parte de su irresistible y repetida compulsión a poner en peligro la estabilidad de su persona.

A medida que pasan los días, observo una modulación en la hastiada indiferencia con la que Lily me miraba al principio. Incluso ha iniciado un rudimentario intento de lo que en otras circunstancias podríamos llamar comunicarse. Es decir, hace preguntas cortas a la espera de respuestas largas. ¿Qué puedo decirle? Aún no domino el lenguaje de Lilylandia. Creo que buscó mi nombre en algún libro de referencia de la biblioteca pública. Estoy impresionado; una chica de los gustos y actitudes de Lily no se aventura a la ligera entre las estanterías. Cuando me confesó sus investigaciones, se sonrojó —increíble, ver sonrojarse a Lily— y a continuación se enfureció consigo misma, puso un furioso ceño y se mordió el labio, se echó el pelo violentamente hacia atrás, como si se arreara una bofetada. Le maravilla la cantidad de obras en las que he actuado; le digo que soy muy viejo y que empecé joven, y ese encantador paso de lo sublime a lo trivial le hace torcer el gesto. Me preguntó si los premios que según el *Quién es quién* yo había ganado me habían reportado dinero, y quedó decepcionada cuando le dije que no, que solo inútiles estatuillas. Sin embargo, es obvio que al menos ha comenzado a considerarme alguien importante. Su interés en conocer a alguien famoso está atenuado por el hecho de que no puede creer que alguien famoso escoja venir a este agujero, que es como se refiere invariablemente a su lugar de nacimiento, y mío. Le pregunté si alguna vez había ido al teatro, y entrecerró los ojos a la defensiva.

—Voy al cine —dijo.

—Yo también, Lily —dije—, yo también.

Le gustan las películas de suspense, y las de terror. ¿Y las románticas?, le pregunté, y soltó un bufido e hizo el gesto de meterse dos dedos en la garganta. Es una muchacha sedienta de sangre. Me pormenorizó con tedioso detalle la trama de su película favorita, una cinta de acción titulada *Hellraiser IV*. Aunque probablemente la he visto, refractada a través de las lágrimas, en una de mis clandestinas tardes en el cine —debo de haber visto todo lo que pusieron en aquellos tres o cuatro meses—, fui incapaz de seguir el argumento, pues había en la historia tantos personajes como en una tragedia jacobina, aunque con un número mucho mayor de cadáveres. Al final la heroína se ahoga.

Me doy cuenta de que Lily se siente muy decepcionada porque no he actuado en ninguna película. Le hablo de mis triunfos y mis viajes, de mi Hamlet en Elsinor, mi Macbeth en Bucarest, mi famoso Edipo en Segesta —oh, sí, yo podría haber sido una estrella internacional, de no haber tenido miedo, en el fondo, de ese gran mundo que había más allá de estas seguras orillas—, pero ¿qué es todo eso comparado con ser el protagonista en la gran pantalla? Le hago una demostración de la manera de andar que ideé para mi Ricardo III en Stratford —es decir, Ontario— que tanto me llenó de orgullo, aunque a ella le parece cómica; dice que más parezco el Jorobado de Notre-Dame. Sospecho que por lo general me encuentra divertido: mis poses, mi pronunciación de actor, todos mis pequeños tics y gestos, demasiado raros para darle risa. La pesco observándome, con unos ojos

como platos, esperando a que yo haga alguna nueva y maravillosa tontería. Así me miraba Cass cuando era pequeña. Quizás debería haberme dedicado más a la comedia. Podría haber sido un...

Bueno. He hecho un descubrimiento importante. No sé muy bien qué pensar de él, ni qué actitud tomar. Debería estar furioso, pero no lo estoy, aunque confieso que me siento un poco estúpido. Podrían haber pasado años sin que me enterara de no haber decidido, por capricho, seguir a Quirke al verle hoy en la ciudad. Siempre me ha gustado seguir a la gente. Me refiero a elegir a alguien al azar por la calle y convertirme en su sombra, o eso hacía, de todos modos, antes de llegar a ser lo que los periódicos, si aún despertara su interés, llamarían un recluso. Es un vicio inofensivo, y fácil de satisfacer: los seres humanos rara vez se consideran objetos de especulación en el mundo que hay fuera de sus cabezas, y rara vez se dan cuenta si un desconocido se fija en ellos. No estoy seguro de qué espero encontrar mientras escruto ávidamente las vidas de los demás. Solía decirme que lo que hacía era reunir material —una manera de andar, una pose, una forma de llevar el periódico o de ponerse el sombrero—, un poco de vida real que transferir en bruto a la escena para añadirle algo de carne y un toque de verosimilitud al personaje que estuviera interpretando en ese momento. Pero esa no era la verdad, o al menos no toda la verdad. Y, además, la verosimilitud no existe. No me malinterpretéis. No soy un mirón, agachado con el ojo pegado a la cerradura y empapado en sudor. Cuando Lydia y yo nos casamos, vivíamos en el oscuro tercer piso de una casa georgiana adosada que se caía a pedazos. Para ir al cuarto de baño había que subir un corto tramo de escaleras, y a través de la alta ventana, si sacaba la cabeza, veía el dormitorio del piso de la casa de al lado, donde a menudo, por la mañana, si el tiempo era clemente, atisbaba a una chica desnuda preparándose para ir a trabajar. En primavera y verano la miraba cada mañana, con una rodilla temblorosamente apretada contra el asiento del retrete y mi cuello de tortuga estirado al máximo; como si yo fuera un pastor de Ática y ella una ninfa arreglándose. No era especialmente guapa: la recuerdo pelirroja, con la cintura un poco gruesa, y con una palidez enfermiza. Sin embargo, me fascinaba. No era consciente de que la espiaban, por lo que se comportaba —¿qué diré?— con absoluta libertad. Jamás había presenciado unos gestos tan puros. Todos sus actos —cepillarse el cabello, ponerse los pantalones, sujetarse un pasador en el pelo— poseían una economía que iba más allá de la simple destreza física. Era una forma de arte, primitivo y al mismo tiempo muy evolucionado. No había nada superfluo, ni cuando levantaba una mano o giraba el hombro; no hacía nada de cara a la galería. Sin saberlo, con perfecta concentración, alcanzaba, al inicio de cada día, en su diminuta habitación, una apoteosis de gracia y estilo. La severa belleza sin adornos de sus movimientos era, y como actor me dolía reconocerlo, inimitable: aun cuando me pasara la vida ensayando jamás podría aspirar a la irreflexiva elegancia de los gestos más triviales de esa chica. Por supuesto, la clave era que hacía todos sus gestos sin pensar, sin tener conciencia de ellos. De haber visto cómo la contemplaban mis ojos ávidos, se habría apresurado a ocultar su desnudez con la gracia de una silla de playa al plegarse, o peor aún, habría hecho gala de una falsa timidez. Sin saber que la observaban, estaba desnuda; de haber sido consciente de mi mirada, se habría convertido en un desnudo. Lo más sorprendente, creo, era su falta de expresión. Su cara era un completo vacío, una máscara casi sin rasgos, de tal modo que si me la hubiera encontrado en la calle —cosa que seguro que ocurrió a menudo—, no la habría reconocido.

Es este descuido, esta falta de la atención propia del ser humano, lo que encuentro fascinante. Al observar a alguien que ignora que es observado, uno vislumbra un estado del ser que está más allá, o detrás, de lo que consideramos humano; contempla, aunque sin poder comprenderlo, al mismísimo yo sin máscara. Las personas a las que seguía por la calle nunca eran tipos raros, cojos o enanos, los amputados, los olvidados que renqueaban o bizqueaban o tenían manchas de nacimiento o si elegía a alguno de esos desdichados, no era su desgracia lo que me atraía, sino lo que había en ellos de absolutamente vulgar y monótono. En mi tabla de tipos humanos, la belleza no es el valor supremo ni la fealdad descalifica. De hecho, la belleza y la fealdad no son categorías que sirvan en este caso: mi mirada de búsqueda no hace valoraciones estéticas. Soy un especialista, y obro con el desapasionamiento del especialista, como un cirujano, digamos, ante cuyo ojo clínico los pechos incipientes de una joven o los senos caídos de una anciana son objetos del mismo interés, de la misma indiferencia. Tampoco me interesaban los ciegos, como podría esperarse de alguien tan tímido como yo, tan receloso de que lo descubran y le planten cara. A pesar de su mirada vacía o en el suelo, el ciego siempre va más atento que el que ve —podríamos decir que es más vigilante—, incapaz de relajar, ni siquiera un instante, su conciencia de ser mientras se abre paso entre ese mundo amenazante, lleno de ángulos.

Entre mis presas favoritas estaban los marginados, los vagabundos, los borrachos, cuya comunidad siempre está bien surtida. Los conocía a todos, el gordo del gorro de lana tricolor, el que ponía una expresión de asceta angustiado y cuya mano izquierda a modo de cuenco de limosnas estaba permanentemente extendida, los despreocupados *flâneurs* con los pies llenos de mugre, la iracunda gitana, los borrachines que soltaban obscenidades o estrofas en latín. Este es el verdadero teatro de las calles, y estos, sus intérpretes ambulantes. Lo que me fascinaba era la distancia entre lo que eran entonces y lo que debían de haber sido. Intentaba imaginármelos de bebés, en brazos de su madre, o gateando por el suelo de alguna ruidosa casa de pisos o en una aislada casita en el campo, observados por ojos cariñosos, criados por manos amorosas. Pues ellos también habían sido jóvenes, en un pasado que a lo mejor ahora les parecía remoto e increíblemente espléndido, como el despertar del mundo.

Aparte de su extraordinario interés como especie, prefería a los marginados, porque, al serlo, era poco probable que me dieran esquinazo metiéndose en alguna elegante tienda de ropa o se detuvieran a la puerta del jardín de una casa de las afueras y se pusieran a buscar la llave, ceñudos. Teníamos la libertad de las calles, ellos y yo, y durante horas los seguía —un actor, sobre todo en sus primeros años, dispone de mucho tiempo libre— por las oníricas aceras, a través del orden levemente siniestro de los parques públicos, a medida que por la tarde comenzaba a oírse el estruendo de los niños que salían en libertad condicional, y las anchas franjas de cielo que había sobre nosotros se volvían de un azul concha de mejillón, y el tráfico de la tarde empezaba a circular en rebaños por el crepúsculo, encorvado y balando. El peculiar deleite que extraía de este furtivo hobby venía acompañado de cierta melancolía, debido a lo que considero el Principio de Incertidumbre. Veréis, siempre y cuando pueda mirarlos sin que se den cuenta, me siento, en cierto sentido, en íntimo contacto con ellos, de algún modo son *míos*, mientras que si advierten que sigo sus pasos, lo que de ellos me interesa —el que no se den cuenta, su libertad a la hora de actuar, su

maravillosa y distraída desenvoltura— se desvanece al instante. Observo, pero no toco.

Un día uno de ellos me plantó cara. Me produjo un shock. Era un bebedor, un tipo tosco y vigoroso de mi edad, con una mandíbula erizada de pelos rojizos, y los ojos idos de un santo en busca del martirio. Era marzo y hacía un día de perros, pero me pegué a él. Le gustaban los muelles, no sé por qué, pues del río venía un viento cortante. Deambulé tras él con el cuello del abrigo subido, mientras caminaba tambaleándose, los faldones de la chaqueta ondeando y el cuello de la asquerosa camisa abierto: ¿acaso desarrollan una especie de inmunidad al frío? De un bolsillo del abrigo asomaba una achaparrada botella de gran tamaño, envuelta en una bolsa de papel marrón y con el cuello a la vista. Cada docena de pasos se detenía y con gesto dramático sacaba la botella, aún en la bolsa, y echaba un largo trago, meciéndose hacia atrás sobre los talones, y mientras tragaba la garganta sufría espasmos coitales. Esos largos lingotazos no parecían hacerle efecto, aparte de los titubeantes saltitos en que se convertía fugazmente su andar. Llevábamos media hora paseando de esa guisa, bajando por un lado de los muelles y subiendo por el otro —por lo visto tenía su ronda marcada en la cabeza— y estaba a punto de abandonarle, pues no parecía ir a ninguna parte, cuando en uno de los puentes se desvió bruscamente, y, al apresurar el paso para no perderle, de pronto me topé de cara con él. Se había dado media vuelta y detenido, y me esperaba con una mano aferrada al parapeto, la cabeza levantada, una expresión severa y una mirada furiosa y retadora. Experimenté una repentina alarma —me sentí como un niño sorprendido en una travesura— y miré a mi alrededor precipitadamente buscando una vía de escape. Y aunque el camino era ancho, y podría haberle esquivado con facilidad, no lo hice. Siguió mirándome con los ojos angustiados, imperiosamente interrogantes. No sabía qué esperaba de mí. Yo estaba escandalizado, es la única palabra que se me ocurre, de que alguien me abordara junto a un muelle, pero también un poco excitado, y también un poco —por rara que pueda parecer la palabra— halagado, tan halagado como se sentiría alguien que se ganara la atención de una feroz criatura del bosque. Una ráfaga de viento le hizo crujir el faldón del abrigo como una bandera, y el hombre se estremeció. Yo no sabía qué hacer. Los transeúntes nos miraban con curiosidad y desaprobación, sospechando la naturaleza del trato que manteníamos. Hurgué en mis bolsillos, encontré un billete y se lo ofrecí. Me miró un momento con sorpresa y quizás un tanto ofendido. Yo insistí, e incluso llegué al extremo de meterle el billete en su mano caliente de piel moteada. Adoptó una actitud de positiva condescendencia; exhibió esa generosa expresión medio sonriente medio sorprendida de un oponente en cuyo poder me había permitido caer por pura torpeza. Podría haberle hablado, pero ¿qué iba a decirle? Pasé junto a él apurando el paso y me alejé; crucé el puente sin atreverme a volver la vista atrás. Creo que le oí decir algo, como si me llamara, pero no me volví. El corazón se me había acelerado. Al llegar al otro lado del puente aminoré el paso. Temblaba como una hoja, os lo aseguro. A pesar de la feroz apariencia del individuo, en el encuentro se había dado una empalagosa intimidad, algo de lo cual mi memoria insistía en desviar su mirada. Se habían roto las reglas, se había transgredido una barrera, se había saltado una prohibición. Se me había obligado a experimentar un momento humano, y ahora me sentía confuso, y no sabía qué pensar. Extraños y brillantes fragmentos de posibilidades perdidas centelleaban en mi mente. Lamenté no haberle preguntado su nombre. Lamenté no haberle dicho el mío. Me pregunté, con una punzada que me sobresaltó, si jamás volvería a verle. Pero ¿qué haría si volvía a interponerse audaz en mi camino en algún otro puente,

o cualquier otro día, y me plantaba cara?

De todos modos, como estaba diciendo, ese día estaba en la ciudad, telefoneando a Lydia, cuando vi a Quirke salir del despacho del abogado para el que trabaja..., aunque estoy seguro de que la palabra es demasiado fuerte para lo que hace con el fin de ganarse la vida. Llevaba un manojo de sobres color manila bajo el brazo, y mostraba ese aspecto huraño de quien cumple con su deber. «Ahí está Quirke», dije por teléfono, en uno de esos cambios de tema que Lydia encuentra tan irritantes. Era la primera vez que hablábamos desde que desconecté el teléfono de la casa, y resultaba extraño. Aparte de la distancia que había entre nosotros —era como si me hablara desde la cara oculta de la luna—, existía, aún más marcada, la vivísima sensación de que no era ella quien estaba al aparato, sino una grabación, o incluso una imitación de su voz generada mecánicamente. ¿Tan inmerso en mí mismo estoy que los vivos me parecen autómatas? La cabina apestaba a orina y a colillas aplastadas, y el sol picaba a través del cristal. Había llamado para preguntar por el paradero de Cass. Aunque Cass es una mujer adulta —¿tiene veintidós o veintitrés años?, el calendario no se ve muy bien desde donde estoy ahora—, para poder estar tranquilo debo saber aproximadamente dónde se encuentra. Para poder estar tranquilo, esta sí que es buena. Lo último que supe de ella es que llevaba a cabo una investigación de naturaleza poco clara y sin duda arcana —por no decir disparatada— en algún impronunciable declive de los Países Bajos; al parecer ahora se halla en Italia. «Me hizo una extraña llamada», estaba diciendo Lydia, como si una llamada de Cass pudiera ser otra cosa. Le pregunté si se encontraba bien. Era lo que solíamos preguntarnos antes, con un temblor aprensivo e imposible de mitigar: *¿Se encuentra bien?* El breve silencio de Lydia equivalió a un encogimiento de hombros. Permanecimos un instante en silencio, y a continuación comencé a describirle el curioso trotecillo de los pequeños pies de Quirke —con qué delicadeza se mueve, siendo como es tan grande y grueso— y Lydia se enfadó y su voz sonó pastosa.

—¿Por qué me haces esto? —casi gimoteó.

—¿El qué? —pregunté, e inmediatamente, sin decir nada más, colgó. Puse más monedas y volví a marcar, pero desistí; ¿qué más iba a decirle? ¿Qué tenía que decirle cuando la llamé la primera vez?

Quirke no me había visto; el cristal de la cabina estaba sucio y yo me hallaba encogido sobre el auricular como si me dolieran las muelas, así que decidí seguirle. Aunque decir que lo decidí no es exacto. Nunca me pongo, de manera consciente, a seguir a alguien. Más bien me encuentro de pronto detrás de él, como distraído, por así decir, medio pensando en otra cosa, aunque sin perder de vista a mi..., mi *víctima*, estaba a punto de decir. Aquella mañana hacía un viento cálido y el sol picaba. Quirke iba por el lado de la calle de la sombra, y enseguida estuve a punto de perderle, pues se metió en correos, aunque su espalda ancha y encorvada, sus zapatos grises y gastados y sus mugrientos calcetines blancos eran inconfundibles. Me puse a mirar el escaparate de la farmacia que había delante mientras le esperaba. Qué difícil resulta, y lo digo por mi larga experiencia en seguir a los demás, concentrarse en un reflejo en un escaparate sin que tu atención se desvíe a los artículos que están a la venta, aunque parezcan menos sólidos que el mundo fugaz y bruñido que se refleja en la superficie del cristal tras el que se hallan los productos, en incómoda exhibición. Distraído por

anuncios de cremas solares donde aparecían hermosuras en bañador, y en particular por unas tenazas de reluciente acero pensadas, al parecer, para capturar terneros, casi no vi salir a Quirke de correos. Ahora iba con las manos vacías. Caminaba a buen paso, y dobló una esquina rumbo a los muelles. Crucé la calle a toda prisa, y un chico de reparto que iba en bici tuvo que virar bruscamente y me insultó, pero cuando doblé la esquina no había ni rastro de Quirke. Entorné los ojos y miré a mi alrededor, buscándole entre las gaviotas que volaban en círculo, tres barcas de pesca oxidadas y una estatua de bronce que señalaba con vaga imperiosidad al mar. Cuando la persona a la que sigues desaparece de este modo, se intensifica el elemento sobrenatural de las cosas cotidianas; un hueco revelador se abre en el mundo, como esa rendija del cielo azul de la tarde que el chino de la fábula divide entre la ciudad mágica y la colina en la que se supone que se halla. Entonces vi el pub, empotrado en una esquina entre una pescadería y la entrada de un taller de reparación de coches.

Era un local al viejo estilo, con el barniz marrón nicotina de la puerta y el revoque de los alféizares estriados para simular las vetas de la madera. La ventana estaba pintada por dentro de un opaco tono sepia hasta unos quince centímetros de la parte superior que estaba adornada con filigrana. En cierto modo, el lugar tenía la huella de Quirke. Entré, tropezando en el gastado peldaño de la entrada. El lugar estaba vacío, nadie detrás de la barra. En un cenicero que había sobre la barra se consumía un olvidado cigarrillo con furtiva premura, emitiendo una veloz y recta columna de humo azul. Sobre un estante farfullaba una radio de las antiguas. Bajo el habitual olor a pub se percibía una mezcla de olor a aceite de engrasar y sal marina de los locales que había a cada lado del pub. De la parte de atrás, en sombras, me llegó el sonido de alguien que tiraba de la cadena del váter, y luego abría una puerta desvencijada que chirriaba. Apareció Quirke arrastrando los pies, mientras se subía la cintura de los pantalones y se abrochaba la bragueta apresuradamente. Me di la vuelta deprisa, pero no tenía por qué preocuparme, pues ni siquiera me dirigió la mirada, sino que siguió andando en línea recta y salió por la puerta con una expresión ausente, entrecerrando los ojos a la luz.

Todavía me pregunto cuál de entre los secretos administradores del mundo se dejó aquel cigarrillo que se consumía en la barra.

Durante los pocos minutos que estuve en el bar la mañana se nubló. Una gran masa de cúmulos grises de borde plateado se cernía sobre el mar, moviéndose en dirección a la costa con aire amenazante. Quirke había cruzado hasta el muelle de madera y ahora caminaba sobre él dando tumbos, como si estuviera cegado por las lágrimas. ¿O estaba achispado? Aunque su breve estancia en el pub no le había dado tiempo a beber. Pero mientras le seguía no podía quitarme de la cabeza la idea de que algo le ocurría, de que era presa de una gran aflicción. Enseguida me asaltó de manera violenta el recuerdo de un sueño que había tenido hacía poco, y que no había recordado hasta entonces. En el sueño yo era un torturador, un profesional de dilatada experiencia, diestro en el arte del dolor, a quien acudían tiranos, contraespías, cabecillas de bandas de delincuentes para contratar mis servicios cuando sus esfuerzos y los de sus secuaces más entusiastas fallaban. En aquel momento mi víctima era un hombre de imponente presencia, de gran determinación y seguridad en sí mismo, un individuo recio, con barba, la clase de héroe de elevados principios que solía interpretar

en los últimos años de mi carrera, cuando se consideraba que había alcanzado ese porte majestuoso y entrecano. No sé quién debía de ser, y tampoco le conocía en el sueño; al parecer mi profesionalidad radicaba en no conocer la identidad ni los supuestos delitos de aquellos que me traían para llevar a cabo mi arte persuasivo. Mis métodos no estaban muy claros; no utilizaba herramientas, ni tenazas ni picana ni hierros al rojo, sino que yo mismo era el instrumento de tortura. Resulta que agarraba a mi víctima de una manera especial y lo aplastaba lentamente hasta que los huesos se le combaban y sus órganos internos cedían. Era algo irresistible, nadie lo soportaba; tarde o temprano todos sucumbían. Todos menos el héroe con barba, que me derrotaba porque simplemente no me prestaba la suficiente atención, no me hacía caso. Sí, claro que sufría, yo le infligía los tormentos más terribles, obras maestras del dolor que le hacían retorcerse y estremecerse y rechinar los dientes hasta que chirriaban, pero era como si sus sufrimientos los generara a partir de sí mismo, y fuera a él y no a mí a quien debiera resistirse, a su voluntad, su vigor y su inquebrantable fuerza. Era como si yo no formara parte del proceso. Podía sentir el calor de su carne, el hedor de su angustia. Su cuerpo quería evitarme, alzaba la cara hacia el techo de la mazmorra, negro de humo, donde parpadeaba una luz intermitente; gritaba, lloriqueaba; el sudor le caía por la barba, le sangraban los globos oculares. La persona que yo era en el sueño jamás había experimentado con tanta fuerza la intimidad erótica que une a un torturador con su víctima, y no obstante jamás me había visto tan totalmente ajeno al dolor de mi víctima. Yo no estaba allí. Eso era: para él yo simplemente no estaba allí, y así, a pesar de la intensidad, a pesar de la pasión, se podría decir, de mi presencia en medio de aquel sufrimiento, de algún modo yo también estaba ausente para mí, ausente, es decir, de mí.

Ensimismado en el recuerdo de aquel sueño, en su crueldad y su misterioso esplendor, casi perdí a Quirke por segunda vez, cuando, al llegar a la linde del pueblo, se desvió y tomó una calleja estrecha entre altas tapias encaladas con vegetación y macizos de buddleia que brotaban en la parte superior. Sabía dónde llevaba. Le permití que me tomara una buena delantera, para que si se volvía y yo no tenía donde esconderme, hubiera entre nosotros la suficiente distancia como para que no me reconociera. Había acelerado el paso y seguía mirando al cielo, que cada vez se veía más amenazante. Un perro sentado en un jardín trasero le ladró y él le lanzó una patada, pero falló. La calleja bajaba y giraba y llegaba a una especie de enramada, donde había un par de hayas inclinadas, un abrevadero surcado de liquen y una vieja bomba de agua de color verde, ante la que Quirke se detuvo, accionó la manivela, se agachó y bebió llenándose de agua las manos ahuecadas. Yo también me detuve y le observé, y oí el salpicar del agua al caer sobre el lateral de piedra del bebedero, y el susurro de la brisa en los árboles que había sobre nosotros. Ahora tanto me daba que pudiera verme; incluso aunque se hubiera dado la vuelta y me hubiera reconocido creo que me habría sido indiferente, habríamos continuado como hasta entonces, yo siguiéndole con el mismo entusiasmo, aunque no sé por qué ni para qué. Sin embargo, no volvió la mirada, y tras un momento de silenciosa reflexión, inclinado en aquella penumbra verdosa, bajo los árboles, volvió a ponerse en marcha. Yo también avancé y me detuve donde él se había detenido, y accioné la bomba de agua y ahuequé las manos y las llené de agua y bebí ese misterioso elemento que sabía a acero y a tierra. Encima de mí, los árboles intercambiaban impresiones con funestos susurros. Yo parecía un sacerdote itinerante que se hubiera detenido en un bosquecillo sagrado. De pronto comenzó a llover,

oí el rumor de la lluvia detrás de mí y me volví a tiempo para ver que avanzaba deprisa desde el callejón como una cortina, y entonces me llegó a la cara, empapándome con su vehemente y vítreo frescor. Quirke emprendió un trotecillo y se subió el cuello de la chaqueta. Le oí maldecir. Apresuré el paso. No me importaba mojarme; siempre hay algo alegre en un chaparrón. Grandes gotas golpeaban las hojas de haya y bailaban sobre la calzada. Hubo un crepitar en el aire, y un instante después llegó al trueno, como algo que se arrugara hasta la desmesura. Quirke, en ese momento, la cabeza gacha, su escaso pelo aplastado contra el cráneo, surcaba a la carrera el último tramo de calleja, sorteando a saltitos los charcos que se formaban como un pájaro grande y torpe. Salimos a la plaza. Solo una docena de pasos me separaba ahora de Quirke. Caminó pegado a la tapia del convento, cubriéndose el cuello con las solapas de la chaqueta. Se detuvo en la casa y abrió la puerta con una llave, se metió en el vestíbulo y desapareció.

No me sorprendió. Creo que desde el principio supe cuál era nuestro destino. Me parecía lo más natural que me llevara a mi propia casa. Me quedé temblando bajo la lluvia, sin saber qué pasaría a continuación. La lluvia acribillaba los cerezos; pensé en lo pacientes que eran, qué valientes. Por un instante tuve la visión de un mundo azotado, que padecía un sufrimiento imposible de mitigar y no se quejaba; incliné la cabeza; la lluvia me golpeó en la espalda. A continuación, lentamente, surgió detrás de mí un sonido amortiguado de cascos de caballo, y al levantar la mirada vi a un chico montado a pelo en un caballo blanco y negro que cruzaba la plaza rumbo hacia mí. Al principio apenas distinguí a caballo y jinete, tan espesa era la telaraña de lluvia que nos separaba. Podría haber sido un fauno, o un centauro. Pero no, era un chico, montado en un caballo pequeño. Llevaba el chico un jersey sucio y pantalones cortos, e iba sin zapatos ni calcetines. Montaba un pobre animal fatigado, de lomo doblado y panza distendida; mientras avanzaba lanzó una cauta mirada de soslayo en dirección a mí. A pesar del chaparrón, el chico apenas estaba mojado, como si le protegiera una invisible concha de cristal. Cuando se encontraban casi a mi altura, el chico tiró del trozo de cuerda que le servía de rienda y el animal aminoró el paso, que se vio poco firme. Quise hablar, pero algo me dijo que no debía, y tampoco se me ocurría qué decir. El chaval me sonrió, o a lo mejor fue una mueca, aunque no sé qué quería expresar. Tenía la cara pálida y chupada y el pelo rojo. Vi que llevaba un cinturón de esos pasados de moda, como los que yo me ponía cuando tenía su edad, hecho de elástico de rayas rojas y blancas con una hebilla metálica y plateada en forma de serpiente. Pensé que diría algo, pero no fue así. Siguió con su sonrisa o su mueca, y a continuación chasqueó la lengua, dio unos talonazos a los flancos del caballo y de nuevo se puso en marcha, adentrándose en el callejón del que yo acababa de salir. Le seguí. La lluvia amainaba. Me llegaba el olor del caballo, un olor a arpillera húmeda. Se detuvieron junto a la verja lateral del jardín de la casa, y el chico se volvió y me miró, con una expresión serena e impassible, apoyando una mano detrás de él, sobre la espina dorsal del caballo. ¿Qué ocurrió entre nosotros, qué se sugirió sin palabras? Yo anhelaba alguna señal. Al cabo de un momento el chaval volvió de nuevo la vista al frente y tiró de la brida, y el caballo retomó la marcha, como si le hubieran dado cuerda, y se alejaron por la pendiente de la calleja, y al poco desaparecieron de mi vista. No los olvidaré, ese chico y su jamelgo tordo, a medio galope bajo la lluvia de verano.

Examiné la verja. Es lo que creo que antes se llamaba postigo, una puerta de madera, muy vieja

ahora, oscura y podrida hasta no ser más que unos tocones que se desmenuzan en la parte superior e inferior, encajada en un hueco de la tapia encalada sobre dos grandes arandelas oxidadas y cerrada por un pasador también oxidado. A menudo, de chico, entraba en casa por esa puerta cuando volvía de la escuela. Probé el cerrojo. Al primer intento la manija no quiso levantarse, pero insistí y al final el cilindro, grueso como mi pulgar, giró dentro de las armellas con un chirrido. Tras el postigo había una masa de enredadera muy crecida y zarzas, y tuve que empujar con fuerza para abrirme paso. Había dejado de llover por completo, y un sol tímido daba algo de calor. Cerré el postigo detrás de mí y me quedé un momento observando. En algunos lugares las plantas del jardín me llegaban a la altura de los hombros. Los rosales colgaban enmarañados, y las malas hierbas emitían vapor; había relucientes hojas de acedera grandes como palas. La lluvia había hecho salir a los caracoles, que reptaban sobre la hierba y el brezo, deslizándose por las altas y espinosas frondas. Puse rumbo a la casa, cuya descuidada parte trasera se asomaba con aparente desesperación a aquella escena de caos vegetal. Me picaron las ortigas, telarañas con perlas de humedad se extendían sobre mi cara. Toda mi infancia se hallaba en aquel intensísimo hedor de malas hierbas empapadas de lluvia. El sol brillaba cada vez con más fuerza, la camisa húmeda se me pegaba a la espalda. Me sentía como un héroe salido de una saga que llega por fin al final de su periplo, sin yelmo, extenuado por el viaje, y aparece en el peligroso claro del bosque. La casa me observaba acercarme con unos ojos sin expresión que no me reconocían, sin dar la menor señal de vida. Entré en el patio, donde se esparcían utensilios oxidados de cocina, una tabla de lavar y un rodillo para escurrir la ropa, una vieja nevera con sus tripas extrañamente blancas a la vista, una sartén que tenía pegado un grumo calcinado de algo procedente de una fritura inmemorial. Todo lo contemplé con los ojos de un forastero curioso, como si no lo hubiese visto antes.

A través de la parte superior de la ventana con barrotes del piso inferior distinguí a Quirke, o al menos su cabeza, vuelta en un cuarto de perfil. Era una extraña visión, aquella extraña cabeza redonda detrás de los barrotes, posada a nivel del suelo, como si estuviese enterrado hasta el cuello en el suelo de una jaula. Por un momento inclinó la cabeza hacia delante y luego la enderezó otra vez, y pareció que hablaba en tono uniforme, nada enfático, como si leyera una conferencia o memorizara diálogos. Entonces di un paso hacia delante para verle mejor y me di cuenta de que estaba sentado a la mesa, con un plato de comida ante él, que atacaba metódicamente con la ayuda del cuchillo y el tenedor. Ahora el sol me quemaba la nuca, y me escocía la piel a causa de los pinchazos y el roce de las ortigas, y aquella penumbra en la que ahora se sentaba Quirke me parecía maravillosamente fresca y tentadora. Fui hacia la puerta de atrás, que semejava un centinela de hombros cuadrados de pie en su garita, alta y estrecha, con muchas capas superpuestas de pintura negra y, en lo alto, dos ventanucos de vidrio de malla, que daban la impresión de lanzar miradas suspicaces y amenazantes. Intenté girar el pomo, y la puerta se abrió enseguida ante mí, en silencio, con complaciente felicidad. Crucé el umbral con cautela, impaciente y aprensivo como la mujer de Barbazul. De pronto, como por voluntad propia, la puerta se cerró detrás de mí con un leve suspiro.

Estaba en la cocina. Fue como si nunca hubiera estado. O como si hubiese estado, pero en otra dimensión. ¡No me habléis de hacerse extraño! Todo estaba al sesgo. Era como hallarse entre bastidores y ver el escenario al revés, como si conociera todas las partes pero estas no estuvieran

donde debieran. ¿Dónde estaban ahora las marcas de tiza que tenía asignadas, mi mapa de movimientos? Se apoderó de mí una fría excitación, como la que a veces te atrapa en sueños, irresistible pero que te deja también desarmado. ¡Ojalá pudiera acercarme sigilosamente a la totalidad de esta vida y contemplarla desde una perspectiva distinta! La puerta de la trascocina, en el piso inferior, estaba cerrada; desde detrás se oían los ruidos que hacía Quirke al cortar y engullir sus vituallas. Silenciosamente, me adentré en el pasillo que conducía al vestíbulo. Un reflejo en el linóleo me transportó de inmediato, con el corazón tembloroso, a una carretera rural, en abril, hace mucho, por la tarde, llovía, soplaban el viento, unos pájaros bajaban en picado, y hubo un desgarrón de brillante azul en el lejano cielo que resplandecía sobre el asfalto oscuro de la carretera. Aquí está el vestíbulo, con su helecho muerto en una maceta de latón, y un cristal roto en el montante, y la bicicleta de Quirke, cada vez más antropomórfica, apoyada contra el perchero. Aquí está la escalera, donde un grueso haz de sol cae desde la ventana del descansillo que hay encima. Me quedé escuchando, y me pareció que el silencio también me escuchaba a mí. Empecé a subir la escalera, sintiendo el pasamanos pegajoso y levemente repulsivo que, bajo mi mano, me ofrecía su dudosa intimidad. Entré en la habitación de mi madre, me senté a un lado de la cama. Había un olor seco, no desagradable, como si algo maduro se hubiera podrido y transformado en polvo. La ropa de cama estaba de cualquier manera, y se veía un almohadón ahuecado con la forma de una cabeza. A través de la ventana divisé las azules y lejanas colinas que relucían en el aire lavado por la lluvia. Y me pasé unos momentos escuchando los tenues sonidos del día, que igual podrían haber sido el tumulto de una lejana batalla, sin pensar exactamente, sino rozando el pensamiento del pensamiento, igual que uno rozaría los bordes sensibles y zumbantes de una herida.

Cass se portaba bien con mi madre. Siempre me sorprendió. Existía algo entre ellas, una complicidad de la que yo me sentía excluido, cosa que me irritaba. En algunas cosas eran parecidas. Lo que en mi madre era distracción en Cass resultó ser ausencia, extravío. Así es como la marcha de las generaciones elabora su secreta magia, realiza sus obras, sus complicaciones, convierte un rasgo en una enfermedad. Al final Cass se quedaba sentada durante horas con aquella mujer agonizante, sin importarle al parecer el olor, la suciedad, su silencio impenetrable. Se comunicaban sin palabras. Una vez encontré a Cass dormida con la cabeza sobre el pecho de mi madre. No la desperté. Por encima del cuerpo dormido de mi hija, mi madre me miraba con maldad. Cass padecía insomnio, era peor que yo. Para ella dormir era un simulacro de la muerte. Ya cuando gateaba se despertaba a altas horas de la madrugada, y temía dormirse otra vez, convencida de que no volvería a despertarse. Yo entraba en su habitación y me la encontraba con unos ojos como platos y rígida en la oscuridad. Una noche en que...

La puerta se abrió desde fuera y Quirke asomó cautamente la cabeza. Al verme, se le subió la nariz.

—Me había parecido oír a alguien —dijo, y la punta de la lengua, gris, se paseó de una comisura de la boca a la otra.

Volví a bajar al pasillo y me senté en el sofá con las manos en el regazo. Aún oía moverse a Quirke en el piso de arriba. Me levanté, fui a la cocina, me apoyé en el fregadero, me serví un vaso

de agua y me lo bebí despacio, un largo trago tras otro, temblando ligeramente mientras el líquido bajaba por el árbol con ramas de mi pecho. Miré en dirección a la trascocina. Sobre la mesa estaban los restos del almuerzo de Quirke. Qué patetismo en un mendrugo de pan. Le oí llegar por el pasillo y detenerse en el hueco de la puerta, detrás de mí.

—Usted vive aquí —dije—, ¿verdad?

Me volví hacia él, y sonrió.

Hago una pausa, como haría un cronista, para dejar constancia de la inminencia de un gran acontecimiento. Va a ocurrir un eclipse solar. Se predice una total oclusión, aunque no la verá todo el mundo. Los escandinavos van a quedar al margen, al igual que los habitantes de las Antípodas. Incluso dentro de la banda relativamente estrecha en la que el manto de la luna cubrirá al sol, se dan apreciables variaciones. En nuestra latitud se espera que el disco se cubra en torno a un noventa y cinco por ciento. A otros, sin embargo, en particular los mendigos de Benarés, les aguarda la satisfacción de disfrutar más o menos de dos minutos y medio de noche cerrada, el intervalo más largo que va a experimentarse en todo el globo. Deploro la falta de precisión de estas previsiones. Hoy en día, que tenemos relojes que funcionan siguiendo las oscilaciones de un solo átomo, podríamos esperar algo más que *en torno a* un noventa y cinco por ciento, o que *más o menos* dos minutos y medio. ¿Por qué estas cosas no se miden en nanosegundos? Sin embargo, todo el mundo anda alborotado con la noticia. Se dice que ya hay decenas de miles de personas que se desplazan, rumbo a las costas rocosas del sur, donde la sombra será completa. Ojalá pudiera compartir su entusiasmo; me gustaría creer en algo, o el menos tener alguna expectativa, aun cuando fuera solo de una azarosa conjunción celestial. Me parecen un gran grupo de peregrinos salidos de un cuento antiguo, recorriendo los caminos polvorientos con báculo y campanilla, caras arcaicas iluminadas de anhelo y esperanza. Y yo, yo soy el bufón que holgazanea en jubón y medias en la ventana superior de una posada de madera, escupiendo con indolencia semillas de granada sobre las cabezas inclinadas de los que pasan por debajo. Ellos esperan una señal, una luz en el cielo, una oscuridad, incluso, que les indique que las cosas siguen un plan, que no todo es fruto de la ciega casualidad. ¿Qué no darían por vislumbrar a mis fantasmas? Pero ahora hay una señal, un portento, no estoy seguro de qué, aunque empiezo a intuirlo.

Yo tenía razón, estos dos, Quirke y la chica, han vivido aquí todo el tiempo. Me siento más desconcertado que indignado. ¿Cómo han conseguido que no me diera cuenta? Todo el rato esperando que aparecieran los fantasmas, ¿y se me ha pasado por alto la presencia de dos vivos? Pero quizás yo ya no pertenezco a los vivos, puede que ya no me consideren uno de los suyos. Quirke, desde luego, se siente violento por haber sido descubierto, pero veo en su expresión que también le divierte la situación, de un modo lamentable. Cuando estuvimos cara a cara en la cocina me miró con descaro, aun sonriendo, y dijo que consideraba un beneficio extra de su trabajo de encargado que se les permitiera a él y a la chica vivir en la casa. Me dejó tan anonadado su franqueza que no se me ocurrió qué replicarle. Añadió que había seguido con esa charada solo con el fin de molestarme lo menos posible; en otras circunstancias me habría echado a reír. Tampoco insinuó nada de marcharse. Se alejó con paso tranquilo, silbando entre dientes, y al poco apareció montado en su bici, como siempre, y él y Lily se perdieron lentamente en el crepúsculo, como han hecho cada tarde. Luego, cuando ya estaba en la cama, los oí regresar de manera furtiva. A eso obedecían los ruidos que he oído cada noche desde que llegué, y que no conseguía interpretar. Qué simple, soso y decepcionante es todo cuando te lo explican; a lo mejor mis fantasmas darán un paso al frente, sonriendo y haciendo una reverencia, y se me permitirá ver los espejos y el humo.

Tampoco sé cómo esos dos —me refiero a Quirke y Lily— pasan las horas entre el momento en que salen de casa por la tarde y regresan a la noche. Supongo que Lily va al cine, o a la discoteca —

hay una por aquí cerca, y cada noche se oye durante varias horas su apagado ritmo tamborileando el aire— mientras Quirke se queda en el pub; me lo imagino, con su pinta de cerveza y su cigarrillo, metiéndose con la camarera, o comiéndose tristemente con los ojos a los bombones que aparecen con las tetas al aire en un periódico que alguien se ha dejado. Le pregunté dónde dormían él y Lily, y se encogió de hombros y con deliberada vaguedad dijo que se dejaban caer en el primer sitio que tenían a mano. Creo que es la chica la que a veces duerme en la cama de mi madre. No sé qué pensar. Aún no he hecho partícipe a Lily de que conozco su secreto. Algo me impide mencionárselo, un extraño escrúpulo. No hay reglas de etiqueta que contemplen una situación como esta. Aunque Quirke debe de haberle dicho a la chica que estoy al corriente de lo suyo, ella sigue comportándose como antes, con el mismo aire de resentimiento y aburrida reticencia.

Lo más extraordinario para mí es la transformación que el descubrimiento ha obrado en la casa, o al menos en mi actitud hacia ella. Aún persiste esa sensación de extrañamiento que me sobrevino ayer cuando seguí a Quirke hasta la cocina. He cruzado al otro lado del espejo para adentrarme en un mundo donde todo es exactamente como era y al mismo tiempo está completamente transformado. Es una impresión desconcertante, pero descubro que no desagradable. Después de todo, esta es la dislocada posición ante las cosas que esperaba mantener y no podía conseguir. Así que Quirke y la chica me han hecho un favor, y supongo que debería estarles agradecido. Ciertamente, habría preferido que las personas que compartieran mi soledad fueran más estimulantes. Tengo la incómoda sensación de que debería hacer valer mis derechos. Para empezar dejaré de pagarle a Lily por sus servicios domésticos, pocos y hechos de mala gana. También voy a exigirle a Quirke que desempeñe alguna tarea. Podría hacerme de mayordomo; siempre he querido tener uno, aun cuando no sepa muy bien qué deberes corresponden a ese personaje. Me divierto imaginándole con el pecho de palomo apretado por la levita y pantalones de rayas, moviéndose por la casa con esos remilgados pies de palomo. Dudo que sepa cocinar; a la vista de los restos que dejó en el plato de la trascocina sigue un estricto régimen de huevos y salchichas. Habrá que meditar sobre el asunto. ¡Y pensar que me daba miedo encontrarme demasiado solo!

Mi descubrimiento me ha hecho mirar de una manera nueva no solo la casa, sino también a mis huéspedes. Me da la impresión de que también los veo por primera vez. De pronto han entrado en escena, de un modo que no sé si me gusta, y que desde luego no me esperaba. Es como si se hubieran levantado de sus asientos y se hubieran dirigido al escenario mientras la obra seguía representándose, interrumpiéndome en mitad de un intenso soliloquio, aunque quizás en exceso introspectivo, y para salvar la función tuviera que encontrar una manera de incorporarlos a la trama, a pesar de su aspecto indiferente, apático y nada profesional. Es algo que siempre aparece en las pesadillas del actor, aunque me siento extrañamente sereno. Claro es que habiéndome criado en una casa de huéspedes no tengo demasiadas necesidades territoriales, pero hay algo más que eso. Me siento perplejo, igual que cuando intento identificar qué hay en Cass que también se halle en Lily. Es una chica extraña. Esta mañana, cuando he bajado, había un ramillete de violetas silvestres dentro de un tarro de mermelada, junto al lugar que ocupó en la mesa de la cocina. Aún había gotas de rocío en los pétalos, y los tallos se veían aplastados allí donde los había agarrado. ¿A qué hora se había levantado para ir a coger flores? Pues asumo que ha sido ella, y no Quirke, a quien no me

imagino saliendo de puntillas a los campos húmedos de rocío para hacer un ramillete, ni para mí ni para nadie. ¿Cómo sabe una chica como Lily dónde encontrar violetas? Pero tengo que controlarme y evitar estas generalizaciones en las que caigo con demasiada facilidad. No estoy tratando con una chica como Lily, sino con la propia Lily, un ser único y misterioso a pesar de su vulgaridad. ¿Quién sabe qué anhelos laten bajo ese exiguo pecho?

Ahora la estudio con una intensidad casi de ogro. Es un acertijo animado que me he propuesto resolver. La observo pintarse las uñas. Se dedica a la tarea con severa concentración, aplicando su pincelito con la meticulosidad de un miniaturista medieval. A menudo, cuando acaba, extiende las manos delante de ella y busca algún fallo en la ejecución, algún defecto en la capa de esmalte. Si lo encuentra, arruga la nariz enojada y saca el frasco de disolvente y se frota todo el esmalte que acaba de aplicarse y vuelve a empezar. La misma atención presta a los dedos de los pies. Tiene unos pies largos y delgados de lemur, no distintos de los de Lydia, con ásperos callos en los bordes exteriores. En cada pie, el dedo pequeño está torcido hasta quedar debajo de su vecino, como el asa de una tacita. Se sienta en el borde del gran sillón con orejas que hay en la sala, con la pierna levantada y la barbilla apretada sobre la rodilla, y las grasientas mechadas del pelo le cuelgan sobre la cara; la habitación huele como el taller de un pintor de pistola. Me pregunto si se da cuenta de que mi mirada recorre indolente los lugares en sombras, musgosos, que hay bajo su falda levantada. A veces la pesco mirándome con unos pesados párpados que me niego a creer que estén hinchados. Recuerdo las violetas, y contemplo con cierta desazón la parte posterior de sus rodillas, de un color azul lechoso, cada una con su pareja paralela de finas grietas, su áspero pelo oscuro que siempre parece necesitar un lavado, y el perfil de sus omóplatos, como alitas atrofiadas, impresas sobre su escaso vestido de verano. He averiguado que tiene quince años.

Los fantasmas obran su magia inmanente sobre ella. Se reclina en los lugares donde aparecen, justo en el medio, como una mugrienta aunque muy real odalisca, hojeando sus revistas y sorbiendo su cola con apagados ruidos de tubo de buceo. ¿Se da cuenta de la presencia de los fantasmas? Ayer levantó rápidamente la mirada del tebeo que estaba leyendo y frunció el ceño, como si hubiera sentido un roce espectral en el hombro. A continuación me lanzó una mirada suspicaz, la barbilla encogida contra el cuello y las cejas con una expresión sombría, y exigió saber por qué sonreía. ¿Acaso yo sonreía? Cree que soy un viejo bobo y entrañable; tiene razón. Me pregunto si la mujer fantasma, por su parte, percibe la existencia de esta niña viva. ¿Acierto cuando creo detectar en las apariciones de la mujer fantasma una creciente sensación de perplejidad, de ligera consternación, incluso? ¿Estará celosa? Espero el momento, que sin duda llegará, en el que ella coincida exactamente con Lily. Descenderá sobre esta como el ángel de la Anunciación, como la mismísima diosa, y la iluminará con la momentánea bendición de su presencia sobrenatural.

Ahora que me hallo habitando esta casa transfigurada intuyo lo que debe de experimentar Cass, siempre en medio de extraños que le resultan familiares, sin saber qué es real y qué no, incapaz de reconocer lo perfectamente reconocible, asaltada por voces que proceden de la nada. La presencia de los vivos ha privado a la casa de una solidez esencial. Los Quirke me han convertido en un fantasma, y no estoy seguro de que ahora no fuese capaz de atravesar las paredes. Me pregunto si mi hija también tiene esta pertinaz sensación de ligereza, de volatilidad, de que siempre existe una

finísima capa de nada entre los pies y el suelo que te sostiene. Sin embargo, todo lo que aquí me rodea es sustancia, algo eminentemente tangible, el mundo de siempre, duro, denso y cálido al tacto. La otra noche, en lugar de llevarse a la chica con él, como acostumbra, Quirke aparcó su bicicleta en el vestíbulo, entró en la cocina y con todo el descaro acercó una silla a la mesa y se sentó. Hubo un fugaz silencio mientras esperaba a ver qué hacía yo. Como es de suponer, no hice nada, simplemente me quedé sentado y los tres jugamos a las cartas. Nunca se me han dado bien las cartas. Me quedo mirando ceñudo las que tengo en la mano, cojo carta del mazo cada vez que me toca, sin saber muy bien qué palo o valor debo conseguir. Quirke juega con elefantina circunspección, mantiene las cartas cerca de la cara y nos lanza penetrantes y astutas miradas a Lily y a mí, uno ojo cerrado y el otro entreabierto. Aunque él también pierde. Lily es la que siempre gana. La excitación de la partida la transforma, se vuelve una muchacha distinta, chillaba y se ríe cuando coge la carta que necesita, gruñe cuando tiene mala mano y pone los ojos en blanco y golpea sin fuerza la frente en la mesa con simulada desesperación. Cuando ha reunido la baza ganadora, echa los naipes sobre la mesa de un golpe, con un aullido de piel roja, en señal de triunfo. Quirke y yo, mientras manoseamos y suspiramos por encima de nuestras torpes manos, somos demasiado lentos para ella. Le grita a Quirke que se dé prisa, y meneaba la cabeza disgustada, y cuando yo me tomo más tiempo del habitual, me lanza un golpe a la zona lumbar, o en el brazo, haciéndome daño con su puñito duro y puntiagudo. Cuando espera para coger la última carta se queda en silencio, fija la mirada en el mazo, vigilante como una zorra. Al tres lo llama *trais*, y lo que para mí es una sota para ella es una jota. Jugamos a la luz de las velas, a insistencia de Lily; dice que es romántico, y pronuncia la palabra con un trino de voz profunda —*tan romáaantico*— que sospecho utiliza para parodiarme. Luego se pone bizca y hace una mueca idiota con la boca. Aún hace calor, dejamos las ventanas abiertas a la inmensa noche estrellada. Entran las polillas y trazan sus ebrias y mecánicas espirales alrededor de la llama, y el polvo de sus alas cae sobre el tembloroso charco de sombra, negro de hollín, en el que se sitúa la vela. Ayer por la noche, cuando la partida terminó, mientras Lily recogía las cartas y Quirke estaba sentado mirando al vacío, oí el ulular de un búho en la oscuridad, y me acordé de Cass, y me pregunté dónde estaría en ese momento, qué estaría haciendo mi Minerva. Una peligrosa especulación. Incluso al abrigo de una hermosa noche de verano la mente puede concebir horrores.

Yo tenía razón, Lily duerme en la habitación de mi madre. Esta mañana, a primera hora, me he asomado y allí estaba, a la tenue luz del alba, acurrucada en un rincón de la enorme cama, roncando. No se ha despertado, ni siquiera cuando me he aproximado a la cama y he acercado mi cara a la de ella. Qué extraño espectáculo es el ser humano cuando duerme. Olía a sueño y a sudor joven y a ese asqueroso perfume barato y dulzón que se pone. De no ser por el olor y los ronquidos, podría haber sido Cass. Mi hija pasaba días enteros en la cama, sin hacer caso de las súplicas, de los reproches. Yo me acercaba de puntillas a su habitación y levantaba una punta de la sábana y allí estaba ella, como algo que hubiera venido del bosque, totalmente pálida, con el pelo alborotado, rígida, de lado, mirando a la nada, el puño entre los incisivos, que asomaban. Luego, a altas horas de la madrugada, por fin se levantaba, bajaba a la sala y se sentaba con las rodillas contra el pecho delante del televisor sin sonido, y observaba las parpadeantes imágenes con una mirada fija y ávida, como si fueran jeroglíficos que se esforzara por descifrar.

Durante nuestras partidas nocturnas Quirke me ha ido contando la historia de su vida, que es como sigue: su madre regentaba un pub, el padre se lo bebía, pusieron a trabajar a Quirke *filis* a los catorce años como recadero de un abogado, y ahí sigue desde entonces; mujer, hija; luego murió la mujer y se quedó viudo. Lo relata todo con una mirada estúpida, menea la cabeza, como si fueran cosas que le han ocurrido a otra persona, a alguien de quien ha oído hablar, o del que ha leído en los periódicos. Perdió la casa de sus padres a causa de algún tejemaneje legal, no dice si iniciado por él o por otra persona, y no le pido detalles. De uno de sus bolsillos interiores saca un recorte de periódico arrugado y amarillento en el que se anuncia la salida de la casa a subasta. «Era nuestra —dice asintiendo con la cabeza—. Se la quedaron por nada». El recorte está caliente por haberlo tenido cerca de sus tetas de mujer; con remilgos, cogiéndolo con el pulgar y el índice, le devuelvo el recorte, y lo estudia un momento, emitiendo un chasquido con la mejilla; a continuación lo esconde y vuelve a concentrarse en las cartas.

Para él el futuro es algo que no hay ni que considerar, igual que hacer un pleno en las carreras o la promesa de la vida eterna. Me pregunto cuánto tiempo piensa que le dejaré vivir aquí. Me maravilla su ecuanimidad. Dice que su madre conocía a la mía. Se acuerda bien de la época en que había inquilinos en esta casa, afirma que su madre lo trajo aquí de visita. Dice que también se acuerda de mí. Todo esto me parece extrañamente inquietante. Es como si te contaran cosas indecentes que te han hecho cuando dormías, o bajo anestesia. Hurgué y hurgué en mi memoria hasta que al final, creo que por cortesía, saqué de sus profundidades la imagen de alguien que podría ser él, no como habría sido entonces, sino, de manera ridícula, como es ahora, con un gorro sobre su gran cabeza redonda exactamente idéntico al mío. Nos han enviado a jugar al jardín, mientras nuestras madres se quedan sentadas en la sala farfullando conforme toman el té y las pastas. Ese Quirke hombre-niño y yo permanecemos en un incómodo silencio, sin mirarnos, y hurgamos el césped con las puntas de nuestros zapatos escolares. Incluso la luz del sol parece aburrida. Quirke pisa una babosa y la aplasta, y deja una mancha alargada en la hierba que parece moco. Debo de llevarle un par de años, aunque parece de mi misma edad. Del bolsillo trasero de sus pantalones cortos saca una fotografía, que muestra a una chica rechoncha con un sombrero en forma de campana y medias de prostituta, apoltronada en una silla de cocina con las piernas muy abiertas, mientras se introduce un pepino con desinterés; dice que me la quede si quiero, que está harto de mirarla. Una tormenta se forma sobre nosotros. Mantenemos la cabeza gacha, miramos la foto de la chica. Le oigo respirar. «Una puta —dice—, ¿qué?». Un primer chaparrón cae sobre la foto. El día se oscurece como una magulladura.

¿Es a Quirke a quien recuerdo realmente, o a otro, como por ejemplo el muchacho que fue mi primer amor? ¿Le he mencionado? No me acuerdo de cómo se llamaba. Un verano estuvo de huésped en nuestra casa con su madre. Era inglés, o puede que galés: su acento era un poco raro. La madre debía de haber pasado algún apuro, tal vez huía de sus acreedores, o de un marido brutal. Se tiraba días enteros en la cama, sin emitir ni un sonido, hasta que mi madre, incapaz de soportar el suspense, subía a verla con la excusa de ofrecerle una taza de té o llevarle un jarrón de rosas de nuestro jardín. El muchacho y yo éramos de la misma edad, supongo que teníamos nueve años, desde luego no más de diez. No era guapo, ni había nada en él que llamara la atención. Tenía unos cabellos

ralos y rojizos, pecas, manos grandes y estaba mal de la vista, y recuerdo también sus rodillas grandes, hirsutas y porcinas. Yo le adoraba; me iba a la cama por la noche y pensaba en él, imaginaba aventuras en las que él y yo uníamos nuestras fuerzas contra los forajidos y los pieles rojas. No había en mi amor ningún deseo carnal, desde luego, y jamás se lo confesé; ni siquiera me habría atrevido a llamarlo *amor*, la mismísima palabra me habría escandalizado. Tampoco sabía si él sentía lo mismo que yo, ni qué podía sentir por mí, si es que sentía algo. Un día fuimos a dar un paseo por el pueblo —me llenaba de orgullo que me vieran con él, pensaba que todos se fijaban en nosotros y nos admiraban—, y de pronto, sin darle importancia, le cogí del brazo, y él se puso rígido y frunció el ceño. Apartó la mirada, y al cabo de un par de pasos, sin perder su aire ensimismado, separó delicadamente su brazo del mío. La última noche que estuvo en casa bajé a hurtadillas, sumido en una fiebre de pesar, y me quedé de pie ante la puerta del cuarto que compartía con su madre y agucé el oído para oírle respirar mientras dormía, o mejor aún, mientras estaba despierto, pensando en mí, quizás, y al poco, para mi dicha y consternación, oí el sonido de unos sollozos apagados e irregulares, y con voz ronca susurré su nombre, y un momento después la puerta se abrió un dedo, y en la rendija apareció no su cara, sino la de su madre, enrojecida y surcada de lágrimas. No dijo nada, simplemente me miró —yo no era sino un novicio en el arte del dolor— y emitió un suave y triste suspiro, y sin decir palabra se retiró y cerró la puerta. A la mañana siguiente se marcharon temprano, y él ni siquiera vino a decirme adiós. Me quedé en la ventana y les observé cruzar la plaza a duras penas bajo el peso de las maletas, e incluso cuando habían desaparecido de mi vista seguía viéndole, a él, sus grandes pies enfundados en unas sandalias baratas, su figura corpulenta, en la nuca aquella espiral de pelo sin color.

Nos apartamos de la luz del sol, de la babosa aplastada, de la foto obscena, regresamos a la casa, y pasaron varias décadas en un santiamén.

—¿Alguna vez ha visto un fantasma en esta casa? —preguntó Quirke—. Decían que este lugar estaba encantado.

Le miré. Tenía la vista fija en sus naipes.

—¿Encantado? —dije—. ¿Por quién?

Se encogió de hombros.

—Viejas historias —dijo—. Viejos encantamientos.

—¿Qué clase de historias?

Se reclinó en su silla, que crujió bajo su peso, y entrecerrando los ojos dirigió la mirada a un remoto rincón de la oscuridad que había más allá de la vela. Ahora Lily también le miraba, la boca abierta y un poco torcida; me gustaría que no pusiera ese gesto, parece una retrasada.

—No me acuerdo —dijo Quirke—. Algo acerca de un niño.

—Un niño.

—Que murió. Y también la madre. Probablemente uno de los huéspedes de esta casa... —me lanzó una mirada, señaló a su hija y uno de sus ojos parpadeó.

—Se refiere —me dijo Lily con irónico énfasis— a una mujer que se quedó embarazada. Yo, claro está, no sé de dónde vienen los niños.

Quirke no le hizo caso.

—En una casa vieja como esta siempre pasan cosas raras —dijo Quirke con voz suave—. Echaré el siete.

La vida, la vida siempre es una sorpresa. Justo cuando crees que le has pillado el tranquilo, que te has aprendido tu papel a la perfección, a alguien del reparto le da por ponerse a improvisar, y toda la maldita función acaba en caos. Lydia ha aparecido hoy, sin avisar. «Bueno, ¿cómo te iba a hacer saber que venía si has arrancado el teléfono de la pared?», me ha soltado. Cuando ha llegado yo estaba en mi nido, haciendo garabatos sobre un papel. ¿Os he descrito esta pequeña habitación, mi escondite y refugio? Está en la parte de atrás de la casa. Para llegar hay que subir tres altos peldaños de cemento, pasar por una puerta pintada de verde en forma de arco que le da un curioso efecto monástico. Creo que esta habitación se construyó después de que la casa estuviera acabada, para servir de *chambre de bonne*, aunque quien la erigió debía de creer que todas las doncellas eran enanas. Solo en mitad de la estancia hay altura suficiente para estar de pie, pues el techo se inclina abruptamente, y en un lado llega casi hasta el suelo. Es como estar en una tienda de campaña, o en el desván de una gran casa de muñecas. Tengo una pequeña mesa de bambú en la que escribo, y una silla de asiento de anea que me he traído de la trascocina. A mi derecha, en la pared que queda delante de la puerta, hay una pequeña ventana cuadrada que da a un rincón soleado del jardín. Fuera, justo debajo de la ventana, se extiende un macizo de viejos geranios, cuyas flores, cuando el sol incide en un ángulo determinado, proyectan un reflejo rosáceo sobre las páginas de mi cuaderno. Por la mañanas me meto aquí dentro como si de una campana de inmersión se tratara y me aílo de los Quirke. Medito, sueño, recuerdo, y de vez en cuando anoto una frase o dos, algún pensamiento suelto, un sueño. Todas estas anotaciones tienen un claro tono retórico, algo inevitable, supongo, dada mi condición de actor, aunque a menudo me descubro pronunciando las palabras en voz alta mientras las escribo, como si las dirigiera directamente a un oyente conocido y comprensivo. Desde que me he enterado de que los Quirke viven en la casa, paso más tiempo en este cuarto. Soy feliz, o más feliz, al menos, dentro de esta cámara sellada, suspendido en el mar sin mareas de mí mismo.

Mi esposa es una persona notable en muchos aspectos. Ha sido una coraza impenetrable a las flechas y proyectiles que el mundo exterior pudiera lanzar a la amalgama que formaban nuestras vidas. Deberíais haber visto cómo se encogían los críticos que asistían a mis estrenos cuando la veían abatirse sobre ellos armada con su cigarrillo y su vaso de vino. Sin embargo, en la adversidad emocional no se encuentra cómoda. Creo que su padre fue demasiado indulgente con ella, y que el resultado es que nunca ha perdido la esperanza de que siempre habrá alguien de guardia que se enfrente, por ejemplo, a las imprevistas eventualidades del matrimonio y sus inevitables pesares. Y no es que Lydia no pueda con ello; como digo, es mucho más formidable que yo por lo que se refiere a las cuestiones prácticas. Es solo que posee la regia convicción de que no debería verse obligada a gastar fuerzas, que parece conservar para el bienestar general, en previsión de cuando surja una crisis de verdad, momento en que la llamarán para que aparezca con armadura y casco con penacho mientras ondean todos los estandartes. Cuando esta mañana oí su voz en la distancia, al otro lado de mi puerta verde, experimenté un instante de pánico, como si fuera un fugitivo que se esconde tras una puerta falsa y ella el jefe de la policía secreta. Salí de mi guarida y me la encontré dando grandes zancadas por el pasillo, nerviosa, colérica. Llevaba unos leotardos negros y un blusón rojo intenso que le llegaba por las caderas, y que le daba un aspecto corpulento poco elegante y favorecedor. Cuando se enfada aparece en su voz una especie de trino lloroso y agudo.

—¿Dónde estabas, por amor de Dios? —ha dicho al verme—. ¿Qué pasa? ¿Quién es esa chica?

Lily, descalza, con el vestido torcido, estaba de pie, encorvada, unos metros detrás de Lydia, en el pasillo, mascando chicle con una expresión hosca. El pánico que yo había sentido un instante atrás dejó paso a una fría serenidad. Tengo el don, si es que es un don, de apagar de golpe cualquier calentura de la sangre o el cerebro. Hay, había, quiero decir, noches en que temblaba entre bastidores, muerto de miedo, mientras esperaba que me dieran la entrada, y un momento después aparecía en escena perfectamente sereno, y pronunciaba mis frases con voz sonora, sin temor y sin ningún error. En esos casos me sobreviene la sensación de estar flotando, como si me hallara inmerso en un medio denso, fluido, el Mar Muerto de mis emociones. Desde ese estado de distancia, casi agradable, observé a Lydia con un aire interrogador y afable. Me di cuenta de que yo aún tenía la pluma estilográfica en los dedos, la esgrimía como si fuera una pistola. Casi me eché a reír. Lydia tenía la cabeza levantada y ladeada, como si fuera un tordo asustado, mirándome, y en su cara había un rictus de desconcertada incredulidad.

—Esta es Lily —dije sin darle importancia—. Es el ama de llaves.

Hasta a mí me resultó inverosímil.

—¿Qué? —gritó Lydia con un chillido de pájaro—. ¿Es que has perdido completamente la chaveta?

—Lily —le dije—, esta es la señora Cleave.

Lily no dijo nada, y solo se movió para volverse hacia el otro lado; seguía mascando chicle rítmicamente. Lydia continuó mirándome con esa expresión colérica y sorprendida, inclinándose ahora un poco hacia atrás como para evitar la posibilidad de que le lanzara un brutal puñetazo.

—Mírate, menuda pinta —dijo, asombrada—. ¿Te has dejado barba?

—Lily cuida de mí —dije—. Es decir, de la casa. Llegó de manera muy oportuna. Estaba a punto de ir a pedirles a las monjas de aquí delante si podían prestarme un par de huérfanas —esta vez me reí, un sonido poco familiar—. Podría haberlas vestido con pantalones bombachos y pelucas empolvadas —dije—, mi Justine y mi Juliette —en una ocasión interpreté al divino Marqués, llevaba una cinta en el pelo y una camisa con volantes abierta hasta el ombligo; me encantaba imaginarme en ese papel.

Una dolida expresión de impotencia asomó a la cara de Lydia, y por un momento pareció a punto de echarse a llorar. Pero suspiró con fuerza por la nariz, apretó la boca hasta formar una línea adusta. Dio medio vuelta y se metió en la sala. Los ojos de Lily se encontraron con los míos, y no pudo reprimir una sonrisita, mostrando el resplandor de un colmillo.

—Trae un poco de té, Lily —dije en voz baja—, para la señora Cleave y para mí.

Cuando entré en la sala, Lydia estaba de pie junto a la ventana, igual que el día que vinimos los dos aquí, de espaldas a la habitación y con un brazo apretado contra el pecho, fumando un cigarrillo a bocanadas cortas y violentas.

—¿Qué estás haciendo, Alex? —dijo con un temblor en la voz. No se volvió. Aborrezco sus intentos de actuar, me resultan violentos. Solo me llama por mi nombre cuando se pone teatral. Dejé pasar unos momentos.

—Te agradecerá saber —dije en un tono jovial— que la casa está encantada. Todo el mundo lo sabe. Ya ves, después de todo no me falta ningún tornillo. Quirke dice que un niño...

—Basta —dijo levantando una mano—. No quiero oírlo —me encogí de hombros. Volvió la cara hacia la sala y miró a su alrededor con el entrecejo fruncido—. Esto está asqueroso —murmuró—. ¿Qué hace esa chica?

—No le pago mucho —dije—. De hecho, desde hace poco no le pago nada.

Esperaba que me preguntara por qué, para tener la oportunidad de ponerla al corriente de esos huéspedes que habían llegado sin ser invitados, pero simplemente suspiró otra vez, aún con ese ceño abstraído, y negó con la cabeza.

—No me interesan tus asuntos domésticos —dijo, con un desdén considerable pero poco convencido. Miró el cigarrillo que tenía en la mano como si no lo hubiera visto hasta entonces. La voz se le espesó, entrecortada por la congoja—. Entiendo que me has dejado y no piensas volver —dijo. Habló deprisa, mirando aún el cigarrillo con los ojos brillantes.

Fingí que lo meditaba profundamente.

—Vaya, ¿este ha sido un verso en anapestos —dije—, o en anfibacos, más excepcionales y escasos? Lo pregunto por curiosidad profesional. Deberías ser poeta —aún tenía la pluma asesina en la mano. La dejé sobre la repisa de la chimenea, concentrándome para no olvidar dónde la depositaba; me estoy volviendo muy despistado con las cosas pequeñas e inanimadas. Veía a Lydia por el espejo que hay sobre la repisa, que me fulminaba la nuca con la mirada—. Por el momento estoy bien aquí —dije, en tono considerado, volviéndome hacia ella—. Ya ves, me permite estar vivo sin tener que vivir.

—Desde luego —dijo—. Siempre has estado enamorado de la muerte.

—Spinoza dice...

—Oh, que le den por culo a Spinoza... —dijo, pero con poca energía, casi con desgana.

Miró a su alrededor buscando un cenicero, y al no encontrar ninguno se encogió de hombros y dejó caer unos centímetros de ceniza al suelo, donde aterrizó suavemente y quedó entera. Le pregunté si tenía noticias de Cass. Negó con la cabeza, pero me di cuenta de que estaba mintiendo.

—¿Dónde está exactamente? —pregunté. De nuevo ese terco negar con la cabeza, como si fuera una niña que se negara a chivarse de un compañero de juegos que se ha portado mal en la guardería. Ataqué por otro flanco—. ¿Cuál es la sorpresa que dijiste que Cass tenía para mí?

—Me pidió que no te la contara.

—¿Ah, sí?

Una de las cosas, de las pocas cosas que he aprendido, o comprendido, de mí desde que volví a esta casa es que siempre busco a alguien o algo en quien vengarme. No sé por qué busco venganza, ni qué forma tomaría mi venganza exactamente. Soy como mi madre, que esperaba que el mundo se le disculpara por los abominables ultrajes que, según ella, le había infligido. Al igual que ella, soy incapaz de abandonar la convicción de que hay que echarle la culpa a alguien, hay que saldar las cuentas pendientes. Me contento con esperar, con tomarme las cosas con calma, con aguardar el momento oportuno, pero nunca me abandona la certeza de que seré vengado, de alguna manera, cuando sea. A lo mejor, cuando llegue el momento, sabré cuál fue el insulto o la injusticia original que se cometió conmigo. Si existe alguna confusión, está en mí; soy un verdadero extraño para mí.

De la cocina salió un repentino y cacofónico estruendo procedente de la radio de Lily, que se apagó enseguida.

Lydia me miraba de soslayo, a la espera de mi siguiente movimiento. A veces, por ejemplo en momentos como este, me permito albergar la idea de que, a pesar de su fuerza, me tiene miedo. Confieso que me gusta tenerla siempre sobre ascuas. Soy impredecible. A lo mejor piensa que estoy loco, y que podría agredirla. Detrás de ella, al otro lado de la ventana, el jardín era una incongruente mezcla edénica de verdes alegres y relucientes azules petróleo. La prodigalidad del verano es una continua sorpresa.

—Cass quiere volver a casa —dijo—, pero por ahora no puede.

Esto hizo sonar una falsa nota de intento de apaciguamiento, que me negué incluso a escuchar. *Por ahora*, claro está.

—Cass confía en ti, ¿verdad? —dije—. Antes no era así.

Es cierto; fueran cuales fueran las diferencias que tuvimos mi hija y yo, siempre hemos tenido una intimidad que nos permitía leernos el pensamiento. Y siempre, siempre, somos nosotros dos contra la pobre Lydia.

Oí los pies descalzos de Lily recorrer el pasillo hacia la cocina, y al momento salió llevando una bandeja de latón sobre la que había una tetera y dos tazas distintas, y un plato hasta arriba de gruesas rodajas mal cortadas de pan azarosamente untado con mantequilla. Vi que Lydia se daba cuenta de la mugre incrustada en los callosos pies de la muchacha, que formaba un dibujo en los talones, rojizos y arrugados. Lily, mordiéndose la comisura inferior del labio y evitando mirarme, depositó la bandeja sobre el hogar, doblando la cintura y mostrando a propósito la parte posterior de los muslos, pálidos como el vientre de un pescado, hasta su estrecho trasero.

—¿Lo sirvo? —dijo desde detrás del pelo que le cubría la cara con una voz estrangulada por la risa contenida.

Lydia se le acercó rápidamente desde la ventana.

—Yo lo haré.

—Muy bien —dijo Lily, y se irguió; sin mirarnos a ninguno de los dos salió tranquilamente, meneando las caderas.

Para servir el té, Lydia se vio obligada a sentarse sobre la alfombra que había delante de la chimenea, inclinándose a un lado con las piernas juntas y como unidas, en un ángulo incómodo que le hizo parecer una sirena arrojada a la playa y no carente de atractivo.

—¿Cuántos años tiene esa chica? —dijo, mirando ceñuda el té color teca a medida que gorgoteaba hacia las tazas.

—Ella dice que diecisiete.

Lydia soltó un bufido.

—Quince, si llega —dijo. Había algo en esa manera torpe y desamparada de sentarse que hacía que mi sangre latiera como un metrónomo—. Más vale que te andes con ojo.

—Es prácticamente huérfana —dije—. ¿Crees que debería hacerle a Quirke una oferta por ella? Estoy seguro de que a cambio de una cabeza reducida y un puñado de conchas de cauri podría ser mía..., nuestra, quiero decir. ¿Qué opinas?

Separó las piernas con un movimiento veloz y sorprendentemente grácil y se puso de rodillas para ofrecerme la taza. Estaba muy cerca de mí, casi arrodillada entre mis piernas. Al coger la taza dejé que mis dedos rozaran los suyos. Lydia se quedó inmóvil, su mirada serena fija en nuestras dos manos.

—Ya tienes una hija —dijo sin alzar la voz.

Di un sorbo al té. Desde luego, he de enseñarle a Lily el arte de preparar el té. Estoy seguro de que emplea bolsitas, aunque le he dicho que no toleraré algo tan asqueroso. Lydia seguía arrodillada a mi lado, en actitud suplicante, la cabeza gacha.

—La *tenía* —dije—. Luego creció. Una mujer no puede ser una hija.

—Necesita ayuda, ya lo sabes.

—¿Alguna vez no la ha necesitado?

Lydia suspiró, trasladó el peso de su cuerpo de una rodilla a otra. Pensando que a lo mejor estaba a punto de abrazarme, dejé la taza en el suelo a toda prisa. Me levanté y me dirigí a la ventana —sorteando ese gusano de ceniza extrañamente repelente que Lydia había dejado en la alfombra— y me coloqué donde se había colocado ella antes. Me puse a mirar el jardín iluminado por el sol. Hay días, en verano, que poseen una cualidad arcaica, sobre todo a finales de julio, cuando la estación está en su punto culminante y ha iniciado ya su declive de manera imperceptible, y los rayos de sol son más densos, y el cielo es más vasto y elevado y de un azul más intenso que antes. En esos días el otoño anuncia ya su llegada, aunque el verano, risueño, sigue creyendo que nunca acabará. En esa onírica quietud, como la de las lejanías de azur en un decorado, todos los veranos, desde ahora hasta la infancia, parecen presentes; e incluso los veranos anteriores a la infancia, en esos campos de la Arcadia donde la memoria y la imaginación se confunden. Se levanta una brisa, uno de esos pensamientos a medio formar de la atmósfera, y en un rincón de tu campo visual algo se agita, lánguidamente, y vuelve a quietarse. Ruidos suaves y confusos se entremezclan

en el aire, como si procedieran de un jolgorio lejano. Hay sonidos de abejas, sonidos de pájaros, el irritante zumbido de un tractor lejano. Te llega una fragancia, que conoces pero que no puedes identificar, y esta te recuerda otra cosa, un prado con amapolas junto a una carretera polvorienta, y alguien que se vuelve para quedar frente a ti... Mientras estaba allí en la ventana me di cuenta de que algo había cambiado, de que había entrado en un lugar distinto. Primero había estado yo, luego yo y los fantasmas, luego yo y Quirke y la hija de Quirke, y ahora..., ahora no sé el qué, solo que ese ahora era nuevo. Detrás de mí oí a Lydia poniéndose en pie, el esfuerzo le hizo soltar un leve gruñido.

—El hecho, querida —dije—, es que en estos momentos no tengo fuerzas para preocuparme de nadie más.

Soltó una áspera risotada.

—¿Y cuándo las has tenido?

Un gato color babosa se paseaba por el jardín, haciendo a un lado las altas hierbas con ampulosos y diestros gestos de sus patas, dominador. La vida está en todas partes, incluso en las piedras, lenta, secreta, perdurable. Me aparté de la ventana. Jamás me gustó esta sala, este salón por antonomasia; tiene algo de casa de pastor protestante, con sus sombras marronosas y pesados muebles, y su aire inalterable y temeroso. Aquí han sido desdichadas demasiadas personas. Ahora Lydia estaba sentada en la vieja butaca que hay junto a la chimenea, con las manos entrelazadas entre las rodillas, con la mirada perdida en el hogar. Nada más darle la espalda, había envejecido años; al cabo de un momento se desharía de ellos otra vez; es una de sus peculiaridades. En la chimenea aún estaban los libros calcinados. Cenizas, cenizas por todas partes. Lily apareció en la puerta y se quedó allí, calibrando la atmósfera con interés.

—A la señora Cleave y a mí nos gustaría adoptarte —le dije, poniendo una radiante sonrisa—. Queremos alejarte de todo esto y darte un hogar de verdad y convertirte en una princesita. ¿Qué te parece?

Lily se volvió hacia Lydia, luego otra vez hacia mí y puso una sonrisa recelosa. A continuación entró en la sala y recogió la bandeja. Cuando se marchaba le guiñé el ojo y ella se mordió otra vez el labio y sonrió otra vez y desapareció por la puerta. Lydia seguía sentada en la butaca, inmóvil, la mirada perdida en el hogar. Al cabo de un segundo se movió, separó las manos, las colocó sobre las rodillas y se levantó bruscamente con el aire de alguien que ha tomado una decisión.

—Creo que lo mejor que podemos hacer... —comenzó a decir, y de pronto se echó a llorar.

Las lágrimas le bajaron veloces por las mejillas, gruesas y relucientes como gotas de glicerina. De pie, me miró a través de ellas durante un momento, con consternada sorpresa, y luego se desmoronó y emitió una especie de gemido, medio colérico medio afligido, e, impotente, se cubrió el rostro desconsolado con los dedos extendidos y salió a toda prisa de la sala, dando tumbos. Los centímetros de ceniza que habían caído al suelo seguían allí, enteros.

La encontré en el vestíbulo, acurrucada en el viejo sofá que hay allí, frotándose con furia la cara

manchada de lágrimas con los pulpejos de ambas manos, como un gato limpiándose los bigotes. Nunca sé qué hacer ante el dolor ajeno. Cuántas veces, durante nuestra vida en común, me había visto así, contemplando cómo se deshacía en lágrimas, igual que un niño presenciaría cómo un saco lleno de gatitos se ahoga en un estanque. Sé que he sido una dura prueba para ella, de una manera u otra..., de muchas maneras, de hecho. Lo cierto es que jamás la he comprendido, ni lo que quiere ni lo que espera. Cuando comenzamos a vivir juntos, ella me acusaba de tratarla como si fuera una niña, y es cierto que yo adoptaba una actitud paternal en las cuestiones cotidianas, desde la contabilidad doméstica a su ciclo menstrual —las personas que nada tienen que hacer durante las horas del día suelen ser unos metomentodos, algo que he observado en mi profesión—, aunque he de decir en mi defensa que pensaba que eso era lo que ella me exigía al pasar de depender de su padre a depender de mí. Y un día, en medio de una de nuestras trifulcas, se volvió hacia mí y, con una cara terriblemente crispada, me gritó que *jno era mi madre!* Esa sí que era buena; ¿cómo me lo debía tomar? Me quedé de una pieza. Esperé hasta que se calmó, y entonces le pregunté qué había querido decir con eso, pero la pregunta solo consiguió volver a ponerla furiosa, de modo que no volví a mencionar el tema, aunque siguió dándome que pensar durante una buena temporada. Al principio creí que me acusaba de exigirle que me cuidara y me mimara, pero lo descarté, y al final decidí que lo que probablemente había querido decir es que me comportaba con ella como lo había hecho con mi madre, es decir, con exasperación, resentimiento, y esa indulgencia hermética e irónica —el suspiro, la risita, la mirada al cielo— que, no lo ignoro, es una de las maneras más irritantes que tengo de tratar a aquellos con los que supuestamente tengo una relación más estrecha. Tras pensarlo un momento llegué a la conclusión de que lo que me había gritado era tan solo otra forma más de manifestar que la trataba como a una niña, pues así, como nunca se cansaba de señalar, era exactamente como trataba a mi madre. Qué complicadas son las así llamadas relaciones humanas.

—Cariño —dije, con una voz que sonó poco sincera—, lo siento.

Una de las paradojas de nuestras riñas es que casi nunca empiezan en serio hasta que llegamos a esa fase en que intento disculparme. Es como si, al menor atisbo de debilidad por mi parte, se disparara en Lydia un primitivo instinto de dominio femenino reprimido. Al momento me saltó a la yugular. Era lo de siempre, ensayado tantas veces que había quedado trasnochado, si no para ella, desde luego sí para mí. Pero diré una cosa, es exhaustiva. Comienza por mi infancia, hace un rápido repaso por mi adolescencia y juventud, se detiene con afectuosa amargura en los primeros años que pasamos juntos, hace un excursio a mi manera de comportarme —tanto en mi vida profesional como privada —«Siempre estás actuando, nosotros no somos más que el público»— y luego se arremanga y pasa a mis relaciones con Cass. Ojo, no es tan brutal ni implacable como antes; los años han suavizado su carácter. Lo que no cambia es la imagen de mí que presenta. Según ella, todo lo he hecho mal. Mi madre tenía un carácter maravilloso, era una persona resignada, una víctima, y si siempre nos daba la tabarra a mí y a mi padre era porque necesitaba que le demostráramos algo de afecto, no era más que un grito apagado de su corazón herido. Mi padre, por añadidura, fue un tirano en secreto, callado, vengativo, retraído, y su muerte fue un acto de rencor y venganza hacia la mujer que más le había apreciado. Cuando yo le recuerdo, en un tono de suave reprobación, que mi padre murió mucho antes de que nos conociéramos, le quita importancia a ese hecho con un gesto

desdeñoso, como diciendo *No me vengas con monsergas*. En esa imagen invertida de mi familia — la Santísima Trinidad es el socarrón nombre que nos pone— yo también aparezco cabeza abajo. ¿Acaso tuve yo una infancia solitaria y complicada, tras el shock de la temprana muerte de mi padre, y sometido, más tarde, a las insaciables exigencias emocionales de una madre amargamente decepcionada? No, qué va: yo era el príncipe de la casa, y no hacía más que recibir amor, alabanzas, regalos, y enseguida me libré de un padre resentido, y durante el resto de la vida de mi madre la culpé de todas las cosas que ella no podía ser o hacer. ¿Sacrifiqué los mejores años de mi vida adulta trabajando en obras malísimas para ganar mucho dinero con el que mantener a una esposa y una hija en medio del lujo porque el padre de Lydia, que la adoraba, la había acostumbrado de manera irresponsable a vivir a lo grande? Claro que no: yo era el típico monstruo egoísta que habría prostituido a su esposa por un papel de figurante. ¿Había amado a mi hija, había intentado alejarla de sus sombrías obsesiones, salvarla de sus peores excesos? No: ella era para mí una molestia, un motivo de irritación, una roca en el camino hacia el éxito teatral, una fuente de vergüenza y sonrojo ante mis elegantes amigos en ese inseguro mundo de fingimiento en el que intentaba escalar la cumbre de la fama. Así que ya veis: todo era una mentira, todo un papel que yo interpretaba, y mal, ya puestos. Y ahora había cometido el peor pecado imaginable, me había ido de la función, había dejado que el resto de la compañía se enfrentara a los abucheos del público y a la furia del administrador, mientras los patrocinadores se retiraban.

Como digo, Lydia ya no es la leona de antes. En sus mejores tiempos ella misma se asustaba por la vehemencia de sus denuncias. Nos gritábamos hasta bien entrada la noche, sobre un campo de batalla cubierto de cristales rotos y donde se arremolinaba el humo de los cigarrillos y los vapores del alcohol, y despertábamos a la luz cenicienta de la mañana, con una amargura salada en la boca y la garganta dolorida de tanto beber y gritar. Entonces, entre las sábanas, alargábamos una mano temblorosa, sin atrevernos a mover la cabeza, y uno hacía una pregunta con voz vacilante y el otro respondía con una áspera palabra que le tranquilizaba, y los dos nos quedábamos allí tendidos, haciendo recuento de nuestras heridas, sorprendidos de que la guerra hubiera acabado y aún respiráramos.

Oí a Lily en la cocina, escuchándonos, procurando no hacer ruido. Las riñas de los adultos son excitantes para los niños. A Cass le gustaba oír nuestro sañudo combate; quizás servía de compañía al estruendo que había en su cabeza. Esperé, y Lydia se relajó, y se inclinó hacia delante con un gesto cansino, los brazos cruzados sobre las rodillas y la cabeza gacha, con unos sonoros sollozos que le provocaban algún que otro estremecimiento, los temblores de después de la furia. A nuestro alrededor se congregaron las conmocionadas sombras, como mirones que cautamente se acercan a la escena aún humeante de una explosión. Sobre el linóleo que había cerca de mi pie temblaba un rayo de sol. Es curioso cómo el dolor siempre acaba en este lugar de paso, el húmedo ombligo de la casa, un trecho sin ventanas limitado a un lado por una pared marrón y al otro por el saliente de las escaleras. Originariamente, en días de mayor esplendor, antes de nuestra llegada, conducía a las habitaciones de los sirvientes, en la parte de atrás; a mitad de camino está el marco de lo que sin duda fue una puerta forrada de paño verde, que quitaron hace mucho. El aire aquí es inmóvil, los siglos no lo han agitado, al parecer; vagas corrientes lo recorren, como lentos peces. Hay un olor a

rancio, marronoso, que de niño no me quitaba de encima; era como el olor que me llegaba cuando me tapaba la boca y la nariz con las manos ahuecadas y respiraba el mismo aire rápidamente. Fue mi madre la que puso aquí este sofá, lo arrastró ella sola desde la habitación de delante un día que yo estaba en la escuela, otro de sus caprichos. A los huéspedes enseguida les encantó, siempre había uno de ellos allí sentado, uno que sufría una decepción amorosa, otro un principio de cáncer que no quería reconocer. Cass también se dejaba caer en él, con el pulgar en la boca y las piernas cruzadas bajo el trasero, sobre todo tras un ataque, cuando la luz le molestaba a los ojos y no quería nada más que soledad, silencio y sombras.

El hecho es que Lydia siempre estuvo celosa de Cass y de mí. Oh, sí, ya lo creo. Así fue desde el principio. Era a mis brazos a los que Cass acudía cuando daba sus primeros pasos, por mucho que le ofreciera su madre, por muchos arrullos de ánimo o gritos de lisonja. Incluso posteriormente, cuando su mundo se iba adentrando en las tinieblas, era a mí a quien nuestra hija buscaba primero, era mi mano la que agarraba para no precipitarse en los abismos de ella misma. ¿De quién eran los ojos que buscó al recuperarse de aquel primer ataque, levantando la mirada desde el suelo que había junto a su cama con aquella sanguinolenta espuma aún en la boca y esa expresión en la cara que creímos una misteriosa sonrisa pero que no era sino el efecto de los músculos contraídos al relajarse? ¿Hacia quién corría, riendo de terror, cuando sabía que le sobrevení­a un ataque? ¿A quién le describía sus visiones aurales, los riscos de cristal haciéndose añicos y los terribles pájaros de metal y harapos que volaban hacia sus ojos? ¿Hacia quién se volvió aquel día que estábamos en el jardín de no sé quién, junto a un arriate de azucenas, y le susurró, con atropelladas palabras de emoción, que era aquel, *aquel* era el olor, como a carne podrida maravillosa, delicada y dulzona, el olor que la rodeaba segundos antes del ataque? ¿Quién se despertaba primero cuando aquel grito desgarraba la noche, aquel aullido prolongado y agudo, como cuando se arranca un nervio lentamente de su vaina?

Me senté junto a Lydia en el sofá, lentamente, como si se hubiese dormido y no quisiera despertarla. La mancha de sol del linóleo se había desplazado unos centímetros. La luna debe de estar acercándose al sol, dirigiéndose a la luz como una polilla. Un tenue olor a humo de paja flotaba en el aire; alguien estaba quemando un campo de rastrojo. En el silencio había una especie de zumbido, como cuerdas de arpa frotadas pero no tañidas. Tenía el labio superior desagradablemente húmedo. Hace mucho, cuando era un chaval, en un día de verano como este, tranquilo y caluroso, crucé los campos o anduve durante horas, o eso me pareció, hasta una granja, para comprar manzanas. Había cogido la bolsa de la compra de hule de mi madre; olía mal, a grasa. Llevaba sandalias, y un tábano me picó en el empeine. La granja estaba cubierta de hiedra y tenía muchas ventanitas oscuras que relucían. Era esa clase de lugar donde en los libros de aventuras infantiles ocurren sucesos siniestros, y el granjero viste polainas y chaleco y esgrime una amenazante horca. En el patio, un perro blanco y negro me gruñó, y se puso a dar timoratas vueltas a mi alrededor; la tripa casi rozaba la gravilla. Yo me quedé en un porche de losas mientras una mujer recia y gruesa que llevaba un delantal floreado me cogía la bolsa y entraba en las sombrías profundidades de la casa. Se veían geranios nudosos dentro de macetas de barro, y un reloj de pared, que parecía vacilar antes de cada tictac. Le pagué un chelín a la mujer y esta no dijo nada, y

me miró mientras me alejaba. El perro volvió a gruñir y se pasó la lengua por los labios. Ahora la bolsa pesaba, y no dejaba de golpearme la pierna. Me detuve junto a un estanque de agua jabonosa y contemplé a los insectos que la agitaban; sus patas formaban unas mellas color peltre en la superficie; se movían como si unos hilos tiraran de ellos. La luz del sol llegaba a través de los árboles como un humo caliente y dorado. ¿Por qué ese día, esa granja, la mujer del granjero, las manzanas, esos insectos sobre el estanque? ¿Por qué todo eso? Nada ocurrió, no tuve ninguna espléndida visión, ninguna revelación cegadora ni repentina, y sin embargo todo está ahí, claro como ayer —¡más claro!—, como si fuera algo importante, una clave, un mapa, un código, la respuesta a la pregunta que no sé cómo formular.

—¿Qué es? —dijo Lydia sin levantar la mirada, y durante un segundo me dije que me había leído el pensamiento—. ¿Qué te ocurre? Dímelo. ¿Qué... —voz cansina—, qué te ha pasado?

Las manzanas eran de un verde claro y blanquecino, y al dar un bocado se oía un chasquido leñoso que te saciaba. Recuerdo esos bocados; los he recordado hasta hoy.

—Tengo la sensación —dije—, la convicción, no me la puedo quitar de la cabeza, de que algo ha ocurrido, algo terrible, y no me he fijado todo lo que debía, no le he prestado la debida atención, porque no sé lo que es.

Estaba en silencio, y entonces soltó como una risa, se puso en pie y se frotó los brazos vigorosamente, como si se hubiera quedado helada, sin dejar que le viera la cara.

—Puede que sea tu vida —dijo—. Es un auténtico desastre, ¿no?

Es de noche, y ella aún sigue aquí. O al menos, no la he oído marcharse. No sé qué pretende, hace horas que no la oigo, ni a ella ni a nadie. Es preocupante. Quizás se ha encontrado con Quirke y está con él, contándole sus problemas. Quirke se lo tiene bien merecido. O a lo mejor ha arrinconado a la chica, quizás la está interrogando, quiere saber si la he molestado. Yo permanezco escondido en mi guarida, inclinado sobre mi mesa de bambú, enfadado e incómodo. ¿Por qué he de ser yo siempre el culpable? No le pedí que viniera, no la invité. Lo único que quería era estar solo. Los demás tienen horror al vacío. Encuentras un rincón tranquilo donde aposentarte en paz, y al momento ya los tienes ahí, apelotonados a tu alrededor con sus gorros de cotillón, soplándote sus matasuegras a la cara e insistiendo en que te levantes y te unas a la farra. Estoy harto de todos. No saldré hasta que ella se haya ido.

Es la mañana siguiente, y hay mucho alboroto. El circo, lo que faltaba, ha llegado a la ciudad. Tras una noche de sueño desasosegado, me despertó temprano una confusión de ruidos debajo de mi ventana. A través de una rendija entre las cortinas distinguí a una docena o más de caravanas colocadas de cualquier manera en la plaza. Estaban desenganchando los caballos, y unos hombres musculosos y patizambos ataviados con camisetas a rayas se movían presurosos arriba y abajo, manejaban cuerdas, levantaban cosas, y se hablaban a gritos agudos y breves; era como si la función ya hubiese comenzado y eso fuera el primer número. Mientras observaba, colocaron los postes de la carpa, y enseguida bajaron y desenrollaron una enorme lona. Por toda la plaza se veían cortinas agitándose tras las ventanas, e incluso alguna puerta de la calle se había abierto cautelosamente y por ella asomaba una cara apergaminada o una cabeza con rulos, exhibiendo una expresión de soñoliento asombro.

—¿Qué pasa? —preguntó Lydia adormilada desde la cama, detrás de mí, incorporándose apoyada en un codo y haciendo visera con la mano.

—Es el circo —dije, y no pude evitar reírme, aunque sonó más como una tos.

De hecho, como averigüé después, es más que un circo, es una especie de feria ambulante, con tiro al blanco y puestos para lanzar cocos y aros, y una jaula sobre ruedas en la que viaja una familia de monos sarnosos de culo rojo que farfullan y aúllan y se quedan mirando a los viandantes con cómica maldad. Incluso hay una sala de espejos: Lily y yo estábamos presentes cuando la montaron. Extrajeron espejos, grandes y ondulados, de unos sacos de arpillera y los bajaron del carromato, y durante unos vertiginosos momentos un grupo de gomosos enanos y pálidos gigantes vibraron y temblaron en esos insondables cofres de luz. Lily finge que todo esto la aburre, pero tras su expresión de superioridad brilla una excitación infantil que no puede reprimir. Habíamos salido a dar una vuelta de inspección mientras Lydia preparaba el desayuno. Experimenté esa falsa actitud vigilante originada por la falta de sueño y de alimento, y a aquella hora tan temprana todo cuanto me rodeaba parecía irrealmente claro y nítidamente definido, como las piezas de un caleidoscopio hecho añicos. En los peldaños de la parte de atrás de una de las caravanas, pintada de escarlata y azul medianoche, estaba sentado un hombre que nos miraba. Era un individuo escuálido y mal vestido de pelo rojo y cara flaca de zorro. Llevaba una camisa roja y suelta y unos pantalones informes que le quedaban enormes, un atavío de payaso, y exhibía un aro de oro en una oreja. Me resultaba familiar, aunque estaba seguro de no haberle visto nunca. Me recordaba a alguien a quien solía encontrarme por la calle el invierno pasado, cuando empecé a sentirme mal, al que me parecía conocer vagamente, y que desde luego sí me conocía a mí, o al menos había oído hablar de mí, pues cada vez que nos encontrábamos, cosa que ocurría con alarmante frecuencia, sonreía para sí, un sonrisa horrible y petulante —mordiéndose el labio—, y hacía la comedia de ocultarla tras una mano, mientras pasaba de puntillas a mi lado, la mirada decididamente baja, como si pensara que yo iba a plantarle cara, interponerme en su camino y detenerle, o intentar darle un cachete mientras pasaba. También tenía el pelo rojo, y llevaba unas gafas que me lanzaban burlones reflejos, y un abrigo de lana gruesa, y zapatos gastados y unos pantalones que le quedaban como un acordeón. Pensaba que a lo mejor era un miembro de la compañía, uno de esos que llevan la lanza y se creen

un Kean, y me odiaba por mi reputación y mi éxito. Cada vez que me lo encontraba me quedaba una sensación de zozobra que me duraba días. Pensaba en enfrentarme a él, exigirle que me dijese qué era lo que le hacía tanta gracia de mí, qué secreto mío creía haber descubierto, pero antes de que pudiera decidirme a actuar, él desaparecía raudo entre la multitud, la cabeza gacha y agitando los hombros, me parecía, con un gozo secreto. El tipo del circo tenía esa misma expresión de saber algo y divertirse con ello, aunque este estaba incluso más seguro de sí mismo, y era evidente que tanto le daba lo que yo pudiera decir o hacer. Sin embargo, al acercarnos él se levantó, mostrando un cigarrillo liado a mano y dándose unos golpecitos en el flaco muslo a la búsqueda de cerillas, y a continuación entró en la caravana. Observé que Lily también lo había visto.

Inspeccionamos los monos, y uno de ellos abría tanto la boca que parecía que la piel se le pudiera volver del revés. Un león apolillado estaba reclinado e inmóvil como una esfinge y miraba al mundo con expresión de inconmensurable aburrimiento. Y un altanero y hediondo dromedario se hallaba atado a un cerezo, cuyas hojas inferiores arrancaba con sus labios gomosos para escupirlas luego con desdén. Lily se detuvo a contemplar con reverencial temor a una yegua parda que orinaba copiosamente. Aunque tenía hambre, no me apetecía mucho volver a casa. No sé qué temía más, si la cólera de Lydia o esa frágil alegría que es su consecuencia inevitable. Ayer, tras nuestra riña, se había tirado toda la tarde enfurruñada, pero luego se le pasó, algo que yo ya sabía. Hice que me acompañara al pub con el único fin, lo confieso, de que Quirke y la chica se acomodaran para pasar la noche sin que ella se enterara, pues no había reunido el coraje suficiente para hacerle saber que residían en la casa de manera permanente. Bebimos demasiada ginebra y nos pusimos románticos... sí, sí, he vuelto a caer en el hábito del sexo, me temo, ahora que creía haberme curado de ese delirio. Pero estuvimos muy cariñosos y nos perdonamos el uno al otro, y a la luz de la madrugada, acurrucado en su calidez familiar como un marsupial en la bolsa de su madre, me vi más cuerdo de lo que me veía desde ya no recuerdo cuándo. No obstante, con la mañana volvieron a despertarse las dudas. Hay algo que no marcha, algo incluso un tanto vergonzoso, en la manera en que Lydia permite que su furia se transforme con esa aparente facilidad en un tipo de pasión por completo distinta. Puede que yo sea un hombre intransigente y frío de corazón, pero cuando se dicen cosas terribles las considero, al menos, una expresión aproximadamente exacta de sentimientos verdaderos, de convicciones firmes. Por ejemplo, cuando Lydia me lanza esas acusaciones —que soy un mal marido y un padre que ha desatendido sus responsabilidades, que soy un monstruo de egoísmo, que en escena no sé actuar y en la vida no dejo de actuar—, me impresionan, me intimidan, incluso, a pesar de que procuro mantener una apariencia imperturbable. No es solo eso, sino que me pongo a reflexionar, incluso en plena batalla, y me pregunto si esas cosas no serán verdad, y si no debería intentar mejorar mis faltas y defectos. Mi esposa, por otro lado, a juzgar por la rapidez con que pasa de un estado de ánimo al opuesto, parece considerar estos intercambios de disparos, que me dejan llenos de agujeros a través de los cuales sopla sin obstáculos el viento del reconocimiento, poco más que bromitas, pullas de amantes, o incluso, como la noche pasada, los prolegómenos del sexo. ¿Dónde está su sentido del deber, me refiero al deber de decir algo en serio, y, tras haberlo dicho, atenerse a ello?

Después de haber espiado el circo a través de las cortinas —no estaba seguro de que no se

tratará de un sueño—, he vuelto a la cama, y al poco me he despertado por segunda vez con el ruido de su silbido. Sí, silbido. ¿He mencionado que ella nunca tiene resaca? Furiosos mares azules de ginebra rugían dentro de mi cabeza, pero ella estaba sentada desnuda y despreocupada en una silla junto a la ventana, maquillándose con ayuda de un espejo de bolsillo y silbando, ninguna melodía en particular, sin darse cuenta, algo que casi acabó con nuestro matrimonio antes de que terminara la luna de miel. Me he quedado un rato echado, fingiendo que dormía, temiendo que se me exigiera mostrarme inteligente, y padeciendo esa curiosa timidez, casi vergüenza, que siempre experimento tras esas farsas de riñas y reconciliaciones que espero no vuelvan a convertirse en una característica habitual de nuestra vida en común, si es que vamos a tener una vida en común. Es en estos momentos, afligido y sin saber qué pensar, cuando menos me comprendo, parezco un fárrago de engaños, de falsos deseos, de fantásticas ideas erróneas, todo ello amortiguado y manejable en virtud de algún tipo de anestésico natural, una endorfina que alivia no los nervios, sino las emociones. ¿Es posible que haya pasado toda la vida en este estado? ¿Es posible padecer dolor sin sufrir? ¿La gente me ve y detecta una leve peculiaridad en mi porte, como el que distingue la mandíbula rígida y el ojo un tanto caído de una persona que acaba de levantarse de la silla del dentista? Pero no, lo que me han hecho es algo más profundo que una intervención dental. Padezco del corazón. Puede que mi dolencia hasta tenga nombre. «Señor Cleave, ejem, ejem, me temo que es lo que los médicos denominamos *anaesthesia cordis*, y el pronóstico no es bueno».

Mientras aún fingía dormir, a través del resplandor de pavo real de mis pestañas bajadas he visto que Lydia, con el pincel de maquillarse levantado, contemplaba mi reflejo con una expresión sardónica, sabiendo perfectamente que estaba despierto. Nunca he sido capaz de engañarla; puede que otros se dejen engatusar por mis subterfugios, pero Lydia nunca. Me he incorporado y he sonreído. Pero no me ha gustado mi sonrisa, cómplice, felina, expresiva de esa primitiva conspiración de la carne en la que hemos reincidido por la noche. Lo repito: ¿cómo es posible que ella relegue al olvido las cosas tan terribles que nos gritamos —ella dijo que yo la había domado, como si fuera un caballo, a lo que yo repliqué que de haber sido un caballo le habría pegado un tiro, cosas como esta— antes de caer borrachos en la cama y luego en un largo abrazo?

—Tienes un aspecto horrible —ha dicho con voz ronca, indulgente.

No he respondido. Es curioso, el cuerpo de Lydia casi no ha cambiado en todos estos años. Ha engordado un poco, desde luego, y los graduales y tristes efectos de la gravedad se dejan sentir, pero en esencia sigue siendo aún aquella princesa mimada de palidez argéntea, un tanto encorvada, de vientre carnoso y excitante, a la que yo seguía por los muelles que había junto al hotel Halcyon aquel verano de hace muchos años. Su carne posee una cualidad flácida, un tanto pastosa, que atrae al pachá que hay en mí, pues me hace pensar en serrallos y velos. El sol no hace mella en Lydia; tras pasar un mes en uno de los climas más cálidos del sur, su piel no muestra más que un tenue matiz de miel que se desvanece al cabo de una semana de haber regresado a los grises del norte. En los días más cálidos hay partes de ella —sus costados, la cara interior de los brazos, la carne más blanda del cuello— que conservan un frescor de porcelana; antes me encantaba abrazarla en los pegajosos momentos posteriores a la pasión, sentirla contra mí, toda ella, de los pies a la cabeza, esa superficie fría y densa salpicada de carne de gallina. Pero esta mañana, mientras la miraba, sentada

al lado de la ventana, grande y desnuda, una pierna cruzada sobre la otra, los hombros pecosos y los pechos veteados de azul, esos tres gruesos pliegues de carne a ambos lados de la cintura, que yo solía pellizcar hasta que ella temblaba de lánguido dolor, el perro viejo que hay en mí se ha despertado y ha levantado el hocico... Sí, sí, menudo soy yo para ponerme a hablar de que hay que tener principios. No estaba tan loco por ella, sin embargo, como para no observar la maleta pequeña pero muy bien pertrechada que había tenido la previsión de traerse. Me temo que planea quedarse mucho tiempo.

Nada de fantasmas, hoy, ni una sola visión; ¿es que la llegada de Lydia los ha ahuyentado para siempre? Me siento incómodo sin ellos. Algo peor podría ocupar su lugar.

Cuando Lydia y yo hemos bajado, Lily ya estaba en la cocina, sentada a la mesa, la cabeza apoyada en una mano, absorta en un tebeo y comiendo cereales con precisión de autómatas. Lydia se ha sobresaltado al verla, pero no tanto como cuando, un momento después, ha aparecido Quirke, procedente del vestíbulo, en tirantes y mangas de camisa, con una barra de pan y una botella de leche en una cesta de red. Al ver a Lydia se ha quedado inmóvil, sus ojos han mirado a uno y otro lado. Ha habido un silencio tenso, e incluso Lily ha levantado los ojos del tebeo. Me han entrado ganas de reír.

—Este es el señor Quirke, querida —he dicho.

Quirke rápidamente se ha frotado una mano en el muslo y se la ha ofrecido a Lydia, acompañada de una incómoda sonrisa. Una mata de vello rojizo se le derramaba por el escote de la camisa abierta, y me he dicho que era como si se le saliera el relleno, lo cual me ha dado más ganas de reír. Lydia ha permitido que él le estrechara la mano y de inmediato la ha retirado.

—¿Quieren desayunar? —ha dicho Quirke, animoso, mostrando las escasas provisiones de la bolsa.

Lydia me ha lanzado una siniestra mirada de interrogación, que he fingido no ver. Lydia es una persona práctica, en cualquier caso, y sin decir nada ha cogido la botella de leche y el pan y los ha llevado a la mesa, ha llenado de agua el hervidor y lo ha puesto sobre la cocina económica, mientras a su espalda Quirke me miraba con las cejas enarcadas y una expresión de seriedad en la boca, como si fuéramos un par de pilluelos a los que un adulto ha pescado en una travesura.

Todo esto, no he podido evitarlo, me ha divertido: lo incómodo de la situación resultaba maravillosamente cómico. Pero mi dicha no ha durado mucho. Quirke, al ver sin duda que existía la posibilidad de quedarse sin techo, se ha puesto enseguida a camelar a Lydia de manera nauseabunda. Ha funcionado: Lydia ha sido siempre pan comido para los bribones convincentes, de lo que puedo dar fe. Mientras preparaba el desayuno, Quirke le ha ido detrás, apresurándose a echarle una mano siempre que lo necesitaba, sin dejar de decir sandeces todo el rato. Le ha comentado que desde su llegada el tiempo era espléndido, que al entrar se había preguntado de quién sería ese precioso coche que había aparcado delante de la casa —debió de verlo ayer por la noche, y, de manera prudente, no se acercó a la casa hasta que se apagaron las luces—, le ha contado anécdotas de la ciudad, y hasta le ha hecho una versión resumida de la historia de la casa.

Esto ya me ha parecido el colmo. Con cierto disgusto, me he dirigido a la puerta, he farfullado la excusa de que quería dar una vuelta, como si alguna vez me fuera a alguna parte. Lily enseguida se ha levantado, se ha secado la boca con el antebrazo, y ha dicho que tenía que venir conmigo. Fuera, el sol de la mañana proyectaba una luz intensa, color limón, y la mañana era todo astillas relucientes como de cristal, lo cual no ha mejorado mi dolor de cabeza ni mi humor. Lily se ha parado y se ha puesto a hablar con uno de los trabajadores del circo, un tipo de aspecto italiano, con rizos aceitosos y un aro de oro en la nariz, mientras la muy guarra se colocaba las manos en la zona lumbar y meneaba sus caderitas. Luego ha vuelto y me ha comunicado la noticia de que esta noche es la primera representación; tengo la terrible sospecha de que espera que la lleve a verla. Bueno, por qué no; podríamos salir en familia, Lydia, Quirke, la chica y yo, el paterfamilias.

Cuando hemos vuelto a la casa, Lydia había preparado beicon, huevos, pan frito y tomate y morcilla; no tenía ni idea de que hubiera tanta comida en la casa —quizás la ha traído ella, empaquetada en esa maleta sin fondo que tiene—, y se me ha revuelto el estómago al verla, pues su aspecto era tan horrible como su olor; últimamente estoy cambiando de hábitos alimentarios. Quirke, con un pañuelo grande y no muy limpio anudado en torno al cuello a modo de servilleta, ya estaba atacando, mientras Lydia, que se había puesto uno de los viejos delantales de mi madre, se encontraba en la cocina económica preparando alegremente otra ronda de huevos. La he cogido por la muñeca y la he arrastrado hasta el pasillo, y he exigido saber, con un furioso susurro pronunciado entre los dientes apretados, qué se había creído con esa grotesca parodia de vida doméstica. Pero solo ha respondido con una sonrisa afable —no se da cuenta de lo cerca que está a veces de que le ponga un ojo morado—, ha llevado una mano a mi mejilla, y me ha dicho, con horrible picardía, que le parecía que esta mañana estaría hambriento y me iría bien algo caliente para reponer fuerzas. Tengo la impresión de que las cosas están escapando a mi control; tengo la impresión de que algo muy grande, que he tenido entre manos durante tanto tiempo que se ha vuelto invisible para mí, de pronto se ha hecho resbaladizo y se ha movido, y que en cualquier momento se me puede caer definitivamente.

—Tú los has traído a esta casa —ha dicho, moviendo la cabeza en dirección a la cocina y a los Quirke.

—No, no he sido yo. Ya estaban aquí cuando llegué.

—Pero les has dejado quedarse —así que Quirke lo ha confesado todo. Ha puesto una triunfante sonrisa, en cuyo centro he imaginado mi puño—. Eres de los que parecen necesitar una familia.

Desde luego, no se me ha ocurrido nada que responder a eso, y he subido aquí, a mi cubil, enfurruñado, alimentando una irracional e infantil satisfacción por haberme negado a comer ni una migaja de ese desayuno, cuyos repugnantes aromas me han seguido como una burla a través de la puerta verde, y que incluso ahora aún se dejan sentir ligeramente. Me he arrojado sobre mi mesa de bambú, sin hacer caso de sus chirridos y crujidos de aprensiva protesta, y tras agarrar mi pluma he garabateado un extenso párrafo de invectiva contra mi esposa, que he tachado nada más acabar. Terribles cosas he escrito, irrepetibles, que me hacían sonrojar cuando las anotaba. No sé qué me da en esos momentos, esa aterradora furia que podría empujarme a hacer cualquier cosa. ¿Por qué

estoy tan colérico? Sé lo que pretende Lydia, y no es tan reprehensible. Posee la capacidad de sacar el mejor partido de las situaciones más incómodas. Descubrir cómo están las cosas, o cómo ella hace que estén, me convierte en un Robinson Crusoe de tierra adentro, con barba y ojos desorbitados, que no solo tiene a Quirke de Viernes, sino también una hija falsa. ¿Es eso lo que es Lily? No lo sé, pues las palabras las he escrito sin pensarlas. Pero sí sé que Lydia enseguida se ha puesto a la tarea de crear un entorno que simule, por espantosa que sea la semejanza, nuestro querido hogar, que, según ella, es lo que yo echo de menos. Siempre ha sido de las que crean hogar, mi Lydia. Bueno, pues hará falta algo más que beicon crujiente y morcilla para convertir esta casa en un hogar.

Aunque sé que nada puede datarse con tanta exactitud, localizo el comienzo de un cambio importante en mi actitud hacia Lydia desde el momento, ocurrido años atrás, en que me di cuenta de que era una mujer mortal. Dejad que os explique, si puedo, o dejad que os relate, cuando menos, cómo llegué a darme cuenta. Fue una experiencia, o sería más adecuado decir sensación, muy extraña. Un día, absorto como siempre en la obstinada pero indisciplinada tarea de aumentar mis conocimientos, estaba leyendo un complejo pasaje de una obra filosófica, no recuerdo cuál, que trataba de la posibilidad teórica de la existencia de los unicornios, cuando, sin que se me ocurra ninguna razón, surgió en mi imaginación la figura de mi mujer, una imagen muy clara y detallada de ella, aunque en miniatura, ataviada, de manera inverosímil, con un vestido de algo parecido al brocado, rígido y que no le sentaba nada bien. Ella jamás tuvo un vestido así en el —¿cómo debo llamarlo?— mundo empírico, y encima llevaba el pelo en forma de rollitos congelados de espuma de mar, tan en boga en la última época de la segunda reina Isabel, un peinado que Lydia, la Lydia viva, jamás se dejaría hacer; menciono estos detalles con un espíritu exclusivamente científico, pues no les encuentro explicación; en esa peculiar imagen de ella —mi esposa, quiero decir, no la monarca inglesa—, Lydia aparecía suspendida en un insondable espacio oscuro, una región de infinita vacuidad dentro de la cual ella era lo único y el único posible punto específico, y dentro de la cual se iba alejando, a una velocidad constante pero lenta, con las manos inútilmente levantadas delante de ella, como si sostuviera un orbe y un cetro invisibles —de nuevo la nota regia—, mientras su cara mostraba una expresión de perplejidad, y también de leve aunque creciente consternación, y me dije, con una certeza espantosa pero sorprendente, que un día moriría. No quiero decir, por supuesto, que antes la hubiera considerado inmortal. A pesar de lo absurdo que pueda parecer, lo que colegí de esa visión, de una manera simple y asombrosa, fue que era absolutamente distinta no solo de mí, sino de todas las demás personas que había en el mundo, que *eran* el mundo. Hasta ese momento, y, desde luego, casi siempre desde entonces, pues la mente es un órgano perezoso, la había concebido, como a casi todo lo demás, como una parte de mí, o al menos como alguien que vivía cerca de mí, un satélite fijo y definido dentro del campo gravitatorio del cuerpo, del planeta, del gigante rojo que es mi ser. Pero si ella moría, cosa que ahora veía que sin duda podía ocurrir, y ocurriría; si algún día llegaba a perderla, incluso ataviada con ese horrible peinado y esa espantosa permanente, en las ignotas profundidades de la eternidad; si ella iba a alejarse de mí rebotando como una bola que se ha soltado del extremo de su elástico, ¿cómo entonces podía decirse que ella estaba allí en aquel momento, completa, palpable, cognoscible? Incluso veía las circunstancias de su muerte, si puedo aplicar ese verbo a una visión tan nebulosa. En ella aparecía una habitación de techo bastante bajo, pero amplia y ancha y bien amueblada. Era

de noche, o las últimas horas de la tarde, y aunque había muchas lámparas en la estancia, sobre mesas y anaqueles y sobre anchas y pesadas bases en el suelo, ninguna estaba encendida; toda la iluminación procedía del techo, y era una luz densa, gastada pero implacable que no proyectaba sombras. La atmósfera era pesada, sin aire, sin vida, aunque de ningún modo amenazante ni angustiosa. Alguien estaba reclinado en una cómoda butaca, una persona a la que no podía ver, aunque estaba seguro de que no era Lydia, y alguien más pasaba por allí, una mujer, una mujer a la que no conocía, anodina y vestida de manera sencilla; la mujer se había detenido y vuelto para hacer una pregunta, y ahora esperaba la respuesta, pero no había ninguna, y se sobreentendía que esta no llegaría, que no había ninguna, y que, al mismo tiempo, era la muerte, la muerte de Lydia, aunque Lydia no estaba allí. Entendedlo, esto no era un sueño, o al menos yo no estaba dormido. Me quedé sentado, con el libro abierto aún entre las manos, los ojos fijos sobre la página, y volví a repasar la visión, atentamente, la habitación, la luz fatigada, y la mujer, y la figura invisible en la silla, y antes que eso, Lydia suspendida en el aire, con ese ridículo peinado, con las manos levantadas, pero ahora todo estaba inerte, inerte y plano, sin movimiento, como una serie de fotos malas, tomadas por otra persona en lugares donde yo nunca había estado. No me preguntéis de dónde venía, esa imagen, esa ilusión, esa alucinación, llamadla como queráis; solo puedo decir lo que experimenté, y lo que, sin ninguna razón, expresaba.

Acabo de oír, procedente de algún lugar de la casa, un sonido que por un momento no he reconocido. Risas. Se ríen juntos, mi esposa y Quirke. ¿Cuándo fue exactamente la última vez que vi a mis fantasmas? Hoy no, como he observado, ¿los vi ayer, anteayer? A lo mejor se han ido para siempre. Pero no lo creo. Los restos de ellos que persisten son todo impaciencia, resentimiento, envidia, incluso. Lo que queda de ellos es tan ínfimo, tan tenue e insustancial, que aquello que dejan atrás, sus afectos, parecen más de lo que son, eran, en sí mismos.

Ayer por la noche Lydia me acusó de haber sentido siempre una deplorable debilidad por los vagabundos. Lo decía por los Quirke, naturalmente, aunque no entiendo por qué le parece un defecto tan deplorable. A continuación le pregunté, en mi tono más razonable, si no era la hospitalidad una virtud a la que nos instaba incluso ese Dios tan poco acogedor de las tribus del desierto. Pero mi pregunta solo provocó una de sus enormes carcajadas que pretenden ser de lástima. «¿Hospitalario? —gritó, echando la cabeza hacia atrás—. ¿Hospitalario? ¿Tú?». Lydia cree que si yo recojo vagabundos no es por un impulso caritativo, sino con un espíritu antropológico, o peor aún, de vivisector. «Lo que quieres es estudiarlos —dijo—, abrirlos, como si fueran un reloj, para ver cómo funcionan». En sus ojos había un brillo maligno, y una gotita de saliva blanca en una comisura de sus labios, y un copo de ceniza en una de sus mangas. Ahora estábamos en mi dormitorio, no había ninguna lámpara encendida, y el último resplandor granuloso del crepúsculo convertía la atmósfera en una caja llena de polvo agitado y tenuemente iluminado. El chico y el reloj: cuántas veces he oído cómo me lanzaban a la cara esa gastada fórmula toda una sucesión de amantes desencantadas, y todas ellas creían haberla acuñado. Y sin embargo, es cierto que lo hice una vez, cuando era un niño, desmontar un reloj. Fue después de la muerte de mi padre. Él me lo había regalado, lo había traído dentro de una caja en uno de mis cumpleaños, con un lazo que la muchacha de la tienda le había anudado. Un modelo barato, un Omega, creo que era. Alardeaba de tener siete

rubies en su mecanismo, pero yo no los pude encontrar, por mucho que los busqué con mi pequeño destornillador.

Lydia ahora se refería a ese muchacho que solía venir a casa, y cómo la enfurecía que yo intentara hablar con él. Al principio no sabía a quién se refería, y le dije que estaba delirando — pensé que me iba a pegar cuando se lo dije—, pero entonces le recordé. Era un individuo fornido, con una mata de pelo rubio y unos dientes increíbles, grandes y blancos, afectados de caries a intervalos regulares, así que cuando sonreía, cosa que hacía de manera frecuente y aterradora, parecía que le hubieran incrustado un piano en miniatura en la boca. Era autista, aunque al principio no lo sabíamos. Apareció por primera vez un cálido y perezoso día de verano, simplemente entró por la puerta con las avispas y el fétido y alquitranado olor del mar. En aquella época vivíamos en la casa de encima del puerto, donde aún reinaba el espíritu de mi suegro, quien no me quitaba ojo. El chaval tendría dieciséis o diecisiete años, supongo, la misma edad que tenía Cass en esa época. Me lo encontré en el vestíbulo, mientras entraba por la puerta principal, recortado contra la luz, caminando decidido con sus brazos de luchador doblados. Me dije que debía de ser el repartidor, o el del gas, y me eché hacia atrás para dejarle entrar, cosa que hizo sin dirigirme la mirada. Observé que sus ojos, de color azul pedernal, destellaban con un humor feroz debido a algún chiste privado. Se fue directo a la sala, como si supiera exactamente dónde iba, y entonces le oí detenerse. Ahora me parece curioso, pero le seguí. Estaba de pie en mitad de la sala, con su gran cabeza leonina proyectada hacia delante sobre su cuello de gruesas venas, mirando lentamente a su alrededor, escrutando la estancia, aún con ese brillo humorístico en la mirada, pero también con un aire de escepticismo sabidillo, como si hubiera estado ahí el día anterior y regresara y lo encontrara todo completamente cambiado. Desde la puerta le pregunté quién era y qué quería. Me di cuenta de que me había oído, pero era como si no reconociera el sonido, como si le pareciera un ruido que quedara fuera de su registro auditivo. Su mirada resbaló sobre mí, sus ojos dieron en los míos sin que delataran saber quién o qué era yo, y se fijaron en algo que llevaba en la mano, un periódico, o un vaso, no me acuerdo, y negó levemente con la cabeza, sonriendo, compungido, como si dijera *No, no, no es esto*, y avanzó hacia mí, y me apartó, y se dirigió rápidamente al vestíbulo y desapareció por la puerta. Yo me quedé un momento un tanto perplejo, dudando casi de que hubiera estado allí, como si me lo hubiera imaginado; igual que María debió de sentirse cuando el ángel extendió sus alas doradas y regresó al cielo. Fui a contárselo a Lydia, y, por supuesto, ella enseguida supo quién era: el hijo retrasado de una familia de pescadores que vivía en el puerto, que de vez en cuando eludía la atenta custodia de sus muchos hermanos y se paseaba por el pueblo sin hacer daño a nadie antes de que lo volvieran a coger, como siempre acababa ocurriendo. A finales de aquel verano lo debían de tener muy poco vigilado, pues vino a visitarnos dos o tres veces. Entraba y salía tan bruscamente como la primera vez, y era igual de poco comunicativo. A mí me fascinaba, desde luego, y hacía todo lo que podía para provocarle alguna reacción, aunque sin éxito. Por qué esos intentos de comunicarme, de llegar hasta él, irritaban tanto a Lydia es algo que no entiendo. Dio la casualidad de que en aquella época yo estaba preparándome para interpretar a un sabio idiota, en una obra ampulosa y olvidada ambientada en un húmedo pantano del profundo sur de Estados Unidos, y ahí tenía un modelo vivo que se paseaba por la casa, como si me lo hubiese enviado la propia Melpómene. ¿Cómo iba a pasar por alto la oportunidad, le pregunté a Lydia, de intentar al

menos que me balbuciera una frase o dos para poder copiar sus cadencias? Era todo por el arte, y además, ¿qué iba a importarle a él? Pero Lydia simplemente se me quedó mirando y negó con la cabeza y me preguntó si no tenía corazón, si no me daba cuenta de que era imposible establecer ninguna comunicación con aquel chico. Aun así comprendí que me ocultaba algo, que había algo que no me decía, como si le avergonzara, o eso me pareció. Y es cierto, mi interés por él no era solo profesional. Confieso que siempre me han fascinado las anomalías de la naturaleza. No es mi entusiasmo el de la ansiosa multitud que va a ver a los fenómenos de feria, ni tampoco es, insisto, la fría curiosidad del antropólogo ni la sedienta de sangre del despiadado disector; es más bien la amable entrega del naturalista, con su red y su jeringa. Estoy convencido de que puedo aprender cosas de los afligidos, pues ellos traen noticias de otra parte, de un mundo en el que los cielos son distintos, donde deambulan criaturas diferentes, y donde las leyes no son las nuestras, un mundo que conocería de inmediato si se me permitiera verlo. Y mucho más inaudita que la irritación de Lydia ante mis esfuerzos por provocar alguna reacción en el chico fue la cólera de Cass por haberme permitido siquiera mirarle, por no haberle cerrado la puerta enseguida y llamado a sus guardianes. Dijo, mientras se hurgaba violentamente las uñas, que era peligroso, que podía atacarnos y degollarnos. En una ocasión incluso arremetió contra él agitando los puños, se enfrentó al muchacho en el jardín mientras este se encaminaba, con su estilo de demente resolución, hacia la puerta trasera. Menudo espectáculo: dos animales de la misma especie implacable luchando para hacer suyo un sendero forestal en el que solo cabe uno. Ella había estado en su habitación, mirando por la ventana y espiándole. En mi corazón había ese habitual latido de advertencia —perpetuamente conectado, como una alarma, cuando Cass está cerca— antes de que mis oídos percibieran el ruido veloz y hueco de sus pies desnudos bajando las escaleras, y cuando llegué al jardín ya estaban forcejeando. Habían colisionado bajo la glicina, de la que Lydia estaba tan orgullosa; es curioso, en mi recuerdo de aquel día, la planta está prodigiosamente en flor, cosa imposible, dada la estación del año. Brillaba el sol de mediodía, y una mariposa blanca revoloteaba ebria sobre el césped bruñido, e incluso sumido en mi estado de ansiedad no pude dejar de observar la composición sorprendentemente formal, casi clásica, de la escena, las dos jóvenes figuras que ahí había, los brazos hieráticamente levantados entre ellos, las manos agarrándose mutuamente las muñecas, en mitad del jardín, en la luz azul y dorada del verano, aquellas dos criaturas salvajes, ninfa y fauno, combatiendo en medio de la naturaleza subyugada, como una ilustración clásica de una escena de Ovidio. Cass estaba en el colmo de su furia, y creo que el pobre chico se sentía más que nada asombrado de que le atacaran con tanta violencia, de otro modo Dios sabe de lo que habría sido capaz, pues parecía fuerte como un mono. Yo aún corría por el sendero del jardín, la gravilla volaba bajo mis talones como balas, en el momento en que él, con un gran esfuerzo, levantó a Cass por las muñecas y la colocó detrás de él como un saco que contuviera algo no muy pesado, reanudando su resuelto paso hacia la casa. Entonces los dos me vieron. Cass soltó una especie de carcajada que fue como una tos. El paso del muchacho se tornó indeciso, se detuvo, y cuando llegué a su altura se hizo a un lado con una actitud deferente para dejarme pasar. En ese instante le miré a los ojos. Cass temblaba, y su boca adquiría ese terrible movimiento lateral que mostraba siempre que estaba agitada. Temiendo la inminencia de un ataque, la rodeé con mis brazos y la apreté, pero ella se me resistía, conmocionada como siempre por la mezcla de tensión, de fiereza y fragilidad que es su ser;

era como abrazar a un pájaro de presa. En aquel momento el muchacho recorría el jardín con la vista, lo miraba todo menos a nosotros, con una expresión que en otra persona habría sido de profundo bochorno. Le dije algo, algo estúpido y forzado, me oí tartamudear. Él no respondió, y de pronto se dio media vuelta y se alejó, silencioso y veloz, y saltó la tapia, de poca altura, hacia la calle del puerto, y desapareció. Llevé a Cass adentro. La crisis había pasado. Ahora cojeaba, casi tuve que llevarla en brazos. Farfullaba algo en voz baja, arremetiéndome contra mí, como siempre, insultándome y llorando de rabia. Yo apenas la escuchaba. Tan solo podía pensar, con una mezcla de compasión y horror, en la expresión que había visto en la mirada del chico cuando se hizo a un lado para dejarme pasar. Era la mirada que podríamos encontrar en el casco de un submarinista al que le han cortado el tubo del aire. En lo más hondo de las confusas profundidades de ese mar turbio en el que vivía atrapado, él se daba cuenta; se daba cuenta.

Creo que ese fue el día en que Cass se cortó el pelo, delante del espejo del cuarto de baño, con las grandes tijeras de costurera de su madre. Fui yo quien encontró los mechones cortados sobre los azulejos; si los hubiera encontrado manchados de sangre no me habría sentido más horrorizado. Fui a su dormitorio, pero la puerta estaba cerrada con llave. En aquella fase de su vida en que ya se podía decir que era una mujer, Cass había descubierto la erudición, y se pasaba casi todo el día encerrada en su cuarto, que daba al puerto y al jardín, leyendo sus libros de historia, hojeándolos adelante y atrás en una implacable búsqueda de hechos —aún oigo el girar de las pesadas páginas— y anotando como una posesa en sus cuadernos. El trabajo le resultaba una tortura y un alivio. Se había pasado aquel verano trazando un esquema para determinar con obsesivo detalle las tres últimas horas de Kleist sobre la tierra, y un día de pronto abandonó la tarea y se puso a investigar las vidas de los cinco hijos que Rousseau tuvo con su Thérèse, a los que, por el bien de ellos, entregó a la inclusa. Pasamos una agradable semana juntos en París, donde recorrí los bulevares y me senté en las terrazas de los cafés mientras ella intentaba rastrear el destino de los huérfanos con ayuda de libros y documentos de la Bibliothèque Nationale. Qué relajada resultó aquella ciudad otoñal, con Cass enclaustrada en aquellas seguras y absurdas labores; me sentía como una de esas dueñas de sabiduría mundana que aparecen en las novelas eduardianas de ambiente internacional. Por las tardes Cass volvía al hotel con los dedos manchados de tinta y el pelo cubierto del polvo de la biblioteca. Nos cambiábamos, tomábamos un aperitivo y paseábamos hasta un restaurante, el mismo cada noche, cuyo propietario era un vasco de estudiada irascibilidad —menudo displicente farsante era el tipo—, donde cenábamos juntos en cordial silencio. Formábamos una estupenda pareja, no lo dudo, yo con mi perfil y ella sentada muy erguida, como una esfinge vigilante, con su cabeza en forma de corazón posada sobre su cuello pálido y estilizado. Luego íbamos al cine, o visitábamos la Comédie Française, donde ella me traducía los diálogos en un susurro que en una ocasión casi hizo que nos echaran del teatro. Al final, por supuesto, su proyecto sobre los desdichados hijos del filósofo quedó en nada; los hijos de los hombres importantes dejan escasa huella en la página de la historia. Aún tengo un fajo de folios garabateados de notas con la desordenada letra de mi hija, muy negra, similar a una alambrada. Ya están deteriorados en los bordes.

Lily ha estado arañando mi puerta, pues quiere que la lleve al circo. Me llega débilmente la

música enlatada que, proveniente del sistema de megafonía, ha estado sonando atronadora durante la última hora, en la que se han intercalado unos seductores anuncios de la Gran Función Inaugural, que empieza a mediodía. Le digo una y otra vez que se marche. El circo, lo que faltaba. Y, luego, ¿qué? A lo mejor se cree que quiero adoptarla. ¿Es que no se da cuenta de que mi corazón es tan duro como el de Jean-Jacques? Se pasa un rato lloriqueando para engatusarme, y luego se aleja farfullando. Creo que desconfía un poco de mí cuando estoy en mi celda de alquimista, aquí arriba, inmerso en mis misteriosas escrituras. Una puerta cerrada con alguien detrás sentado hora tras hora en silencio es algo que posee una cualidad perturbadora y atrayente. Aquel día, cuando llamé a la habitación de Cass, mientras estaba en el pasillo con un mechón de su pelo en la mano, tuve la misma sensación que experimentaba siempre en esas ocasiones: una mezcla de miedo e irritación, y una peculiar y reprimida excitación. Cass, al fin y al cabo, es capaz de todo. Y también me sentía estúpido. La última luz de la tarde caía en un rombo mantecoso sobre la alfombrilla del pasillo que había a mis pies. Le hablé a través de la puerta y nadie me contestó. Estaba la música del circo... No, no, eso es ahora, no entonces; todo se confunde, entrechoca, pasado y presente, pasado y futuro. Mi cabeza está llena de algo. Debe de ser el efecto del calor. Ojalá cambie este tiempo opresivo.

Mis fantasmas eran míos, exclusivamente míos, para eso estaban. Juntos formábamos una pequeña familia, la mujer, el niño, y yo, el padre adoptivo. Y era una paternidad estupenda, absoluta e incuestionable, pues todo, su existencia misma, dependía de mí. ¿Por qué me han abandonado? Es más, ¿por qué me han abandonado dejando detrás de ellos este aire acusador, como si fuera yo quien los hubiera exorcizado, cuando a mí me parece que ha ocurrido lo contrario? Lo sé, lo sé, he dejado que entraran otros, primero los Quirke, ahora Lydia, ¿y qué? Estos intrusos no son más que los vivos, mientras que lo que *nosotros* compartíamos era una comunión con los muertos. Pues yo he muerto, esto es lo que me ha pasado, acabo de darme cuenta. Los vivos son solo una especie de los muertos, escribió alguien en alguna parte, y una especie rara. Lo creo. ¡Volved, dulces sombras, volved!

Cass se había cortado sus mechones rojizos y los había dejado en el suelo para que yo los encontrara. Al final abrió la puerta del dormitorio, oí cómo lo hacía, y esperé un momento, tomando aliento. Dentro, ella estaba de nuevo sentada a la mesa, junto a la ventana abierta, y fingía escribir, rodeada de montañas de libros y papeles que formaban un semicírculo en el suelo, su diminuta torre del homenaje con almenas. Doblada sobre la página, por un instante volvió a ser para mí una niña. Me quedé detrás de ella. Escribe agitando la mano con violencia, como si en realidad no escribiera, sino que tachara. Los restos de pelo que tenía en la cabeza asomaban de su cráneo como las plumas alborotadas de una cría. Qué indefensa parecía de pronto su nuca desnuda. Una neblina había ensombrecido el día, y el jardín estaba silencioso, plomizo. En el cielo, tenuemente iluminado, inmensamente lejano, los vencejos, esos tiburones del aire, se alimentaban de manera acrobática. Al final Cass se detuvo y levantó la mirada, no en dirección a mí, sino al mundo exterior, la pluma suspendida en lo alto como un dardo a punto de ser arrojado. Cuando frunce el ceño, el pálido retazo de piel que tiene sobre las dos orejas se arruga, un efecto que no le había visto desde que era niña. El mechón de pelo que yo sujetaba en la mano tenía una textura fría, sedosa, inhumana; lo dejé sobre la mesa, junto a su codo.

—¿Se lo has dicho? —preguntó.

—¿A tu madre? No.

Me acordaba, no sé muy bien por qué, de las tardes en que iba a buscarla a la academia de música. Tenía nueve años. Había decidido aprender a tocar el piano, uno de sus caprichos. No tenía aptitudes, pero siguió yendo a clase todo el invierno. Yo la esperaba en el vestíbulo, entre corrientes de aire, leyendo abstraído los anuncios que había en el tablón, mientras otros alumnos entraban y salían, hijos de mamá con tupé portando sus fundas de violín como ataúdes en miniatura, y chicas pálidas y ceñudas, con zapatos incómodos. Cada vez que la puerta se abría, soplabla una ráfaga de aire húmedo que armaba un breve alboroto para acabar sucumbiendo a la atmósfera desolada y censuradora. De vez en cuando aparecía un miembro del profesorado, ellas ataviadas con una vulgar falda de *tweed* y cómodos zapatos y ellos jugueteando con una alicaída corbata, distraídos, aburridos, irritables, todos ellos, al parecer, buscando algo que habían extraviado. El lugar tenía algo de manicomio. Un repentino chillido de soprano procedente de una de las altas salas interiores rasgaba a veces el aire, o un redoble de tambor subía por las escaleras como si fueran las pisadas de un rollizo interno que intenta ganar la libertad. Se oían en las teclas ejercicios para cinco dedos, precisos, monótonos, dementes. Al final de la clase, Cass siempre se las ingeniaba para aparecer por un lugar inesperado, por las estrechas escaleras que venían del sótano si yo contemplaba las dobles puertas de cristal esmerilado que conducían a la sala de conciertos, o venía de la sala de conciertos si yo pensaba que estaba arriba. Qué pequeña parecía ahí dentro, bajo la polvorienta araña de luces, rodeada por los bustos coronados de laurel de los grandes compositores que la observaban con hostilidad desde sus hornacinas en sombras. Ella avanzaba con paso rápido aunque un tanto vacilante, tímida, con una borrosa y soñadora sonrisa, como si hubiese estado haciendo algo que no debía, con el maletín de música apretado bajo el brazo. Deslizaba su mano dentro de la mía de manera casi conspiradora y me sacaba de aquel lugar con decisión, y acto seguido se detenía en las escaleras de granito de fuera, miraba a su alrededor en medio del crepúsculo invernal, como si medio hubiera esperado no encontrarlo y se alegrara de verlo, y luego los escaparates iluminados, los coches, que parecían zambullirse como focas al pasar, los oficinistas que caminaban presurosos hacia la estación de tren. Y entonces llegó la primavera, y después de Semana Santa ya no volvió a las clases. Desconocía la tenacidad, ese fue siempre el problema de Cass, uno de sus problemas. No quisimos obligarla a continuar; por encima de todo, ya en aquella época, había que evitar provocarla. Descubrí con sorpresa que yo echaba de menos el rato que pasaba dos veces por semana en aquella fría y lúgubre antesala. ¿Qué tienen esos momentos intemporales que luego siempre se recuerdan con una dulce melancolía? A veces me parece que es en esos intervalos de vacío, sin que fuera consciente de ello, cuando he vivido de manera más real y auténtica.

Cass miraba los vencejos. Encontrarse en su presencia, incluso cuando está calmada, siempre pone los nervios de punta. Pero no, *calmada* no es la palabra correcta, ella nunca está calmada. Es como si se hallara llena a rebosar de una sustancia enormemente volátil con la que no hay que mezclarse, ni tampoco mirarla muy de cerca. Hay que contemplarla de soslayo, por así decir, tamborileando los dedos y silbando despreocupadamente; llevo haciéndolo tanto tiempo que mi ojo ya ha adquirido el hábito, me refiero al ojo de mi corazón. Cuando era niña, su torbellino interior se

manifestaba en una serie de dolencias físicas y pequeños percances; constantemente le sangraba la nariz, le dolía el oído, tenía sabañones o verrugas; se quemaba, se escaldaba, se caía. Todo esto lo soportaba con impaciencia y buen humor, como si esos accidentes fueran el precio que tuviera que pagar por alguna futura dicha, cuya llegada aún sigue esperando. Se muerde las uñas hasta el extremo de que le sangra la carne. Quiero saber dónde está. Quiero saber dónde está mi hija y qué hace. Algo está pasando, algo que nadie me contará, estoy convencido. Se lo sacaré a Lydia, a golpes, si eso es lo que quiere.

—¿Recuerdas —dijo Cass, inclinándose un poco hacia la mesa para ver mejor los vuelos en picado de los pájaros— las historias que me contabas de Billy el del Barreño?

Me acordaba. Era una niña sedienta de sangre, mi Cass, casi como Lily, o peor. Le encantaba oír las tremendas aventuras que me inventaba para ese legendario desgraciado sin piernas que en los viejos tiempos se paseaba por las calles de la ciudad dentro de un barril cortado, con ruedas, y se bebía la sangre de los bebés, según contaban.

—¿Por qué te has acordado ahora de él? —le pregunté.

Se pasó la mano por su cabeza esquilada, y sonó un ruido áspero.

—Me gustaba fingir que era él —dijo—, Billy el del Barreño —por fin me miró. Tiene los ojos verdes; son como los míos, o eso me dicen, aunque no veo el parecido—. ¿Te gusta mi corte de pelo?

Débiles, desde lo alto, oí los gritos de los vencejos mientras se atracaban. Un día, cuando era pequeña, se subió a mi regazo y me dijo, muy seria, que solo había tres cosas en el mundo que no le daban miedo: la pasta de dientes, las escaleras y los pájaros.

—Sí, Cass —dije—. Me gusta.

Lily sigue arañando mi puerta. Dice que el circo está a punto de comenzar su función. Bueno, pues que empiece.

Cuando por fin bajé de mi torre de marfil me encontré a Quirke arrodillado en la cocina, en mangas de camisa y con los pantalones arremangados, fregando el suelo con un cepillo y un balde de agua jabonosa. Me lo quedé mirando, y él se sentó sobre los talones y me devolvió una expresión sardónica, en absoluto avergonzado. En ese momento llegó Lydia procedente del vestíbulo, con el pelo recogido por un pañuelo y una fregona en la mano —sí, una fregona—; tenía todo el aspecto de ser la mujer de la limpieza; incluso le colgaba un cigarrillo de una comisura de la boca. Esto se está poniendo ridículo. Me miró con un ceño ausente.

—¿Cuándo te vas a afeitar esta horrorosa barba? —dijo, y el cigarrillo sufrió una sacudida y dejó caer una rociada de ceniza.

Si Lydia alguna vez se perdía, el grupo de búsqueda solo tendría que seguir su rastro de ceniza. Ahora Quirke sonreía. Sin decir palabra le di la espalda a tan absurda escena de labores domésticas y fui en busca de Lily, la única persona que quedaba en la casa, al parecer, tan irresponsable como yo. Estaba en su dormitorio —creo que ahora es suyo, ya ha dejado de ser de mi madre, lo cual es

un progreso, aunque no sé exactamente hacia qué—, echada boca abajo en la cama con las piernas levantadas y cruzadas en los tobillos, leyendo la ineludible revista. Ponía mala cara, y no me miró. Sus pies estaban asquerosos, como siempre; me pregunto si se baña alguna vez. Balanceaba ligeramente las piernas a los lados siguiendo algún ritmo hipnótico que tenía en la cabeza. La ventana era una gran caja de luz dorada; brillaban las lejanas colinas, azul sueño. Le pregunté si quería que diésemos un paseo.

—Ya dimos uno esta mañana —contestó en un murmullo, aún sin levantar los ojos de la página.

—Bueno —dije en tono afable—, podemos dar otro —había estado fumando, se olía en el aire. Me la imaginé a la edad de Lydia, marchita y desaseada, el pelo teñido de rubio y las delicadas venas púrpura de sus piernas delgadas todas varicosas—. La señora Cleave aparecerá en cualquier momento y te hará fregar el suelo.

Soltó un leve bufido. Quiere hacerme creer que se toma a Lydia en broma, pero creo que está celosa de ella, y puede que también le tenga un poco de miedo. Lydia puede ser formidable cuando la provocan, y sé que Lily le parece irritante. Lily se irguió con aburrida indolencia y fue de rodillas, como si estuviera en el agua, hasta el borde de la cama, y a continuación puso los pies en el suelo. Los muelles emitieron un espantoso sonido que me era familiar. ¿Tiene razón Lydia al decir que en este matrimonio que jamás funcionó fue mi madre la parte más perjudicada, y no mi padre? ¿Acaso hay alguna parte que no salga perjudicada? Lily se apoyó en una rodilla para abrocharse la tira de la sandalia, y por un momento una luz ática brilló en el dormitorio. Cuando estábamos en las escaleras se detuvo y me lanzó una extraña mirada.

—¿Vas a dejarnos seguir viviendo aquí —dijo—, a mi padre y a mí?

Me encogí de hombros e intenté no sonreír —¿qué era lo que me hacía querer sonreír?—, y ella se rio para sus adentros, sacudió la cabeza y avanzó rápidamente, dejándome atrás.

Es curioso hasta qué punto soy un extraño en este pueblo. Fue siempre así, incluso de niño. Era casi como si no estuviera, simplemente esperaba mi momento; yo vivía en el futuro. Ni siquiera conozco los nombres de la mitad de las calles, y nunca lo supe. Tenía un mapa mental del lugar que era del todo inventado. Para orientarme me guiaba por los edificios principales: la escuela, la iglesia, la oficina de correos, el cine. Denominaba a las calles según lo que había en ellas. Mi calle Abbey era donde estaba el cine Abbey, mi plaza de la Pica era donde había una estatua de un estilizado patriota, cuyos rizos cardenillos y expresión valerosa por alguna razón siempre me daban risa. Algunos lugares del pueblo me son más desconocidos que otros, son sitios a los que casi nunca iba, y que a lo largo de los años adquirieron en mi memoria un aspecto casi exótico. Había una colina con una extensión de yermo —donde probablemente ahora han edificado— atravesada por un sinuoso camino, donde los gitanos solían llevar a pacer a sus caballos; tenía un sueño recurrente en el que estaba allí, bañado por una luz neblinosa, contemplando la ciudad, y estaba a punto de suceder algo extraordinario que nunca ocurría. Un callejón que pasaba por detrás de un pub tenía un agrio olor verde a cerveza negra que me revolvía el estómago, recordándome, no sé por qué, una vez que vi cómo un chico hinchaba a una rana —le metió una paja por el gástrico y soplo vigorosamente— hasta convertirla en un globo con ojos. Los edificios también tenían un aire desconocido, la iglesia metodista, la vieja fábrica de velas de Cornmarket, y el almacén de malta, construido como una fortaleza, con una doble hilera de ventanas con barrotes, de poca altura, que en ocasiones emitía nubes espectrales de vapor hediondo, y donde, estaba convencido, se oía a las ratas correteando sobre el grano. En esos lugares mi fantasía se demoraba inquieta, asustándose al concebir terrores indescriptibles.

Le estaba describiendo a Lily el almacén de malta y las ratas, provocándole sus habituales arcadas secas, cuando llegamos a un pequeño espacio abierto delimitado al otro lado por un fragmento de la vieja muralla que los cañones de Cromwell no consiguieron derribar. Nos sentamos en un banco que hay junto a unos lavabos públicos en desuso, a la sombra de un árbol nudoso, y ella comenzó a hablarme de su madre. El sol picaba, y no se veía más que a un perro cojo que describió unos cautos círculos a nuestro alrededor, meneando una cola lacia, antes de largarse. Supongo que debió de ser el ambiente de desolación, la quietud de mediodía, el árbol y el brillo de la pared encalada del lavabo que había junto a nosotros, y el tenue hedor de los desagües, lo que me hizo imaginarme que nos hallábamos en algún lugar de un lejano sur, en una región cálida y seca, sobre alguna costa escarpada, con plátanos que se descortezaban y cigarras chirriando bajo un cielo implacable. *Qué mares qué orillas qué islas de granito...*^[1] Mientras hablaba, Lily tiró de un hilo suelto del borde de su vestido, entrecerrando los ojos a la luz. Un soplo de brisa hizo susurrar las hojas de los árboles, y de pronto volvió a acomodarse la quietud, como un público que se acomoda para el siguiente acto.

—¿Dónde vivíais cuando murió tu madre? —dije.

No respondió, como si no me hubiese oído.

He descubierto la guarida de Quirke, ¿lo he comentado? Tropecé con ella el otro día, en uno de mis vagabundeos por la casa. Había elegido una habitación modesta, he de decirlo en su favor. Casi

ni es una habitación; está arriba, cerca de los altillos; mi madre no se la habría ofrecido ni al más indigente de nuestros huéspedes, y la utilizaba para guardar la leña, y, cuando mi padre murió, los trajes y zapatos de él que no tiró a causa de su peculiar idea del ahorro. Es de techo bajo, un poco en forma de cuña, con una sola ventana torcida al otro extremo, cegada con pintura mucho tiempo atrás, como atestigua el olor a queso. Hay una cama plegable con un delgado colchón de crin, y una manta, pero no sábanas. Tiene un orinal, cuya asa asoma bajo la cama como una oreja atenta. No parece una persona muy maniática. Todo estaba lleno de polvo, y había unas manchas sospechosas en las paredes, y platos usados, y una taza de té que parece no haber sido lavada en mucho tiempo, y tres camisas de escasa blancura que cuelgan una sobre otra de la puerta del guardarropa, como un trío de cantantes en estrecha armonía. Confío en que no invite a Lydia a subir aquí, por muy colegas que se hayan hecho, pues lo más probable es que le dé un fuerte manotazo en la muñeca y lo ponga a fregar otra vez con cubo y cepillo. A pesar de la sordidez y la tristeza del lugar —las camisas, la taza, un par de zapatos agrietados, uno de lado, los dos con la lengua asomando, que parecían habersele caído a un cadáver mientras lo arrastraban—, experimenté un cosquilleo de euforia infantil. Siempre he sido un fisgón de tomo y lomo; diarios, cartas, bolsos, no puedo resistirme. Bueno, hay veces, aunque no debería admitirlo, que incluso echo un vistazo a lo que hay en el cesto de la ropa sucia de los demás, o al menos lo hacía en la época en que Lydia y yo teníamos amigos e íbamos a sus casas cuando celebraban alguna fiesta, o una cena, o un almuerzo en verano... Ahora esto es inimaginable. En la habitación de Quirke, de todos modos, ese cosquilleo era algo más que el placer que me proporcionaba hurgar en las pertenencias de otra persona. Me acuerdo de aquella madriguera de liebre que encontré un día en la costa cuando era niño, una perfecta y profunda espiral escarbada en la áspera hierba que había detrás de una duna, en cuyo interior había tres diminutos y temblorosos lebratos tan apretados unos contra otros que parecían un solo animal con tres cabezas. Los cogí, me los metí dentro del jersey, y los llevé al chalet de madera de dos habitaciones donde mi madre y yo aguantábamos unas vacaciones juntos. Cuando se los enseñé soltó un gritito de consternación y enseguida dio un paso atrás; hacía poco que era viuda, y estaba mal de los nervios. Dijo que aquellas criaturas probablemente estaban enfermas, o tenía piojos, y que por favor me llevara aquellas cosas repugnantes de inmediato. Regresé a las dunas, adonde llegaba una fina lluvia inclinada procedente del mar, aunque, como es de suponer, fui incapaz de encontrar la guarida, y al final dejé a aquellos pobres animalillos, resbaladizos ahora que tenían la piel mojada —parecían incluso más pequeños que antes—, en un agujero en la arena, bajo una piedra, y cuando al día siguiente regresé habían desaparecido. Pero no los he olvidado, su desamparo, su tacto cálido y suave contra mi corazón, aquel titubeo con el que movían sus ciegas cabezas de un lado a otro, arriba y abajo, como esos perros de juguete que la gente coloca en la ventanilla trasera de los coches. Quirke, a pesar de su corpachón y su sardónico humor, comparte con ellos algo de ese aire huérfano, perdido, desvalido. Rebusqué en sus cosas, desde luego, pero la escasez de secretos, el hecho de no encontrar nada de gran interés fue más desalentador de lo que hubiera resultado el más vergonzoso hallazgo. Mientras manoseaba los fragmentos de su vida de pacotilla, un desolado horror se abatió sobre mí, y no pude evitar sentirme avergonzado, aunque no podría decir si fue por mi actitud o por lo patética que era su vida. En una cartera de cuero reluciente de vieja y con la forma curvada de una nalga encontré una foto, también curvada y con la superficie agrietada, en

apagados tonos de perla y gris. La foto mostraba a una joven delgada que lucía una desdichada permanente, de pie en un jardín, en verano, sonriéndole animosa a la lente. La llevé junto a la ventana y la examiné con avidez. La mujer estaba en una posición un tanto incómoda ante el ojo saltón de la cámara. Se llevaba una mano a la frente para protegerse del sol, de manera que casi toda la parte superior de la cara estaba en sombras. Examiné atentamente los rasgos que pude distinguir —la barbilla delicadamente puntiaguda, la boca un tanto inexpresiva, una sonrisa que dejaba intuir unos incisivos un tanto descoloridos, el brazo levantado que dibujaba una curva hermosa pero era patéticamente delgado, la mano defensiva, pequeña, débil— buscando algo que me recordara a los Quirke que conocía, aunque fuera un levísimo eco. En la esquina inferior izquierda se veía una parte de la sombra del fotógrafo, un hombro inclinado y el perfil de una gran cabeza redonda, la de Quirke, probablemente. ¿Y el jardín? Tras la mujer se veía un árbol, un abedul, quizás, pródigo en hojas, y debajo de ella un césped desigual. Podía ser cualquier parte. Desanimado, me metí la foto en el bolsillo, y, tras echar un último vistazo a mi alrededor, salí sin hacer ruido y cerré la puerta detrás de mí. Me detuve en las escaleras, con la impresión de que algo había perturbado aquella quietud, como si alguien que ya había desaparecido hubiera estado escuchando en la puerta, o espiándome a través de la cerradura. Lily, tal vez; tanto daba.

Lo que quiero saber ahora es cuánto llevan exactamente los Quirke viviendo aquí, y, más importante aún, cuántos eran al principio. Lily se muestra deliberadamente imprecisa. Es incapaz de decir en qué punto exacto aconteció la muerte de su madre, aunque afirma recordar las circunstancias que la rodearon con claridad, con demasiada claridad, conjeturo, pues sucedió hace muchos años, y Lily no me parece una niña prodigio que registrara en la memoria los sucesos de su historia familiar asomada al borde de la cuna. Dice que una noche su madre se despertó con un dolor. Mandaron a buscar al médico, pero hubo una confusión y se fue a otra casa, y no se dio cuenta del error porque dio la casualidad de que en la otra casa había también una madre que necesitaba su asistencia, de hecho estaba dando a luz, y consiguió su objetivo, mientras que la pobre mamá de Lily sufría justo el proceso contrario, y también lo llevó a término, con mucho padecimiento. Dice Lily que su tía Dora vino desde la otra punta de la ciudad, llevando una gabardina encima del camisón, pero ni siquiera ella, una persona decidida entre los incompetentes Quirke, pudo hacer nada para salvar a su hermana. Comenzó a gritarle a Quirke que era culpa suya, y le dijo que si él era un ejemplo de marido, le alegraba no haberse casado nunca, y Quirke hizo ademán de golpearla, pero ella se le enfrentó esgrimiendo los puños, y puede que pelearan de verdad, pues Quirke estaba fuera de sí y tía Dora le tenía ganas. Si se evitó la trifulca fue porque había presente alguien más, un familiar o un amigo de la familia, Lily no se acuerda, que se interpuso entre los contendientes y les dijo que debería darles vergüenza su actitud, teniendo en cuenta que Kitty aún no estaba fría. Todo esto lo oí sentado en un banco, al sol mientras Lily se estiraba el hilo de su vestido y entrecerraba los ojos. La noche en que Kitty murió debió de ser inolvidable. Tenía la foto que había sustraído en el bolsillo. Se la enseñé a Lily, y ella la miró sin expresión. Le pregunté si no era su madre. Se concentró más en la foto y permaneció unos momentos en silencio.

—No lo creo —dijo, vacilante—. No creo que sea ella.

—¿Entonces quién es? —pregunté un tanto desilusionado. Le conté de dónde había sacado la

foto, pensando que me reprendería por haber invadido la intimidad de su padre, pero solo soltó una risita.

—Oh, alguna chica —dijo—. A papá nunca le faltaron las chicas.

Quirke un Casanova; no parece muy verosímil.

—¿Y tuviste un hermano o una hermana que murió? —le pregunté.

Y entonces puso esa expresión furtiva de conejo, y tras vacilar un momento asintió con un rápido movimiento de cabeza, adelantándola como si fuera a coger un bocado que yo tuviera en la mano.

¿Es cierto? ¿Se trata de la madre y el hijo fantasmal que se me han estado apareciendo? Quiero creerlo, pero no puedo. Creo que Lily mentía; creo que su hermano muerto solo está en su fantasía.

Un silencio expectante nos rodeó. El aire se había vuelto plomizo, y las hojas del árbol colgaban inertes. Había aparecido una nube en el cielo, blanca como una pared, y ahora se oía un susurro, y se puso a llover, unas varillas duras, veloces y vengativas que caían rectas y salpicaban el suelo como si alguien arrojara muchos peniques. Después de subir los tres peldaños que nos separaban de la entrada del lavabo público, Lily y yo estábamos empapados. La puerta estaba cerrada con cadena y candado, y tuvimos que refugiarnos en el cobertizo de cemento, con su pared verde cieno y el hedor a amoníaco. Incluso allí las grandes gotas que caían sobre el dintel que había sobre nosotros provocaban una neblina fina y helada que nos daba en la cara y hacía temblar a Lily, que llevaba un vestido muy fino. Tenía una expresión sombría, acurrucada con la cabeza hundida entre los hombros; los labios le formaban una línea y se apretaba los brazos cruzados contra el pecho. Mientras tanto, la atmósfera se iba oscureciendo. Me fijé en que la luz adquiría un matiz peculiar, insípido y velado, como en un sueño.

—Es el eclipse —dijo Lily malhumorada—. Nos lo estamos perdiendo.

¡El eclipse! Claro. Imaginé a los miles de personas que estarían en silencio, bajo la lluvia, la cara vanamente levantada hacia el cielo, y en lugar de reírme sentí una repentina e inexplicable tristeza, aunque no sé por qué ni por quién. Al poco cesó el chaparrón y un sol acuoso se fue abriendo paso entre las nubes sin que nada lo ocultara. Salimos de nuestro refugio. Anduvimos por calles empapadas de un agua gris que producía unas efímeras burbujas color peltre y corría por las alcantarillas y las aceras, brillando y emitiendo un vapor que flotaba en el aire. Los coches pasaban zumbando como lanchas motoras, dibujando arcoíris en miniatura a su paso, mientras sobre nuestras cabezas nacía uno de tamaño natural, el padre de todos ellos, y parecía una inmensa y perfecta broma pesada.

Cuando llegamos a la plaza, la primera función del circo ya había comenzado. Oímos el estruendo de la banda dentro de la tienda, y una voz enloquecida que bramaba palabras incomprensibles, con terrible hilaridad, a través de un altavoz. El sol secaba la lona de la carpa a trozos, y le daba un efecto de camuflaje, y el banderín empapado que había sobre la entrada tenía el asta manchada de yeso. No era una de esas carpas de circo que suelen verse normalmente, sino que se trataba de un rectángulo alto y largo, que tanto sugería unas justas como una feria agrícola, y

contaba con puntales de apoyo en las cuatro esquinas, y un quinto en mitad del tejado. Mientras nos acercábamos, hubo una interrupción en el número que estaba en marcha. Cesó la música, y el público comenzó a emitir un murmullo. Algunos salieron de la carpa, esquivando torpemente el faldón de lona que hacía de puerta, y se quedaron un tanto aturridos, parpadeando en el aire refulgente. Un hombre gordo que llevaba a un niño de la mano se detuvo para estirarse, bostezó y encendió un cigarrillo, mientras el niño se hacía a un lado y meaba contra el tronco de un cerezo. Me dije que el espectáculo había acabado, pero Lily estaba mejor informada que yo.

—Es el intermedio —dijo amargamente, con renovado resentimiento.

Fue en ese momento cuando el pelirrojo, el que me había sonreído desde el escalón trasero de su caravana, surgió de un lado de la carpa. Sobre su camisa roja y sus pantalones de payaso llevaba un frac negro rojizo, y un sombrero de copa abollado y sujeto con un ángulo imposible en la nuca. Entonces caí en la cuenta de a quién me recordaba: a George Goodfellow, el afable zorro, un villano que aparecía en una tira cómica de los periódicos hace mucho tiempo, siempre precedido por una larga y fina boquilla y tocado con una chistera como esa, y cuya cola asomaba con descaro entre los faldones de un frac apolillado. Al vernos el tipo vaciló, y una sonrisita de suficiencia volvió a cruzarle la cara. Lily, antes de que pudiera detenerla —¿y por qué iba a hacerlo?— avanzó muy decidida y le habló. El hombre estaba a punto de volver a entrar en la carpa, y se quedó medio vuelto hacia ella, con el faldón de lona abierto en la mano y mirándola por encima del hombro con una expresión de fingida alarma. Escuchó lo que ella le decía, a continuación se rio. Me lanzó una mirada, dijo unas palabras, y, tras mirarme de nuevo, se introdujo ágilmente en la oscuridad de la carpa.

—Podemos entrar —dijo Lily sin aliento— a ver la segunda parte.

Se quedó ante mí con temblorosa inmovilidad, como un potro que espera que le aflojen las riendas, las manos entrelazadas a la espalda y mirando fijamente la punta de su sandalia.

—¿Quién es ese tipo? —dije—. ¿Qué le has dicho?

Sacudió el cuerpo, impaciente.

—Es uno del circo —dijo, señalando las caravanas y los caballos atados—. Ha dicho que podemos entrar.

El olor que había en el interior de la carpa me resultó familiar: maquillaje, sudor, polvo y, debajo de todo ello, un pesado, húmedo y cálido olor a almizcle que era tan antiguo como la Roma de Nerón. Los bancos se disponían en hileras, como en una iglesia, y en un extremo había un escenario desmontable sobre caballetes. Reinaba la inconfundible atmósfera de las funciones matinales, fatigada, inquieta, un tanto violenta. El público paseaba por los pasillos, las manos en los bolsillos, saludando con la cabeza a sus amigos y gritando insultos jocosos. En la parte de atrás había un grupo de jovencuelos que chillaba y armaba jolgorio y lanzaba insultos y corazones de manzana a una banda rival que había cerca. Un miembro de la compañía, en camiseta, leotardos y alpargatas —era el calavera de rizos grasientos y aro en la nariz con quien Lily había hablado por la mañana— deambulaba al borde del escenario, hurgándose la nariz con aire ausente. Yo estaba

buscando con la mirada a Goodfellow cuando le vi aparecer presuroso por la izquierda, llevando un acordeón en una mano y una silla en la otra. Al verle estallaron unos aplausos irónicos, ante los cuales se detuvo en su camino y dio un gran respingo, mirando a su alrededor con exagerado asombro, como si lo último que esperara encontrar fuera público. Entonces dibujó una dichosa sonrisa de agradecimiento, cerró los ojos e hizo una profunda reverencia ante un coro de abucheos; se le cayó el sombrero de copa y rodó trazando medio círculo a sus pies. Lo recogió con indiferencia y se lo volvió a poner, y alegremente se dirigió hacia la parte delantera del escenario, el acordeón colgando a un lado con el fuelle extendido y emitiendo unos torturados chirridos y resuellos. Cada dos pasos se paraba, como si no supiera de dónde procedían esos silbidos, y miraba a su espalda, o volvía unos ojos suspicaces al público de la primera fila, y de vez en cuando se retorció como un sacacorchos para observar, con seria admonición, a su propio trasero. Cuando se hubieron apagado las risotadas, y tras ensayar unas escalas en el teclado, la cabeza inclinada y la mirada expresivamente vuelta hacia dentro, como un virtuoso que probara un Stradivarius, se reclinó hacia atrás en la silla con un violento gesto y comenzó a tocar y a cantar de manera estentórea. Cantaba en un falsete atiplado, con muchos sollozos y jadeos y notas interrumpidas, balanceándose en la silla y levantando apasionadamente los ojos al techo, por lo que bajo las pupilas quedaba visible un borde de blanco amarillento. Tras unas cuantas ruidosas canciones — entre ellas «O Sole Mio» y «South of the Border»—, acabó con una floritura dejando caer el acordeón abierto sobre las rodillas, lo que produjo un rugido como lastimero, y de inmediato volvió a cerrarlo de un golpe. Después de eso se quedó unos momentos sentado sin moverse, con el instrumento cerrado en el regazo, con una expresión afligida, una mirada perdida en sus ojos saltones. A continuación se levantó con un gesto de dolor y se largó corriendo, patizambo, con una mano en la entrepierna.

A Lily todo eso le pareció maravilloso, y rio y rio, reclinando ligeramente la cabeza sobre mi hombro. Estábamos cerca del escenario, que era donde había más gente. Bajo la carpa empapada, el ambiente era pesado y húmedo; parecía que estuviésemos atrapados dentro de un globo hinchado, y comenzaba a dolerme la cabeza. No me fijé en la banda hasta que no empezó a tocar: estaba bajo la tarima, a un lado del escenario, un trío de trompeta, batería y teclado amplificado sobre una especie de soporte. La trompeta, inopinadamente, la tocaba una mujer grande, ya mayor, muy maquillada y que llevaba una peluca rubia; que en las notas altas se agachaba y cerraba los ojos, como si no pudiera soportar la intensidad de la estridente música que interpretaba. El batería, un tipo aburrido con patillas y un tupé grasiento, fumaba un cigarrillo con negligente indolencia mientras tocaba, pasándose el con destreza de una comisura de la boca a la otra y dejando que el humo le saliera por la nariz. El que tocaba el teclado era viejo y llevaba tirantes; lucía un ralo abanico de pelo peinado hacia atrás sobre la calva. Precedido de un redoble de tambor apareció Goodfellow, que llegó a saltitos hasta el centro del escenario, mientras nos lanzaba besos con los dedos juntos y abría los brazos con un ademán de extática gratitud, como si lo que derramaran sobre él fueran aplausos y no aullidos y pedorretas. A continuación la banda se embarcó en un tango empalagoso y ebrio y él se puso a bailar, pavoneándose y resbalando por el escenario sobre unas piernas que parecían de goma, abrazándose de manera lasciva. Cada vez que pasaba junto a la trompetista, esta soltaba un chillido sonoro y discordante y empujaba el pabellón de su instrumento obscenamente en dirección a

los escuálidos lomos de Goodfellow. Él fingía no hacerle caso, y seguía ejecutando cabriolas y movía el trasero de manera desdeñosa. Como remate hizo una pirueta, volviendo a girar como si fuera un sacacorchos. Volaron los faldones del frac, levantó los brazos y los dedos se tocaron por encima de su cabeza. Acto seguido dio un salto y ejecutó una tijera, y acabó totalmente abierto de piernas, hasta aterrizar con un ruido seco que sonó lo suficiente para oírse por encima de la música, y que provocó alegres gritos de falso sufrimiento en los jóvenes que había en la parte de atrás. El sombrero de copa no se le había movido un pelo, y tras ponerse diestramente en pie se lo quitó e hizo otra profunda reverencia, el sombrero apretado contra el pecho y un brazo doblado a la espalda con el dedo índice, rígido, apuntando hacia lo alto. Lily me dijo al oído en un susurro que se iba a mear de risa.

A continuación salió un malabarista; tardé un momento en reconocer al calavera, que ahora iba ataviado con una camisa de seda roja abierta que dejaba al descubierto un pecho sin un pelo. Soltaba un macillo de gimnasia y lo recogía con forzada y ceñuda despreocupación. Después de él salió un mago, aún más torpe, ataviado con un esmoquin arrugado que le quedaba largo de piernas, y una pechera postiza de celuloide que se le enrollaba como una persiana cuando estaba a punto de acabar un truco. También me sonaba su cara, y descubrí quién era cuando miré el teclado y vi que nadie lo tocaba. Sus trucos de magia eran viejos y evidentes. Cuando no le salían y el público soltaba una carcajada, él sonreía tímidamente, mostrando la punta de la lengua, y se pasaba la mano rolliza por el pelo grasiento y aplastado. En aquel momento llamó a su ayudante —la trompetista, por supuesto, que se había cambiado a toda prisa y ahora lucía una especie de corsé carmesí y medias de malla, y se tocaba con una lustrosa peluca negra que parecía de plástico— y procedió a serrarla laboriosamente por la mitad. A continuación se fue arrastrando los pies, ante un aplauso irrisorio, mientras la trompetista se quedaba y se tragaba una espada sin entusiasmo. En una pose heroica, las recias piernas abiertas y la espalda arqueada, hacía descender la hoja por el gáznate con destreza y delicadeza, como si fuera un pescado plateado largo y reluciente, provocando una tormenta de silbidos procedentes de la parte de atrás.

Goodfellow volvió a salir a escena, esta vez sin sombrero y luciendo un chaleco con lentejuelas. Lo contemplé con cierta aprensión, preguntándome qué me alarmaba de su aspecto. Llevaba la cara completamente blanca, como si no tuviera piel y fuera solo un cráneo con una boca y dos ojos. Caminaba arrogante arriba y abajo, salmodiando un agudo sonsonete que debía de haber largado muchas veces, pues las palabras poseían un ritmo propio, independiente de su sentido. Pedía un voluntario, una persona decidida entre los más valientes, dijo con una sonrisita, capaz de entablar con él una contienda de voluntades. Ahora la multitud estaba más callada. Nos dirigió una mirada desdeñosa y llena de satisfacción. Lily apretaba el puño en el regazo y tenía las piernas entrelazadas, un tobillo enganchado detrás del otro, dirigía la cara hacia el escenario en actitud de reverencial solemnidad, como una de esas mujeres que hay al pie de la cruz. Percibí cómo la recorrían leves temblores de excitación. De repente se levantó de un salto y corrió hacia delante, veloz como una ménade, y de un brinco se subió al escenario y se detuvo, tambaleándose un poco, la boca abierta en silenciosa exclamación de sorpresa y repentino recelo.

Al principio, Goodfellow no la miró, fingiendo no haberse dado cuenta de su llegada; a

continuación, lentamente, sin apartar la mirada del público, comenzó a dar vueltas alrededor de Lily, con un extraño y furtivo deambular, levantando mucho los pies, aproximándose más a ella a cada paso, hasta que estuvo lo bastante cerca de la chica para ponerle una mano en el hombro. Siguió dando vueltas alrededor de ella, haciendo que también rotara, por lo que Lily se convirtió en el eje giratorio alrededor del que Goodfellow daba vueltas. La expresión de Lily era cada vez más vacilante, y de cuando en cuando esbozaba una sonrisa de preocupación como la luz de una bombilla parpadeante. Tenía la mirada fija en la cara de Goodfellow, aunque él no le había puesto la vista encima ni una vez. En ese instante Goodfellow comenzó a hablar, con el mismo sonsonete con que un momento antes nos había lanzado su reto, pero de una manera dulce, tierna, casi, en un tono acariciador e insinuante. Era una voz extraña, meliflua aunque no desagradable, adulatora, sugerente, la voz de un proxeneta. Sus pasos eran cada vez más lentos, y no dejaba de hablar, y ella giraba con él, y al final se detuvieron, y algo recorrió al público, una ola de algo que se movió y al segundo se detuvo. Goodfellow nos observaba con esa sonrisa astuta y hermética que jamás le pasaba a los ojos. Lily se había quedado totalmente sin expresión, y los brazos le colgaban a los lados como si no tuviera huesos. Por fin Goodfellow la miró. Con cuidado, como si Lily fuera una delicada figura a la que acababa de dar forma, apartó la mano del hombro de ella y se la pasó por delante de los ojos. Lily no parpadeó ni se movió. De nuevo el público hizo ese movimiento de ola, como un suspiro. Goodfellow giró la cabeza y nos lanzó una mirada escrutadora, entrecerrando los ojos. Qué fina era esa boca que sonreía, qué roja, una lívida cicatriz. Tomó la mano de Lily en la suya y la condujo al borde del escenario sin que ella se resistiera.

—¿Y bien? —dijo volviéndose hacia el público, en voz tan baja que casi no se oía—. ¿Qué le decimos que haga?

Una tarde, hace ya tiempo, me vislumbré en el espejo del dormitorio de mi madre. Realizaba una de mis solitarias exploraciones sin rumbo por la casa. La puerta del dormitorio estaba entreabierta, y mientras pasaba distinguí un movimiento con el rabillo del ojo, un brillante destello, me pareció, color cuchillo, como el de un asesino sorprendido en su furtiva labor. Me detuve, el corazón me latía con fuerza, y di un cauto paso hacia atrás, y mi reflejo retrocedió conmigo en el espejo inclinado del tocador, y entonces me vi como si fuera otra persona, un desconocido que merodeara por ahí, una figura de inescrutable propósito, y un estremecimiento de horror casi placentero me recorrió un instante los omóplatos. Tuve la misma sensación cuando me levanté de mi asiento y avancé, ligero como el mismísimo Mercurio, y ágilmente me subí al escenario, la cabeza levantada y los brazos meciéndose ligeramente, como un atleta al final de una elegante y agotadora exhibición de destreza. Qué raro, estar otra vez sobre las tablas. Solo hay un escenario; sea cual sea el local, es siempre el mismo. Lo veo como un trampolín, tiene esa elasticidad, ese rebote que marea, a veces se balancea y se comba, otras está rígido como la piel de un tambor, e igual de delgado, y debajo solo hay un vacío infinito. No hay temor parecido al que uno conoce aquí arriba. No me refiero a la angustia de equivocarse en el diálogo o de que se te despegue la peluca; esos percances importan menos de lo que el público cree. No, de lo que hablo es de un terror del yo, de dejar que una noche el yo se aleje demasiado y escape, se separe completamente y se convierta en otro, y deje atrás solo una concha parlante, un traje vacío, fantasmal, rematado por una máscara sin ojos.

Cogí la mano de Lily, la que Goodfellow no había tomado, y la apreté dentro de la mía.

—Mi nombre es Alexander Cleave —dije con una voz sonora y firme—, y esta es mi hija.

Antes de levantarme no sabía lo que haría o diría, y, de hecho, aún no sabía muy bien lo que estaba diciendo, lo que hacía, pero nada más tocar la mano de Lily, helada, húmeda, suave, experimenté un instante de inexplicable y extático pesar, hasta el punto de que me tambaleé y casi pierdo el equilibrio; fue como si una gota del ácido más puro y refinado hubiera caído en una cavidad abierta de mi corazón. Goodfellow no pareció nada sorprendido de que me plantara repentinamente delante de él. No pareció inmutarse, ni se movió, sino que se quedó en una actitud casi reflexiva, la cabeza un poco ladeada y los ojos mirando al suelo, la boca roja fruncida con esa sonrisa de quien sabe algo y lo disimula, como el lacayo que ha reconocido al rey disfrazado y guarda el secreto, no por lealtad, sino por otras razones. ¿Me conocía? No me agrada pensarlo. Lily suspiró: tenía la expresión concentrada y ensimismada del sonámbulo. Pronuncié su nombre y un leve y lánguido temblor la recorrió, y emitió un suspiro tembloroso, y se quedó inmóvil de nuevo. Goodfellow sacudió la cabeza una vez, y chasqueó la lengua, como para expresar una suave reprimenda. Todavía no me había mirado a la cara. Me llegó su olor, un hedor débil, rancio, discreto. Detrás de él, en la entrada de la carpa, los faldones de lona colgaban abiertos y permitían ver un fragmento en forma de espina de la plaza iluminada por el sol. Ahí fuera el aire color caqui era denso, y tenía un matiz amarillado. El público estaba atónito, a la expectativa. Hubo quien se aclaró la garganta, quien soltó una risa nerviosa, y alguien dijo algo, hizo una pregunta, al parecer, y otro respondió en un tono apagado. Lily había empezado a moverse un poco, adelante y atrás, los brazos extendidos hacia Goodfellow y hacia mí, pues aún la teníamos cogida de la mano. En aquel momento él me miró. Sí, sí, creo que me conocía, creo que sabía quién era yo, quién soy. Me vi reflejado en sus ojos. Luego, con un levísimo encogimiento de hombros, Goodfellow soltó la mano de Lily, quien siguió balanceándose, hacia los lados esta vez, y yo le puse la mano por los hombros, temiendo que se cayera. Mientras la ayudaba a bajar del escenario, alguien nos abucheó en la parte de atrás, y se rio, y la trompetista se inclinó y sopló una nota estridente, aunque sin mucho entusiasmo. Todos se volvían a nuestro paso. Una vez fuera de la tienda, Lily volvió en sí, parpadeando ante la áspera luz del sol. Me llegó el olor de los caballos atados, y me acordé del chaval que vi aquel día en la plaza, sobre su poni, bajo la lluvia. Lily, con una mano en la cara, lloraba en silencio. *Allí allí*, dije; *allí allí*.

Me maravillo ante la superabundancia del verano. Esta tarde me he asomado a mi pequeña ventana, la barbilla apoyada sobre el puño, y he visto el último geranio que queda y he olido su aroma cítrico; un enjambre de mosquitos espesa el aire; al oeste, un rollizo sol se desploma en un cielo rosa pálido y verde puerro y azul mariano. Estamos en la canícula, cuando Sirio sale y se pone con el sol. De niño conocía las estrellas, y me encantaba repetirme los nombres en celestial letanía: Venus, Betelgeuse, Aldebarán, la Osa Mayor y la Menor. Cómo me gustaba la frialdad de esas luces, su pureza, su lejanía de todos nosotros y de lo que hacemos y nos acontece. Donde ellas están es donde viven los muertos. Eso es lo que yo creía de niño. Las gaviotas arman un jaleo espantoso. ¿Qué les pasa? A lo mejor son ángeles que han sido enviados al infierno. También hay una conmoción en la casa. Me parece oír los gemidos de una mujer. Es un llanto que reconozco a

regañadientes. Hace mucho que me llega, a través de la inmensidad del espacio, como la luz de una estrella lejana, de un sol muerto.

Un rumor, y se alza el telón para el último acto. Lugar: el mismo. Época: unas semanas después. Estoy en mi mesa, como antes. Pero no, nada es como antes. Ya no quedan geranios, si exceptuamos unos cuantos ramilletes mustios. El ángulo del sol en el jardín se ha desplazado, ya no alcanza mi ventana como antes. El aire es frío, hay tormentas, y durante el día el cielo es de un azul más intenso y se amontonan en él altas nubes, densas, hinchadas extensiones de color cobre y cromo. De todos modos, evito todo eso siempre que puedo. Es demasiado para mí. El mundo se ha convertido en una herida que no soporto mirar. Me lo tomo todo con mucha calma, con cuidado, con cautela, evito los movimientos bruscos, temo que algo que hay en mi interior se agite, o se haga añicos, incluso, ese frasco cerrado en el que acecha el demonio, que rabia por cogerme. Por toda la casa reina un hondo silencio, un silencio de enfermería. No me quedará mucho tiempo.

Los autores trágicos se equivocan, el dolor no tiene grandeza. El dolor es gris, tiene un olor gris y un sabor gris y un tacto a ceniza gris en los dedos. El instinto de Lydia era combatirlo, esquivarlo y arañarlo en vano, como si forcejeara con un atacante, o intentara rechazar una pestilencia salida del aire. De nosotros dos, yo era el más afortunado; había estado practicando, por así decir, y había alcanzado el sosiego, una especie de sosiego. Cuando aquella tarde, el día que fuimos al circo, por fin abandoné la seguridad de mi habitación, la escena que me encontré me recordó extraordinariamente la del día anterior, cuando Lydia llegó y la encontré en el vestíbulo y me gritó por no haber salido antes a saludarla. Allí estaba Lydia otra vez, con sus leotardos y su blusón, y allí estaba también Lily, descalza, al igual que el día anterior. Creo que hasta yo llevaba también la estilográfica en la mano. Lydia seguía llevando ese pañuelo en la cabeza de mujer de la limpieza, y el blusón de hoy era blanco y no rojo. Su expresión..., no, no intentaré describir su expresión. Cuando la vi, lo primero que me vino a la mente fue el recuerdo de algo que sucedió una vez que estaba con Cass, cuando era pequeña. Era verano, y ella iba vestida con un vestido blanco en el que se superponían varias capas de una especie de gasa fina y traslúcida. Acabábamos de salir de casa e íbamos a alguna parte juntos. No recuerdo adónde, pero era una especie de excursión. El día era soleado, y soplaban ráfagas de un viento cortante, lo recuerdo, y las gaviotas chillaban y los cabos de los mástiles de los botes del puerto sonaban como campanas javanasas. En la calle había un grupo de jóvenes medio borrachos, ruidosos, en camiseta, exhibiendo grandes hebillas y cortes de pelo amenazantes. Cuando pasaron junto a nosotros, uno de ellos, un brutote de ojos azules que se agarraba la muñeca con la otra mano, se volvió repentinamente, y con un veloz giro de muñeca, en cuya palma llevaba un amplio corte provocado por un cuchillo o una botella rota, salpicó de sangre en diagonal el vestido de Cass. El bruto soltó una carcajada, un relincho agudo y demente, y los otros también se rieron. Siguieron andando sin detenerse, calle abajo, tambaleándose, empujándose unos a otros con el hombro, como un grupo de villanos de una obra jacobina. Cass no dijo nada, simplemente levantó los brazos, los separó del cuerpo y se quedó así un momento, mientras contemplaba la banda carmesí que cruzaba su vestido blanco. Enseguida, sin decir palabra, volvimos a casa, y ella subió de inmediato a su habitación y se cambió de vestido, y de nuevo nos pusimos en marcha hacia nuestro destino, como si nada hubiese ocurrido. No sé qué hizo con el vestido blanco. Desapareció. Cuando su madre le preguntó por él, Cass se negó a darle razones. Yo tampoco dije nada. Ahora creo que lo que ocurrió ocurrió fuera del tiempo, quiero decir que ocurrió

no como un suceso real, con causas y efectos, sino de una manera especial, en alguna dimensión especial del sueño o la memoria, y en ninguna otra parte, y que ahora podía acontecerme allí mismo, mientras estaba en el vestíbulo, en casa de mi madre, una tarde de verano, la última tarde de lo que solía considerar mi vida.

Con tres pasos veloces y rígidos, Lydia se plantó delante de mí y comenzó a golpearme el pecho con los puños, acercando su cara a la mía.

—¡Lo sabías! —gritaba—. Lloriqueando en el cine, volviendo a esta casa, viendo fantasmas..., ¡lo *sabías!*

Ahora intentaba clavarme las uñas. Le sujeté las muñecas, olí sus lágrimas y su moco, sentí contra mi cara el calor de la terrible caldera de su pena. Me di cuenta de que un pobre animal gemía en alguna parte, y miré más allá del hombro de Lydia y vi que era Lily, en la puerta principal, que ahora se lamentaba de esa manera inhumana. Los gritos afligidos que había oído desde mi habitación debían de ser suyos, y no de Lydia. Estaba acurrucada, con los puños abrazados a las rodillas, su cara era una máscara arrugada, y procuró no mirarnos mientras forcejeábamos. De pronto me pregunté, un tanto enfadado, qué podía aquejarla de aquel modo, cuando éramos nosotros, Lydia y yo, quienes hubiéramos debido gritar de angustia y dolor; ¿sería que Lydia la había asustado, o le había hecho daño, quizás, al abofetearla? La puerta que había a su espalda estaba abierta un palmo, y eso me inquietó. El sol de la tarde penetraba el montante, una luz antigua, dorada, densa, cargada de polvo. Quirke apareció por la puerta de la cocina. Llevaba en la mano un alto vaso con agua, lo sujetaba entre la palma de una mano y los dedos de la otra. Sin manifestar sorpresa, casi con hastío, nos miró a Lydia y a mí, aún inmersos en la riña. Al verle, Lily dejó de llorar de inmediato, y la furia de Lydia también se aplacó un poco. Le solté las muñecas, y Quirke se nos acercó con un semblante sacerdotal, y más que entregarle el vaso a Lydia se lo confió, como si fuera un cáliz. El tono eclesiástico del momento quedó intensificado por el posavasos de papel que había colocado debajo del vaso, blanco y quebradizo como una hostia. Observé todas estas cosas con ávida atención, como si tuvieran que constar en alguna parte para servir como pruebas, y la tarea de registrarlas hubiera recaído sobre mí. Mantener el posavasos en su lugar durante la entrega del vaso, cosa que al parecer los dos consideraban esencial, exigía un complicado *pas de deux* con los pulgares, y mantener las puntas de los dedos delicadamente *en pointe*. Lydia tomó un largo trago de agua, echando la cabeza hacia atrás, y su garganta, con un reciente y ligero bocio de grasa blanquecina que no había notado hasta ese momento, funcionó con una especie de bombeo, como si dentro tuviera un puño que subiera y bajara. Cuando acabó de beber, le devolvió el vaso a Quirke, y los dos repitieron la operación con el posavasos. Lily, junto a la puerta, había comenzado a gimotear otra vez, y todo indicaba que iba a reiniciar sus lamentos, pero Quirke emitió un ruido seco de mando en dirección a ella, como si fuera un pastor con su perro, y Lily se llevó una mano a la boca, lo que dio a sus ojos un aspecto más saltón y aterrado. Lydia, a la que se le habían pasado las ganas de riña, se había quitado el pañuelo y ahora se la veía abatida, la cabeza gacha, los dedos, extendidos, apretados contra la frente donde le nacía el pelo, con la actitud de alguien que ha escapado de una catástrofe en lugar de quedar atrapado en medio de ella. Seguía inquietándome la puerta de la calle, aún abierta un palmo, como si insinuara algo horrible, como si algo o alguien

esperara el momento oportuno para deslizarse en la casa, sin que nadie lo advirtiera.

—El té está preparado —dijo Quirke con una voz sombría, curiosamente inexpresiva, como la de un villano en una pantomima.

No entendí nada de lo que dijo; era como si las palabras estuvieran desordenadas, y me dije que Quirke debía de estar borracho, o que tenía en mente alguna broma repugnante. Mientras me esforzaba por comprenderle, experimenté esa sensación de pánico que te acomete a veces en el extranjero, cuando le pides algo a una camarera o a un dependiente y lo repites tres veces en tres idiomas distintos, y todo lo que provocas en ellos es el mismo encogimiento de hombros y la mirada baja. A continuación me llegaron unos sonidos procedentes de la cocina, los sonidos familiares de los cubiertos al poner la mesa, de las sillas al colocarse en orden en torno a la mesa, y cuando miré en el interior de la cocina había una mujer a la que no recordaba haber visto nunca, aunque me sonaba. Era una mujer mayor, con el pelo gris hierro, y unas gafas de montura rosa que le quedaban un tanto torcidas. Se había puesto el delantal de mi madre, el mismo que Lydia había estado llevando. La mujer parecía encontrarse totalmente a sus anchas, como en su casa, y por un momento me pregunté si no se trataría de otro inquilino secreto cuya presencia no había detectado. Al verme asomar por la puerta, me ofreció una cálida sonrisa de bienvenida, asintió con la cabeza y se secó las manos en su delantal —es decir, en el de mi madre—. Me volví hacia Quirke, que simplemente levantó la vista y dejó caer la cabeza a un lado.

—El *té* —volvió a decir, poniendo mayor énfasis, como si la palabra lo explicara todo—. Aunque no se haya dado cuenta, tendrá hambre —su tono inexpresivo y complaciente comenzó a parecerme profundamente irritante.

Era Quirke quien había traído la noticia. Traer noticias como esa siempre recae en Quirke. Alguien le había llamado al despacho, me dijo, y parecía avergonzado por los aires de importancia que se dio al decir *al despacho*. Dijo que no sabía quién había llamado, y que se le había olvidado preguntar, y ahora lo sentía mucho, como si fuera algo importante. Era una mujer, aunque tampoco estaba del todo seguro de eso. Tenía acento extranjero, y no se le oía bien. Nunca averigüé quién era, él o ella. La tragedia siempre tiene sus mensajeros anónimos, en sandalias y túnica, que salen corriendo veloces de entre bastidores y quedan sobre una rodilla ante el trono, la cabeza inclinada, apoyados en el caduceo. ¿O la palabra es caduco? Palabras, palabras. Tanto da, no tengo energía para mirarlo en el diccionario, y de todos modos, cuando lo pienso, las dos palabras sirven.

Ya no doy más de mí.

La mujer desconocida avanzó, aún sonriendo, aún asintiendo en señal de bienvenida, como la amable anciana de la casita de chocolate del bosque donde se pierden los niños. La llamaré, vamos a ver, la llamaré..., bueno, qué más da, la llamaré señorita Hervidor, eso servirá. Era señorita, creo, pues aunque no tengo pruebas, me pareció soltera. Comprendí por qué llevaba las gafas torcidas: le faltaba la patilla de un lado. Me cogió la mano; la suya era cálida, y estaba seca, nada ajada por el trabajo, una almohadilla cálida y suave de carne, la cosa más real que había tocado desde que oyera los gritos de Lily y saliera de mi habitación.

—Lamento lo ocurrido —dijo, y me oí, por una cortesía irreflexiva, responderle casi sin darle importancia:

—Oh, no ha sido nada.

Había preparado una de esas meriendas por antonomasia de la infancia. Había ensalada de lechuga con tomate y cebolleta, y huevos duros en rodajas, y platos de pan con levadura, marrón y blanco, y dos grandes teteras, cada una con su columna de vapor saliendo del pitorro, y rebanadas cuadradas de ese jamón en conserva que creo que ya no se fabrica, pálido, con vetas de grasa, pérfidamente reluciente. Por un instante todos nos quedamos alrededor de la mesa, sin saber qué hacer, como un grupo de invitados a cenar que no se conocen —*¿De qué se va a poner a hablar esa actriz con el obispo?*—, cuando Quirke, con un gesto cortés, le acercó una silla a Lydia, y esta se sentó, y los demás la imitamos, nos aclaramos la garganta y rozamos el suelo con los talones, y la señorita Hervidor nos sirvió el té.

Fue el primero de los diversos y sombríos ágapes con los que nos obsequiaron a Lydia y a mí en días sucesivos. He descubierto que en momentos de dolor la gente regresa a una amabilidad primitiva, cuya manifestación más obvia es ofrecerte comida. Nos presentaron platos con sándwiches, y termos de sopa de pollo, y tartas de manzana, y grandes ollas de estofado, discretamente envueltos en paños de cocina que luego Lydia devolvía, lavados y planchados, a sus propietarios, perfectamente doblados dentro de las ollas fregadas que yo había vaciado, una por una, en el cubo de la basura. Nos sentíamos como un sacerdote y una sacerdotisa oficiando en un lugar de veneración, recibiendo los sacrificios que los fieles nos entregaban, todos con una sonrisa triste e idéntica, con las mismas palmaditas en la espalda, o apretándonos el brazo, las mismas condolencias murmuradas, embarazosas. En aquellos primeros días no lloré ni una vez —ya había tenido mi ración de llanto, en la oscuridad luminosamente poblada de aquellas tardes de cine, durante meses—, pero de haber cedido a las lágrimas habría sido en uno de esos momentos en los que un plato de galletas o de sopa se me ofrecía con ternura. Pero todo llegaba demasiado tarde, las murmuradas invocaciones, las plegarias prometidas, las carnes al horno para el funeral, pues la doncella ya se había entregado al sacrificio.

El dolor le quita sabor a las cosas. No quiero decir solamente que apague los sabores más sutiles, que borre la textura de una fina rodaja de ternera o le quite fuerza a una salsa, sino que los mismos sabores, de la carne, las verduras, el vino, la ambrosía, lo que sea, quedan totalmente aniquilados, y lo que tienes en la punta del tenedor tanto da que sea cartón, y la bebida fuerte del vaso, agua insípida. Me sentaba y comía como una máquina, lenta, rumiando; engullía la comida, las mandíbulas ejecutaban su habitual movimiento en ocho, bajaba el bolo, y no me habría sorprendido ni inquietado que hubiera salido inmediatamente por el otro extremo sin detenerse. La señorita Hervidor mantenía una conversación, o mejor dicho un monólogo, siempre lleno de sentido común, y aunque no era exactamente alegre, tampoco era lúgubre. Debía de ser una vecina o una pariente de Quirke, a la que este había llamado para que prestara apoyo y auxilio en ese momento de crisis, aunque ella parecía desaprobarlo, pues la señorita mantenía los labios apretados y profundamente estriados cada vez que su mirada se encontraba con la de él. Era una versión mejorada de esas

plañideras profesionales que antaño se contrataban en esta parte del país para que pusieran en marcha como es debido el proceso del duelo con sus lamentos y gritos. Cuando hablaba, tocaba la cuestión de la muerte con una habilidad y finura dignas de un empresario de pompas fúnebres de la alta sociedad. La única nota discordante en su comportamiento eran esas gafas torcidas, que le daban un aspecto de personaje excéntrico dickensiano. Mencionaba repetidamente a una hermana suya que había muerto, aunque no sé ni cuándo ni cómo, pues no atendí lo suficiente para enterarme; tal como hablaba de ella y de sus circunstancias, casi parecía que yo habría debido estar al corriente de los detalles. Estos diálogos, si así se les podía llamar, en otras circunstancias habrían podido dar lugar a confusión y situaciones incómodas; sin embargo, en aquellos momentos no se me exigía cortesía ni modales; me sentía como un animal grande e inofensivo al que han traído del bosque, herido, para cuidarlo y estudiarlo de manera encubierta. Lydia se sentaba delante de mí, comía como yo, de forma mecánica, en silencio, la mirada fija en el plato. Quirke presidía la mesa, parecía el hombre de la casa, amable y solícito en la expresión, sin que se le pasara detalle. Hay personas que saben tratar con la muerte, florecen de manera positiva en el gélido aliento de la mortalidad, y, para mi sorpresa, y secreto displacer, Quirke resultaba ser una de ellas. Cada vez que mis ojos se topaban con los suyos, lo que evitaba siempre que podía, me lanzaba una media sonrisa acompañada de un gesto con la cabeza, breve, de ánimo, muy parecido a los que la señorita Hervidor, acompañados de una sonrisa, nos dedicó la primera vez que nos vimos, y por un instante mi mente confusa pensó que a lo mejor todo aquello —las condolencias, la charla para distraernos, aquella merendola— era un servicio profesional que nos ofrecía, y que dentro de poco llegaría ese incómodo momento de tosecillas y encogimientos de hombro en forma de disculpa, y habría que pagar una factura, una tarifa. Me imaginé a Quirke pasándonos discretamente la cuenta, lo contrario de un mago haciendo desaparecer una carta —el sobre sin duda atado con una cinta de seda negra—, y sus labios, que sin pronunciarlas dibujarían unas palabras de agradecimiento mientras yo, con desdén, le entregaba una bolsa de guineas tintineantes. Sí, este Quirke tiene algo victoriano, tiene ese aire desenvuelto, insolente, como de propietario, de uno de esos criados que llevan tanto tiempo en una casa que se creen que ya forman parte de la familia.

Lily era la que más me sorprendía. Tras sus primeros arrebatos en el vestíbulo, ahora se la veía encogida, hosca y felina. Estaba sentada a mi lado, encorvada sobre su plato, la cara oculta tras los rizos. Sé muy bien que la muerte aburre a los jóvenes, igual que un apesadumbrado intruso acaba de estropear una fiesta que ya era una lata, pero el silencio que ella irradiaba, como si fuera calor, poseía una fuerza furiosa que, me di cuenta incluso en mi aflicción, se dirigía directamente a mí. Pero ¿qué mal le había hecho yo? Por regla general, no entiendo a los seres humanos, como estoy seguro de haber manifestado más de una vez, pero a los jóvenes los encuentro especialmente desconcertantes, y siempre ha sido así. Luego, en el vestíbulo, cuando Lydia y yo nos íbamos, arrastrando los pies y encorvados bajo el pesar que nos embargaba, la chica apareció como surgida del aire y se abalanzó hacia mí y me tuvo agarrado por un momento en un abrazo violento, torpe y húmedo, antes de alejarse otra vez velozmente, con esos pies ligeros, descalzos, asquerosos. Quizás es verdad que quería que fuera su papá.

Ya era casi de noche, y sin embargo cuánto costaba alejarse, era difícil encontrar una fórmula

que pudiera poner punto final a todo aquello. La señorita Hervidor sonreía y asentía de nuevo, y Quirke estaba junto a nosotros sin decir nada, con un aspecto serio y reflexivamente benévolo. Era como si Lydia y yo fuésemos dos niños cansados y muertos de sueño tras haber pasado un día en el campo visitando a sus cariñosos tíos. Para mí, aquella tarde había discurrido en una penumbra peculiar, crepuscular, iluminada intermitentemente por los destellos pálidos de un flash que parecía demorarse. Me quedaban ciertas instantáneas: Quirke y Lydia lejos de la mesa, sentados el uno frente al otro en sillas de respaldo recto, Lydia llorando sin consuelo, y Quirke, inclinado hacia delante, con el semblante serio, las rodillas separadas, sosteniendo entre las suyas las manos de Lydia y moviéndolas suavemente arriba y abajo, como si estuviera conduciendo una calesa y fueran los extremos de las riendas; la señorita Hervidor se reía por algo, pero entonces se acordaba de dónde se encontraba y cerraba la boca, y a modo de disculpa se enderezaba las gafas, que enseguida volvían a estar torcidas; el brazo desnudo de Lily junto al mío, reluciente cada filamento de vello; el sol de la tarde en la ventana, dorando el escurridero y centelleando sobre el borde de un vaso; mi plato, con una flácida rodaja de tomate, una hoja de lechuga amoratada, una mancha de yema de huevo agrietada. Son cosas que uno recuerda.

Nuestra partida, cuando por fin conseguimos iniciarla, fue el comienzo de una grotesca parodia de vacaciones familiares que Lydia y yo estábamos condenados a interpretar a lo largo de los días venideros. Nos reunimos todos en la puerta principal, nosotros dos con nuestras bolsas, y Quirke y la señorita Hervidor, e incluso Lily, que había reaparecido, y permanecía en las sombras del vestíbulo, en actitud hosca y acusadora, como una joven actriz malcriada a la que le han robado la escena, cosa que supongo había ocurrido. La última luz de la tarde hacía palidecer el resplandor de las farolas que había a nuestra espalda. Los cristales de las gafas de la señorita Hervidor captaron un destello y por un instante parecieron dos brillantes monedas sin relieve depositadas sobre sus ojos. Quirke, en mangas de camisa, estaba en la entrada con la pose del Pierrot de Vaublin, sin saber qué hacer con las manos que le colgaban a los lados.

—¿Solo tenían una? —me dijo.

—¿Una?

—Una hija.

En mi mente vi con toda claridad a Goodfellow, quien me ofrecía su fina sonrisa, me guiñaba el ojo y desaparecía.

—Solo una —dije—, sí.

Hubo extravagantes gestos de ayuda y consuelo. Parecerá extraño, quizás, pero esos, los más extravagantes, fueron los que más me conmovieron, atravesando los, de otro modo impenetrables, sudarios de dolor como pequeñas descargas de electricidad estática. Una de las tías de Lydia, una mujer bastante bruta con bigote y una piel como de elefante, que pensaba que me había despreciado siempre, me sumió en un abrazo que olía a bolas de naftalina y me puso un fajo de billetes en la mano, graznándome ásperamente en el oído que *necesitaréis algunas cosas*. El hombre que se encargaba del jardín de Lydia —me acuerdo ahora de la casa junto al mar y de todo lo que hay en

ella— se ofreció para encargarse de las flores del funeral. También aparecieron los tenderos del barrio, Lydia hubo de pasar días escribiendo notas de agradecimiento. Su farmacéutico nos entregó bajo mano una pócima para dormir muy apreciada entre los insomnes que normalmente habría precisado una receta firmada por toda una junta de médicos, tan potente era. El de la tienda de comestibles nos mandó una caja de productos enlatados. Y llegaron cartas de condolencia que también hubo que contestar. Algunas de estas las enviaba gente cuyos nombres desconocíamos, de lugares del extranjero de los que jamás habíamos oído hablar, instituciones académicas, fundaciones de investigación, bibliotecas. Componían otra versión de nuestra hija, una que ignorábamos: la de erudita internacional; debería haber prestado más atención a lo que ella denominaba su *trabajo*, y que yo siempre desdeñé. No podía considerarlo algo más que un sofisticado pasatiempo, como esos puzzles de miles de piezas, o un solitario chino, algo monótono pero exigente que aliviaba su mente frenética. Una noche, ya tarde, cuando estábamos acostados, derrumbados finalmente por el somnífero del señor Finn, alguien telefoneó, pero quien habló estaba borracho, y lloraba desconsoladamente, y no entendí nada de lo que decía, pero sé que mencionó a Cass, y mientras yo aún estaba intentando despejarme, colgó. Por fin comenzaba a darme cuenta de verdad de lo poco que sé de mi hija..., de lo poco que sabía; ahora debo acostumbrarme a hablar en pasado.

En nuestro interminable viaje —aunque en tiempo real solo duró de primera hora de la mañana hasta media tarde—, el dolor se aposentó como pesadas mochilas en nuestras espaldas, doblándonos. Como un par de peregrinos mendicantes salidos de una escena de la Biblia, doblados bajo su carga, avanzando penosamente por un camino asfixiante y polvoriento rumbo hacia una infinita perspectiva. Estábamos agotados; jamás había experimentado ese agotamiento, ardía en nosotros como los restos de una larga noche de alcohol. Me sentía sucio, sudoroso y exhausto. Tenía la piel hinchada y caliente, como si por las venas no me corriera sangre, sino ácido. Permanecí encorvado en el estrecho asiento del avión, la mente y el corazón insensibles, cociéndome dentro de mis ropas arrugadas, mi biliosa mirada de rana fija en el estilizado mundo hecho de retazos de colores que pasaba lentamente a nuestros pies. Nada podía aliviar mis malestares físicos, y dejaba escapar constantemente unos suspiros que quedaban flotando como gemidos. Junto a mí, Lydia lloraba en silencio, casi de manera reflexiva, y también suspiraba sin parar. Pero me pregunto si, al igual que yo, sentía por debajo de todo eso, por debajo del dolor y las lágrimas sinnúmero, el rumor de fondo del alivio. Sí, había una especie de alivio. Pues ahora que lo peor había pasado, ya no tenía por qué seguir temiéndolo. Así es como la razón, en el pesar, formula su lógica afligida.

Cass había elegido un delicioso lugar para morir. Lo vimos por primera vez al doblar una curva en la carretera de la costa, un descuidado anfiteatro de casitas blancas y ocre y color terracota sobre una empinada colina en el extremo de un promontorio que se adentraba en un espumoso mar de un azul intenso, maligno. Era una de esas vistas que aparecen en los folletos turísticos, solo que con un aspecto más salvaje. Se cuenta que Byron inició desde aquí una de sus maratónicas nadaduras, con el pie deforme y todo, hasta un cabo que había a unos ocho kilómetros al otro lado del estrecho. Había pescadores de verdad en el muelle, reparando redes de verdad, y bares de verdad con cortinas de abalorios y hombres de camisa blanca ocupados en ruidosos juegos de mesa, y *ragazzi* de verdad jugando al fútbol bajo los polvorientos tilos de la Piazza Cavour. Lydia aparcó

nuestro coche alquilado delante de la comisaría —en el aeropuerto me di cuenta de que yo era incapaz de conducir, era incapaz de accionar los pedales, de cambiar las marchas—, y nos quedamos por un instante sentados, inmóviles, mirando con los ojos en blanco a través del parabrisas un cartel medio roto en el que aparecía una joven de irreal perfección que ofrecía con un mohín sus pechos semidesnudos. «No puedo», dijo Lydia, con una voz neutra. Le puse una mano en la muñeca, pero ella la apartó, hastiada. Salimos del coche, enderezándonos con la cautela y dificultad propias de quienes han sido los únicos supervivientes de un fatal accidente. La plaza nos resultó sorprendentemente familiar —el árbol, esa tapia tan blanca— y tuve la impresión de que eso ya había ocurrido. Y en el aire estaba ese habitual olor a pescado y aceite y a polvo y a alcantarillas obturadas. Un pulcro hombrecillo ataviado con un traje pulcro y caro bajó las escaleras de la comisaría para recibirnos. Todo en él parecía en miniatura. Lucía un pequeño bigote, y sus pies, asombrosamente pequeños, iban enfundados en unos immaculados mocasines de ante, y llevaba el pelo, muy negro, engominado y liso, con una marcada raya a un lado. Nos estrechó la mano con gesto grave, frunció la boca en un puchero de condolencia y nos hizo entrar en la comisaría. El edificio era extrañamente grande, un alto templo cuadrado y con eco, de columnas de piedra mellada y suelo de mármol blanco y negro. Las cabezas se alzaron por un momento de sus escritorios, y unos ojos oscuros nos observaron con vaga curiosidad. El hombrecillo avanzaba y nos instaba a seguirle con leves chasquidos de la lengua y los labios, como si fuésemos un par de caballos de exhibición. Nunca llegué a averiguar exactamente quién o qué era; podía haber sido el jefe de policía, o el juez de instrucción, o la Muerte misma, incluso. Era incapaz de estarse quieto, ni aun cuando hubimos llegado al depósito y nos quedamos impotentes junto al ataúd. Seguía inclinando los hombros, alargando la mano hacia la de Lydia, o hacia mi codo, pero sin tocarlos, y retrocedía rápidamente y se aclaraba con delicadeza la garganta tras el nudillo del índice de un puño menudo y moreno. Fue él quien me llevó aparte, donde Lydia no pudiera oírnos, y me dijo en un susurro apresurado, ronco de incomodidad, que mi hija estaba embarazada cuando murió. Estaba de tres meses, como suele decirse. Histriónicamente se llevó una mano al pecho. «*Ah, signore, mi dispiace...*».

Habían retirado la sábana. *Stella maris*. No tenía cara, las rocas y el mar se la habían llevado. La identificamos por un anillo y una pequeña cicatriz en el tobillo que Lydia recordaba. Pero yo habría reconocido a mi Marina aunque todo lo que quedara de ella fueran los huesos pelados y arrastrados por las olas.

¿Qué hacía Cass en este lugar? ¿Qué la había traído aquí? Como si no bastara con el misterio de su vida, ahora debo enfrentarme el misterio de su muerte. Subimos las angostas calles que conducían al hotel donde se alojaba. Era la hora de la siesta, y había un silencio sobrenatural en aquel calor tremendo, sin aire, y a medida que ascendíamos laboriosamente aquellas cuestas adoquinadas nos quedamos boquiabiertos ante lo que vimos, incrédulos, incapaces de dar crédito a la crueldad del pintoresco paisaje que nos rodeaba. En los portales había gatos adormilados, y un canario amarillo cantaba en su jaula, y nos llegaban las voces de unos niños jugando en alguna parte, en algún patio retirado, y nuestra hija estaba muerta.

El propietario del hotel era un hombre ya mayor, atezado, de amplio pecho, con el pelo gris y grasiento y un bigote bien recortado, idéntico al de la estrella de cine Vittorio de Sica, si es que

alguien se acuerda de él. Nos saludó circunspecto, y permaneció resueltamente tras la protectora barrera del mostrador de recepción, mirando a todas partes menos a nosotros y canturreando para sí. No dejaba de asentir a todo lo que le preguntábamos, pero esos asentimientos eran más encogimientos de hombros que otra cosa, y no nos decía nada. Su esposa, gorda, redonda y recia como un tótem, se había plantado detrás de él con las manos implacablemente cruzadas sobre el estómago, y su ceño de Mussolini fijo en la nuca de su marido, instándole a mostrarse cauto. El propietario dijo que lo sentía, que no podía decirnos nada, nada. Dijo que Cass había llegado hacía dos días y pagado por adelantado. Apenas la habían visto desde su llegada, pues se pasaba los días en las colinas que había sobre la ciudad, o caminando por la playa. Mientras hablaba jugueteaba con las cosas que tenía sobre el escritorio, bolígrafos, postales, un fajo de mapas doblados. Le pregunté si había alguien con ella, y él negó con la cabeza..., demasiado rápidamente, pensé. Me fijé en sus zapatos —borlas, pequeñas hebillas doradas, a Quirke le habrían dado envidia—, y la fina seda de su corbata demasiado blanca. Muy dandi. Nos condujo por unas exiguas escaleras, pasamos junto a una serie de grabados un tanto indecentes del siglo XVIII enmarcados en plástico, metió una llave grande y que quería pasar por antigua en la puerta de la habitación de Cass y la abrió. Nos quedamos atrás, Lydia y yo, y miramos el interior con timidez. Una cama grande, lavabo y jarra, una silla recta con asiento de anea, una ventana estrecha que daba sobre el puerto bañado por el sol. Había un extraño olor a bronceador. La maleta de Cass estaba abierta en el suelo, a medio desempacar. Un vestido, unos cuantos *shorts*, sus recordados zapatos, cosas mudas que pugnaban por hablar. «No puedo», dijo Lydia, tan apática como antes, y dio media vuelta. Miré a De Sica y él se miró las uñas. Aún tenía a su rolliza mujer a la espalda. Esa mujer debía de haber sido tan joven como Cass, y sin duda tan grácil, probablemente. La miré a la cara, suplicándole en silencio que nos contara lo que le había ocurrido a nuestra pobre hija, nuestra luz eclipsada, que la había llevado a la muerte, pero ella simplemente se quedó allí y me devolvió una mirada pétrea y no dijo nada.

Aquella noche nos alojamos en el hotel, parecía lo más sencillo. Nuestra habitación se asemejaba a la de Cass de una manera inquietante; el lavabo y la silla eran iguales, y también aquella ventana que enmarcaba lo que parecía una vista idéntica del puerto. Cenamos en el silencioso comedor, y luego bajamos al puerto y caminamos arriba y abajo del muelle durante lo que parecieron horas. No había mucha gente, era el final del verano. Anduvimos de la mano, por primera vez desde los días del hotel Halcyon. Un ocaso dorado y gris humo se hundía en el mar como una lenta catástrofe, y llegó la cálida noche, y se encendieron las farolas del puerto, y los mástiles se inclinaron, y un murciélago bajó en picado y viró sin hacer ruido cerca de nosotros. En la habitación nos echamos el uno junto al otro en la cama, alta y grande, sin dormir, como un par de pacientes que llevan mucho tiempo en el hospital, escuchando los susurros tenues y lejanos del mar. Con voz queda le canté esa tonadilla que solía canturrearle a Cass para hacerla reír:

Tengo lágrimas en los oídos
de tanto estar de espaldas
en la cama
mientras lloro

por ti.

—¿Qué te ha dicho ese hombre? —me preguntó Lydia en la oscuridad—. El de la comisaría —se incorporó sobre un codo y el colchón tembló. Me miró fijamente. En el tenue resplandor que llegaba de la ventana, relucía el blanco de sus ojos—. ¿Qué era eso que no ha querido que yo lo oyera?

—Me dijo cuál era la sorpresa de Cass —respondí—, la que te dijo que no me contaras. Tenías razón: estoy asombrado —Lydia no dijo nada, simplemente dejó escapar lo que pudo ser un suspiro colérico, y volvió a apoyar la cabeza en la almohada—. Supongo —dije— que no sabemos quién es el padre —podía verle, un hombre tan desesperado como ella, probablemente más, algún joven sabio lleno de granos demacrado por la ambición y el peso de un saber inútil penosamente adquirido; me pregunto si sabía lo cerca que había estado de reproducirse—. Tampoco es que ahora importe.

Por la mañana no se veía el mar, solo un resplandor dorado pálido que se extendía hasta el no horizonte. Lydia se quedó en la cama, dándome la espalda, sin decir nada, aunque yo sabía que no dormía; bajé sigilosamente las escaleras, sintiéndome, no sé por qué, como un asesino que abandona la escena del crimen. Un día perfecto, sol, olor a mar, todo eso. Mientras atravesaba el silencio matinal tuve la impresión de que caminaba sobre las pisadas de Cass; anteriormente ella me había habitado, ahora yo la habitaba a ella. Subí hasta la iglesia antigua que se erguía sobre un risco al otro extremo del puerto, tambaleándome sobre las piedras brillantadas por los pies de generaciones de devotos, como si estuviera subiendo al Gólgota. La iglesia fue construida por los templarios donde antes se emplazaba un santuario romano dedicado a Venus: sí, había comprado la guía. Aquí fue donde Cass llevó a cabo su último acto. En el pórtico, restos de confeti se alojaban en las grietas entre las losas. El interior era parco en adornos. Había una Virgen, atribuida a Gentileschi —el padre, no la hija, que tenía mala fama— oculta en una capilla lateral, una pieza oscura, mal iluminada y que precisaba limpieza, pero que exhibía el luminoso toque del maestro. Ardían unas velas sobre un pie de hierro negro, debajo del cual había una diminuta caja para las ofrendas, y un gran jarrón de flores que olían mal se erguía sobre las losas ante el altar desnudo. Apareció un sacerdote, y enseguida supo quién era yo. Era rechoncho, moreno y calvo. No hablaba una palabra de inglés, y yo tampoco mucho italiano, pero él parloteaba alegremente, haciendo elaborados gestos con las manos y la cabeza. Me llevó a través de una arcada que había junto al altar hasta una pequeña enramada de piedra que colgaba a unos treinta metros sobre las rocas y el mar espumoso, donde, por tradición, según me cuenta mi sabrosa guía, acuden los recién casados nada más concluir la ceremonia para que la novia arroje el ramo como sacrificio a fin apaciguar las aguas del mar. Una brisa soplaba hacia arriba a lo largo de las rocas; asomé la cara a esa corriente que olía a yodo y cerré los ojos. El Señor atenúa el viento que llega al cordero esquilado, dice el salmista, pero yo os digo que el salmista se equivoca. El sacerdote me mostraba el lugar por donde Cass debió de subirse al parapeto de piedra y arrojarse al aire salobre, e incluso me hizo una demostración de cómo debió de hacerlo, imitando los gestos de Cass, ágil como una cabra y sonriendo todo el rato y asintiendo, como si lo que me describiera fuera una insensata travesura, el salto de iniciación de la golondrina llevado a cabo por el propio George Gordon, quizás. Cogí un

trozo de piedra que se había caído del parapeto, y, sintiendo su peso en mi mano, lloré por fin, me sumergí de cabeza, sin poder contenerme, en las profundidades de mí mismo, repentinamente huecas, mientras el viejo sacerdote se quedaba a mi lado, dándome unos golpecitos en el hombro y murmurando lo que me pareció una serie de suaves reproches en voz baja.

De modo que ese día comencé un minucioso repaso a nuestras vidas, me refiero a nuestras vidas cuando Cass vivía, los años que estuvo con nosotros. Yo buscaba una pauta, la que aún estoy buscando, una serie de pistas que fueran como los puntitos que unía con el lápiz para que al final formaran el dibujo de un hada hermosa provista de varita y alas. ¿Tenía razón Lydia cuando me acusaba de saber en cierto modo lo que iba a ocurrir? No quiero creerlo. Pues si lo sabía, si los fantasmas eran una premonición de lo que iba a ocurrir, ¿por qué no actué? Lo cierto es que siempre he tenido muchas dificultades a la hora de distinguir entre lo que es acción y actuación. Además, estaba mirando en la dirección errónea, estaba mirando hacia el pasado, y no era de ahí de donde surgían los fantasmas, ni mucho menos. En las primeras semanas que pasé solo en la casa soñaba despierto que Cass venía a vivir conmigo, que nos instalábamos juntos en una versión mejorada de mi triste existencia anterior con mi madre, que de algún modo me redimía de mis años perdidos. ¿Se me apareció producto de esas fantasías? ¿Acaso mis invocaciones debilitaron su presencia en la vida real, en la vida que ahora ya nunca vivirá? Las múltiples vidas.

No es que haya empezado a sentirme culpable, aún no; ya habrá mucho tiempo para eso.

Aquella noche, después de mi visita a la iglesia, tuve un extraño sueño que me afectó de manera extraña, que casi me consoló. Yo estaba en la carpa del circo. Goodfellow estaba allí, y Lily, y Lydia, y también sabía que todos los miembros del público, aunque no podía verlos muy bien en la penumbra, eran conocidos míos, o parientes en mayor o menor grado. Todos mirábamos hacia arriba en un silencio embelesado, pues ahí estaba Cass, suspendida e inmóvil en mitad del aire, sin apoyo ninguno, los brazos extendidos, su cara serena iluminada por un haz de una tenue luz intensamente blanca. Mientras la miraba comenzó a descender hacia mí, cada vez más rápido, aún impasible, aún con los brazos extendidos, como en una bendición, pero cuanto más se acercaba, en lugar de verla más grande, se iba encogiendo poco a poco, de modo que cuando al final yo alargaba los brazos para cogerla prácticamente ya no era nada, poco más que una mota de luz, y al cabo de un momento se había extinguido.

Me desperté lúcido, había desaparecido el agotamiento de días anteriores. Me levanté, me dirigí hacia la ventana y me quedé de pie junto a ella durante largo rato, contemplando el puerto desierto y el mar, cuyas pequeñas y efímeras olas parecían algo que se pronuncia en el sueño, una y otra vez.

El día que volvimos a casa estalló una tormenta. El avión surcó la pista inundada y se alzó con una especie de aullido. Cuando sobrevolábamos las montañas, Lydia, a la tercera ginebra, contempló las cumbres silíceas y los barrancos veteados de nieve y soltó una triste risita.

—Ojalá nos estrelláramos —dijo.

Me acordé de nuestra hija sin cara, ahora dentro de un ataúd en la bodega del avión, bajo nuestros pies. ¿Qué Goodfellow dio con ella, qué Billy el del Barreño le hundió los dientes en la

garganta y le chupó la sangre?

Qué raro estar en casa, en lo que era nuestra casa, atrás el funeral y delante una vida que, de manera despiadada, insistía en ser vivida. Yo estaba fuera siempre que podía. Nuestra casa junto al mar ya no era un hogar. Lydia y yo éramos incapaces de comunicarnos, éramos víctimas de una extraña timidez, nos sentíamos incómodos, como si hubiésemos cometido una fechoría juntos y los dos estuviésemos avergonzados de que el otro supiera lo que habíamos hecho. Pasaba largas tardes caminando por la ciudad, sobre todo por esas zonas neutrales que hay entre las afueras y la ciudad propiamente dicha, donde florecían las buddleias y los coches abandonados se oxidaban entre charcos de cristales hechos añicos y las ventanas rotas de fábricas en desuso centelleaban misteriosos mensajes en los sesgados rayos del sol de la tarde. Por allí deambulaban a sus anchas grupos de golfillos, y siempre trotaba tras ellos algún perro sonriente. Allí se reunían los borrachos, en parcelas de tierra baldía, para beber de sus botellas marrones, y cantar, y reñir, y reírse de mí cuando pasaba a su lado, hundido en mi abrigo negro. Y también vi todo tipo de fantasmas, gente que era imposible que estuviese viva, gente que ya era vieja en mi juventud, figuras del pasado, del mito y la leyenda. En aquellas calles vacías no sé muy bien si me movía entre los vivos o entre los muertos. Y le hablaba a Cass, con más libertad, con más franqueza, de lo que le había hablado cuando estaba viva, aunque ella nunca me respondiera, ni una sola vez, como podría haber hecho. Podría haberme contado por qué decidió morir en esa costa blanqueada por el sol. Podría haberme contado quién era el padre de su hijo. Podría haberme dicho si ese bronceador que olí en su habitación del hotel era suyo. ¿Se había puesto bronceador y luego saltado al mar? Estas son las cuestiones que ocupan mi mente.

Reviso sus papeles, las decenas de folios que dejó en el hotel. Estaría orgullosa de mí, de mi aplicación erudita; estoy tan concentrado como un becario del Trinity bajo su lamparilla. Las hojas, escritas a mano con una letra apenas legible, al principio parecían un caos, estaban desordenadas, y era incapaz de encontrarles el menor sentido. Luego, poco a poco, comenzó a surgir una pauta, no, no una pauta, no algo tan definido, sino más bien un aura, un resplandor tenue y parpadeante próximo al sentido. Aquello parecía un fragmento de diario, aunque las cosas que anota, los sucesos y encuentros, son fantasiosos, nada verosímiles. ¿Es quizás un relato que estaba inventando para divertirse, para protegerse contra los horrores de su mente? Hay ciertas recurrencias, un nombre, o simplemente una inicial, un lugar visitado una y otra vez, una palabra repetidamente subrayada. Se relatan expulsiones, muertes, extinciones, identidades perdidas. Todo gira y se arremolina en la vorágine de su imaginación. Y en el meollo de todo ello hay una ausencia, un espacio vacío donde antes hubo algo, o alguien, que ha desaparecido por propia voluntad. Aunque, naturalmente, las páginas están sin numerar, estoy convencido de que faltan algunas: ¿desechadas, destruidas... o sustraídas? Busco a tientas los huecos, los lugares vacíos, mi mente se mueve como los dedos de un ciego sobre las palabras, que siguen negándose a entregarme su secreto. ¿Se me va a aparecer ahora otro fantasma, uno que no puedo ver y que es imposible reconocer? Otras veces me digo que todo esto son fantasías mías, que esto no son más que las últimas elucubraciones, desesperadas e inconexas, de una mente que agoniza. No obstante, no abandono la esperanza de que estas páginas me hablen algún día, en esa voz conocida, y me digan lo que a lo mejor no quiero saber.

La vi una vez más, creo que será la última. Había bajado a la vieja casa a recoger mis cosas. Era uno de esos días de otoño color vidrio ahumado, todo cielo y nubes y distancias marronosas. Quirke llegó mientras estaba haciendo las maletas, y se quedó en la puerta del dormitorio, con su blazer y sus mocasines gris pescado, con una mano apoyada en la jamba, moviendo el pulgar con un ademán nervioso. Después de unos cuantos jadeos y de aclararse la garganta me preguntó por Cass.

—Se metió en líos —dije—, se metió en líos y se ahogó.

Asintió, frunciendo el ceño de manera solemne. Pareció a punto de añadir algo, pero cambió de opinión. Me volví hacia él, expectante, esperanzado, incluso. Con Quirke tenía a menudo la sensación, y la volvía a tener ahora, de que estaba a punto de transmitirme una información o unas instrucciones detalladas y vitales, hechos esenciales que todos conocen menos yo. Se queda allí, ceñudo, la mirada un tanto desorbitada, sin poder evitar estar de buen humor, como si meditara si resulta prudente revelarme por fin ese secreto banal pero importantísimo. Pero pasa el momento, y es como si su mente sufriera una sacudida, y vuelve a ser el de antes, solo Quirke, y no ya el grave depositario de una información importantísima.

—¿Cuándo murió su esposa? —le pregunté.

Parpadeó.

—¿Mi mujer?

Yo estaba apilando libros dentro de una caja de cartón.

—Sí. Solía ver un fantasma por aquí, pensé que a lo mejor era ella.

Negó lentamente con la cabeza, imaginé que casi la oía girar sobre sus ruedas dentadas.

—Mi mujer no murió —dijo—. ¿Quién le contó eso? Se fugó con un viajante.

—¿Un...?

—Un viajante de comercio. Se dedicaba a los zapatos —soltó una carcajada lastimera, furiosa—. La muy zorra.

Me ayudó a transportar mis bolsas y cajas al piso de abajo. Le dije que tenía pensado regalarle la casa a Lily.

—No a usted, ojo —recalqué—. A Lily.

Se había parado en el último peldaño de la escalera, y ahí estaba ahora, con una pesada maleta en cada mano, la cabeza a un lado, mirando al suelo.

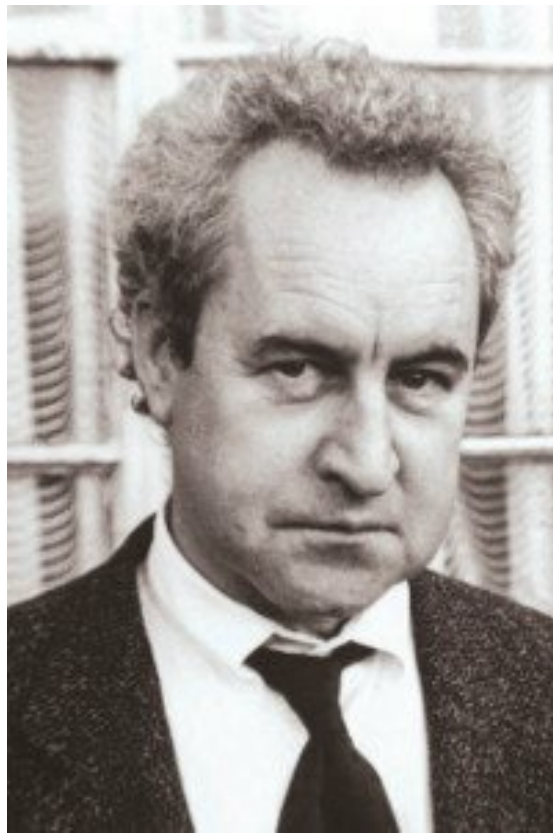
—Hay una sola condición —añadí—, que no la venda. Quiero que viva aquí.

Me di cuenta de que intentaba dilucidar si lo decía en serio. La perspectiva hizo que se le iluminara la mirada; sospecho que tenía tantas ganas de redactar los documentos como de hacerse con mi propiedad —y eso que ya estaba a un paso—. Dejó las maletas en el suelo como si todos sus problemas estuviesen en ellas, y se enderezó sin poder reprimir una sonrisa.

Sí, le regalaré la casa a Lily. Espero que viva en ella. Espero que me permita visitarla, *la jeune chatelaine*. Tengo todo tipo de ideas descabelladas, proyectos absurdos. Podríamos arreglar la casa entre los dos, ella y yo. ¿Cómo lo llaman los agentes inmobiliarios? Obra mayor. ¡Hasta podríamos volver a tener huéspedes! Le preguntaré si puedo conservar mi pequeña habitación. Podría escribir algo sobre el pueblo, una historia, una topografía, aprenderme por fin los nombres de los sitios. Sí, sí, todo tipo de planes, hay mucho tiempo y, ¡Dios mío!, qué lento pasa. Cuando consiga volver a conducir podemos salir por la región a buscar el circo, hacer que Goodfellow nos repita su baile, que esta vez me hipnotice a mí y acalle mis fantasmas. O podría llevarla a ese pueblo situado en una ladera rocosa sobre el mar cerúleo y subir de nuevo esas calles adoquinadas y agarrar a De Sica por el cuello y decirle que le estrangularé si no me dice todo lo que sabe. Vanos pensamientos, vanas fantasías.

Entré en la cocina. Cuando miré por la ventana, Cass estaba fuera, en esa elevación que hay más allá de lo que antaño fue el huerto, junto al abedul a medio crecer. Llevaba un vestido verde sin ceñir que le dejaba a la vista los brazos y los largos muslos. Me di cuenta del parecido que había entre su piel reluciente y la corteza blancoplateada del árbol. Su hijo estaba con ella, aunque cuando digo *hijo* me refiero a que era como siempre solo la idea de hijo, no una imagen, ni siquiera una temblorosa transparencia. Pareció que al verme en la ventana se daba la vuelta y se dirigía hacia la casa. Era como si, con aquella túnica verde y aquellas sandalias con correa, saliera de la Arcadia para reunirse conmigo. Mientras avanzaba hacia el sendero del jardín cubierto de maleza, el aire le apretaba la tela del vestido contra el cuerpo, y me dije, y no por primera vez, que parecía una de esas muchachas de Botticelli, y también que, como ellas, era un tanto hombruna. Entró en la cocina, frunció el ceño y miró a su alrededor atentamente, como si esperara encontrar a otra persona. Tenía un brazo levantado por encima de la cabeza, la mano abierta, como para coger algo que le habían lanzado o algo que volara. Derramaba una sensación de plenitud, una alegría. Sus ojos tenía un brillo verdoso y cegador. Su cálido aliento me rozó la mejilla, lo juro. ¡Céfiro recordado! Qué real parecía, una encarnación enviada para saludarme, mientras la otra, la diosa de los abedules, se quedaba fuera, colocando las flechas en el carcaj y destensando su arco dorado. ¡Cass! La frente reluciente, la aureola de pelo rojizo, la nariz perfectamente delineada con esas motas color manzana en el puente, esos ojos verdes que eran míos, el cuello largo y pálido. Me recorrió una punzada y extendí una mano vacilante para tocarla, y pronuncié su nombre, y ella pareció detenerse, y temblar, como si me hubiera oído, y de pronto desapareció, dejando solo el refulgente hilo de su paso, que se fue apagando hasta extinguirse. Fuera, en el jardín, el día seguía hermoso e impassible —un hombre dorado— en su asombro. *Die Sonne, sie scheint allgemein...*^[2] Me volví de nuevo hacia la cocina y allí estaba Lily, torcida, apoyada sobre una pierna y mirando en dirección a la ventana, esforzándose por ver lo que yo había visto, o quizás no estaba interesada ni en mí ni en mis fantasmas, y a lo mejor solo quería asomarse al mundo, el gran mundo, que la esperaba. De Cass no había señal alguna. Los muertos no pueden con los vivos. Lily decía algo. Yo no podía oírla.

Retoño, que te vaya bien^[3]. Los brotes florecen. Las cosas pueden salir mal. Mi Marina, mi Miranda, oh, mi Perdita.



JOHN BANVILLE. nació en Wexford, Irlanda, en 1945. Ha trabajado como editor de *The Irish Times* y es habitual colaborador de *The New York Review of Books*. Con *El libro de las pruebas* (Alfaguara, 2014) fue finalista del Premio Booker, que obtuvo en 2005 con *El mar*, consagrada además por el Irish Book Award como mejor novela del año. Entre su obra destacan también *El intocable*, *Los infinitos* y la *Trilogía Cleave*, ciclo de novelas que incluye *Eclipse*, *Imposturas* y *Antigua luz* (Alfaguara, 2012), uno de los mejores libros del año según la crítica. Bajo el seudónimo de Benjamin Black ha publicado en Alfaguara, con gran éxito de público y de crítica, *El lémur* (2009), la serie de novela negra protagonizada por el doctor Quirke, adaptada a la televisión por la BBC británica, con guion de Andrew Davies y Gabriel Byrne en el papel de Quirke —*El secreto de Christine* (2007), *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2011), *Muerte en verano* (2012), *Venganza* (2013) y *Órdenes sagradas* (de próxima publicación en Alfaguara)—, y *La rubia de ojos negros*, en la que, por invitación de los herederos de Raymond Chandler, resucita al mítico detective Philip Marlowe. En 2011 recibió el prestigioso Premio Franz Kafka, considerado por muchos como la antesala del Premio Nobel, y en 2013 fue galardonado con el Premio Austriaco de Literatura Europea, y, en España, con el Premio Leteo y el Premio Liber. En 2014 le fue otorgado el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, por «su inteligente, honda y original creación novelesca» y por «su otro yo, Benjamin Black, autor de turbadoras y críticas novelas policiacas».

Notas

[1] Del poema «Marina», de T. S. Eliot. (*N. del T.*) <<

[2] «El sol sigue brillando en todas partes». De las Canciones para los niños muertos de Gustav Mahler, según poemas de Friedrich Rückart. (*N. del T.*) <<

[3] Shakespeare, *El cuento de invierno*, III, 3. (N. del T.) <<